

EM



4
34603





ANDERSEN

ES PROPIEDAD

R 170497

CUENTOS

DE

ANDERSEN

TRADUCCIÓN DE

J. ROCA Y ROCA

DIBUJOS DE

APELES MESTRES

Grabados al boj de *Fuster*, y al zinc de *Thomas*
y *Verdaguer*



CUARTA EDICIÓN

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

CASA EDITORIAL MAUCCI, *Calle Mallorca, 166*

1908



El ilustre escritor danés cuyo bosquejo vamos á trazar con las presentes líneas, ofrece un enlace tan íntimo entre su personalidad y sus numerosas obras, que basta leer alguna de ellas, para formarse cabal idea de su carácter particular y de alguna peripecia de su curiosa y accidentada existencia.

El mismo escribió su retrato de cuerpo entero y lo dió á la estampa con el título de «*El Cuento de mi vida,*» de cuyo libro publicaremos algún día los trozos más dignos de atención, puesto que no es el menos interesante de sus cuentos. Investigando á través de su tierna infancia, de su combatida juventud, de sus esperanzas, de sus decepciones, de sus esfuerzos, de sus desfallecimientos, de sus estudios, de sus primeros triunfos y de sus provechosos viajes, se encuentra el purísimo manantial de sus principales creaciones literarias, las cuales después de hacer el encanto de su país y de Alemania, han acabado por merecer el legítimo honor de ser traducidas á casi todos los idiomas europeos.

Hoy el nombre de Andersen es popular en Europa y principalmente en todos los países del Norte, las prensas francesas se cansan de reproducir sus obras traducidas por los más distinguidos escritores y en todas partes se multiplican las ediciones y se agotan apenas aparecen. Tal es el privilegio del genio. Las brumas natales no pueden oscurecer el sol de la inteligencia, y nosotros creemos que hasta en esta tierra de España tan favorecida por la más espléndida luz del astro del día, serán recibidos con íntimo regocijo estos destellos arrancados al cielo de Dinamarca.

Andersen nació el 2 de abril de 1805 en Odense, capital de la isla de Fionia.

Sus antepasados de la rama paterna habían sido acomodados campesinos; pero tras una serie de contratiempos y desgracias quedaron reducidos á la pobreza, antes de que naciera Hans Cristián. El

abuelo de éste sufrió una enajenación mental, y su padre, sin medios para seguir los estudios, tuvo que reducirse al trabajo y no pasó de ser un modesto maestro zapatero. En cuanto á su madre, el mismo escritor lo cuenta, cuando era niña pedía limosna.

Sobre la estrechez de su familia, Andersen, que no renegó nunca de la humildad de su origen, nos da detalles íntimos en «*El Cuento de mi vida.*»

«El mismo, dice refiriéndose á su padre, tuvo que construirse el banco del taller y el lecho nupcial: para éste último echó mano de algunas tablas con que se había formado el túmulo en que estuvo expuesto el féretro del conde de Trampe. Aún recuerdo haber visto clavados en ellas algunos pedacitos de bayeta negra. Pues bien, el día 2 de abril de 1805, en vez del cadáver del noble caballero, sustentaron aquellas tablas un niño lleno de vida y llorando sin cesar. Era yo, Hans Cristián Andersen.»

El primer libro que oyó leer siendo muy niño, fué el de las *Mil y una noches*, que abrió espacios inmensos á su tierna y precoz imaginación. Ya en su primera edad eran tan vivas y tan profundamente se grababan en su espíritu las impresiones que recibía en la esfera especial en que había nacido, que más tarde, cuando tras no pocos afanes llegó á escribir formalmente, no hizo sino recordarlas para inspirar en ellas sus obras más apreciables.

Si el de las *Mil y una noches* fué su primer libro, su primer y casi único juguete, durante su infancia, fué un teatrillo mecánico, en el cual no desdeñaba representar las producciones que en su tiempo estaban más en boga, y principalmente algún drama de Shakspeare; y era tal la pasión que sintió siempre por el teatro, que él mismo, á la edad de 12 años, poseyendo algunos pocos rudimentos de instrucción

primaria, se atrevió á escribir un drama, «una tragedia, dice el mismo Andersen, en la cual, naturalmente, moría todo el mundo.»

No hizo este solo ensayo en edad tan temprana: después de la tragedia que acabamos de mencionar, escribió otra, entre cuyos personajes figuraban un rey y una reina, y como le hicieran notar que el lenguaje de la corte era muy distinto del que hablaba el vulgo y que él ponía en boca de sus encoquetados personajes, se procuró un diccionario en el cual figuraban términos alemanes, franceses é ingleses, y mezclados y revueltos en monstruosa confusión, los puso en boca de los reyes de su comedia. Bien es verdad que nadie entendía sus discursos, pero así evitaba el ingenioso niño que sus reyes se confundieran con el vulgo.

La candorosa infancia de Cristián abunda en incidentes de esta naturaleza. Era la casa paterna como el humilde nido de ese tierno pajarillo de la poesía, que sentía abrasadoras aspiraciones, y que sin embargo no podía volar, pues carecía de las dos alas indispensables, la instrucción y la fortuna para adquirirla.

De muy niño entró de aprendiz en una fábrica; pero no sólo era inepto para el trabajo, sino que distraía á los trabajadores, siendo la diversión de todos con sus cantos—tenía una voz magnífica—y con los trozos de comedia que se había aprendido de memoria y recitaba con chocante seriedad.

Así entretenido en sus juegos y escarceos literarios pasó de su infancia á su primera juventud. Catorce años tenía cuando se fué á Copenhague ansioso de celebridad. Su padre había fallecido, y su madre, casada en segundas nupcias, antes de consentir su partida, pasó á consultar el caso con una vieja que decía la buena ventura, la cual predijo que algún día la ciudad de Odense haría iluminaciones en honor de Cristián.

Con trece escudos en el bolsillo, un pequeño lío debajo del brazo y una tarjeta de recomendación para la señora Schall, primera bailarina del Teatro Real, que, sin conocerla de vista siquiera, le había dado cierto impresor de Odensea, para quitárselo de delante, llegó Andersen á la capital el día 5 de setiembre de 1819.

Describir sus apuros, sus tentativas, sus ilusiones, sus desencantos, sería tarea harto prolija, aunque nada enojosa. Víctima del hambre y la desnudez, veía frustrarse sus mejores proyectos. Deseaba ser cómico, y no habiendo dado resultado la recomendación que trajo para la célebre bailarina, un día se presentó al director de cierto teatro pidiéndole que le contratara.

—Está usted demasiado flaco, le dijo el director.

—Pues bien, contestó Cristián, señáleme usted cien escudos, y no se apure: el engordarme corre de mi cuenta.

El director le dió á entender que en su teatro no admitían sino á las personas instruídas.

Agotado su pequeño caudal, y después de recorrer los anuncios de los periódicos en busca de colocación, entró de aprendiz en un taller de carpintero; pero no pudiendo tolerar las burlas groseras de los oficiales, tuvo que dejar el oficio á los pocos días.

No le quedaba otro recurso que volver á su ciudad natal; pero ante la idea de que iba á ser objeto de la rechifla de sus compatriotas, resolvió antes morir de hambre heroicamente, que regresar á Odensea. Entonces recordó haber leído en un periódico que un italiano llamado Siboni era director del Conservatorio de Música, y animado con la idea de que poseía muy buena voz, tuvo la corazonada de ir á verle á su casa. Le encontró comiendo con el compositor Weyse y el célebre poeta Baggesen, y á los postres le recibieron, más por curio-

sidad ó quizás para divertirse un rato que con el deseo de auxiliarle. Sin embargo, los tres eran artistas y á fuer de tales, hombres dotados de sentimiento y de buen corazón; Andersen cantó y Siboni al oírle quedó tan prendado de su voz; que prometió recibirle en sus clases. El poeta le oyó recitar una elegía, y viendo anublarse sus ojos por el llanto, no pudo contener su emoción y le dijo:

—«¡Bravo, muchacho! Yo te lo predigo. Tú llegarás á ser algo.»

Tan grato recibimiento terminó con una colecta en favor del pobre Cristián que produjo unos setenta escudos. Pero ¡oh desgracia! vino el invierno y el alumno de Siboni tuvo que pasarlo con un mal traje de verano, pilló un resfriado, se puso ronco y perdió la voz.

No por eso desmayó el pobre muchacho. Fué á ver al poeta Guldberg, emparentado con algunos conocidos suyos de Odensea, y le enseñó unos versos. Guldberg le aconsejó que antes de escribir estudiara gramática; pero compadecido de él le proporcionó algunos recursos, y vista su afición al teatro, le recomendó á Líndgreen, primer actor del Teatro Real, para que le diera algunas lecciones de declamación; mas éste á los pocos días se desentendió de este empeño declarando que Cristián no servía para la escena, por lo que aconsejaba á su protector que le dedicara á estudiar latín.

Así lo hizo Guldberg lleno de buena fe, pero Andersen llevado de su decidida vocación por el teatro, ya que no podía ser cantante ni actor, pasó por ser bailarín, y no sólo recibió algunas lecciones de Dahlen, sino que figuró en una obra desempeñando un papel secundario. Tampoco el baile era su suerte, de modo que sufrió una larga temporada de miseria y abandono, hasta que habiendo recobrado la voz, figuró durante algún tiempo en el cuerpo de coros, con no poco disgusto de su pro-

lector que viéndole descuidar sus estudios acabó por repudiarle.

Abandonado á sí mismo, buscó consuelo á sus pesares escribiendo para la escena. Sus obras *La capilla del bosque*, *Los bandidos de Visseberg*, y algunas otras pasaron al teatro, pero volvieron á su casa sin ser representadas. En ciertas reuniones le recibían sólo para divertirse con sus rarezas y genialidades, en otras le protegían débilmente, algunas le cerraban sus puertas. Transcurría el tiempo, y su situación era cada vez más precaria. Un día reunió todas sus fuerzas, puso mano á la pluma y escribió una nueva tragedia titulada *Afso*, de la cual quedó por todo extremo satisfecho.

La leyó al preboste Gutfeldt y á éste le pareció bien. Con una carta de recomendación que le proporcionó el preboste se fué á ver á Collín, director del teatro, quien aunque le habló con ruda franqueza y destruyó el castillo de sus ilusiones diciéndole que la tragedia era irrepresentable, supo ver en ella algunos fragmentos que revelaban buenas disposiciones; y deseoso de proteger seriamente á su joven y desgraciado autor, obtuvo para éste del rey D. Federico VI una beca en el colegio de Slagelsee.

Allí empezó Cristián Andersen sus estudios: tenía 19 años, y sus condiscípulos, el que más, no pasaba de 10. Estudió con afán y aprovechamiento latín, griego y humanidades, saludó las matemáticas, por las cuales ¡cosa extraña! tenía singulares disposiciones, y en breve se dió á conocer con una poesía «*El niño moribundo*» que obtuvo un éxito asombroso. Sin embargo, la vida de colegio fué para Andersen un continuado martirio, sobre todo por verse privado de los consuelos de la amistad y principalmente por el carácter quisquilloso de alguno de sus profesores.

Sufrió los exámenes, saliendo muy airoso, y entró en 1828 en la universidad de Copenhague donde

prosiguió sus estudios. Por aquellos días se despertó su numen poético y escribió su primera obra seria, titulada: «Viaje al pie del canal de Holin, en la punta oriental de Amager» (Fogreisen fra Holmens Kanal til Oestpynten af Amager). Es ésta una obra fantástica, para la cual Cristián no encontró editor, y se decidió á publicarla á sus expensas. A los pocos días se agotó la primera edición. Corrían los ejemplares de mano en mano entre los estudiantes de la Universidad, y éstos al par que la celebraban con caluroso entusiasmo, se enorgullecían de tener a su autor por compañero de estudios.

Aquí empieza la fortuna de Andersen. Ya era tiempo. El éxito de esta producción le abrió las puertas de todos los salones: trabó conocimiento con las personas más distinguidas de la capital danesa, pudo estudiar con calma y alegría y un año después, tras un brillante examen de filología y filosofía, dió por terminada su carrera universitaria.

En 1830 publicó sus poesías (*Digte*), que fueron muy bien recibidas.

En tanto contrajo relaciones con los ilustres poetas OEhenschlœger, OErstedt é Ingemann, quienes le querían entrañablemente y le admiraban, y en unión de su protector Collin lograron que el monarca le concediera un estipendio de viaje (*reise stipendium*), mediante el cual tuvo ocasión de recorrer por espacio de dos años (1833-34) Alemania, Suiza, Francia, Italia, estudiando el idioma, los usos y costumbres y la poesía de estos países.

Poco antes había publicado, obteniendo asimismo el favor del público, las siguientes obras: «Escenas de viaje por el Harz y la Suiza Sajona» (*Skygebilleder af en Reise tit Harzen*) (1831) que fué la que leyó el rey y le movió á otorgarle la indicada pensión. «Los doce meses del año.» (*Aarets*

tolv Maanedén) (1833) y «Colección de poesías» (Samlede Digte) (1833), con la cual se conquistó la indisputable gloria de figurar entre los primeros poetas de los países del Norte.

En su viaje á Alemania se puso en relación con los reputados escritores Tieck y Chamisso, quienes tradujeron sus obras y se encargaron de propagarlas en aquel país tan ilustrado, que en breve sintió por ellas predilección é interés. La lengua danesa hablada por un pueblo relativamente corto y que además es escasamente conocida, no bastaba á la gloria de Andersen, de suerte que la versión alemana de sus producciones puede decirse que las naturalizó en el resto de Europa y las impuso á todos los gustos.

El viaje que hizo Andersen acabó de sazonar sus facultades. Basta leer algunos de sus libros ó simplemente algún cuento de los que componen la presente colección para descubrir desde luego con qué facilidad se asimilaba la naturaleza, las costumbres, la poesía, el color local, en suma el sello característico de cada uno de los países que recorría ávido de multiplicar sus conocimientos.

Pero de todos ellos el que más impresión le hizo fué indudablemente Italia. Allí concibió una de sus mejores novelas, «El Improvisador» (Improvisatorem) (1834), la cual abunda en gallardas pinturas de las espléndidas regiones del Mediodía de la Península Italiana, en donde las galas de la naturaleza se combinan con los restos monumentales de las antiguas edades y la fogosidad de las pasiones. Pasando del sol ardiente á las apacibles brumas, á fuer de excelente pintor dotado de un sentimiento profundo de la naturaleza, escribió la novela O. T. (1835), ó sea *La Cárcel de Odensea*, tan original por su título como por la admirable pintura que contiene de los parajes y costumbres de su país natal.

En 1838 dió una nueva novela «Un simple violín,» «Kun en Spillemand;» y en 1839 y 1840 respectivamente las «Aventuras contadas á los niños» (Eventyre fortalte for Børn) y el «Libro de estampas sin estampas» (Billedbog uden Billeder); pero, mal avenido con el monótono reposo, y por otra parte viéndose combatido acerbamente no diremos por la crítica imparcial, sino por la pasión y la envidia de otros escritores, que tuvo el candor de tomar en serio, emprendió un nuevo viaje á Italia, llegando hasta el Oriente, país de todos sus ensueños. Fruto de esta excursión fué su «Bazar del poeta» que se publicó en 1842. Al año siguiente visitó París; en 1844 llegó á Alemania en donde obtuvo grandes é incesantes ovaciones, pasó el invierno de 1845-46 en Berlín y Weimar, y luego se dirigió á Leipzig el primer centro editorial de Europa, donde preparó la edición completa de sus obras.

Poco después cruzando el Austria y deteniéndose algún tiempo en Viena y Trieste, visitó de nuevo Roma y Nápoles, en cuya última ciudad empezó á escribir la obra que hemos mencionado al principio de estas líneas: «El cuento de mi vida,» que terminó más tarde (1847) en los baños de Vernet (Pirineos). Posteriormente completó sus viajes, recorriendo Inglaterra y Suecia.

Intercalaba estas excursiones con la publicación de importantes obras de todos los géneros: novelas, cuentos, dramas, comedias, zarzuelas, trabajos periodísticos y toda suerte de producciones. Hasta el fin de su vida no dió un momento de vagar á su privilegiada pluma. La colección completa de sus obras que se publicó en Leipzig durante los años 1847-48, comprendía ya 35 volúmenes. Entre sus dramas alcanzó un éxito considerable «El Mulato» estrenado en 1839; no tuvo tanta fortuna el que dió con el título de «Rafaela» (1840) y fué

muy celebrada su comedia sentimental «La flor de la dicha» (1842).

Pero su producción más conocida y apreciada, la que se ha traducido á todos los idiomas y alcanzado en todas partes mayor número de ediciones, publicándose con diversos títulos, lo cual dificulta á veces las tareas del bibliógrafo, es su preciosa colección de Cuentos. Forma tres volúmenes, y de ellos hemos entresacado los que constituyen el presente. Ya nos ocuparemos de estas obras con más detención.

Gozó Andersen en sus últimos tiempos de una existencia tranquila y sosegada. Querido tanto por sus excelentes prendas de caracter, cuanto por la bondad de sus obras, disfrutó en vida de la celebridad que le había predicho la adivina de Odensea, antes de partir para Copenhague. Bien es verdad que sus primeros pasos fueron difíciles y angustiosos; pero no lo es menos que con ellos fortaleció su espíritu y echó las bases de su carácter y aun de alguna de sus obras, pues ni las impresiones, que recibió, ni el conocimiento del mundo que á tanta costa contrajo en sus mocedades, habían de borrarse nunca más de su memoria.

Las clases altas y la corte le distinguían; el pueblo le idolatraba: aquellas porque el talento es en nuestro siglo el mejor timbre de nobleza; el último porque supo interpretar constantemente sus dolores y sus alegrías, sus aspiraciones y sus sentimientos.

El día 2 de abril de 1875, aniversario de su nacimiento, el rey le nombró comendador de la orden de Danebreg. Poco debía gozar de esta distinción honorífica, pues el 5 de agosto del mismo año moría tranquilamente en Rolighed, á los 70 de edad, causando su fallecimiento profunda impresión en el reino de Dinamarca, en Alemania y en todas partes donde era conocida alguna de sus obras.

Su testamento es un rasgo apreciable de su carácter. De su modesta fortuna, adquirida á fuerza de trabajo y perseverancia, hizo dos partes. Legó la primera á varias bibliotecas y otros establecimientos de enseñanza, con lo cual demostró su cariño á la nación que tan bien había acogido sus obras y su interés por el pueblo, ávido de instruirse. El resto lo legó á los descendientes del consejero Collin, pagando con ello una deuda de gratitud al bienhechor generoso que, al propio tiempo que rehusaba una de sus juveniles producciones dramáticas, le abría las puertas de un colegio para que adquiriese la instrucción necesaria y le ponía en condiciones de llegar á ser uno de los primeros escritores de su país.

Andersen escribió un día que las ideas generadoras de sus cuentos brotaban en su imaginación de repente, y sin darse cuenta de ello, como las melodías nacen en la cabeza de los compositores, con fuerza espontánea é inexplicable. Tan cierto es esto que en los cuentos de nuestro autor no se descubre el menor esfuerzo, el menor asomo de tortura; y sin embargo son á cual más originales.

La primera cualidad de los cuentos, según opina un ilustrado crítico, es que á un tiempo agraden á los niños y á los ancianos, es decir á los que están destinados á escucharlos y á los que deben transmitirlos. Los de Andersen reúnen y aun exceden á esta condición, pues agradan lo mismo, á la niñez, á la juventud, á la edad viril y á la ancianidad, y no sin un poderoso motivo; pues es tan privilegiado el genio del autor, que responde á las más nimias exigencias de todos los gustos y edades. No se pierda de vista que Andersen á más de poeta es filósofo.

A fuer de poeta posee una originalidad portentosa, una inventiva inagotable, una imaginación sorprendente, un sentimiento intenso y tan sobrio que

nunca incurre en fastidiosas declamaciones, una fantasía rica y espléndida, suavidad en los toques, colorido en las descripciones, gallardía en las imágenes, flexibilidad, delicadeza y gracia abundantes, y una ironía fina, humorística, que no traspasa los estrechos límites de lo lícito y agradable, conmueve el corazón humano y de la naturaleza, y véase con cuánta razón podremos colocarle entre los primeros poetas de nuestro siglo.

Pero Andersen es filósofo por el sentido que entrañan todas sus obras. ¡Cuán profunda intención no aparece en todas ellas! A ello se debe tal vez que sean tan gustadas. El autor no se esfuerza en demostrarla ni ponerla en relieve: la intención se desprende siempre del conjunto y de los detalles más insignificantes de sus admirables cuentos, espontáneamente, como la luz brota de los cuerpos luminosos y la fragancia de las flores. No puede hallarse más íntimamente fundida la intención filosófica con las condiciones estéticas; y en el particular, si es admirable este maridaje tan feliz, no son menos de aplaudir y celebrar el tino y el buen sentido del escritor danés por prestar culto á la moral más pura y á los sentimientos más honrados, sin hacer nunca alardes de piedad, de virtud, ni de mojigatería.

La nota característica de los cuentos de Andersen es la pureza, la delicadeza, la suavidad, así en la parte literaria como en un sentido moral y filosófico.

Con gusto demostraríamos la exactitud de nuestro juicio refiriéndonos particularmente á cada una de las obritas de la presente colección; pero preferimos dejar íntegra esta tarea al criterio de nuestros lectores. Estos verán que como dice el mismo Andersen en su *Sopa al asador*, «el poeta es un hechicero.» Andersen con la varilla mágica de su genio privilegiado no sólo supo animar el corazón de los

hombres, sino en convertir en inteligencia el instinto de los animales, caracterizarlos por sus actos y prestarles un lenguaje á propósito, dar vida y carácter á los objetos inanimados, á las flores, á las piedras, á los muebles, á los juguetes, á todo lo que puso en contacto de su varilla para informar sus creaciones; supo inundar de luz sus paisajes, poblar de seres desde el cáliz de las flores al infinito espacio, prestar acentos al viento, á los rayos del sol, á las brumas, á todo lo creado, y en fin supo combinar siempre con éxito la realidad con la imaginación, el hombre con la naturaleza, el sentimiento interno con las galas de lo creado y de lo fantástico.

Ya que no nos es dable felicitarnos de haber podido reunir todos los cuentos en un solo volumen, satisfacción que nos reservamos y á la par reservamos á nuestros lectores para otro día, creemos poder ofrecer en el presente una muestra casi completa de la gran variedad de géneros y asuntos que campean en sus múltiples producciones.

Hecha esta advertencia, pase el lector adelante y perdónenos lo enojoso de la presente introducción.

J. R. R.



PULGARCILLA

ERASE una viuda deseosa de adquirir un niño; pero una criatura pequeña, que no creciera, para poder guardarla siempre á su lado, y al efecto fué á ver á una vieja hechicera que una vecina le había recomendado y le expuso su deseo.

—«Pòdrás lograrlo fácilmente, respondió la hechicera. Toma, aquí tienes un grano de cebada, muy distinto de los que siem-



bran en el campo: entiérralo en un tiesto de flores, y tendrás lo que deseas.»

La viuda dió las gracias á la hechicera por su donativo, pagándole muy gustosa los doce *schilings* que le exigió por el grano. Al llegar á su casa lo enterró en la forma indicada, y en el acto brotó una flor grande, magnífica, de colores brillantes, parecida á un tulipán si bien aún no estaba abierta.

—«¡Qué hermosa es!» exclamó la viuda, depositando un beso sobre sus pétalos pintados de ámbar y púrpura, á cuyo beso se abrió la flor, produciendo un ruido semejante á una detonación. Pero ¡oh sorpresa! En el centro, sentada sobre el pistilo, descansaba una hermosa niña muy chiquitita, que era un modelo de gracia y gentileza; y como apenas llegaba su estatura á la mitad de una pulgada, empezó á llamarla *Pulgarcilla*.

Dióle por cuna una preciosa cáscara de nuez bien barnizada, por colchones algunas hojas de violeta y por cobertor el pétalo de una rosa. En ella dormía la preciosa niña durante la noche; pero de día jugaba sobre la mesa, en la cual la viuda colocó al efecto un plato lleno de agua y ceñido con una guirnalda de flores. Flotaba sobre el agua un pétalo de tulipán, y en él solía instalarse la Pulgarcilla, la que sirviéndose de dos pajuelas como de remos, bogaba por el plato, pasando de una orilla á otra. ¡Encantador espectáculo! Además, la niña sabía cantar con una voz tan dulce, tan penetrante y melodiosa, que no era posible oírla sin contener la respiración, para no perder una sola nota de aquella música adorable.

Una noche, mientras dormía en una cuna, un sapo asqueroso penetró en la habitación por el hueco de un cristal roto. ¡Qué animal tan feo, rechoncho y pegajoso era el tal sapo! El intruso saltó sobre el velador en donde dormía la Pulgarcilla cubierta con su hoja de rosa.

—«¡Qué bonita es! dijo. La casaré con mi hijo.» Y cogiendo la cáscara de nuez en que descansaba la niña y saltando por el mismo agujero por donde había entrado, se la llevó al jardín. Allí en un ancho arroyo con honores de pantano, vivía el sapo con su hijo, que era por lo menos tan feo y repugnante como su padre.



—«Coac, coac, breke-kek» fué lo único que supo decir el sapo joven, al ver á la incomparable criatura dormida en la cáscara de nuez.

—«Cuidado, dijo el viejo, no grites, que podrías despertarla y se nos escaparía, pues has de entender que es tan sutil y ligera como el plumón del cisne. Vamos á colocarla sobre una de esas anchas hojas de nenúfar que crecen en medio del arroyo; allí estará como en una isla y no podrá escurrirse. En tanto iremos nosotros á preparar nuestra casa al fondo del pantano, para recibirla dignamente y celebrar las bodas.»

Dicho y hecho: el sapo con la mayor delicadeza dejó la cáscara en el hueco que formaba una gran hoja de nenúfar sobre la superficie del agua y á mucha distancia de ambas orillas, y después se zambulló en compañía de su hijo.

Por la mañana, muy temprano, despertó la Pul-

garcilla alegre y risueña como de costumbre. Poco sabía el pesar que le aguardaba; pero en breve se encontró rodeada de agua por todos lados, y sin medio alguno de salir de esta situación y ganar tierra, por lo que rompió á llorar amargamente. Era la primera vez que lloraba.

Cuando el sapo viejo que había bajado al légame del pantano á disponer los departamentos, los hubo decorado convenientemente en honor de su futura nuera con hojas de caña y pétalos de lirios y nenúfares, subió de nuevo á la superficie é hizo la presentación de su hijo á la Pulgarcilla en calidad de novio.

—«Tendrás con él, le dijo suavizando la voz todo lo posible y deshaciéndose en cortesías, un marido excelente; es verdad que esto y algo más mereces.»

—«Coac, coac, breke-kek» fué lo único que supo decirle el joven.

Y entrambos cogieron el pequeño lecho para trasladarlo á lo que ellos llamaban su palacio. La Pulgarcilla se quedó sola y lloraba cada vez más, al verse condenada á pasar la vida junto á los dos monstruos. Los pececitos del arroyo que habían oído las palabras del sapo, asomaron la cabeza á flor de agua deseosos de conocer á la niña, y al verla tan linda y encantadora, tuvieron por cosa muy horrible casarla á pesar suyo con un estúpido sapo.

—«No, esto no puede ser,» dijo uno con decisión, y los demás se reunieron en torno de la hoja de nenúfar y con sus pequeños dientes cortaron el tallo que la retenía, de suerte que la hoja flotando en libertad é impelida por la corriente, arrastró muy lejos á la Pulgarcilla. Pronto se encontró ésta fuera de peligro y la hoja seguía navegando á través de pueblos, bosques y praderas. Los pequeños pajarrillos posados en los árboles saludaban á la niña con sus más alegres trinos, cual si quisieran desvanecer los últimos restos de pena de su corazón há

poco tan angustiado. Una aérea mariposa, blanca y azul, que por largo rato venía revoloteando á su alrededor, acabó por posarse en la hoja de nenúfar, dejándose coger por la Pulgarcilla, quien la ató con su cinturón, sujetando la hoja con el otro cabo, de suerte que cuando la mariposa se puso á volar, la embarcación seguía á remolque más rápidamente que en un principio. La Pulgarcilla brincaba de gozo, contemplando el paisaje tan nuevo para



ella y admirando los reflejos del sol rielando sobre la corriente.)

Pero á lo mejor se presenta un saltón muy grande, y con sus repugnantes patas agarra á la Pulgarcilla por el talle y se la lleva á un árbol. La hoja de nenúfar continuaba bogando río abajo, guiada por la mariposa. ¡Dios mío, y qué de congojas pasó la pobre niña al verse colocada entre las altas ramas de un árbol! Pero á decir verdad lo que más le inquietaba era la suerte de la mariposa expuesta á morirse de hambre, si no lograba desasirse.

Venciendo el miedo que le causaba el saltón con sus zumbidos, osó hablarle de sus inquietudes respecto de la pobre mariposa; pero el saltón no hizo el menor caso de sus quejas, y trasladándola á la copa más espesa, la regaló con el jugo de las flores más delicadas, le hizo toda suerte de enojosos cumplidos, pesados como su persona, y acabó por ponderar su gran belleza.

Por la noche acudieron á visitarla todos los saltones de los árboles vecinos, y uno de ellos después de examinarla con estúpida impertinencia, dijo:

—«¡Qué miseria! no tiene más que dos piernas.»

—«Y ninguna antena,» observó un segundo.

—«Es un sér humano en miniatura. ¡Qué horror!» dijeron á una todos los saltones jóvenes y hembras.

El saltón grande, sin embargo de que había viajado mucho y tenía el gusto méjor formado que



sus compañeros, llegó á creer ante unánime juicio, que se había equivocado, y que realmente la Pulgarcilla era muy fea; pero por un resto de buenos sentimientos, la bajó del árbol y la dejó depositada sobre la corola de una margarita.

Apenas se encontró sola la Pulgarcilla rompió

en sollozos. Naturalmente, ella, hasta entonces tan querida y alabada, á quien tenían todos por una criatura encantadora, verse tratada con semejan- te desdén por una cáfila de palurdos!

Su pesar duró poco, pues tuvo que atender ante todo á proveerse de un abrigo en medio del espeso bosque en que se hallaba abandonada, á sus propias fuerzas, ella que hasta entonces había sido objeto de toda suerte de mimos y cuidados. En esta situación, empezó por tejerse una hamaca con tallos de yerba, suspendiéndola en seguida bajo la hoja de una anémona á fin de resguardarse de la lluvia, y tuvo por alimento el polen de las flores y por bebida las frescas gotas de rocío. Así pasó el verano y el otoño; pero vino el invierno, el crudo, helado é interminable invierno. Los pajarillos que la habían entretenido con sus cantos, se alejaron uno tras otro en busca de más templados climas, árboles y plantas perdieron su verdor y se encogió la gran hoja de anémona que la cobijaba, quedando expuesta la Pulgarcilla al ímpetu de los vientos. Era el tiempo cada vez más cruel y riguroso, y cuando llegaron las nieves, cayó un copo sobre la pobre niña, haciéndola bambolear bajo su peso. Entonces se refugió bajo un montón de hojas secas; pero estas, aparte de que se tronchaban, no le daban calor ninguno. ¡Cuánto sufrió la pobre! Por último se armó de valor y corrió á la ventura en busca de un asilo: traspuso los linderos del bosque, llegó á un gran campo de pan llevar erizado de rastros cuyos tallos parecían agudas estacas clavadas en la tierra helada; sin embargo la niña, tiritando de frío, se introdujo en aquel peligroso laberinto.

De pronto tropezó, por haber metido el pie en un agujero que llevaba al escondrijo de una rata silvestre, dueña y señora de una comfortable vivienda subterránea perfectamente resguardada y bien provista de trigo, arvejas, guisantes y otras semillas.

Hostigada por la necesidad, la Pulgarcilla hizo abdicación de su amor propio y tendió la mano á la rata como una mendiga, pidiéndole por caridad medio grano de cebada, pues hacía dos días que no había comido.

—«¡Pobre niña! dijo la rata que casualmente te-



nía buen corazón: entra, pasa adelante y podrás calentarte y comer algo.»

Tan prendada quedó la rata de los modales finos y de las donosas cuquerías de la Pulgarcilla, que al día siguiente le dijo:

—«Oye, niña; si quieres, podrás pasar el invierno en mi casa; no has de hacer más que ayudarme á limpiar y disponer la habitación y cuando no tengas otros quehaceres, me contarás alguna historia, pues has de saber que me gustan extraordinariamente.»

La Pulgarcilla aceptó de buen grado los ofreci-

mientos de la rata y desde entonces ésta la quiso y la trató como á una hija.

—«Vamos á recibir una visita, le dijo algunos días después: mi vecino suele venirme á ver una vez por semana para charlar un rato. Es muy rico, tiene una vivienda más vasta y hermosa que la mía y viste una lujosa pelliza negra, brillante como el terciopelo. Cree que si quisiera casarse contigo, podrías darte por muy dichosa; pero el pobre es casi ciego y no podrá apreciar tus gracias; no obstante cuando venga, cuéntale alguna historieta de las muchas que sabes y no dudo que le enamorarás, pues se pirra por oirlas.»

Estas palabras no lograron interesar á la Pulgarcilla, quien hartó sabía que el famoso vecino de la rata era sencillamente un topo. Al día siguiente, en efecto, hizo éste la anunciada visita, y la rata para preparar convenientemente su ánimo le dijo mil lisonjas sobre su hermosa habitación, sus abundantes provisiones de invierno y especialmente sobre su espíritu reflexivo y cultivado. El topo, que efectivamente tenía un aire muy grave y pedantesco, no perdía nunca su fatua serenidad sino cuando oía hablar del sol con elogio, por lo mismo que sus débiles ojillos no podían resistir los deslumbradores destellos del astro del día.

A instancia de la rata, la Pulgarcilla entonó varias canciones, entre otras la que dice: «Saltón, vuela,—Vuela, saltón;» y si bien al topo le maravilló extraordinariamente la fresca y hermosa voz de la niña, no por eso lo dió á conocer, tal vez por no faltar á la solemnidad que todo él respiraba.

En cambio tuvo á bien invitar á la rata y á la Pulgarcilla á hacer una visita á su palacio y recorrer los conductos subterráneos que había labrado á su alrededor, y es advirtió de paso que no se asustaran de un pájaro que habían de hallar á la

entrada. «No os hará nada, dijo, debe haber muerto de frío la última noche.»

El topo cogió con los dientes un trozo de madera podrida y lo hizo servir de linterna en la oscuridad, precediéndoles y alumbrando con él los largos y sombríos corredores. Al llegar al sitio donde yacía el pájaro, apoyó su fuerte hocico contra el techo y dando con él una brusca sacudida, levantó la tierra y por el agujero resultante penetró la luz del día sobre el pájaro. Era éste una hermosa golondrina, con las alas apretadas en los costados y la cabeza y las patas ocultas bajo las plumas, señal evidente de que había muerto de frío.

Este espectáculo conmovió profundamente á la Pulgarcilla. ¡Pobrecita! quería tanto á los pájaros, que con sus picos le decían cosas tan finas y que habían alegrado su soledad durante todo el verano! Pero el grosero topo empujó a la golondrina con sus ganchudas patas, diciendo:

—«Ya no silbará más. ¡Qué miserables son los pájaros! Durante el verano, se ponen llenos de orgullo y atruenan el aire y aturden á todo el mundo con sus piadas; pero el invierno les pilla desprevenidos y revientan de hambre ó de frío.»

—«Habláis como un libro, contestó la rata, que se pagaba también de tener un espíritu muy práctico. Mientras dura el buen tiempo, no piensan más que en divertirse sin cuidarse de hacer provisiones para el invierno; por cierto que he oído decir que entre los hombres pasa dos cuartos de lo mismo y hasta que es tenido como cosa de buen gusto eso de vivir así á la buena de Dios, dándose aires de poderoso.»

La Pulgarcilla no dijo una palabra; pero apenas sus compañeros hubieron vuelto la espalda, se inclinó sobre la golondrina, separó las plumas que cubrían su cabeza y depositó un beso en sus ojillos cerrados.

—«¡Quién sabe! pensó. Quizás sea uno de los gentiles pajaritos que me saludaron con sus gorjeos, cuando bajaba por el arroyo sobre la hoja de nenúfar!»

Después de recorrer el laberinto de corredores que conducían á la vivienda del topo, éste acompañó á sus dos vecinos hasta la puerta de su casa



y se volvió á la suya. Cerró la noche y la Pulgarci-lla no pudo pegar los ojos pensando de continuo en la desventurada golondrina. Para entretener su insomnio, se levantó y trenzó un tapiz con tallos de heno, lo rellenoó de pistilos de flores que fué á buscar á la farmacia de la rata, y cuando lo tuvo todo dispuesto, envolvió con este suave abrigo, á guisa de sudario, el cuerpo de la golondrina.

—«¡Adiós, hermoso pajarillo! dijo. El corazón me está diciendo que tú fuíste uno de los que, con tanta alegría, durante el verano y mientras permanecí en el bosque hicieron mis delicias.» Y diciendo estas palabras apoyó su frente sobre el pecho de la golondrina. Esta empezó á menearse y acabó por reanimarse completamente, pues no estaba muerta, sino aletargada por el frío.

En el último otoño, cuando las demás golondri- nas partieron en busca de climas más benignos, se quedó algo rezagada, el frío la sorprendió y á

duras penas pudo arrastrarse hasta el corredor de la topinera, para escapar á la nieve que amenazaba sepultarla.

La Pulgarcilla temblaba de miedo al verla resucitar; pero se armó de valor y después de envolver aún más el cuerpo de la golondrina en el cobertor, se fué á coger una hoja de menta de un olor muy penetrante, recordando que á ella le iba muy bien cuando se sentía enferma, y la puso sobre la cabeza del pájaro.

Después se retiró á su casa de puntillas y calladito, sin decir nada la rata. A la noche siguiente cuando fué á ver á la enferma, la encontró llena de vida aunque muy débil; tenía los ojos abiertos y miraba á la Pulgarcilla con ternura. La niña estaba á su lado con un trozo de madera por linterna.

—«¡Qué de gracias he de darte, encantadora niña! le dijo. Te debo la vida, pues conozco que voy á recobrar mis fuerzas. ¡Oh! ya podré revolotear otra vez por el espacio!»

—«Todavía no, dijo la Pulgarcilla, pues por fuera está nevando. Quédate acá en la cama bien calentita, y tranquilízate, que yo tendré cuidado de ti.» Y le llevó algunas conservas de insectos y un poco de agua en el cáliz de una campanilla. La golondrina comió y bebió, y sintiéndose ya vigorizada, le contó que encontrándose debajo de una zarza, al ir á tomar vuelo se desgarró el ala, con lo cual se inutilizó para seguir á sus compañeras cuando partieron hacia las comarcas del Mediodía. El frío había sido más primerizo que de costumbre y la sorprendió, dejándola aletargada.

Durante todo el invierno la Pulgarcilla continuó cuidando á la golondrina con el cariño de una hermana, sin decir de ello una palabra á la rata ni al topo que con tanta dureza se habían expresado respecto al pobre pájaro.

Cuando llegó la primavera y reaparecieron el sol y el buen tiempo, la golondrina anunció á su compañera su vehemente deseo de partir, y aunque con esta resolución la llenaba de tristeza, púsose á ensanchar la topinera y abrió un agujero por el cual un hermoso rayo de sol inundó de luz el sombrío corredor.

—«¡Qué buen tiempo debe hacer fuera de este recinto! dijo la golondrina. Si quieres acompañarme te llevaré en mis alas al verde bosque.»

La Pulgarcilla pensó en la bondadosa rata que tan bien se había portado con ella y no pudo decidirse á darle un disgusto marchándose así tan bruscamente.

—«No, no puedo,» contestó.

—«Entonces, adiós, tierna y encantadora niña, adiós,» dijo la golondrina lanzándose al espacio. La Pulgarcilla la contempló revolviéndose gozosamente en la luz del sol, sin poder contener dos raudales de tiernas lágrimas que se le agolparon á los ojos, al considerar que perdía á su mejor amiga «*Quivit, quivit*» cantó el pájaro por última vez y desapareció en el bosque.

Tanto más triste y afligida quedóse la Pulgarcilla, cuanto ya no pudo á tomar el sol, pues sobre la ratonera habían sembrado trigo y la rata le decía:— «No te arriesgues á salir, pues como eres tan pequeña, con facilidad te perderías en ese laberinto de altos tallos y no podrías dar nuevamente con el camino de mi casa.»

—«Voy á darte una buena noticia, le dijo el día siguiente: el topo me ha pedido tu mano. ¡Qué fortuna, hija mía! Ahora será preciso ocuparse de tu canastilla, procurando que en ella no falte nada: figúrate que vas á casarte con un personaje muy distinguido.»

Y envió por cuatro arañas, que de día y de noche tejían las telas más finas y primorosas. El topo

no dejaba de visitarla un solo día; solía presentarse con gravedad, dándose humos y hablando siempre de cosas insignificantes, como por ejemplo: de que hacía mucho calor y de que así que pasara el verano y refrescase el tiempo se haría la boda.

La Pulgarcilla en cambio estaba cada día más triste y desmejorada, pues el enojoso topo se le hacía más insoportable. Por esto aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían, para llegar hasta el extremo del corredor, á la puerta de la ratonera que daba al campo de mieses, y desde allí cuando el viento separaba las espigas, contemplaba con éxtasis la bóveda celeste inundada de luz del sol.

—«¡Qué buen tiempo y qué claridad reina aquí fuera! se decía. ¡Y verme condenada á vivir en ese tenebroso escondrijo! ¡Oh! Si á lo menos viniese á verme la golondrina, mi querida amiga! Pero cá; corriendo por el bosque ya se habrá olvidado de mí y no la veré más!»

Llegó el otoño, y quedó dispuesta la canastilla. —«Dentro cuatro semanas será la boda» dijo la rata, y la Pulgarcilla rompió en sollozos, declarando que no quería pasar su existencia unida á un topo tan soso, tan feo y tan pedante.

—«Vaya, niñadas, repuso la rata. Mira, no hagas tonterías ó te pego un mordisco y verás si saben á gloria mis afilados dientes. ¿Pues qué te has figurado? ¿Dónde se ha visto desdeñar á un topo que lleva una pellica tan soberbia y que tiene sus graneros y su repostería siempre repletos de víveres? ¿No sabes qué deberías hacer? Dar gracias á Dios continuamente, por la ventura que te ha deparado.»

Llegó el día de la boda y se presentó el topo para llevarse á la Pulgarcilla á su palacio subterráneo, en donde había de vivir en adelante y para siempre, sin tener siquiera el recurso de hablar del sol ya que al topo sólo oírlo nombrar le horrorizaba. La pobre niña estaba consternada y llamando á la

rata aparte le suplicó que le permitiera ir á despedirse del sol, por última vez.—«Anda, vé y vuelve en seguida,» dijo la rata.

Aquella atravesó el corredor y dió algunos pasos por el campo: ya habían segado los mieses y no quedaba más que el rastrojo, gracias á lo cual podía divisar todo el valle. Con el corazón rebosando congoja no podía apartar de sí la idea de que dentro de poco debía ir á sepultarse viva en el tétrico palacio del topo. Dió con este motivo un adiós al sol, á los árboles, á toda la naturaleza: rodeó con sus brazos el tallo de una roja amapola y la besó diciendo:—«Adiós, florecilla de mi alma: si ves á la golondrina cuéntale cuánto la amaba.»

—«*Quivit, quivit*» oyó cantar de repente sobre su cabeza. Era el infiel pajarillo que precisamente acudía á la cita que se habían dado las golondrinas para emigrar hacia los países del Sud. Al ver á la Pulgarcilla se detuvo llena de gozo, y la niña no pudo menos que contarle sus penas y cómo querían casarla con un topo muy feo, privándola de la luz del día. Al decir esto, los sollozos entrecortaban sus palabras.

—«Pues bien, le respondió la golondrina, decídetе de una vez: véntе conmigo. Vamos á partir para unos países en donde brilla siempre el sol, más radiante que aquí, para unas comarcas que embellece una perpétua primavera y cubren unas flores que tú no has visto nunca. ¿Quieres venir? Cree que me tendré por muy dichosa si puedo librarte del horrible topo, en pago del servicio que tú me hiciste, salvándome del rigor del frío.»

—«Te acompaño,» continuó la niña, sentándose en la espalda del pájaro y atándose con el cinturón á una de las plumas más sólidas. La golondrina se lanzó rápidamente por encima de los bosques y subiendo siempre y batiendo el aire sin cesar,

atravesó grandes montañas cubiertas de nieves perpetuas. La Pulgarcilla tenía frío; pero se acurrucaba bajo las plumas del pájaro, sin sacar más que la cabeza, anhelosa de admirar los bellos paisajes que atravesaban.

Y en su rápido vuelo, descubría bosques de limoneros y naranjos, vides trepando hasta las copas de los árboles, con sus flotantes guirnaldas de frondosos pámpanos, un cielo de un azul más acentua-



do y de una pureza incomparable, que parecía dos veces más alto que en las regiones del Norte. De vez en cuando pasaban junto á ella grandes mariposas de alas brillantes y deslumbradoras, cual nunca las había visto ni imaginado.

Y la golondrina seguía volando y avanzaba siempre, y el paisaje era cada vez más espléndido. Por fin llegaron á un lago azul y transparente rodeado de una magnífica arboleda, á cuyas orillas se levantaba un soberbio palacio de mármol, adornado con columnas por las cuales se enroscaban caprichosamente hiedras y emparrados. Las cornisas es-

taban cuajadas de nidos de golondrinas. Uno de estos nidos pertenecía á la que llevaba á la Pulgarcilla.

—«Aquí está mi casa, dijo; pero para tí no es bastante bella. Allá abajo hay flores divinas, elige la que quieras por habitación.»

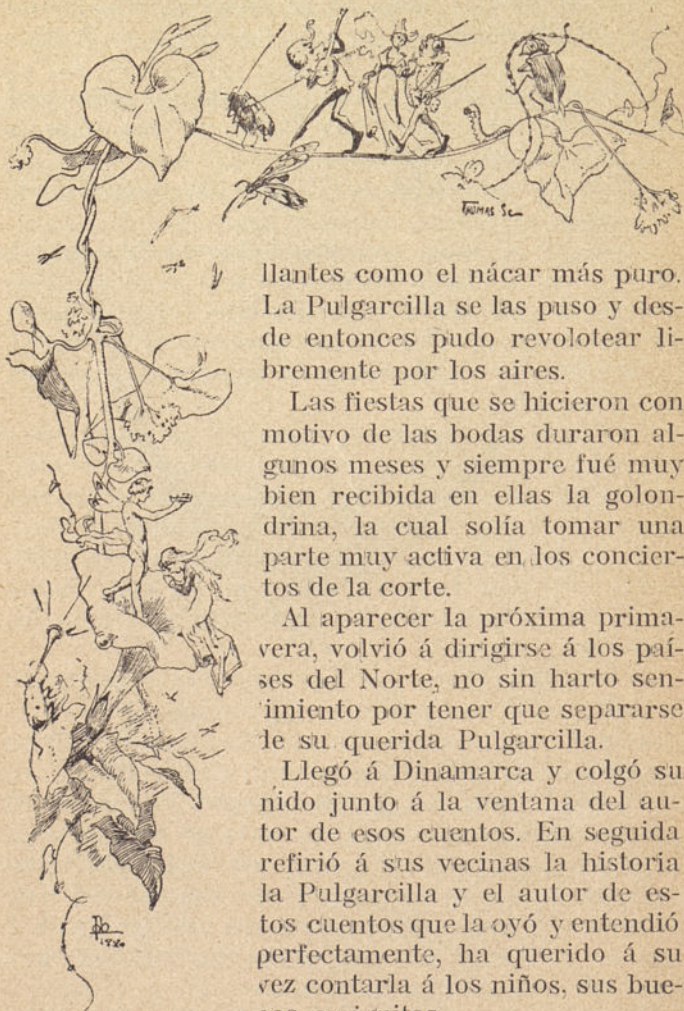
—«¡Albricias!» gritó la Pulgarcilla palmoteando de alegría.

Yacía por el suelo una gran columna de mármol, que al caer se había partido en tres pedazos, y en el espacio que entre ellos quedaba, crecían grandes flores de un color blanco parecido al del ópalo. La Pulgarcilla eligió una y la golondrina la depositó en el cáliz.

Pero ¡cuál no sería su asombro al encontrarse allí con un jovencito, de la misma estatura que ella! Su cuerpo era luminoso y transparente, tenía dos alas de variados y resplandecientes matices y llevaba su calidad de rey, como lo era en efecto, habitando cada uno de sus súbditos en un cáliz distinto de las infinitas flores esparcidas por aquellos contornos.

—«Válgame Dios, qué hermoso rey!» murmuró la Pulgarcilla, en tanto que el príncipe medio asustado ante la golondrina que era á su lado un pájaro gigantesco, se recobraba al ver á la niña, cuya belleza le impresionó profundamente. Tanto fué así que quitándose la corona, la puso en la frente de la Pulgarcilla y le preguntó sin más preámbulos si le quería por esposo y deseaba ser reina de las flores. ¡Cuánta diferencia entre este jovencito y el sapo y el topo! La Pulgarcilla contestó sin vacilar:—«Sí, con todo mi corazón.»

Revoloteando salieron de todas las flores verdaderos enjambres de menudos señoritos y señoritas, deseosos todos de prestar homenaje á su nueva soberana. Cada uno era portador de un regalo, siendo el que más agradó á la novia, un par de alas bri-



llantes como el nácar más puro. La Pulgarcilla se las puso y desde entonces pudo revolotear libremente por los aires.

Las fiestas que se hicieron con motivo de las bodas duraron algunos meses y siempre fué muy bien recibida en ellas la golondrina, la cual solía tomar una parte muy activa en los conciertos de la corte.

Al aparecer la próxima primavera, volvió á dirigirse á los países del Norte, no sin harto sentimiento por tener que separarse de su querida Pulgarcilla.

Llegó á Dinamarca y colgó su nido junto á la ventana del autor de esos cuentos. En seguida refirió á sus vecinas la historia la Pulgarcilla y el autor de estos cuentos que la oyó y entendió perfectamente, ha querido á su vez contarla á los niños, sus buenos amiguitos.

HISTORIA DE UNA MADRE



HISTORIA DE UNA MADRE

HALLÁBASE sentada una madre junto á la cuna de su pequeño hijo, por todo extremo afligida y temerosa de que la muerte se lo arrebatara. Pálido y demacrado era el rostro del pobre pequeñuelo y sus párpados permanecían entornados. Su respiración difícil era algunas veces tan profunda que más parecía suspiro que respiración, y no obstante aún infundía más lástima la madre que el inocente moribundo.

He aquí que llaman á la puerta y entra en la casa un pobre viejo, triste y envuelto en un holgado cobertor, que le resguardaba del frío y le era á fe de todo punto indis-

pensable, pues reinaba un invierno muy crudo, el campo estaba cubierto de nieve y de hielo, y el viento era recio y cortaba el cutis.

El buen hombre tiritaba de frío; y habiéndose adormecido el niño por algunos momentos, la madre se separó de la cuna y se fué á poner á la lumbré una pequeña vasija con cerveza para reanimar al anciano. Este, en tanto, se sentó, en la silla que antes ocupaba la madre y se puso á mecer al niño suavemente. Luego después la madre tomó asiento á su lado y tendiendo una profunda mirada sobre el enfermo que cada vez respiraba más difícilmente, cogió su manecita y dijo:

—«¿No es verdad que no la perderé? ¡Oh, no! Dios es bueno y no querrá quitármelo!»

A estas palabras, el anciano, que no era otro que la Muerte, hizo con la cabeza un gesto tan singular, que del mismo modo podía decir que sí como que no. La pobre madre bajó los ojos y dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sintióse como un peso en la cabeza, pues había pasado tres días y tres noches sin cerrar los párpados; permaneció amodorrada cosa de un minuto, un minuto no más, y en seguida despertó llena de sobresalto, sintiendo un estremecimiento de frío.

—«¡Qué veo!» exclamó paseando por su alrededor sus ojos extraviados. El viejo había desaparecido y la cuna estaba vacía: aquel hombre se había llevado al niño. Desde su rincón dejó oír el viejo reloj un ruido sordo y confuso, los rodajes rechinaron con estruendo, el macizo peso de plomo se desprendió cayendo en el suelo y ¡paf! paróse el péndulo instantáneamente.

La pobre madre se precipitó fuera de la casa clamando por su hijo.

Afuera dió con su mujer que vestía holgado fraje negro y estaba sentada en medio de la nieve.

—«La Muerte entró en tu casa, le dijo la desconocida. Yo la he visto salir llevándose á tu hijo; pero la Muerte corre más que el viento y no suelta nunca su presa.»

—«Dime sólo una cosa, dijo la madre. ¿Qué dirección ha tomado? Dímelo, te lo suplico; dímelo y yo sabré alcanzarla.»

—«Conozco el camino por donde se ha ido, contestó la enlutada mujer; pero antes de indicártelo necesito que me dejes oír todas las canciones que cantabas á tu hijo. Estas canciones me agradan y tu voz me enamora. Yo soy la Noche, te he oído cantarlas varias veces y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.»

—«¡Oh! Yo las cantaré todas, todas enteramente, pero será después, dijo la madre. Ahora, no me entretengas, déjame alcanzar á la Muerte y recobrar al hijo de mis entrañas.»

La Noche permaneció muda é impassible y la pobre madre juntando las manos y llorando á mares, se puso á cantar. Muchas fueron sus canciones; pero hubo en ellas más lágrimas que palabras.

Por fin le dijo la Noche:—«Anda en línea recta hacia el sombrío bosque de abetos: por allí ha huído la Muerte con tu hijo.»

La madre salió disparada hacia el bosque; pero á lo mejor se encontró con que el camino se bifurcaba y se quedó perpleja, no sabiendo qué dirección tomar. Había por allí un espinoso zarzal sin hojas ni flores, y como esto pasaba en lo más crudo del invierno, gruesos carámbanos colgaban de sus desnudas ramas.

—«¿Has visto á la Muerte llevándose á mi hijo?» le preguntó la madre.

—«Sí, contestó el zarzal; pero no te indicaré el camino que ha tomado, sino con una condición; has de calentarme en tu seno: me muero de frío.»

Y la madre, sin titubear un momento, apretó el zarzal contra su pecho para derretir el hielo que lo cubría. Las espinas desgarraron sus carnes y brotaron de las heridas gruesas gotas de sangre; pero el zarzal retoñó instantáneamente, cubriéndose de verdes y frescos tallos y de hermosas flores, en aquella noche de invierno. ¡Tan intenso y febril es el calor que alberga el seno de una madre afligida!

El zarzal le indicó el camino que debía tomar. Llegó la madre á orillas de un anchuroso lago, en el cual no había barca ni esquife, ni hielo bastante duro para pasarlo á pie, siendo por otra parte demasiado profundo para vadearlo. Y no obstante, le era preciso llegar á la orilla opuesta si quería encontrar á su hijo. Delirante de amor se arrojó al suelo tratándose de beberse toda el agua del lago, cosa enteramente imposible; pero la angustiada madre creía que Dios se apiadaría de ella y obraría un milagro.

—«No, no has de lograr lo que te propones, le dijo el lago. Repórtate un poco y veamos si hay medio de entendernos. A mí me gusta tener perlas al fondo de las aguas y veo que tus ojos ostentan un brillo que excede al de todas las perlas que he poseído. Si á fuerza de llorar logras que tus ojos se te desprendan, yo te conduciré hasta el invernadero que se levanta á la orilla opuesta, en el cual tiene la Muerte su morada, dedicándose al cultivo de flores y árboles cada uno de los cuales representa la vida de un sér humano.»

—«¡Oh! exclamó la madre, ¡qué es lo que no daría yo por recobrar á mi hijo!»

Y ¿quién hubiera podido imaginar, después de todo, que aún le quedasen lágrimas? Y sin embargo lloró amargamente, como no había llorado nunca, hasta que sus ojos se le cayeron de las órbitas al

fondo del lago, y quedaron convertidos en dos perlas como nunca las haya poseído reina alguna.

El lago entonces la tomó y sostuvo en su superficie, y cual si hubiese sido un columpio, con un solo movimiento de ondulación la dejó á la otra orilla, donde se levantaba un maravilloso edificio cuya fachada tenía más de una legua. De lejos no podía distinguirse bien si esta soberbia construcción era una montaña con sus grutas y bosques ó una obra de arte. Pero la desolada madre ya nada podía distinguir habiendo perdido la vista.

—«Y ahora, ¿cómo reconoceré á la Muerte que me ha arrebatado á mi hijo?» gritó con desgarrador acento.

—«La Muerte no ha llegado todavía,» le contestó una vieja, que andaba por allí guardando el invernáculo y cuidando las plantas. «Y dime: ¿cómo te las has compuesto para llegar hasta aquí? ¿Quién te ha ayudado?»

—«Sólo Dios misericordioso. Pero tú también te apiadarás de mí, buena mujer. ¿Dónde está mi hijo?»

—«No le conozco, repuso la vieja, y veo que eres ciega. Hay aquí muchos árboles, flores y plantas que se han marchitado esta noche y dentro de poco vendrá la Muerte, como de costumbre, á retirarlos. Creo que ya sabrás que todos los seres humanos tienen aquí un árbol ó una flor que representa su vida y carácter y que muere con ellos. A simple vista parecen vegetales ordinarios; pero al tocarlos nótanse en ellos las pulsaciones de un corazón. Llégate hasta aquí y tal vez podrás reconocer los latidos del corazón de tu hijo. Pero ¿qué me darás si te enseño el camino?»

—«Nada me queda, respondió la desdichada madre con honda tristeza. Sin embargo, pide lo que quieras y yo iré á buscarlo aunque sea al fin del mundo.»

—«De fuera de aquí nada necesito, contestó la vieja. Dame tu larga y sedosa cabellera negra; es muy rica, me gusta y deseo trocar con ella mis pobres canas.»

—«¿Nada más? dijo la madre. Tómalala enhorabuena.»

Y se arrancó sus magníficos cabellos que un tiempo fueron el orgullo de su juventud y se puso en su lugar las canas cortas y escasas, de la vieja.

Esta la tomó luego de la mano y juntas entraron en el vasto invernáculo donde crecía formando soberbias espesuras una vegetación maravillosa. Jacintos delicadísimos colocados bajo campanas de cristal estaban junto á peonias hinchadas y vulgares. Veíanse plantas acuáticas, las unas exuberantes de savia y las otras casi marchitas y con las raíces rodeadas de asquerosas culebras. Algo más lejos se erguían esbeltas palmeras, copudas encinas y frescos plátanos, y en un rincón extraviado ostentábanse grandes cuadros de perejil, tomillo y otras yerbas de cocina, emblema del género de utilidad que prestan aquellas personas modestas cuya vida simbolizaban. Había además grandes arbustos plantados en unas macetas tan angostas é incapaces que parecían que iban á estallar, y en cambio miserables florecillas ocupaban ricos y holgados vasos de porcelana, absorbiendo el más sustancioso mantillo, rodeadas de musgo y siendo objeto de los más exquisitos cuidados. Todo esto representaba la vida de los hombres que existían en aquel momento, desde la China hasta Groelandia.

En vano la vieja trataba de explicar detalladamente disposición tan misteriosa; la madre no la oía y no cesaba de pedir que la acompañase junto á todas las pequeñas plantas, tentándolas y palpándolas con afán para percibir sus pulsaciones; hasta que después de haberlo verificado con millares de

ellas, acabó por distinguir y reconocer los latidos del corazón de su hijo.

—«El es,» exclamó, tendiendo la mano sobre un pequeño tallo de azafrán, doblado sobre sí mismo y poco menos que mustio.

—«Cuidado, no lo toques, dijo la vieja, y no te muevas de aquí. Cuando venga la Muerte, que no puede tardar, amenázala con arrancar todas las



flores que crecen en torno y tendrá miedo, pues es responsable y ha de dar cuenta de ellas á Dios, no pudiendo arrancarse ninguna planta sin su previo consentimiento.»

Al poco rato se dejó sentir una ráfaga de viento glacial y la madre adivinó la proximidad de la Muerte.

—«¿Cómo has hallado el camino de este sitio? preguntó la Muerte. ¿Cómo te has compuesto para llegar hasta aquí antes que yo? Expílicate.»

—«Soy madre,» contestó lacónicamente.

Y la Muerte extendió su mano larga y huesosa sobre el pequeño azafrán; pero la madre lo tenía estrechamente circuido con las dos suyas, al propio

tiempo que ponía el mayor cuidado en no ajar ninguno de los menudos y delicados pétalos. Entonces la Muerte tomó el partido de soplar sobre las manos de la madre, la cual se las sintió caer desfallecidas, porque el aliento de la Muerte es más frío y helado que los vientos del más riguroso invierno.

—«Tú nada puedes en contra mía,» dijo la Muerte.

—«Dios puede más que tú,» repuso la madre.

—«Es cierto; pero yo cumplo sus mandatos, á fuer de jardinero puesto á sus órdenes. Todas esas flores, todos esos árboles y matas cuando ya no pueden vivir en el invernadero, los trasplanto á otros jardines y entre ellos al grandioso é inmenso paraíso, comarcas desconocidas, en las cuales ni tú sabes lo que ocurre, ni puedo decírtelo.»

—«¡Compasión! ¡Ay de mí! gritó la madre. No me arrebatas á mi hijo, ahora que he tenido la dicha de encontrarlo.»

La suplicante madre gemía amargamente y la Muerte permanecía impassible, por lo que llevando aquella la mano sobre dos flores brillantes y magníficas, dijo á la Muerte:

—«Pues bien, ya que nada te dice la desesperación de una madre, yo arrancaré esas dos flores y haré lo mismo con las restantes, devastando todo este jardín.»

—«Detente, gritó la Muerte. Y tú, madre desgraciada, ¿no reparas en destrozar el corazón de otras madres?»

—«¡Otras madres!» murmuró la pobre mujer, apartando las manos de las flores.

—«Toma, dijo la Muerte: toma tus ojos; los he visto en el lago: brillaban con tanta dulzura, que no he podido menos que recogerlos. No sabía que fuesen los tuyos. Recóbralos y mira al fondo de ese pozo. Ahí verás lo que habrías destruído destruyendo esas flores. En los reflejos del agua verás la suerte re-

servada á cada una de esas flores y á tu hijo, si hubiese vivido.»

La madre se inclinó sobre el brocal y vió pasar sucesivamente una serie de imágenes de ventura y alegría formándolo risueños cuadros, seguidos de espantosas escenas de pesadumbre, desolación y miseria.

—«Esas cosas, así las unas como las otras son voluntad de Dios,» dijo la Muerte.

—«Pero en lo que me acabas de enseñar, exclamó la madre llena de zozobra, no creo haber visto yo el destino de mi hijo.»

—«No te diré yo cuál de ellos es, repuso la Muerte; pero lo repito; entre todo lo que has visto está la suerte que á tu hijo le aguarda en el mundo.»

La madre enloquecida hincó las rodillas exclamando:

—«Por Dios, oye mis ruegos y respóndeme de una vez: ¿le estaba reservada á mi hijo la parte horrible de ese espectáculo? Dímelo sin rodeos, habla. ¿No quieres contestarme? ¡Oh! en la cruel incertidumbre en que estoy sumida, será mejor que me lo arrebatas antes de que corra el riesgo de sufrir tales desgracias. Le quiero más que á mí misma al hijo de mis entrañas; caigan pues sobre mí todas las desdichas. Llévalo en buen hora al reino de los cielos y olvídense mis lágrimas y mis súplicas, mis palabras y mis sacrificios.


—«No te entiendo bien, dijo la Muerte; vamos á ver, ¿quieres, sí ó no, recobrar á tu hijo, ó prefieres que le conduzca á ese lugar desconocido de que no puedo hablarte?»

La madre entonces juntando las manos, cayó de rodillas y dirigiéndose al Rey de los cielos exclamó:

—«No me escuches, Dios mío, si desde el fondo del corazón reclamó contra su voluntad, que está siempre cifrada en lo mejor, ¡Oh! ¡No me escuches, no me atiendas!»

E inclinando su cabeza sobre el pecho, caía abismada en la más terrible de las congojas, en tanto que la Muerte arrancaba el débil tallo de azafrán y volaba á trasplantarlo al jardín desconocido.





EL GOLLETE DE LA BOTELLA

Si mezquino y ruín era el aspecto de todas las casas que formaban cierto callejón angosto y tortuoso, una de ellas particularmente, la más alta, excedía á las demás, pues era tal que al parecer iba á derrumbarse por todos lados. Habitada de arriba abajo por familias indigentes, el cuarto en que se hacía más visible la pobreza era una buhardilla que tenía una sola ventana y en ella una jaula tan vieja y descoyuntada, que ni siquiera había vasisija, haciendo las veces de tal un gollete de botella invertido y con la boca tapada con un tapón de corcho para contener el agua destinada á un hermosísimo canario. Cual si este pajarillo se preocupase muy poco de su miserable instalación, saltaba alegremente por las cañitas puestas de través en los alambres de la jaula, y tarareaba hermosos can-

tos, especialmente cuando su dueña, que era una vieja solterona, le traía una hoja de ensalada.

—«Dichoso tú que puedes cantar,» le dijo el gollete, es decir, no lo dijo en voz alta, pues á la sazón no hablaba más que los otros golletes; sólo lo pensó como solemos hacerlo los hombres cuando hablamos con nosotros mismos.

—«Dichoso tú que puedes cantar, repuso, pues tienes todos los miembros enteros. Ya quisiera ver qué harías si como yo hubieses perdido casi todo el cuerpo y no te quedase más que el cuello y la boca y aun ésta la tuviese cerrada con un tapón de corcho; me parece que entonces no cantarías. Pero en fin, bueno es que en esta casa haya un sér que esté alegre.»

—En cuanto á mí, bien lo sé, no tengo para que cantar, y aun que quisiera no había de lograrlo. Algún tiempo formando parte de una botella cantaba alguna vez sobre todo cuando con el tapón me rozaban de cierto modo; pero en cambio las gentes me festejaban cantando en honor mío. Sólo Dios sabe qué de cosas agradables me dijeron en una gira de campo que realizaron con motivo de haberse desposado la hija del peletero. Parece que era ayer, y sin embargo, desde aquella fecha ¡no he corrido pocas aventuras! ¡Qué vida tan accidentada ha sido la mía! Me he visto en el fuego, en el agua, en la tierra y en el aire, más alta que todos los seres de este mundo. Déjame recapacitar de una vez todos los incidentes de mi curiosa historia.»

Recordó el horno todo llamas en que había nacido y la manera como soplando la habían formado de una masa líquida é hirviente; aún no se había enfriado y mirando el fuego de donde acababa de salir, experimentó vivos deseos de echarse á rodar y meterse nuevamente en el horno; pero á medida que iba enfriándose sentía el placer de figurar en el mundo como un sér particular y distinto, pre-

firiéndolo á verse confundida en una masa por centelleante y transparente.

Pusiéronla en fila con todo un regimiento de botellas hermanas, salidas todas del mismo horno. Entre ellas las había de todos tamaños y formas, unas para *Champagne*, otras para cerveza. Estaban convenientemente separadas según el fin á que se las destinaba, si bien que más tarde, en curso de la vida, sucede algunas veces que la botella fabricada para guardar el vulgar aguarrás, se ve al cabo llena de precioso *Lachrima Christi* mientras que la de *Champagne* acaba por contener betún ú otra cosa peor, sin embargo de que ni aun en esta humilde condición llega á oscurecerse por completo el noble origen de una botella.

Las que salieron del horno, debidamente encajonadas y rodeadas de heno seco, fueron expedidas en todas direcciones, haciéndose su transporte con particular esmero. Notó la nuestra signos evidentes del gran respeto con que la miraban, y en verdad que al verse tratada con tanta deferencia, no hubiera podido imaginar entonces que había de acabar sirviendo de abrevadero al canario de una pobre vieja.

La caja que la contenía fué á parar á la bodega de un mercader de vinos. La desembalaron y por primera vez la lavaron y enjugaron cuidadosamente, lo cual le produjo una sensación muy plácida. Luego la colocaron de lado y sin darse cuenta de ello notó que le faltaba algo. Por fin la llenaron de un excelente vino de marca acreditada, le pusieron un tapón cubierto con lacre y una etiqueta con estas palabras: «*Clase superior.*» Orgullosa se puso como un colegial que alcanza el primer premio, y no sin motivo, pues si el vino era magnífico, el cristal de la botella era sólido y no tenía huecos ni la menor veteadura.

Subiéronla á la tienda, y como el lirismo es un

germen natural de la gente moza, sentía fermentar en su seno toda suerte de imágenes y pensamientos desconocidos, reminiscencias de las soleadas colinas en que crece la viña y de los alegres cantos que entonan los vendimiadores, y todo ello lo oía resonar de un modo confuso, al igual que los poetas jóvenes que ordinariamente no se dan cuenta de los pensamientos que en su alma se agitan.

Un día fueron á comprarla: el comprador era un aprendiz de peletero que pidió lo mejor que hubiese en la tienda. Se la llevó y la colocaron en un cesto de provisiones con un jamón, varias salchichas, un queso, manteca fresca y pan blanco y sabroso. Se había encargado de disponer el cesto la hija del peletero, joven y linda muchacha en cuyos ojos rasgados y rojos labios brillaba una encantadora sonrisa. Sus manecitas eran blancas y suaves y su cuello como la nieve. Era en suma la moza más rozagante del pueblo.

La comitiva se dirigió al bosque en carruaje, y sentada en él con los demás iba la joven, llevando el cesto sobre las rodillas. Por entre los pliegues de la servilleta que lo cubría, asomaba el gollete de la botella, mostrando orgullosamente su roja corona de lacre. La botella no cesaba de mirar el rostro de la muchacha, quien á hurtadillas fijaba á cada momento sus ojos en el de su vecino, que no era otro que un antiguo compañero de infancia, hijo del retratista. Acababa de tomar con mucho lucimiento el título de piloto de altura, y al día siguiente debía encargarse del mando de un buque y partir á lejanas costas. Mientras se hacían los preparativos de la gira, todos hablaban de lo mismo; es decir, todos, pues la hermosa muchacha no decía oste ni moste, y no porque la cosa le fuese indiferente, muy al contrario: cualquiera al contemplarla habría observado cierta nube de tristeza en sus ojos y un plie-

gue, indicio seguro de pesar y zozobra, alterando sus encantadores labios.

Tomó asiento la comitiva á la sombra del follaje. Los dos jóvenes cuchicheaban aparte y en voz muy baja sin que la botella pudiese oír mejor que los otros lo que se decían, pues por mucha que fuese su curiosidad, aún no la habían sacado del canasto. Sin embargo cuando la sacaron, lo primero que notó fué un cambio muy visible en el rostro de la doncella, la cual, aunque permanecía silenciosa como en el carruaje, estaba radiante de júbilo.

Todos reían y gozaban, cuando el peletero tomó la botella y la destapó con el saca-corcho; ya nunca más había de olvidar el gollete el instante solemne en que lo destaparon por primera vez. ¡*Chuap!* dijo con una limpieza de acento del mejor augurio. Y luego ¡cómo expresar el dulce y halagüeño *glu-glu*, que hizo resonar al verter el vino en todos los vasos!

—«Vivan los novios!» profirió el peletero, mientras todos vaciaban el contenido de aquellos y el joven marino abrazaba á su linda prometida.

—«Que Dios os bendiga y os haga felices,» añadió el padre de la muchacha. Y el joven llenó nuevamente los vasos exclamando:

—«Brindemos por mi feliz regreso. De aquí á un año será la boda.»

Y después de apurar el vaso, empuñó la botella exclamando:

—«Tú has servido para festejar el día más feliz de mi vida: pues bien, después de esto ya no puedes hacer nada mejor en el mundo.»

Y blandiéndola con fuerza, la tiró al aire; y aunque la joven la contempló, pensando quizás que la veía por última vez, lo cierto es que debía verla volar de nuevo, si bien en muy distintas circunstancias.

Cayó la botella, sin quebrarse, en medio de unos espesos juncales á orillas de un pequeño estanque, habiéndose hecho cargo en su rápido viaje de la ingratitud de los hombres.

—«Yo les he dado, se decía, vino excelente, y ellos en pago me obligan á llenarme de agua cenagosa.»

Aunque había dejado de ver á los de la alegre comitiva, les oyó distintamente durante algún tiempo reír y cantar, hasta que partieron. Entonces dos muchachos campesinos que iban huroneando por entre los juncos, la apercibieron y se la llevaron á su casa. La víspera había ido á despedirse de su familia su hermano mayor que era marinero y que al día siguiente debía embarcarse para emprender un largo viaje. Precisamente cuando llegaron los niños á su casa, encontraron á su madre activamente ocupada en hacer un lío, metiendo en él cuantos objetos consideraba que podían ser útiles á su primogénito en su larga travesía, cuyo lío el padre debía traerlo al puesto aquella misma noche, aprovechando de paso la ocasión de despedirse y abrazar á su hijo de parte de su madre y de sus hermanitos. Ya había envuelto la buena madre un frasco lleno de aguardiente destilado, cuando llegaron los niños mostrando la hermosa botella que acababan de encontrar entre los juncos, por cuyo motivo la madre retiró el frasco y puso en su lugar la botella llena de ese aguardiente algún tanto amargo al paladar de las gentes de las ciudades, pero extremadamente estomacal y muy estimado de los marinos.

—«Me parece que habrá bastante, dijo la madre: con una botella como ésta, no ha de sufrir dolores de estómago en todo el viaje.»

Y he aquí cómo la botella se vió nuevamente lanzada al torbellino del mundo: No hay que decir cuán gozoso la recibió el marinero Pedro Jensen llevándola á bordo del buque que era precisamente el mis-

mo que mandaba el joven capitán de quien antes hemos hablado; y aunque éste no la vió, difícilmente la habría reconocido por aquello que la había tirado tan alegremente, después que se hubo servido de ella para festejar sus esponsales.

Nada había perdido la botella con su nuevo empleo, pues si era muy exquisito el vino que antes contenía, no hay que decir el buen concepto que gozaba el aguardiente entre la tripulación del buque. «¡Qué mejor medicina que ésta!» decían los marineros cada vez que Pedro Jensen la sacaba para curar con unas gotitas el mal de estómago de algún camarada. ¡Y qué música podía compararse con el rechinamiento del gollete, cada vez que lo destapaban!

Así pues, mientras guardó una sola gota del precioso licor se vió muy honrada; pero por fin se quedó vacía, completamente exhausta y entonces la dejaron abandonada en un rincón, sin que nadie hiciera caso de ella.

Un día sobreviene una terrible tempestad: enormes oleadas agitan el buque con aterradora violencia, se rompe el palo mayor, se abre un boquete en el casco, el agua penetra en la bodega, funcionan las bombas sin provecho y el buque zozobra envuelto en las tinieblas de la noche.

Pero en los últimos momentos, el joven capitán escribe al fulgor de los rayos las siguientes palabras: «En nombre de Jesucristo... Naufragamos...» y pone debajo el nombre del buque, el suyo y el de su novia... Luégo mete el papel dentro de la botella, la tapa herméticamente, y la arroja sobre las encrespadas olas. ¡Quién había de decirlo! La misma botella que hasta entonces había repartido felicidad y alegría, se convertía en mensajera de muerte y desventura.

Zozobró el buque y con él la tripulación; y la botella, llevada por las olas, iba saltando de una á otra,

ligera y vigilante, cual cumple á la portadora de un billete que envuelve un postrer recuerdo de amor. Vió levantarse y ponerse el sol é inundarse el horizonte de encendidos arreboles, lo cual le recordaba el horno natal y le infundía ardientes deseos de precipitarse hacia el globo inflamado y rutilante, cansada de flotar solitaria y en todas direcciones á merced de los vientos y de las olas. La calma y los huracanes se sucedían alternativamente, y en esas enojosas peregrinaciones no tuvo nunca la suerte



de ser devorada por un tiburón ó de estrellarse contra los escollos.

El papel que guardaba, último adiós de un amante á su enamorada, llevaría la desolación y el luto, si llegaba á las manos á que estaba destinado, á aquellas manos blancas y suaves que el día memorable de los esponsales habían tendido con tanta gracia la servilleta sobre el verde césped del bosque; pero ¿por ventura el pesar y la desesperación que provocase no sería preferible á los martirios de la incertidumbre que debía sufrir la desventurada joven?

Pero ¿dónde estaba la hija del peletero? ¿Qué di-

rección había de tomar la botella para llegar á su país? Esto es lo que ella no sabía, por lo que continuó dejándose traquetear á diestro y siniestro, y si bien al principio tomó con gusto esa vida vagabunda, acabó por cansarse de ella, considerando que no era tal su destino en este mundo.

Por último vino á chocar con la arena de una playa, donde la recogieron, sin que llegase á comprender una sola palabra de cuanto decían las gentes, pues el país en que había abordado, distaba algunos centenares de leguas de aquel de que era originaria.

La recogieron y después de mirarla y remirla por todos lados, la destaparon, sacaron el papel que guardaba, lo volvieron en todos sentidos, trataron de leerlo y nadie acertó á descifrarlo, aunque adivinaban que la botella procedía de un buque naufrago y que de esto debía tratar el escrito. Después de consultar á las personas más doctas, volvieron á meter el papel en la botella y á ésta la colocaron en un armario de un gran aposento de una casa muy grande.

Cada vez que llegaba un extranjero se apresuraban á enseñarle el papel, sin que ninguno conociese el idioma en que estaba escrito, de suerte que á fuerza de pasar de mano en mano, la escritura trazada con lápiz fué cada vez más difícil de descifrar y acabó por borrarse enteramente.

Al cabo de un año la botella pasó del armario al desván de la casa, quedando al poco tiempo cubierta de polvo y telarañas. ¡Con qué amargura recordaba entonces los buenos días en que vertió el divino zumo de la vid, bajo la fresca sombra del bosque, y aquellos otros en que se balanceaba gallardamente entre las olas guardadora de un trágico secreto, de un postrer suspiro de eterna despedida!

Veinte años pasó consumiéndose en el solitario

desván, y habría pasado un siglo entero, á no haber sido derribada la casa para proceder á su reedificación. Al descoronar el tejado, se apercibieron de que estaba allí, y aun cuando notó que hablaban de ella, no entendió una palabra de lo que decían.

—«Si no me hubiesen sacado del armario, pensaba, habría acabado por aprender el idioma del país; pero aquí arriba sin otra compañía que la de las ratas y los ratones, he perdido el tiempo inútilmente.»

La lavaron y fregaron, que bien lo necesitaba, y al verse limpia y transparente recobró su antiguo buen humor. En cuanto al papel que hasta entonces había guardado con tanto celo, se quedó en la lejía.

Llena de semillas de plantas del Sud, expedidas para el Norte, y bien tapada y mejor envuelta, fué colocada en un buque, en un rincón oscuro en donde por mucho tiempo no había de ver luz de ningún género, y mucho menos la del sol ni la de la luna.

—«En tan tristes condiciones, se decía, ¿qué provecho voy á sacar de mi viaje?»

Pero no era esto lo esencial, sino llegar á puerto, como así sucedió, por lo que la desembalaron y con no poca sorpresa oyó resonar estas palabras:

—«¡Válgame Dios! ¿Cuánta pena no se han dado en envolver esta botella... y después de todo quizás estará rota?...»

No era cierto: estaba entera, y no sólo estaba entera, sino que entendía todas las palabras que se



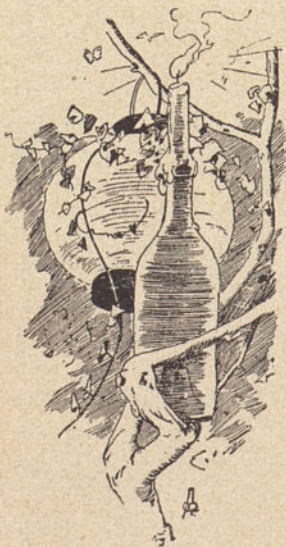
pronunciaban, por pertenecer al idioma que se había hablado delante de ella, en el horno, en casa del mercader de vino, en el bosque y en el primer buque en que se embarcara, el hermoso y bello lenguaje de su país natal. ¡Oh ventura! Acababa de regresar á su patria: su alegría era tal que por poco se desliza de las manos que la habían cogido, y estaba tan emocionada que apenas se apercibió de que la destaparan y vaciaran. Sólo al recobrase pudo notar que se hallaba al fondo de una bodega, en donde permaneció abandonada por espacio de algunos años.

—«Paciencia, se decía, al fin y al cabo estoy en mi país y por ello bien puedo soportar la desazón de yacer olvidada al fondo de una bodega oscura y húmeda.»

Por fin, el propietario mudó de casa llevándose todas las botellas, incluso la nuestra. Poseedor de una cuantiosa fortuna, se fué á vivir á un palacio. Un día dió una grandiosa fiesta y por la noche los árboles del parque aparecieron cubiertos de linternas de papel pintado que producían el efecto de tulipanes encendidos, brillando además por todos lados hermosas guirnaldas de farolillos. Soberbia era la velada; resplandecían las estrellas en el cielo y la luna estaba en el lleno, si bien esta parecía una bola opaca circundada de un filete de oro y aun era necesario tener muy buena vista para fijarse en ella, eclipsada por los reflejos de una iluminación que se extendía hasta los últimos rincones del parque, inundándolo todo de una luz que podía competir con la del día.

No habiendo bastado los farolillos, pusieron en los sitios más recónditos botellas sosteniendo una vela, siendo de este número la que nos ocupa, la cual estaba en sus delicias, contemplando la amena verdura de la vegetación y percibiendo los cantos

alegres, los acordes de la música y el agradable rumor de la fiesta. Es cierto que se hallaba en un rincón; ¿pero no estaba mejor allí que entre la baraunda de la muchedumbre? Por lo menos podía saborear mejor su felicidad, y en efecto, se sintió tan pe-



netrada de ventura, que en un momento olvidó los veinte años de consunción que había pasado en el desván y sus sucesivos sinsabores.

Por allí cerca vió pasar una pareja de jóvenes enamorados, ó á lo menos tales le parecieron, por lo poco que se cuidaban de la fiesta. Al verles recordó la botella al joven capitán, á la hermosa hija del peletero y toda la escena del bosque.

En tanto se abrieron las puertas del parque á todo el mundo, y entre el extraordinario gentío que había entrado á admirar los esplendores de la fiesta había una vieja que andaba sola. Vió á los dos novios y su presencia le recordó una escena antigua en que ella figuraba como prometida de un gallardo mancebo. La vieja que no era otra que la hija del peletero, pensó en la misma escena del bosque que la botella. ¡Qué momentos aquellos! Fueron los más felices de su vida; horas de dicha que ya no habían de volver, y que por lo mismo se quedan grabadas en la memoria con caracteres indelebles.

La vieja pasó junto á la botella sin reconocerla, á pesar de que ésta no había cambiado: tampoco la botella reconoció á la hija del peletero; pero esto

se debía á á que aquella mujer ya no conservaba la menor huella de su juvenil belleza. Así suele suceder en el mundo; antiguos conocidos pasan y no se reconocen. Sin embargo la botella y la hija del peletero aún habían de encontrarse nuevamente.

Al final de la fiesta un galopín sustrajo furtivamente la botella, y fué á venderla por un *schilling* con el cual se compró un pastel. La botella pasó á manos de un negociante de vinos que la llenó de un mosto excelente, y por cierto que no estuvo holgando mucho tiempo, pues la compró un aeronauta que el inmediato domingo debía hacer una ascensión en globo.

Llegó el momento, y una apiñada muchedumbre se había reunido para ver un espectáculo que era á la sazón casi una novedad: una banda militar dejaba oír sus acordes, las autoridades ocupaban un estrado convenientemente dispuesto. Contemplaba la botella este espectáculo por los intersticios de un cesto en que se hallaba instalada junto á un conejo despavorido, pues ya sabía el animalito que dentro de breves momentos le tirarían de lo alto en un para-caídas para divertimento de bodoques y papanatas. La botella en cambio no se daba cuenta de lo que iba á suceder, y con la mayor ansiedad veía hincharse el globo y luégo alzarse con violencia hasta desprenderse de las cuerdas que lo sujetaban. Entonces de una furiosa embestida se elevó por el espacio arrastrando aeronauta, cesto, conejo y botella. La banda militar tocó un ruidoso paso doble, y la muchedumbre profirió un ¡hurra! más ruidoso todavía.

—«Bonita manera de viajar, se dijo la botella, que tiene entre otras muchas la ventaja para mí muy preciosa de que en la atmósfera no son de temer los choques.»

Millares de personas estiraban el cuello para se-

guir al globo con la vista, entre ellos la vieja que al efecto estaba asomada á la ventana de su buhardilla, junto á la jaula de un canario, el cual en vez de abrevadero debía contentarse con un platillo desportillado. Al asomar el cuerpo para ver el globo apartó, para no derribarlo, un tiesto de mirto, el único adorno de su ventana y hasta del aposento. La vieja vió todo el espectáculo: el aeronauta colocó primero el conejo en el para-caídas y lo dejó caer; luego bebió algunos tragos á la salud de los espectadores y por fin arrojó la botella al aire, sin pararse á reflexionar que al caer podía estrellarse sobre la cabeza de un honrado padre de familia.

Apenas le quedó tiempo á la botella para hacerse cargo, como hubiera querido, del honor que se le dispensaba dejándola dominar desde un sitio tan eminente la ciudad y sus campanarios y la compacta muchedumbre. Precipitóse rodando y haciendo toda suerte de cabriolas, y esta rápida carrera le parecía el colmo de la felicidad. ¡Cuán orgullosa no se sentía al ver por todos lados catalejos que la atisbaban!

Pero he aquí que á lo mejor ¡patatrás! choca contra un tejado y se parte en dos mitades, cuyos dos trozos rodando van á caer sobre el piso de la calle rompiéndose en mil pequeños fragmentos, excepto el gollete que se quedó entero, como si lo hubiesen cortado con la punta de un diamante.

Atraídos los habitantes de la tienda por el estrépito, lo recogieron.—«Magnífico abrevadero para una jaula,» dijo uno; pero como no criaba pájaro, ni siquiera un mal gorrión, ni tampoco pensaba adquirirlo para utilizar el abrevadero que le caía del cielo se acordó de la pobre vieja que vivía en la buhardilla, creyendo que ella podría aprovecharlo.

Esta lo recibió con profundo agradecimiento, puso un tapón en la boca, y volviéndolo al revés, lo llenó de agua y lo ató á la jaula, dando un gran alegrón

al pequeño canario, que al ver que podía beber más cómodamente que antes, lanzó un alegre trino.

Muy contento se puso el gollete por la buena acogida que le dispensaban, si bien que á su modo de ver la tenía muy merecida; al fin y al cabo eran sus aventuras tan portentosas, que hasta se había cernido en la región de las nubes; pero sufrió algún desencanto en sus cándidas ilusiones, un día en que su dueña recibió la visita de una antigua amiga y notó que no se ocupaban de él poco ni mucho, sino del mirto colocado en la ventana.

—«No quiero, decía la vieja, que te gastes un cuarto en la corona nupcial de tu hija: esto corre de mi cuenta. Mira ese mirto. ¡Qué hermoso! qué florido!

Pues has de saber que procede de una rama del que tú me regalaste al día siguiente de mis esponsales, y que al año próximo debía darme la corona para mi matrimonio. Desgraciadamente este caso no llegó. Los ojos que debían ser el faro de mi existencia se cerraron para siempre, sin caberme el consuelo de volverlos á ver por última vez. Mi pobre compañero de infancia yace al fondo de los mares. El mirto se hacía viejo, y yo también: cuando se hallaba casi seco del todo, desgajé la última rama verde y la planté, arraigó, y helo aquí... Debía servir para coronar á una desposada, y ésta será tu hija.»

A la pobre anciana se le llenaron los ojos de lágrimas al evocar tales recuerdos: habló del joven capitán y de la alegre gira campestre; un sin fin de halagüenos pensamientos surgieron en su espíritu, sin que llegara á imaginar siquiera que allá en la ventana, delante de ella había un testigo de su felicidad perdida, el gollete de la botella que exhaló un tan alegre *chuap* cuando lo destaparon para beber á la salud de los novios.

Por otra parte, ni el gollete reconoció á la vieja,

ni solía escuchar sus palabras, desde que notó que no causaban ningún efecto sus estupendas aventuras ni su reciente caída del cielo.





UNA PAREJA DE ENAMORADOS



Un trompo y una pelota se encontraban reunidos dentro de una caja de juguetes.

—«¿Por qué no hemos de casarnos, dijo el trompo con languidez, ya que de todos modos da la casualidad que hemos de vivir juntos?»

Pero la pelota era orgullosa, estaba forrada de riquísimo tafilete y se tenía por señorita de alto vuelo, por lo que ni siquiera se tomó la pena de contestarle.

Al día siguiente al muchacho, dueño de los juguetes, se le ocurrió poner al trompo que era rojo y

amarillo una punta nueva de cobre, de suerte que cuando bailaba era una maravilla ver los destellos que producían sus magníficos colores.

—«Mírame, mírame, le decía á la pelota; ¿qué te parezco? Vaya, ¿nos casamos? Creed que hemos nacido el uno para el otro; tú saltas y yo bailo, ¿puede darse una pareja más feliz que nosotros?»

—«¿De veras? contestó la pelota con ironía. ¿Ignoras que mis padres fueron unas soberbias zapatillas de tafilete? ¿No sabes que tengo el cuerpo formado de corcho de España?»

—«¿Esta bien repuso el trompo; pero ten en cuenta que yo soy de caoba y que el autor de mis días es el burgomaestre en persona, quien en sus ratos de ocio se dedica á labrar toda suerte de objetos al torno, siendo yo, modestia aparte, una de sus obras maestras.»

—«¿Es cierto lo que dices?» preguntó la pelota un tanto menos esquiva.

—«Que nunca más pueda bailar, si faltó á la verdad,» exclamó el trompo.

—«Veo que sabes exponer tus méritos, pero así y todo tu proyecto es imposible: yo estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que me elevo al aire, asoma su cabecita fuera del nido y me dirige una declaración muy tierna. Hace ya mucho tiempo que he concebido el secreto propósito de entregarme á ella, y en este concepto me considero ligada por un irrevocable compromiso. Así pues, ya ves que no puedo acceder á tus pretensiones; estimo mucho tus sentimientos, y aun te prometo que no he de olvidarlos en toda mi vida.»

—«Algo es esto, sin duda, repuso el trompo lleno de tristeza; pero no basta á consolarme.»

Tales fueron las últimas palabras que cambiaron el trompo y la pelota.

Al día siguiente, el muchacho poseedor de los juguetes tomó la pelota y la arrojó al aire. La pelota

volaba rauda como un pájaro, y se remontó tanto, que el trompo llegó á perderla de vista; pero al poco rato caía al suelo para ser despedida nuevamente. Al caer daba un sorprendente bote ya fuese porque intentara saltar hasta el nido de la golondrina, ó efecto sencillamente de la elasticidad y porosidad del corcho de España.

A las nueve veces de elevarse se quedó por el camino y desapareció. En vano el muchacho buscó y escudriñó por todas partes; no pudo descubrir la menor huella de su pelota y no tuvo más remedio que darla por perdida.

—«Bien sé yo por dónde anda la pícara, suspiraba el trompo; estará en el nido con la golondrina y ya se habrán casado.»

Y cuanto más pensaba en esto, más pesaroso se ponía. Es que nunca había sentido por la pelota una pasión tan grande, como desde que no podía verla. Lo que le atormentaba sobre todo, sin darle un instante de tregua, era la idea de que se hubiese casado con otro.

Sin embargo, el trompo continuó dando vueltas y haciendo *ron-ron*, si bien que bailando ó sin bailar, tenía fijo en su mente el recuerdo de la pelota, que en su imaginación se presentaba cada vez más bella y seductora. Este estado vino á ser en él lo que ha dado en llamarse una pasión inveterada.

El trompo había perdido la juventud y un día le doraron las rayas y costuras, cambiando de dueño. Jamás había sido tan hermoso: daba gusto verle dar vueltas y trazar espirales, brillante como un astro. ¡Con qué alegría zumbaba! ¡Ah, si la pelota hubiese podido verle en su nuevo estado!

En tan sabrosas reflexiones, tropezó con una piedra y fué despedido lejos, desvaneciéndose y eclipsándose. En vano lo buscaron por todos lados, incluso por la bodega en la cual hubiera podido deslizarse por un tragaluz; no supieron dar con él.

¿Sabéis dónde estaba? En el cajón de la basura, cubierto de polvo, mondaduras, desperdicios de col y otras inmundicias repugnantes.

—«¡Ay de mí! exclamaba, ¿qué será de mi hermoso dorado, en medio de la morralla, de la escoria que me rodea? Tendió la mirada á su alrededor y vió entre unas hojas de ensalada, una bola, que habría podido tomarse por una manzana podrida, y era una pelota medio consumida y saturada de humedad, por haber pasado algunos años colgada en un canalón.

—Loado sea Dios, dijo al apercibirse del trompo dorado: por fin encuentro á un sér de mi misma especie con quien será posible conversar un rato. Tal como ves, amigo trompo, yo tengo el cuerpo de corcho de España y estoy forrada de tafilete, por cierto que me cosieron las delicadas manos de una bella señorita. Esto es tan cierto, que nadie podrá ponerlo en duda por poco que se tome la molestia de examinarme. Has de saber además que estaba en visperas de casarme con una golondrina, cuando por una fatalidad de la suerte, me arrojaron á un canalón, en donde he permanecido colgada durante cinco años. ¡Mira, ay de mí, cómo me ha puesto la lluvia! ¡Mira qué hinchada y fea me he vuelto! ¡Figúrate qué suplicio tan cruel no había de pasar durante este tiempo y en tales condiciones una señorita hija de buena familia como yo!...»

El trompo no respondía una palabra; estaba meditando, pensando en su antiguo amor y adivinando muy bien que aquella pelota era el objeto que había inflamado un tiempo sus deseos juveniles.

En esto se presentó la criada para ir á vaciar el cajón de la basura.

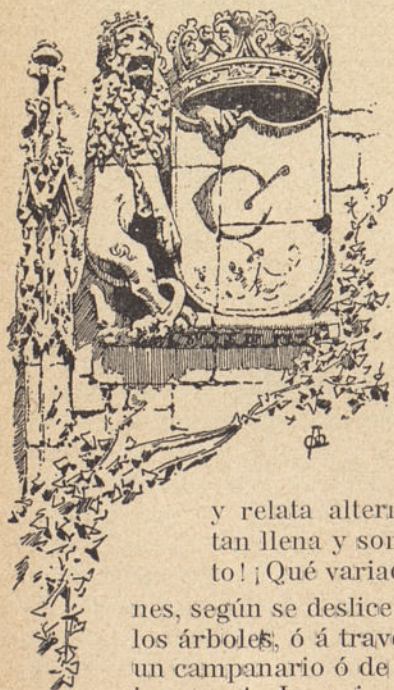
—«¡Toma! dijo, aquí está el trompo de los niños.»

Y corrió á llevárselo, recobrando el sufrido juguete su antigua gloria. En cuanto á la pelota fué arrojada á la calle.

Inútil es decir que el trompo ya no volvió á hablar nunca más de su antigua pasión. Su repugnancia fué tan grande, que cuando vió á la pelota inyectada en agua y lodo, pestilente, destripada y llena de arrugas, aparentó no haberla visto en su vida.



LA HISTORIA DE VALDEMAR DAAE Y DE SUS
HIJAS, CONTADA POR EL VIENTO



I

UANDO el viento pasa acariciando las altas yerbas, éstas ondulan como el agua de un lago: cuando se desliza por entre las mieses, éstas se doblan y se levantan como las olas del mar. El viento canta

y relata alternativamente. ¡Qué voz tan llena y sonora es la voz del viento! ¡Qué variadas son sus modulacio-

nes, según se deslice por entre las copas de los árboles, ó á través de los ventanales de un campanario ó de las troneras de un viejo muro! ¡Lo veis allá arriba impeliendo las nubes, que huyen tan pronto apiñadas como dis-

persas cual un rebaño de ovejas perseguidas por el lobo? ¿Oís sus fieros aullidos? ¿Lo oís silbar á través de las rendijas de la puerta, remedando el sonido de una bocina? Ahora se introduce por la chimenea; ¡qué extraña melodía produce! Escuchadle con atención: entona un cantar triste y quejumbroso, y no os asombre, pues sabe millares y millares de historias. Prestemos oído á su relato. *Hu-u-hud, Escapo! Vuelo!* Este es el estribillo de su balada.

II

A orillas del Gran Belt, dice el viento se levanta un viejo castillo señorial, de gruesos muros de asperón. Yo conozco una á una sus rojas piedras, desde que sirvieron para construir el castillo de Marsk-Stig, hasta que éste fué demolido, y las transportaron más lejos para fabricar con ellas el castillo de Borreby, á que me refiero, y que aún se mantiene en pié.

»Yo he conocido á todos los altos y poderosos barones y á todas las bellas castellanas que lo han habitado; pero dejémoslas. Hoy no quiero hablar más que de Valdemar Daae y de sus hijas, que un tiempo lo poseyeron. ¿Cuándo? Buscadlo en las crónicas.

»¡Qué altiva era la frente del señor Daae! Sangre real corría en sus venas, y era hombre para hacer algo más que vaciar la copa ó dar caza al ciervo. Tenía en sí mismo una absoluta confianza, y cuando hallaba obstáculos á sus empresas,—«Todo se andará!» solía decir sonriendo tranquilamente y sin dudar nunca del éxito.

»Su esposa vestía trajes recamados de oro y parecía una reina, cuando pasaba con solemne arrogancia por el gran salón, cuyo pavimento incrustado de maderas finas brillaba como un espejo. Magníficos



cia por el gran salón, cuyo pavimento incrustado de maderas finas brillaba como un espejo. Magníficos

tapices colgaban por todas partes y los muebles artísticamente cincelados eran de ébano y marfil. Cuando se casó trajo en dotes grandes riquezas en oro y plata labrada. ¡Qué lujoso era el castillo de Borreby! Su bodega estaba llena de los mejores vinos y en las cuadras relinchaban fogosos caballos de las castas más puras y estimadas.

»Tres graciosas niñas jugaban en el parque, Ida, Juana y Ana Dorotea: jamás olvidaré sus nombres.

»Eran hijas de padres ricos y nobles, nacidas en la grandeza, educadas en el fausto. *Hu-u-hud! Escapo! ¡Vuelo!* dijo el viento, y luego continuó su relato.

»Jamás ví allí, como en los otros castillos, que la noble señora manejara la rueca rodeada de sus criadas: ella no hacía más que tañer las cuerdas de su laúd y cantar, y no los antiguos cantos daneses, sino endechas y baladas extranjeras.

»La vida y el movimiento eran incesantes en el castillo; de cerca y de lejos iban á él los huéspedes renovándose de continuo. Los festines se sucedían, y era tan ruidoso el choque de las copas que se oía desde fuera, aun en los días en que yo bramaba con todas mis fuerzas.

»Alborozo, lujo y soberbia, de todo había allí, menos virtudes.

»Una vez, érase la noche del primero de mayo, y yo llegaba del Oeste. A mi paso me había divertido arrojando los buques contra las costas de Jutlandia, en donde se estrellaban, hundiéndose ellos y las tripulaciones: luego desfilé por encima de las vastas llanuras cubiertas de matorrales, atravesé como un rayo la isla de Fionia, y llegué al Gran Belt fatigado, jadeante, tosiendo. Estaba sediento de descanso y me acurruqué en las playas de Selandia, cerca de Borreby, á favor del sombrío encinar que había entonces en aquel sitio.

»Los mozos del país andaban atareados recogiendo haces de leña seca, y los trasladaban á la plaza de



No hacía más que tañer las cuerdas de su laúd

la aldea, los amontonaban y los encendían; y ellos y las muchachas cantaban y bailaban en torno de la hoguera.

»Yo soplé suavemente sobre el haz que había traído el más apuesto joven, sobresalió de la hoguera una gavilla de llamas, fulgurando como un rayo. ¡Qué gritos de alegría dieron las muchachas! El mancebo ganó el premio, y fué durante todo el año el gallito del pueblo, pudiendo escoger entre todas las mozas la que más le plugo, que no era por cierto la que lo esperaba. Las risas y el alborozo fueron entonces mayores y más francos que en las pomposas fiestas del castillo.

»En esto, aparece una carroza dorada tirada por seis caballos, en la cual iba la castellana con sus hijas, tiernos, delicados y encantadores pimpollos: una rosa, una azucena y un pálido jacinto. La madre radiante de belleza y cubierta de preciosos atavíos, parecía un soberbio tulipán, erguido sobre su tallo. La alegre reunión interrumpió sus juegos, y se inclinó con respeto ante sus señores; ella en cambio pasó sin saludar ni con la más ligera inclinación de cabeza.

Al ver á las tres graciosas niñas, me pregunté: ¿Quiénes serán los jóvenes destinados á tomarlas por esposas? ¿Serán poderosos caballeros? ¿Serán príncipes?

»¡*Hu-u-hud!* ¡*Escapo!* ¡*Vuelo!*»

»Los campesinos hicieron lo que yo, se arremolinaron danzando en torno de la hoguera; y en tanto el carruaje escapó á galope.

»A media noche, al levantarme dispuesto á reanudar mi carrera, la altiva castellana se acostó para no volver á levantarse. Una enfermedad repentina se la llevó con tanta presteza, como la que yo emplear pudiera.

»Ante tan inesperado contratiempo, Valdemar Daae estuvo algunos días triste y pensativo; pero si

el árbol más robusto llega á doblegarse al ímpetu de una ráfaga, se endereza en seguida. Lloraron las muchachas de la aldea; pero los vasallos, y escuderos no tuvieron por que enjugar sus lágrimas. ¡Había sido tan dura su señora! ¡*Hu-u-hud!* Y yo huí con ella.

»Volvía, volvía á menudo á las costas del Belt á descansar cerca de Borreby á favor del espeso bosque de encinas. En este encinar anidaban garzas reales, palomas torcaces, cuervos y cigüeñas. Era la primavera: algunas de esas aves incubaban sus huevos, á las otras ya les había nacido la pollada. De repente se oyó una baraúnda estrepitosa; toda la población volátil se dispersó desatinada, exhalando gritos de dolor y de cólera. Resonaba el hacha sobre los robustos troncos: el bosque iba á desaparecer. Valdemar Daae se había propuesto construir un soberbio navío de tres puentes, un navío de guerra, seguro de que el rey se lo compraría á muy buen precio. Por eso decretó la desaparición del espeso bosque que era á la vez que abrigo de las aves, señal preciosa para los navegantes que andaban por aquellas costas sembradas de escollos y peligros.

»Los buhos huyeron los primeros: sus nidos fueron destruídos. Luego las garzas, los cuervos y el resto de aves y pájaros se decidieron á abandonar un sitio en el cual centenares de generaciones de su raza por espacio de siglos enteros habían tenido un domicilio inviolable. Antes de partir revolotearon á bandadas, formando grandes círculos y exhalando agudos gritos de furor. Yo los entendía perfectamente. Las cornejas gritaban: «*Crah, crah!*... nuestra casa cruje. *Crah, crah!*»

»Entre los troncos derribados, Valdemar Daae y sus tres hijas contemplaban la obra de destrucción, riendo á carcajadas de los salvajes quejidos de tantos animales. Sólo Ana Dorotea, la más joven, tuvo un rasgo de piedad, al ver que iban á cortar un árbol

medio seco, en el cual tenía su nido una negra cigüeña. Vió la niña á los pequeñuelos asomando sus cabezas amedrentadas, y con los ojos humedecidos suplicó por ellos, y el árbol salió ileso. Por lo demás era muy poco lo que valía.

»Arrasado el bosque, sucediéronse algunos meses de incesante trabajo; era menester aserrar tablones,



pulirlos, ajustarlos y clavarlos para construir el navío de tres puentes. El arquitecto era un pechero; pero no estaba de ello menos orgulloso, y con la razón, pues en su frente y en sus ojos brillaba la inteligencia. Valdemar Daae le escuchaba siempre con agrado, y su hija Ida, la mayor (tenía quince años), sonreía al oírle. Y en tanto que fabricaba el navío, el joven arquitecto hacía castillos en el aire, deseoso de entrar en ellos en compañía de Ida. Fácil le hubiera sido, teniendo esos castillos robustos muros

de piedra, grandiosas salas bien decoradas, extensos dominios á su alrededor, granjas y bosques.

»Pero no estaba en este caso, y á pesar de su gallardía y de su inteligencia, el joven arquitecto no encontró mejor acogida entre la noble familia, que un gorrión que pretendiera alternar con pavos reales. *Hu-u-hud!* El se fué y yo también.

»Acabado su empeño, al salir de Borreby, la hermosa Ida le lloró por espacio de una semana; mas luego se resignó con los golpes de la suerte.

III

RELINCHABAN en la cuadra los arrogantes corceles de pelo negro y reluciente. Eran unos soberbios animales. Cuando yo no tomaba mi andar más rápido luchaban conmigo en celeridad. Desde lejos venían las gentes á admirarlos. El almirante enviado por el rey al objeto de examinar el navío y adquirirlo si lo encontraba conforme, hizo de ellos los más cumplidos elogios. Yo lo oía todo: él y Daae se paseaban por la playa hablando del navío, y yo amontonaba en torno del señor de Borreby las dispersas pajas de color de oro, pero no es oro todo lo que reluce, y el oro verdadero que él codiciaba, le escapó. El almirante deseaba poseer los arrogantes corceles; por esto los encomiaba tanto; pero no fué comprendido y el navío quedó por comprar, y como sólo era pro-

pio para el rey, permaneció en la arena, mal cubierto de tabla, cual nueva arca de Noé, sin que jamás flotara sobre las ondas.

»*Hu-u-hud!* ¡*Escapo!* ¡*Vuelo!* *Hu-u* por el frondoso bosque, arrasado inútilmente!

»Llegó el invierno, añadió el viento, y cuando los campos se cubrieron de nieve y el mar de témpanos y yo rugía á lo largo de la costa, ví reunirse grandes bandadas de cuervos y grajos á cual más negros, que se refugiaron en el navío abandonado sobre la playa: la muerte parecía reinar en él. Empezaron á lanzar roncós graznidos: hablaban del hermoso bosque destruído inútilmente, de todas las aves que lo alegraban y que se habían dispersado, de los nidos destruídos y del gran número de pequeñuelos que habían muerto en tan horrible cataclismo, todo por una masa inerte, por el famoso navío que no había navegado nunca.

»Yo arremoliné la nieve que se extendió como un vasto sudario en torno del navío, y se posó sobre los mástiles. Luego soplé con todas mis fuerzas, y si bien nunca se balanceó en las olas, bien pronto supo lo que son las tempestades. *Hu-u-hud!* *Uh-uh-uh!*

»Y desfiló el invierno y luego el verano; los días pasaban volando, como vuelo yo, como vuela la nieve, y en seguida las flores y últimamente las hojas de los árboles. Todo desfila, todo vuela, todo pasa, *Uhuh!* y desfilan y vuelan y pasan los hijos de los hombres.

»Pero las hijas de Valdemar Daae aún no estaban prontas á tomar vuelo.

»Ida resplandecía, joven y lozana, cual una rosa recién abierta; así el pobre constructor del navío la imaginó un día, así la adoraba. Yo solía sorprenderla absorta y pensativa sentada bajo los manzanos del huerto. A mi aliento ondulaba su oscura cabellera; se la cubría con las hojas blancas y sonrosadas de

los árboles; y no se apercibía de ello, permaneciendo inmóvil y contemplando á través del follaje el



sol poniente y el horizonte encendido como una fragua.

»Su hermana Juana era alta y esbelta cual una anémona y radiante de belleza; pero por su tiesura recordaba á su madre. Gustábale pasearse por la gran sala de honor, cuyas paredes cubrían los retratos de sus nobles antepasados. Llevaban las damas ricos trajes de terciopelo y seda y un sombrerito cuajado de perlas sobre sus extraños tocados y resplandecía en ellas la más arrogante belleza. Los caballeros llevaban corazas de acero con embutidos, ó soberbias capas de pieles, una espléndida condecoración pendiente del cuello y la espada ceñida al muslo y no á la cintura, según la moda antigua.

»¿Qué sitio ocuparía con el tiempo el retrato de Juana, y qué traje llevaría el noble caballero destinado á ser su esposo? Esto pensaba, y yo la oí hablar consigo misma, un día que encontrando una ventana abierta, me colé en la sala de los retratos.

»Ana Dorotea, el pálido jacinto, era una niña de solos catorce años y permanecía siempre silenciosa. Sus grandes ojos azules y profundos como el mar lanzaban miradas pensativas, y en sus hermosos labios brillaba la dulce sonrisa de la primera juventud. Por nada del mundo yo hubiera querido marchitarla.

»Sin cesar la encontraba en el jardín, en el parque y hasta en los campos, cogiendo flores y yerbas de las que su padre hacía gran uso para destilar remedios y brebajes. Si estaba Valdemar Daae saturado de orgullo, no estaba menos lleno de ciencia, conociendo los secretos de las plantas y las piedras y de toda la naturaleza, circunstancia harto rara en aquellos tiempos, por lo que se contaban misteriosamente cosas muy singulares de su vasto saber.

»Ni en los días más insoportables de verano se apagaban las hornillas de su laboratorio, en el cual permanecía cerrado día y noche, de bruces sobre sus retortas y crisoles. No hablaba nunca á nadie del objeto de sus investigaciones, pues harto sabía que

para hacerse dueño de las fuerzas de la naturaleza, es preciso guardar el silencio más absoluto. Sin embargo, aspiraba á poseer el arte supremo, y creía tocar á su término, que no era otro que poder hacer oro rojo.

»Por eso la chimenea humeaba de continuo. ¡Qué fuego! ¡Qué llamaradas! Yo solía mezclarme en el asunto, y soplando por el tubo de aquella, cantaba: «¡Escapa, huye! Todo se irá en humo y cenizas. Que te abrasas, que te abrasas... *Hu-u-hud!* ¡Escapa, vuela!» Pero Valdemar se sostenía con tesón y no quería soltar su presa.

»Y los ricos corceles ¿qué se han hecho? ¿Y qué las copas de oro y las vajillas de plata sobredorada, y los ganados, y las granjas y las alquerías? Todo se ha derretido, todo se ha ido vendiendo para alimentar el insaciable crisol, empeñado en no restituir una sola partícula del oro que devora.

»Granjas, bodegas, graneros y armarios van limpiándose sucesivamente, desaparecen los criados, y acuden los ratones en su lugar. Se rompe un cristal, salta otro, y yo ando á mis anchas por la antigua morada; ya sin necesidad de esperar que abran una puerta, ni de deslizarme por la chimenea, entro y salgo á mi gusto. Sople á través de la puerta de honor, resonando mi voz como la bocina del guardián; pero ya no hay guardián; hago voltear la velta de la torre, con un rumor estridente y bronco, como los ronquidos del vigía; pero há tiempo que éste partió, y los buhos y las comadreas son los únicos moradores de la altiva torre. Se desgoznan las puertas, se hienden, se resquebrajan, se destrozan. Y así entraba y salía, añadió el viento, y por eso pude enterarme de todo.

»Sin separarse de entre el humo y las cenizas, la expectación, la fiebre y las vigiliass corroían el cuerpo y el alma de Valdemar Daae: su cabeza y su bar-



Y en el crisol nada, siempre nada

ba se llenaban de canas; pero al igual que en la hornilla de su laboratorio, no se apagaba nunca la llama de sus ojos, brillando con los salvajes destellos de la codicia y de la insaciable sed de oro.

»Y en el crisol nada, siempre nada: ya nada quedaba para vender, las deudas se acumulaban; y yo cantaba alegremente á través de los cristales rotos y de las grietas de las murallas y me revolvía por los cofres de las señoritas en donde yacían revueltos y ajados los ricos vestidos de otros tiempos, los únicos que tenían y que ya no podían reemplazar con otros.

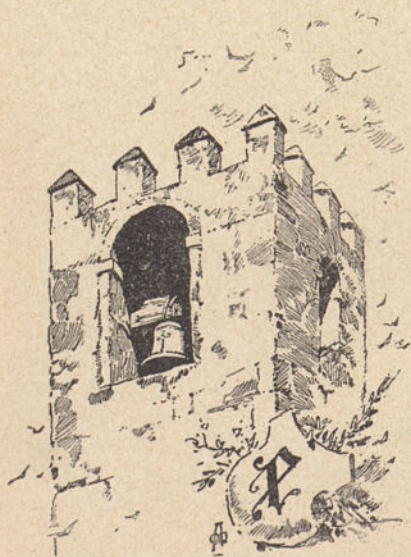
»No habían oído cantar nunca esas orgullosas niñas la antigua balada—«Vivieron en Jauja y murieron de hambre.»—y no obstante esto es lo que les sucedía.

—»Y yo andaba cada vez más suelto por el castillo, soplando melodiosamente por los largos corredores. ¡Qué extraños sonidos! Pero hartos tenían que hacer para escucharme. El invierno era glacial y yo arremolinaba la nieve en torno del castillo, pues según dicen esto resguarda del frío; todo inútil: las tres señoritas, sin leña con que hacer fuego desde que desapareció el bosque, pasaban todo el día en la cama.

»Valdemar Daae también tiritaba; pero ni el hambre ni el frío bastaban á dominar su orgullo. En vano yo le decía ¡*Hu-u-hud!* Escapa! Huye!...»: él permanecía impávido.

—»Tras el invierno viene la primavera, exclamaba; después de las penas las alegrías. ¡Paciencia! ¡Paciencia siempre! El castillo y sus dominios están empeñados á los usureros, se agotan los recursos... ¿qué importa? La hora del triunfo se acerca: el oro va á aparecer en el crisol, me consta, será por la próxima Pascua, así lo he leído en las estrellas del firmamento.»

Viendo un día á una araña hilando su tela, le dijo:
 —»¡Tenaz é infatigable tejedora! Tú me enseñas
 »á tener firmeza. Si la telaraña se desgarrá, en segui-
 »da la recompones; la arrancan y vuelves á empezar-
 »la y la terminas. Yo haré lo mismo, y no ha de fal-
 »tarme la recompensa.»



IV

RASE la mañana de Pas-
 cua, y las campanas de
 la vecina iglesia sona-
 ban alegremente echa-
 das al vuelo; hacía un
 sol espléndido, y todo
 respiraba fiesta. Sólo Valdemar Daae se consumía
 en la fiebre y la congoja. Había pasado la noche en
 vela, fundiendo y dejando enfriar, mezclando y des-
 tilando, y mezclando nuevamente. Yo oía sus suspi-
 ros de desesperación, intercalados de blasfemias y
 oraciones; luego permanecía inmóvil y retenía el
 aliento, contemplando la fusión que se verificaba
 en las retortas.

»Se apagó la lámpara, y no lo notó siquiera. Yo soplabla el fuego de la hornilla, y un rojo resplandor iluminaba su rostro blanco como la cera. Sus ojos hundidos estaban fijos; pero de súbito se abrieron, se dilataron y parecía que iban á estallar.



—»¡Helo aquí por fin el vidrio alquímico! exclamó. ¡Cómo brilla en la retorta! ¡Qué puro es y qué macizo!» Y con sus trémulas manos levantó el recipiente, vaciló vencido por la emoción, y balbuceó: «Oro... oro..!»

»Estaba tan poseído del vértigo, dijo el viento, que yo habría podido derribarle, al más leve sopló. Cuando hubo vuelto en sí, seguí sus pasos. Se dirigió á la sala en que se hallaban sus hijas estrechamente agrupadas para resguardarse del frío. Valdemar lle-

vaba los vestidos cubiertos de ceniza y en desorden su cabellera y su luenga barba. Se irguió con aire triunfante, y levantó á lo alto la retorta, y con ella el tesoro que tantos afanes y sufrimientos le costara.

—»¡Albricias! gritó. ¡Es oro!... Vedlo! Es oro!...» Y sostenía sobre su cabeza la retorta que herida por la luz del sol brillaba como un astro. Pero, ¡ay! ésta se desprendió de sus trémulas manos, y se quebró en mil fragmentos. Su precioso contenido se derramó por el suelo, y filtró por las rendijas del pavimento. El júbilo de Valdemar Daae duró lo que una pompa de jabón, se evaporó en un instante.

- » *Hu-u-hud!* Escapo! Vuelo!
» Y salí volando de Borreby.

V

A fines de otoño volví por aquellos parajes, y como estaba de buen humor, arremoliné las nubes, despejé el cielo y desgajé y arrastré las ramas secas de los árboles, tarea poco difícil, es cierto; pero que constituye mi trabajo de todos los años, y debía cumplirlo.

«También la desventura había cumplido el suyo en Borreby. Owe Ramel, el señor de Basnaes, implacable y mortal enemigo de Valdemar Daae, acababa de presentarse provisto del título hipotecario, por el cual se le transfería la propiedad del señorío, del castillo y de todo cuanto éste encerraba. Yo me deslicé por entre los cristales rotos, hice crujir las viejas puertas de goznes herrumbrosos y silbé á través de las grietas y rendijas *'Hu-hí-hí!* ¡Qué baraúnda! Trataba con mis diabluras de hacer desistir al noble Owe Ramel del deseo de instalarse en Borreby. Inútil empeño fué el mío.

«Ida y Ana-Dorotea lloraban amargamente. Sólo Juana afrontaba con altivez esta desgracia, puesta en pié, lívida de despecho y mordiéndose el pulgar hasta hacerle brotar sangre.

»Owe Ramel ofreció á Valdemar dejarle vivir en el castillo por durante su vida; pero rehusó esta nueva humillación. Y entonces ví al señor Daae, un día tan opulento y después sin abrigo, erguir su cabeza como



nunca altiva, y abandonar con firme paso la morada de sus mayores. ¡Soberbio espectáculo que me impresionó tanto, que me hice atrás para franquearle paso, hasta desgajar una robusta rama de uno de los viejos tilos del patio!

»Terrible era aquel instante y se necesitaba un gran temple de alma para sobrellevarlo con dignidad, pero Valdemar Daae tenía corazón de roca.

»Ni él, ni sus hijas poseían más que los vestidos que llevaban. Pero no, poseían aún una nueva retorta comprada á fuerza de privaciones, en la cual conservaban los últimos restos del precioso preparado alquímico, que habían logrado recoger del suelo.

»Valdemar Daae la estrechó contra su seno con el mayor cuidado, y el señor un tiempo tan rico y tan temido, salió del castillo de Borreby con sus tres hijas. Sus mejillas ardían de cólera reprimida; pero yo se las refrescaba con mi suave aliento, jugueteaba con su lengua cabellera cana y le consolaba cantando: *Hu-u-hud! Escapo! Vuelo!* Pero quizás con ello no hice más que recordarle su opulencia que había volado también, como arrastrada por una ráfaga. *Hu-u-hud! Hu-ih!*

»Ida marchaba al lado de su anciano padre; Doro-tea en pos de éste y Juana detrás de todos. Esta al pasar los dinteles de la puerta, se volvió para lanzar una última mirada al lugar en que había vivido en el lujo y la opulencia, y aunque sus ojos no se humedecieron, este rasgo de altivez no ablandó á la suerte.

»Recorrieron el camino que tantas veces habían seguido en carruaje; mas á la sazón se les hubiera tomado por una familia de mendigos. Atravesando campos y breñas, llegaron á una choza de fango, que habían alquilado por un escudo y medio anuales, y allí se instalaron, sin muebles, sin más que las paredes desnudas, como las del castillo que acababan de abandonar. Cuervos y grajos revoloteaban á bandadas, graznando con voz agria: *Crah, crah, crah crah*, como cuando arrasaron el frondoso bosque.

»El señor Daae y sus hijas oían esas voces burlo-nas, ¿más qué les importaba después de lo que habían sufrido?

»Allí les dejé, en esa choza miserable, para continuar mi tarea, arrebatando las hojas secas de los árbo-



les, barrer las nubes, amontonarlas, derretirlas en lluvia, agitar las olas del mar y sumergir los buques.

»¡Hu-u-hud! Escapó! Vuelo!»



VI

QUE fué de Valdemar Daae y de sus hijas?

»Medio siglo había transcurrido cuando ví por última vez á Ana Dorotea, el pálido jacinto de otros tiempos, envejecida y encorvada. Había sobrevivido á sus hermanas y se acordaba de todo.

»Asomada al balcón del hermoso castillo del preboste de Viborg, se hallaba la noble dama de la casa en compañía de sus hijas, contemplando la vasta y árida campiña. Sus miradas se fijaron en un árbol aislado en medio del yermó, del cual pendía un nido de cigüeñas y que tenía adosada al tronco una cabaña destartalada cubierta de ramaje y musgo y peor conservada que el nido.

» Cuando pasaba por allí, reprimía el aliento para no dispersar los restos del miserable albergue. Era el único objeto que se destacaba en el paisaje, y á no ser por el nido, pues el ave de Egipto inspiraba cierta curiosidad, habrían desaparecido el árbol y la cabaña. Gracias al nido de la cigüeña, la pobre vieja tenía un abrigo. ¿Era esto en recompensa del interés que siendo niña había demostrado por el nido de la cigüeña? Así lo creía ella, pues se acordaba de todo.

« ¡Ay de mí! oí que suspiraba. No tañeron las campanas por tu entierro, infortunado Valdemar Daae; ni acudieron los niños de la aldea á entonar los salmos cuando fué enterrado el último vástago de los nobles y poderosos señores de Borreby.

» Ya sabía él que no habían de honrar su cadáver! no obstante vió llegar la muerte con alegría. Todo tiene fin, hasta la miseria. Nada logró abatir su espíritu, hasta que mi hermana Ida, vencida por los sufrimientos y privaciones, consintió en casarse con un labriego. Esto fué demasiado para Valdemar Daae. ¡Su hija, mujer de un siervo, sujeto al impuesto y adscrito al terruño, á quien podía su señor clavar en la picota, á la menor falta! ¡Cómo no había de estallar el noble corazón de Valdemar! Ida se libró del hambre, pero murió de pesar y de vergüenza. ¡Oh, envidiable suerte la tuya! ¡Yo sola no puedo morir! ¡Señor, Señor misericordioso, libradme de esta larga tortura!»

» La otra hermana, añadió el viento, la altiva Juana, dotada de un ánimo varonil y un corazón entero, se vistió de hombre. Como las penas habían ajado su belleza, con este traje nadie podía tomarla por hembra. Se alistó en un buque en calidad de marinero. Siempre sombría y taciturna, trabajaba de firme y no mereció nunca reprensión alguna. Se limitaba á recibir el salario y á multiplicarse en la maniobra. Una noche de tempestad, la barrí de á bordo. Yo creo que obré bien y que le presté un favor.



VII

EN una mañana de Pascua, tan risueña como aquella en que Valdemar Daae creía haber descubierto el secreto de hacer oro, oí un canto en la cabaña que había al pie del nido de la cigüeña. ¡Dulce y conmovedora era la voz que lo entonaba, como el rumor de las cañas cuando yo las acaricio! Era el último canto de Ana Dorotea, que estaba mirando la campiña por la única abertura de su alber-

gue; el sol brillaba como una esfera de oro, y á este espectáculo se amontonaron en su alma todos sus recuerdos. Exhaló un suspiro: fué el último; su corazón se partió, sus ojos se cerraron para siempre.

»Yo solo canté en su entierro, añadió el viento. Yo solo conozco dónde está su sepultura y la de su padre. Nadie más lo sabe.

»En el día pasa una línea férrea por el sitio en que descansan: un largo tren de vagones se aproxima con estrépito, pasa, y se aleja. Aún se percibe el rumor: ¡*Hu-u-ud!* ¡*Escapo, vnelo!*

»Y yo hago lo propio.

«Se acabó la historia.»





LA BUJIA Y LA VELA

ERASE una hermosa bujía de cera, que estaba infatuada por su elevado rango. «Soy de cera, decía; las abejas me han amasado con el jugo de las flores más fragantes, y los hombres me han hecho con molde. Alumbro mejor y duro más que todos los luminare conocidos. Mi puesto está en los suntuosos candelabros, en las arañas de cristal ó cuando menos en los candeleros de plata.»

—«Fastuosa es en efecto tu existencia, lo reconozco, le contestó una vela de sebo. En cambio yo sé muy bien que soy pobre y vulgar: que me formaron con grasa de carnero; que no me han fabricado con molde, como á tí, sino haciéndome cuajar alrededor de una mecha; pero, ¿qué importa? Estoy contenta y resignada. Ocho veces mojaron la mecha en el sebo para darme el grueso necesario, mientras que para hacer una candela no la mojan más que dos veces.

Estoy contenta de mi suerte, y si bien reconozco que es mucho más distinguido ser de cera que de sebo, ya sabes tú que nadie en el mundo está en el caso de escoger su nacimiento. Por lo tanto, si tú te pavoneas en el salón instalada en un candelabro ó en una araña de cristal, el lugar que á mí me asignan es la cocina, y no es tan despreciable la cocina, puesto que sin ella ¿cómo podría subsistir la casa? ¿cómo comerían nuestros amos?

—¡Comer! repuso la bujía. ¿Y qué significa comer? Comer es uno de los detalles más insignificantes de la vida. Lo esencial es la sociedad, son las visitas, las reuniones, los bailes, las tertulias, esta es la verdadera existencia: brillar y ver brillar á los demás; para esto hemos nacido, y éste es el espectáculo que yo presencio á todas horas. Así, en el baile de esta noche, yo permaneceré en el salón con todas mis hermanas.

En efecto, aquel día echaron mano de todo el repuesto de bujías; pero también se llevaron la vela, y por cierto que fué la dueña de la casa, una gran señora, una condesa, quien se dignó tomarla con sus delicadas manos y llevarla á la cocina, en cuyo sitio esperaba un pobre niño con un cesto, que la dama mandó llenar de patatas, agregando á esta provisión una libra de manteca y algunas frutas.

—«Llévalo á tu madre, hijo mío, y entrégale además esa vela: he sabido que trabaja hasta una hora muy avanzada de la noche, y no dudo que le vendrá bien.»

A estas palabras penetró en la cocina la nietecita de la señora y exclamó llena de alborozo:—«También yo estaré despierta hasta muy tarde, pues debo ir al baile y me pondrán un cinturón adornado con bollos de seda encarnada.»

¡Cuánta alegría irradiaba el hermoso semblante de la niña! No hay bujía en el mundo, cuya luz pueda compararse con el brillo de unos ojos infantiles.

La vela reparó en ello y se dijo: «¡Qué destellos de alegría! Nunca más llegaré á olvidarlos, nunca más volveré á ver otra cosa parecida.



Colocáronla en el cesto y el muchacho se la llevó á su casa con todo lo demás.

—«¿A dónde me llevarán? pensaba. De fijo que no me escapo de ir á parar á una pobre vivienda, donde tal vez no hallaré ni un triste candelero de cobre, en tanto que la bujía, brillando orgullosa entre oro y plata, tendrá el honor de difundir su luz sobre las personas del más alto linaje. Así lo quiere la suerte; no en vano yo soy de sebo y ella de cera.»

La vela fué llevada á una reducida habitación enfrente de la suntuosa morada de que acababa de salir. Vivía en ella una pobre viuda, madre de tres hijos, que exclamó al recibir el donativo:—«Bendiga Dios á la generosa condesa. ¡Oh, qué magnífica vela! ¡Y qué bien me vendrá! Lo menos durará hasta media noche.»

Al oscurecer la encendieron.

—«Fi!... fi!... fi!... dijo chisporroteando de despecho. ¡Qué fósforos gastan en esta casa! ¡Y qué mal huelen!»

Al propio tiempo encendieron las bujías en la rica casa de enfrente, y al poco rato á través de los balcones se llenó de luz toda la calle, luego rodaron los carruajes que conducían á los convidados y por último resonaron los acordes de una orquesta.

—«Ahora empiezan, se dijo la vela. ¡Con qué gozo debe brillar en estos momentos el semblante de la niña! Apuesto á que sus ojos oscurecen á la bujía que está tan pagada de sí misma. ¡Oh, no: yo no he de ver nunca más un espectáculo semejante al brillo de aquellos ojos!»

En este instante penetró en la habitación la hija menor de la viuda, que era también una hermosa niña quien después de abrazar á sus hermanitos les dijo al oído con gran misterio:—«Adivinad qué vamos á comer esta noche, ahora mismo... ¡Patatas fritas con manteca!»

Y el júbilo más intenso iluminó su semblante. No estaba más alegre la niña de la opulenta morada

cuando dijo: «Debo ir al baile y me pondrán un cinturón adornado con bollos de seda encarnada.»

—«Será sin duda una gran cosa eso de comer patatas fritas,» pensó la vela, la cual estaba no poco encantada de haber vuelto á ver el brillo luminoso de unos ojos infantiles, y para atestiguar su satisfacción volvió á chisporrotear, tal como lo había hecho anteriormente, al dar suelta á su disgusto, pues las velas no tienen más que un lenguaje para expresar sus sentimientos.

Pusieron la mesa y aparecieron las patatas fritas. ¡Qué succulento festín! Por postres recibió cada niño una manzana, y cuando acabaron de comer la pequeña recitó la oración: «Dios mío: té damos las gracias por tus dones y bondades. Amén.»

—«Mamá, añadió, ¿no es verdad que hoy la he dicho bien?»

—«No has de hablar de ti, ni has de pensar más que en Dios nuestro Señor, que esta noche se ha dignado concedernos una cena tan deliciosa.»

La viuda llevó á sus hijos á la cama y después de dar un beso en la frente de cada uno se durmieron como unos ángeles. Volvió ella á sentarse al velador, y hasta una hora muy avanzada trabajó en la costura, llena de brío pensando en sus hijos.

En la rica casa de enfrente, arañas y candelabros centelleaban; continuaban oyéndose los acordes de la alegre y animada orquesta; en cambio desde el cielo la luna repartía su luz por un igual sobre la morada de los ricos y la de los pobres.

—«Agradable ha sido la noche, se dijo la vela, y hasta dudo que la bujía la haya pasado mejor, metida en su recipiente de plata. Esto es lo que quisiera saber antes de que acabe de consumirse mi último cabo.»

Al apagarse tuvo una visión. Apareciósele los ojos de entrambas niñas animados del mismo res-

plandor, á pesar de que en los de la una se reflejaban los soberbios fulgores de cien bujías, y en los de la otra sólo la modesta luz de una humilde vela.

Y aquí termina la historia.





CINCO GUI SANTES

CINCO guisantes estaban metidos en una misma vaina; eran verdes, la vaina era verde también, y por ello creían que era verde todo lo del mundo. Es natural y está muy puesto en razón.

Creció la vaina, y al propio tiempo crecieron los guisantes, los cuales plagándose á las circunstancias se colocaron en fila. El sol calentaba la vaina, y la lluvia la volvía transparente, y con el buen tiempo los guisantes que iban creciendo en corpulencia y en madura reflexión, llegaron á imaginar que tenían alguna misión que cumplir.

—«¿Estará de Dios, que debemos permanecer eternamente inmóviles? decía uno de ellos. No faltaría más sino que nos anquilosáramos y endureciéramos por falta de ejercicio! Vaya, á mí se me antoja creer



que ha de haber alguna otra cosa fuera de esta cáscara, que nos encierra.»

Pasaron algunas semanas y los guisantes se volvieron amarillos y la vaina también.

—«Ahora todo el mundo es amarillo,» decían, y no se equivocaban.

De pronto sintieron una sacudida: era una mano humana que arrancaba aquel fruto leguminoso de la planta metiéndolo en un saco con otros muchos de la misma clase.

—«Gracias á Dios, exclamaron á una los cinco guisantes: por fin nos sacarán de aquí;» y estaban radiantes de alegría y de esperanza.

—«Lo que yo quisiera saber ahora, dijo el más diminuto de los cinco, es cuál de nosotros desempeñará mejor papel en el mundo: pronto lo veremos.»

—«Pues mira, no sucederá más que lo que deba suceder,» repuso el mayor.

Y ¡crac! se abrió la vaina. Los cinco guisantes vieron por primera vez la luz del día, y rodando cayeron en las manos de un chico travieso.

—«¡Qué buenos guisantes para mi cañamonera!» exclamó el muchacho, deslizándolo en ella y disparándolo apenas había terminado la frase.

—«¡Héteme ya lanzado en el mundo! profirió el guisante: vamos á ver quién de vosotros llegará á alcanzarme.» Los demás no acabaron de oírle, pues estaba ya muy lejos.

—«Yo, dijo el segundo, apenas el muchacho lo hubo disparado al aire en línea recta, voy á llegar hasta el sol. El sol me ha parecido una cosa muy bonita, ya tenía yo algún presentimiento de que había de poseerlo.»

—«Nosotros, dijéronse los dos siguientes, allí donde nos toque caer nos echaremos á dormir un rato. ¡Qué baraúnda! Ese ruido del mundo es capaz de marear á un muerto.»

Y si bien lograron deslizarse de entre las manos del chico, éste los recogió, los puso á entrambos en su cañonera y los disparó á un tiempo.

—«Mejor que mejor, dijeron al salir; así podremos ayudarnos mutuamente, y nos cabrá otra suerte muy distinta que á nuestros hermanos.»

—«Lo que haya de suceder sucederá,» repitió el último guisante, que era el mayor y más sensato de los cinco, y fué á caer, dispersado como los precedentes, sobre el tejado de la casa vecina, encajándose justamente en la hendidura de una vieja tabla puesta al pie de la ventana de una bohardilla. Allí encontró casualmente un poquito de musgo y otro poquito de tierra; y oculto entre el musgo no le veía nadie sino Dios que no debía olvidarle.

—«Sucedirá lo que deba suceder,» dijo por tercera vez con santa resignación.

Veamos que sucedió. En la reducida bohardilla habitaba una pobre mujer fuerte y hacendosa, la cual durante el día lavaba vajilla, salía á cortar leña y hacía otros trabajos por el estilo penosos á cual más, sin lograr vencer nunca su pobreza. Dejaba en su casa, sepultada en el lecho, á una hija algo crecida, y tan hermosa como delicada, enferma hacía más de un año, la cual venía luchando entre la vida y la muerte, sin que la muerte ni la vida al parecer se decidieran á llevársela.

—«Al fin irá á reunirse con su hermanita, pensaba su madre de vez en cuando. Dos hijas tenía, que debiendo educarlas, eran tal vez para mí una carga hartó excesiva. Dios es bueno y se prestó á compartirla conmigo, llevándose una. ¡Ay de mí! A lo menos que me deje la que me ha quedado. Pero quizás considera mejor reunir las en el cielo, y si es así voy á quedarme sola y abandonada.»

Pero la niña no acababa de despedirse del mundo: sufría con paciencia y resignación sin murmurar de

su suerte, y era muy buena, cuando se quedaba sola en la habitación, mientras su madre trabajaba fuera durante todo el día.

Renació la primavera, y en una de esas mañanas encantadoras, en el momento en que la madre se disponía á salir como de costumbre, el sol lanzó sus primeros rayos dulces y alegres á través de la ventana hasta caer muy cerca de la cama en que yacía la pobre enferma. Esta tendió sus miradas á los cristales y dijo?»

—«Mamá, ¿qué es aquella cosa verde de la ventana que se balancea, mecida por el viento?»

La buena mujer entreabrió la ventana, y contestó:

—«Toma, es un guisante que ha germinado aquí, y está lleno de hojitas verdes. Vé á saber ahora cómo ha venido á meterse en esta hendidura. Ea, alégrate, hija mía, esa mata será tu jardincito y te distraerá, cuando te quedes sola en casa.»

Y arrimó suavemente á la ventana el lecho de la pobre enferma, para que ésta pudiese observar el crecimiento del guisante, después de lo cual se fué á trabajar como de costumbre.

Al caer de la tarde estaba de regreso.

—«Mamá, le dijo su hija, conozco que voy á restablecerme: el sol con su benéfico calor me ha reanimado. Veo que el guisante va bien y yo haré como el guisante: me levantaré de la cama y daré las gracias á ese sol tan bueno que me devuelve la vida.»

—«Dios lo quiera,» contestó la madre que no podía imaginar tanta ventura. No obstante, rebosaba agradecimiento hacia el pequeño tallo verde que acababa de infundir cuando menos en el ánimo de su hija ideas tan placenteras, y para evitar que el viento lo tronchara púsole una caña por apoyo y además un hilo para que á medida que fuese desarrollándose pudiese trepar y enroscarse á su sabor. Como es natural, el guisante no desperdió tan buenos cuidados.

—«Es maravilloso: mira, hija mía, el guisante saca botones,» dijo la buena mujer una mañana, llena de esperanza al recordar que su hija los últimos días solía hablar con más animación que antes, y que sin ayuda de nadie había logrado sentarse en el lecho, llevada del deseo de observar el crecimiento del guisante.

Al cabo de una semana la muchacha se levantó por primera vez y permaneció más de una hora fuera de la cama, bañándose en la luz de un sol espléndido, con la ventana abierta de par en par. El guisante ostentaba su primera flor blanca y sonrosada, y la niña, para quien fué aquel un verdadero día de fiesta, imprimió en su corola un dulce beso.

No hemos de decir cuán grande era la alegría de la madre.

—«Nadie, sino la bondad de Dios, exclamaba, pudo depositar este guisante en la hendidura de la ventana ni pudo sino El permitir que brotara para tí, hija del alma mía, para ti y para llenar de júbilo el corazón de tu madre.»

Y sonriendo contemplaba la hermosa flor, como si fuese un ángel bajado del cielo.

¿Qué había sido de los otros guisantes? preguntará el lector. Vamos á verlo.

El primero que se lanzó al mundo tan confiado, y exclamando: «A ver quién me alcanza,» fué á caer á un tejado, lo vió un palomo y se lo zampó sin hacer el menor cumplido, encontrándose de buenas á primeras en el buche de este animal mucho peor que el profeta Jonás en el vientre de la ballena.

A los dos perezosos que no pensaban más que en dormir, les cupo la misma suerte. Así á lo menos sirvieron de algo.

En cuanto al segundo que lleno de presunción había imaginado llegar hasta el sol, cayó en un canalón donde permaneció semanas y meses enteros cubierto

de agua sucia é hinchándose desmesuradamente.

—«¡ Cuán grueso me pongo! decía. ¡ Y qué gordo estoy! Me parece que el mejor día estallo. Estoy seguro que á ningún guisante le ha cabido en el mundo me-



jor fortuna que la mía. Está visto: de entre mis cinco hermanos, yo soy el que he tenido más talento.»

El canalón le escuchaba con embeleso y le daba la razón.

Al mismo tiempo, la joven á quien encontramos enferma y sepultada en el lecho, se asomaba á la ventana mostrando unos ojos radiantes de júbilo y unas mejillas sonrosadas de salud, y juntando sus hermo-

sas manos por encima de la flor del guisante, daba gracias á Dios por habérselo enviado.

—«A mí, decía el canalón, nadie me saca de mis trece: el mejor guisante del mundo, es el mío.»





LA SOPA AL ASADOR

I



UE delicioso festín tuvimos ayer! Oye, amiga, decía una rata vieja á una de sus comadres que no había asistido al convite. Yo ocupaba el número vigésimo á la izquierda de nuestro anciano monarca, cuyo sitio—creo serás de mi opinión—es bastante honroso y distinguido. Por si deseas conocer los pormenores de este banquete, voy á enumerarlos, advirtiéndote que los principios iban sucediéndose ordenadamente y sin interrupción: primero tuvimos mendrugos de pan mohoso, luego corchetas de tocino, en seguida sebo, y por postres salchichas enteras; después vuelta á empezar, con lo cual en rigor apuramos dos comidas en una. Todas estábamos alegres y naturalmente charlábamos á quien más, entablando esas conversaciones ligeras y pican-

tes de sobre-mesa que constituyen la salsa de toda comida de familia.

«Creo que es inútil decir que lo devoramos todo enteramente, y que no quedaron más que los asadores de las salchichas. En esto, á uno de mis vecinos se le ocurrió hablar de la *sopa al asador*, locución proverbial que en otros países se conoce también con el nombre de *sopa de guijarros*. Todo el mundo había oído hablar alguna vez de ese guiso; pero nadie lo había gustado nunca, ni mucho menos sabía nadie aderezarlo.

«Entonces uno de los comensales tuvo el humor de echar un brindis, por cierto muy chocante; brindó por el inventor de la *sopa al asador*, afirmando que en su concepto, había resuelto con ella el problema social. ¿Verdad que es ocurrente?

«El rey entonces tuvo una idea: se levantó de su asiento y declaró con solemnidad que daría su mano y compartiría el cetro con la ratita que supiese aderezar mejor la indicada sopa, y al efecto concedió un año y un día de plazo para hacer la prueba.»

—«No es malo el proyecto, dijo la segunda rata; pero no alcanzo á comprender hasta qué punto ha de ser posible hacer una sopa al asador.»

—«Aquí está el busilis, y esto es lo que se preguntan todas las señoritas de la ratonera grey sin hacer excepción de las viejas, las cuales confían que también se las dejará la puerta abierta para concurrir al certamen. El deseo de ser reina avasalla á todas; pero una cosa les espanta, y es tener que dejar padre y madre para correr á través del mundo en busca de la famosa fórmula. No todas tienen la abnegación necesaria para prescindir de la familia y dejar el cómodo escondrijo lanzándose á arrostrar toda suerte de azares y peligros. Porque vamos á ver, ¿quién puede afirmar que en lejanas y desconocidas tierras se encuentren á mano cortezas de queso ó de tocino?



¿Y cómo librarse del hambre? ¿y cómo escapar á las zarpas de los gatos?»

En efecto, una perspectiva tan poco halagüena entibió muy pronto el ardimiento de las ratoncillas, de tal suerte que fueron sólo cuatro las que se mostraron dispuestas á arrostrar

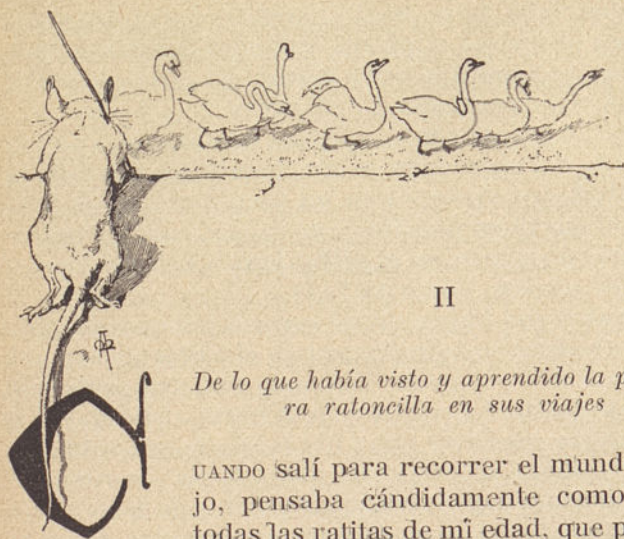
la prueba lanzándose a través del mundo en busca de la fórmula de la sopa. Las cuatro eran jóvenes, bonitas y vivarachas, pero pobres: quizás esta última cualidad les infundió el valor necesario. Tomaron respectivamente la dirección de los cuatro puntos cardinales, y las demás desearon á todas un feliz regreso; mas antes se armaron las cuatro de un asador á guisa de bastón de viaje, con la idea de traer entre manos un objeto que sin cesar les recordará el motivo y el fin de su excursión.

Partieron á principios de mayo, y no regresaron hasta un año después; es decir volvieron tres, pues la cuarta no sólo faltó, sino que en todo este tiempo no había dado noticia alguna de su paradero.

Llegó el día señalado.—«No puede haber dicha completa, dijo el rey: la pobrecita habrá muerto.»

Inmediatamente dió orden de convocar en una vasta cocina á todas las ratas y ratones de algunas leguas á la redonda. En esta reunión las tres ratoncillas ocupaban sitio aparte y estaban colocadas en fila: á su lado se levantaba un pequeño asador, cubierto de negros crespones en memoria de la cuarta que no había aparecido. Dióse por último orden severa de que nadie absolutamente pudiese expresar su opinión sobre lo que se iba á decir, sin la venia del monarca.

Veamos ahora lo que ocurrió.



II

De lo que había visto y aprendido la primera ratoncilla en sus viajes

UANDO salí para recorrer el mundo, dijo, pensaba cándidamente como casi todas las ratitas de mi edad, que poseía toda la ciencia imaginable, y que ya nada me quedaba que aprender. ¡Qué ilusión! Para llegar á saber algo es menester haber pasado varias veces un año y un día, y aun así, una se queda corta. Yo empecé por embarcarme en un buque que se dirigía con rumbo al Norte. Había oído hacer grandes elogios del cocinero, de quien se decía que era un hombre muy listo, sobre todo para salir de cualquier apuro, ya que ha veces en el mar es necesario guisar con muy pocos elementos. «¡Quién sabe! me decía. Tal vez este hombre al mejor día se verá precisado á hacer la sopa con un asador, lo observaré.»

Pues nada de esto: había en el buque gran provisión de lonjas de tocino, gruesos cascos de conservas y harina en abundancia. Con todo esto, ¡qué vida la mía! Me traté á cuerpo de rey; pero respecto á la sopa al asador no se rezó una palabra en toda la travesía.

Navegamos por espacio de muchos días: el buque

se balanceaba de un modo horrible, y algunas veces el fiero oleaje me salpicaba, calándome enteramente. Por fin llegamos á nuestro destino, al extremo Norte, y dejé el buque saltando en tierra.

¡Extraña sensación se apodera de nosotras, cuando saliendo del escondrijo en que hemos pasado toda la juventud, nos metemos en un buque que no es más que un nuevo escondrijo, y de repente nos encontramos á campo raso, en el extranjero, á más de cien leguas de nuestro domicilio!

Al saltar del buque divisé espesos bosques de abetos y abedules, que impregnaban el ambiente con sus emanaciones resinosas. Tomando esta fragancia por olor de salchicha, me precipité hacia el bosque; ¿y sabéis que gané con ello? Un fuerte constipado.

No obstante seguí avanzando, y llegué á orillas de unos grandes lagos, que si bien vistos de lejos parecían inmensas charcas de tinta, examinados de cerca eran de aguas claras y transparentes. Una bandada de blancos cisnes que á la sazón estaban inmóviles, toméla al principio por espama; pero al salir del agua les reconocí perfectamente. Por cierto que andaban bamboleándose como los gansos, lo cual no es de extrañar, pues por grande que sea su vanidad, pertenecen á una misma familia; y ya es sabido que nadie puede ocultar enteramente su origen.

Yo tengo decidida afición á los animales de mi especie, por lo que trabé desde luego conocimiento con los ratones de los campos y de los bosques, los cuales á decir la verdad, no saben gran cosa, sobre todo tratándose de materias culinarias, por lo que malamente podían ayudarme en la investigación, objeto exclusivo de mi viaje. Recuerdo que al hablarles de la sopa al asador, la cosa les pareció tan estupenda, que ni uno solo demostró haber oído hablar nunca de semejante guiso; la noticia corrió rápidamente de uno á otro á través de todo el bosque, resonando un silbido de admiración universal. Unánimemente de-

clararon que hacer una sopa al asador era de todo punto imposible, y ya no quise saber más para convencerme de que ni siquiera sospechaban el secreto que persiguía. En cambio me dieron prolijas explicaciones acerca de los penetrantes perfumes del bosque, enterándome de los motivos que hacían que las plantas y flores fuesen allí tan aromáticas. Es que estábamos en pleno mes de mayo, cosa que yo no había calculado, por involuntario olvido, durante las tempestades que había pasado en mi viaje. A la primavera se debe, según me dijeron, el agradable y penetrante perfume de las plantas y la cristalina transparencia de los lagos.

Junto á los linderos del bosque, en una plazoleta rodeada de elegantes quintas, elevábase una entena alta como un mástil de buque, coronada de guirnaldas de flores y rodeada de flotantes cintas de diversos matices: era el árbol de mayo. Los mozos y las muchachas bailaban á su alrededor, uniendo sus alegres cantos á los acordes de un violín. El sol bajó á su ocaso, brilló la luna y ellos continuaron retozando.

Poco me interesaba la fiesta, pues todo lo más que habría podido ganar con mezclarme en ella, era que á lo mejor los danzantes me aplastaran. Por este motivo me acurrugué disimuladamente entre un montón de blando musgo que formaba una alfombra dulce y suave al tacto como la piel de nuestro venerable monarca. Sobre esta alfombra caían de lleno los rayos de la luna. Además el musgo era verde, que ya es de sí el color más propio para descansar la vista lo cual me vino á maravilla, fatigada como yo la tenía, después de haber examinado tantas cosas en tan poco tiempo.

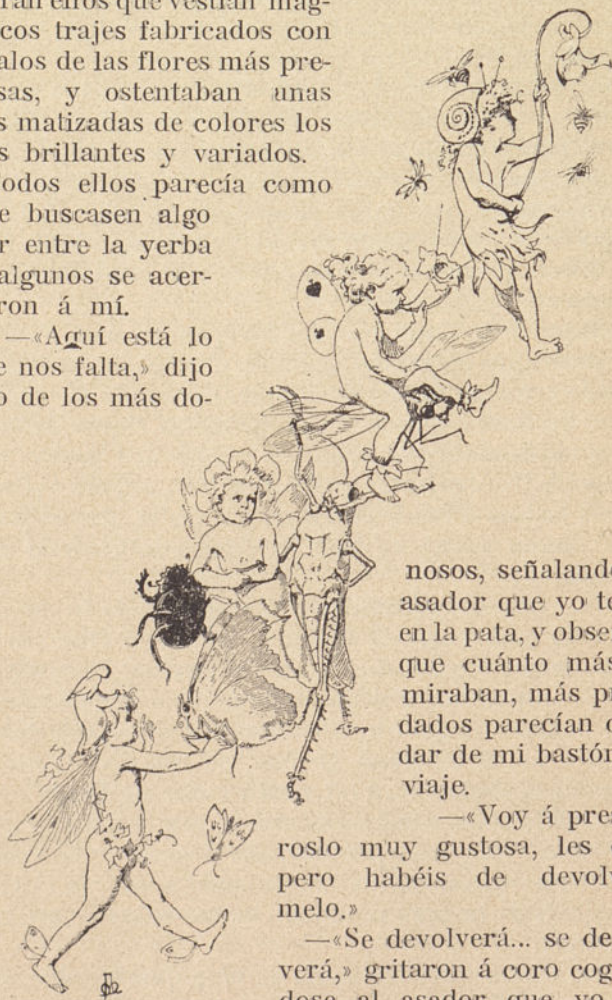
De súbito me ví rodeada de un enjambre de encantadoras criaturitas, tan menudas que apenas me llegaban á las rodillas; sin embargo de que estaban

conformadas como los hombres mejor proporcionados.

Eran elfos que vestían magníficos trajes fabricados con pétalos de las flores más preciosas, y ostentaban unas alas matizadas de colores los más brillantes y variados.

Todos ellos parecía como que buscasen algo por entre la yerba y algunos se acercaron á mí.

—«Aquí está lo que nos falta,» dijo uno de los más do-



nosos, señalando el asador que yo tenía en la pata, y observé que cuánto más lo miraban, más prendados parecían quedar de mi bastón de viaje.

—«Voy á prestároslo muy gustosa, les dije pero habéis de devolvérmelo.»

—«Se devolverá... se devolverá,» gritaron á coro cogiéndose al asador que yo les abandoné, plenamente confiada en unas gentes que después de todo iban muy bien vestidas.

Y brincando de alegría se fueron hacia el sitio en que el musgo era menos espeso, y allí plantaron el asador que por cierto tenía punta en uno de los cabos y se clavó sólidamente en el suelo. Entonces me lo expliqué todo: también los elfos habían querido tener su árbol de mayo, y al efecto lo prendieron y adornaron con nunca vista magnificencia.

Acudieron algunas pequeñas arañas y después de cubrirlo de dorados hilos, colgaron en él blancas banderas de todas formas, finamente tejidas, las cuales flotaban al aire, y al reflejo de la luna resplandecían de tal suerte, que yo me quedé completamente deslumbrada. Luego estos industriosos animalitos fueron á tomar los colores más brillantes de las alas de las dormidas mariposas, y con ellos pintorearon los sutiles y delicados tejidos.

Y con algunos pétalos de flores y unas cuantas gotas de rocío que descomponían la luz como diamantes, todo dispuesto y colocado con exquisito buen gusto, acabé por desconocer el asador, de tal suerte lo habían transformado, que yo no había visto nunca un árbol de mayo que pudiese comparársele.

Luego después, fueron á advertir á los elfos, caballeros y damas, que todo estaba dispuesto. Es de notar que los que antes se me habían presentado á pedirme el asador, no eran más que criados. No he de decir que fui invitada á presenciar la fiesta; pero me rogaron que no me acercase demasiado, pues meneándome, inadvertidamente, habría podido aplastar bajo mi peso á algún miembro de aquella distinguida concurrencia, ocasionando á todos un disgusto.

Comenzaron las danzas, al són de una música deliciosa. ¡Qué música, Dios mío! Llenóse el bosque de armonías: cantaron todos los pájaros, todas las aves: el cuculillo, el ruiseñor, el mirlo, yo creo que hasta los cisnes tomaron parte en el concierto, formando

este conjunto de voces un acorde sonoro y armónico como el de mil campanas de cristal, acompañado del susurro del follaje, del retintín de las campanillas azules suspendidas en el asador, y por el mismo asador al que golpeaba uno de los elfos con el tallo de una florecita y despedía melodiosos sonos. Nunca hubiera imaginado que mi pequeño bastón pudiese convertirse en un instrumento musical, por lo que me convencí que esto depende del modo de tañerlo. Sentíame entusiasmada, conmovida y las lágrimas se agolpaban á mis ojos, pues aunque pequeña é insignificante artista, tengo mucha sensibilidad, y á veces lloro de alegría.

¡Cuán breve me pareció la noche! Pero en esta estación, ya se sabe, el sol madruga mucho.

Al despuntar la aurora sopló una ráfaga de viento y lo echó todo á rodar: las banderas y las cintas, las guirnaldas y las flores, en una palabra, toda la espléndida decoración de aquel árbol de mayo.

Seis elfos tuvieron la amabilidad de devolverme el asador con la mayor cortesía, dándome las gracias y pidiéndome que en cambio del favor que acababa de hacerles, manifestase algún deseo, en la seguridad que si de ellos dependiese el satisfacerlo, había de verlo realizado.

Naturalmente pillé la pelota al vuelo y les supliqué me dijieran cómo se preparaba la sopa al asador.

—«Ahora mismo acabas de verlo, respondió el que parecía jefe de la banda. Ya has visto qué partido puede sacarse de tu bastón: tú misma no lo reconocías.»

—«Advertid, le contesté, que no hablo en sentido figurado: la sopa al asador es una sopa real y verdadera.»

A continuación, y para mayor inteligencia, les conté toda la historia del asunto, el objeto de mi viaje y

lo que esperamos todos del descubrimiento de la preciosa fórmula.

—«Ya lo veis, añadí, el rey de los ratones y su poderoso imperio podrían sacar escaso partido de todos esos adornos con que habéis cubierto mi asador, aun cuando yo fuese capaz de reproducirlos. Esto sería, si queréis, un soberbio espectáculo; pero bueno únicamente para animar los postres de una comida, soportable en aquellas ocasiones en que el estómago se siente satisfecho.»

Entonces el elfo metió el dedo meñique en el cáliz de una violeta, y rozando después con él el asador. —«Préstame atención, dijo. Cuando te encuentres de regreso delante de tu rey, pásale el asador por el hocico, y verás brotar en el bastón aunque sea en lo más crudo del invierno, un ramo de hermosas violetas. Cuando menos algo habré recompensado con esto tu complacencia. Pero aún quiero darte algo más.»

Al pronunciar estas palabras, la ratoncilla acercó el asador al augusto hocico de su soberano, y en efecto, brotó en él un hermoso ramo de violetas que embalsamó todo el ambiente; pero como este olor no fuese del gusto de la ratonera grey, el monarca ordenó á los ratones que estaban más cerca del hogar, que pusieran la punta del rabo en los restos del fuego para sustituir con un fuerte olor de chamusquina el insípido perfume de las violetas, grato, según dijo, todo lo más á las narices del hombre.

—«Pero, añadí, tú has dicho, si mal no recuerdo, que el elfo te había prometido algo más, ¿no es eso?»

—«Sí, contestó la ratoncita, y cumplió su palabra. Se trata de una nueva sorpresa.» «Las violetas, me dijo, son para recreo de la vista y el olfato, por consiguiente quiero darte además algo que sirva para recrear el oído.»

La interlocutora dió la vuelta al asador y desaparecieron las violetas; en cambio empezó á moverlo

á compás como la batuta de un director de orquesta. ¡Pardiez! ¡Qué pícara música resonó en el acto! Ya no eran los divinos acordes que habían llenado el bosque, acompañando la danza de los elfos; sino el conjunto de todos los rumores imaginables que pueden producirse en una cocina. Los ratones escuchaban con muda atención.

Oíase el chisporroteo de sarmientos, los ronquidos del horno, el hervidero de la sopa, la crepitación de la grasa y el monótono rumor de un pedazo de carne asándose. De súbito se hubiera dicho que una corriente de aire activaba la lumbre, y hacía rebosar vasijas y cacerolas, vaciándose el caldo sobre las ascuas y produciendo un fuerte estrépito. Luego nada, ni el menor ruido, silencio completo, al cual sucede un susurro casi imperceptible, una especie de canto dulce y quejumbroso: es el perol que empieza á calentarse, el susurro va subiendo de tono, el agua entra en ebullición: estalla en seguida una bacanal producida por una docena de cazuelas metálicas, chocando entre sí y produciendo diversos sonos, las unas en mayor y las otras en menor. La ratoncita agitaba la batuta cada vez más rápidamente: pucheros y vasijas espumeaban y hervían á todo hervir, produciendo un zurrido estrepitoso: todo rebosaba, todo huía de su receptáculo, resonaba una especie de silbido infernal. Luego una ráfaga de viento emboca la chimenea. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué cataclismo! La ratoncita estaba despavorida y se le cayó la batuta de las manos.

Reinó el silencio más absoluto.

—«¡Será sin duda un magnífico guiso! dijo el rey. ¡Vamos á ver, que sirvan la sopa en el acto, debe ser excelente!»

—«Es que no hay sopa, dijo la pequeña rata, se ha desbordado cayendo toda sobre la lumbre.»

Y se inclinó respetuosamente.

—«Esto es una broma de mal género, repuso el rey. Vamos á la siguiente, que nos dé su fórmula.»

III

De lo que contó la segunda ratoncilla



ACI en la biblioteca del castillo. Se diría que una estrella fatal preside los destinos de mi familia: casi ninguno de los nuestros ha tenido nunca la fortuna de penetrar hasta el comedor ó la repostería, objeto constante de todas nuestras aspiraciones. Hoy, por pri-

mera vez, entro yo en esta cocina. Sin embargo no he de negarlo: durante mi viaje he tenido ocasión de frecuentar esos lugares de delicias.

También es cierto que si en la famosa biblioteca en que se meció mi cuna, el hambre suele acosarnos muy á menudo, adquirimos en cambio una instruc-

ción muy vasta. Llegó por consiguiente hasta nosotros la noticia del concurso abierto por orden del rey para el descubrimiento de la fórmula de la sopa al asador; y mi abuela, que es ya muy vieja, recordó que un día había oído á uno de los bibliotecarios leer en alta voz en cierto libro, el siguiente pasaje: «El poeta es un hechicero capaz de hacer una sopa, sin otro útil ni ingrediente que un asador.» Y me preguntó mi abuela si yo me sentía poetisa; pregunta á que no pude contestar, porque no la entendí bien.—«Ea, me dijo, será preciso que viajes un poco para aprender á ser poetisa.»—«Creo, le repliqué, que esto es muy superior á mis pobres alcances.»

Pero mi abuela que durante su juventud había sido muy curiosa, escuchando con atención cuanto oía leer en la biblioteca, añadió que según los autores más doctos y autorizados, para formar un poeta se requerían tres ingredientes indispensables, á saber, inteligencia, imaginación y sentimiento. «Si tú procuras adquirir estas tres cosas, me dijo, serás poetisa, y entonces nada más fácil que preparar la famosa sopa.»

Así pues partí en busca de esas tres cualidades, dirigiéndome hacia el Occidente.

La inteligencia, dije para mis adentros, es la primera; creo que las dos restantes son menos apreciadas en el mundo. Así pues buscaré ante todo la inteligencia. Pero ¿dónde encontrarla?

«Contempla la hormiga y aprenderás la sabiduría,» ha dicho un Rey israelita: eso también lo había oído leer mi abuela. Anduve, pues, sin detenerme, hasta encontrar el primer grande hormiguero. Una vez allí, me puse en acecho para sorprender á la sabiduría y pillarla descuidada.

Las hormigas constituyen un pequeño pueblo por todo extremo respetable, pues son todo inteligencia.

Todo entre ellas se resuelve como un problema matemático, es decir metódicamente. Trabajar, trabajar incesantemente, sin tregua ni descanso y poner huevos: tal es, dicen ellas, el cumplimiento supremo de los deberes para con el presente y lo porvenir, y fuera de esto no hacen otra cosa.

Divídense en superiores é inferiores; las categorías están marcadas por números de orden; la reina lleva el número uno. La opinión de la reina es la única verdadera: la reina posee la quinta esencia de la sabiduría infusa; tal es lo que llegué á comprender desde el primer momento, lo cual no dejaba de ser muy importante, no faltándome más que reconocer á la reina en medio de esos millares de animalitos.

Oí contar de ella muchas cosas que acusaban una razón superior, por lo mismo que á mi pobre cerebro le parecían absurdas. Pretendía la reina que su hormiguero era lo mejor del mundo, en suma, que era más alto que las montañas más encumbradas. No obstante, allí cerca había un árbol que se levantaba como unos cien pies sobre el hormiguero; pero no se hablaba nunca de eso, y como las hormigas son ciegas, lo que les decía la reina pasaba por una verdad inconcusa.

Una tarde, al anoecer, una hormiga extraviada trepó por el tronco, y sin subir hasta la cima, llegó sin embargo más arriba de lo que habían subido nunca sus hermanas. A su regreso habló de su ascensión, declarando que el árbol le parecía mucho más elevado que el hormiguero. Esto se consideró como una ofensa dirigida á toda la comunidad, y la pobre hormiga se vió condenada á los trabajos más duros, tales como el acarreo de insectos muertos, etc., etc.

Algún tiempo después una segunda hormiga se descarrió también y trepó por el tronco. De vuelta á su redil, habló de su excursión con calculada prudén-

cia y usando muchas anfibologías; pero dejando adivinar á quien quisiera entenderla, que el árbol era mucho más alto que el hormiguero. Como era hormiga muy considerada, nada menos que una de las dignatarias de la corte, lejos de verse perseguida como la anterior, cuando murió fué adornada su tumba con una cáscara de huevo á guisa de monumento, para eternizar con ello el recuerdo de su intrepidez y de su ciencia.

Con todo esto aún no había logrado descubrir á la reina, y como no cesaba de observar, noté que de cuando en cuando llevaban las hormigas sus huevos á cuestras para sacarlos al sol. Un día ví á una haciendo obstinados esfuerzos para recoger el suyo y volverlo al nido: dos hormigas corrieron á ayudarla; pero como las dos iban igualmente cargadas con su correspondiente huevo, y vieron que para socorrer á su compañera era preciso que se descargaran, se fargaron, dejando á la pobrecita en los mismos apuros.—«Muy bien hecho, oí una voz que decía: la caridad bien entendida comienza por uno mismo. Nosotras las hormigas nunca nos equivocamos sobre este particular. Ya al nacer lo que nos sobra es, el discernimiento; lo digo yo que soy de entre todas la razón suprema.»

A estas palabras divisé entre el hervidero del enjambre una hormiga enderezada orgullosamente sobre sus patas traseras: ya no me cabía duda alguna, era la reina. Saqué la lengua, la atrapé y me la comí. Con ella en el cuerpo, poseía ya la sabiduría y la inteligencia; pero no era bastante todavía.

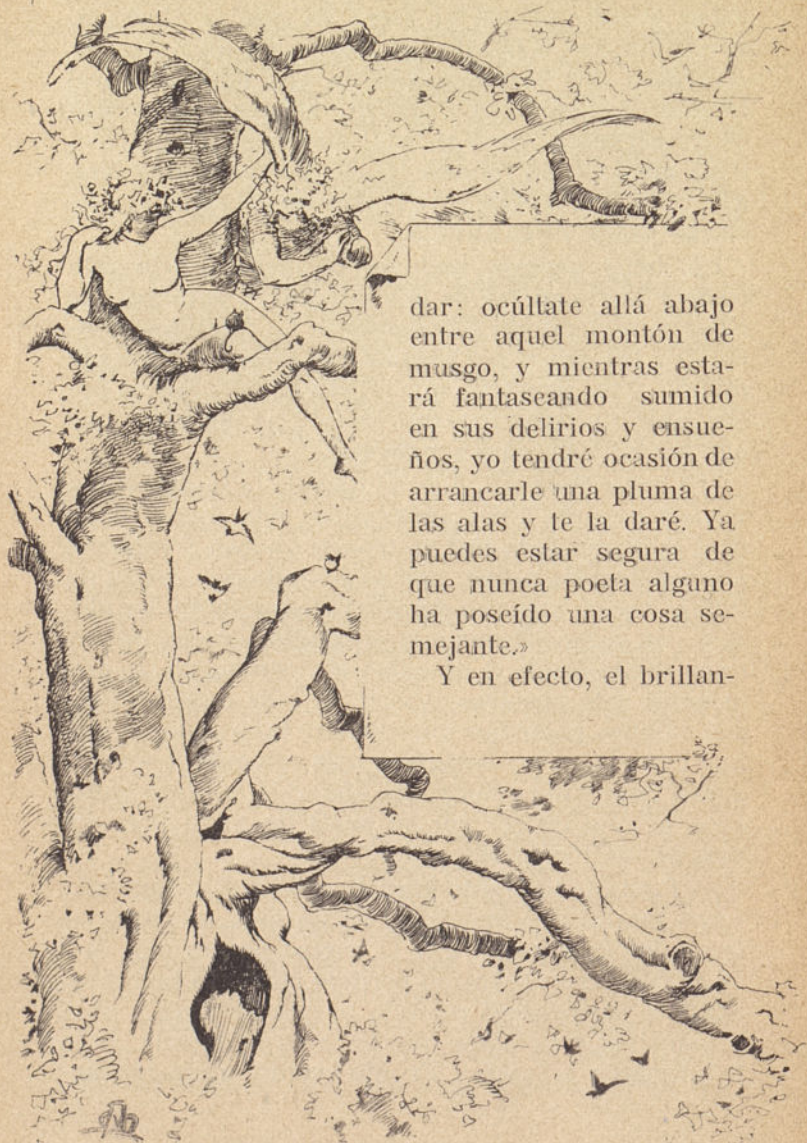
A mi vez trepé por el árbol que daba sombra al hormiguero: era una soberbia encina tres veces secular coronada de una magnífica copa de ramaje. Sabía por mi abuela que suelen habitar en esos árboles unos seres especiales, llamados dríadas, ninfas que

nacen y mueren con el árbol en que se albergan. Efectivamente, á lo alto del tronco, en un hueco, se albergaba una joven dotada de una belleza sobrehumana, la cual exhaló un grito apenas se apercibió de mi presencia, pues al igual que todas las mujeres tenía miedo á los ratones, y además sabía muy bien que yo habría podido roer la corteza del árbol al cual estaba unida su existencia.

Le dirigí algunas melosas palabras procurando tranquilizarla acerca de mis intentos, y entonces me cogió acariciándome blandamente. Le referí los motivos por los cuales me había arriesgado á recorrer el mundo, y me prometió que tal vez aquella misma noche podría proporcionarme una de las dos cosas que aún me faltaban para ser poetisa.

«El bello Fantasio, dijo, el dios de la imaginación, viene á menudo á descansar sobre esta encina, de la cual está prendado por su tronco nudoso y robusto, por sus fuertes raíces, por su majestuosa corona de follaje que en invierno desafía la tempestad y las nieves, y en verano forma esta espléndida cúpula de verdura, desde donde se descubre el vasto paisaje que se extiende ante nosotros. Aparte de esto, aquí se recogen muchos pajarillos que cuentan las aventuras que han corrido en las comarcas más remotas, y una cigüeña cuyo nido cuelga allá abajo de la única rama seca, la cual refiere por su parte las maravillas del país de las Pirámides.

»A Fantasio todo esto le gusta extraordinariamente, como también el que yo le relate toda mi historia, desde los tiempos en que la encina no era más que un tierno arbolillo medio perdido entre los helechos, dándole pormenores de todo lo que he visto y oído durante los tres siglos que lleva de existencia. Esto le interesa y le fascina. Pronto vendrá, no puede tar-



dar: ocúltate allá abajo entre aquel montón de musgo, y mientras estará fantaseando sumido en sus delirios y ensueños, yo tendré ocasión de arrancarle una pluma de las alas y te la daré. Ya puedes estar segura de que nunca poeta alguno ha poseído una cosa semejante.»

Y en efecto, el brillan-

te Fantasio llegó á la encina, y la bondadosa dríada arrancó una pluma de sus alas de mil colores y me la regaló. Yo la puse en remojo para reblandecerla, y después me la comí, no sin dificultad. Cuando me hube tragado el último resto, encontréme poseedor de la inteligencia y de la imaginación: ya no me faltaba más que el sentimiento.

Volví á la biblioteca, en la cual ya sabía que había de encontrar un buen número de esas buenas novelas destinadas á vaciar algún tanto el depósito de lágrimas humanas, cuando está demasiado lleno: libros que vienen á ser una especie de esponjas destinadas á absorber los sentimientos.

Recuerdo que era fácil reconocerlos á simple vista por el aspecto apetitoso del papel, pues á fuerza de manosearlos amos y criados, las páginas estaban muy pringosas, lo cual no deja de ser un sabroso regalo para el paladar de una rata de biblioteca.

Ataqué un volumen, luego un segundo, y empecé á sentir en todo mi sér extraños estremecimientos. Devoré un tercero, y ya fui poetisa: no podía dudar-se: tenía jaqueca, retortijones de tripa, dolores en todo el cuerpo y estaba agitada de continuo.

Pero ¿y la sopa al asador? Mi imaginación creó un gran número de situaciones, historias, anécdotas y proverbios, en los cuales figuraba un asador ó cosa parecida, como un trozo de palo, un bastoncito, etc. No podéis imaginaros nada más divertido y ameno, de modo que esta sopa de creaciones y fantasías vale infinitamente más que la sopa real que suele comerse con la boca.

Así comenzaré narrando á V. M. un cuento; en él veréis cómo á un golpe de varilla mágica, transformó una buena hechicera á la Cenicienta y todos los enseres de su cocina: mañana contaré otra historia y así sucesivamente.

—«Basta de sandeces, gritó el rey: todo esto son platos sin sustancia. Hable la tercera.»

—«¡Silencio!... ¡Silencio!...» murmuró á una toda la asamblea. Una ratoncita, la cuarta de las que partieron, á quien habían dado por muerta, acababa de entrar en la cocina. Precipitóse como una flecha en medio de la reunión, derribando el asador cubierto de gasas erigido en su memoria.



Había andado noche y día para llegar á tiempo, habiendo tenido en último extremo la audacia de meterse en un vagón de un tren de mercancías. Llegaba sin asador y toda derrengada: le faltaban muchos pelos, pues en sus aventuras había recibido más de una apabulladura; pero á pesar de todo conservaba la voz clara y vibrante.

Sin aguardar á que le tocase el turno, tomó en seguida la palabra, cual si de lo que iba á decir dependiese la suerte de toda la casta ratonil. Y habló con un aplomo tan imponente, y lo que ocurría era por otra parte tan inesperado, que el rey no acertó á interrumpirla para darle una lección por su falta de respeto.

He aquí cuáles fueron sus palabras:

IV

De lo que dijo la cuarta ratoncilla, al tomar la palabra antes que la tercera.

ANTE todo debo decirnos que me dirigí á la capital de un vastísimo país, considerando que en una gran ciudad había de encontrar más fácilmente los informes que necesitaba. No tengo memoria para retener nombres, por cuyo motivo no puedo decirnos el de la ciudad en cuestión. Recuerdo sí que para hacer el viaje me metí en la carreta de un contrabandista, que le cogieron y le llevaron al palacio de justicia, en cuyo sitio procuré escabullirme metiéndome en la habitación del portero.



Allí oí hablar de un hombre que había sido encarcelado por haber proferido algunas palabras irrespetuosas contra la autoridad. Esas palabras contadas primero de referencia, ampliadas y comentadas después, fueron luego alteradas y se consignaron en autos, sufriendo aún nuevas exageraciones.

—«Se trata de una tontería, de una cosa baladí que no vale la pena, dijo al portero: tan claro es eso como el agua clara y la *sopa al asador*; y sin embargo puede costarle la torta un pan.»

Al oír estas palabras enderecé las orejas sospechando que había dado con una buena pista para descubrir la ansiada fórmula. Aparte de esto, sentí un singular interés por el pobre prisionero, y me puse en busca de su calabozo. Lo encontré y penetré en él por un pequeño agujero, que había abierto otro ratón junto á la puerta.

El pobre estaba macilento, llevaba lengua barba y sus ojos brillaban con notable intensidad. La lámpara que alumbra el sombrío recinto del calabozo tenía una llama vacilante y humeaba, sin que el humo ennegreciera las paredes, por lo mismo que estaban ya materialmente cubiertas de hollín. El prisionero mataba el tiempo trazando en ellas versos y dibujos con un punzón, y como al parecer se fastidiaba de lo lindo, apenas se apercibió de mi presencia me recibió muy bien. dábame migajitas de pan, me dirigía palabras dulces y tiernas, y me llamaba silbando suavemente cuando deseaba que me acercase; por otra parte mis primores y habilidades le distraían, y con todo ello entramos en tal confianza, que al poco tiempo éramos los mejores amigos.

Compartía conmigo su pan y su queso, y por cierto que me daba algo más que la corteza; algunas veces que teníamos salchicha; en una palabra, mi estancia en el calabozo fué para mí una continua franchela.

Pero no era esto lo que más me complacía: la amistad de este hombre excelente me llenaba de orgullo y de dicha. Solía tomarme cariñosamente entre sus manos y entonces yo jugueteaba con su barba, y cuando sentía frío me metía dentro de una de sus mangas. Él por su parte me mimaba y acariciaba sin cesar, demostrándome un verdadero afecto, al cual correspondía yo tan profundamente, que llegué al extremo de olvidar al objeto de mi gran viaje, sin acordarme siquiera del asador, el cual un día se deslizó cayendo en una de las junturas del piso, donde permanece todavía.

Allí me quedé pues, pensando que no debía ausentarme dejando al pobre prisionero solo y aislado, sin nadie con quien compartir su pan y su queso, lo cual al parecer le gustaba tanto. En cambio él fué quien se marchó; y la última vez que le vi, á pesar de la tristeza que se reflejaba en su semblante, me prodigó las más tiernas caricias, y me dió una rebanada de pan y más de la mitad de su ración de queso; y al salir del calabozo, cuando llegó al dintel de la puerta, se volvió atrás enviándome un beso con la mano. Desde entonces no he vuelto á verle é ignoro qué ha sido de él.

«Sopa al asador» había dicho el portero ocupándose de este hombre, y como esta frase me recordara el por tantos días olvidado objeto de mi viaje, resolví volverme á su habitación, y me pasó una cosa horrible. Acostumbrada á las ternezas del pobre prisionero, y sin recelar nada de los hombres, me paseaba por la habitación como Pedro por su casa, y el portero me pilló y si bien me hizo al principio alguna caricia, acabó por encerrarme en una jaula.

¡Qué encierro tan espantoso! Figuraos que yo deseaba andar y correr, y no hacía más que dar vueltas al cilindro de la jaula sin adelantar un paso y provocando las carcajadas de todos cuantos me contemplaban.

El bribón del portero me había encerrado únicamente para hacerme servir de diversión á su metecita, que era por cierto una niña muy linda, con sus cabellos de oro ensortijados, su boquilla siempre risueña y sus grandes ojos claros y radiantes de contento. Un día, al verme toda desolada y jadeante a fuerza de galopar inútilmente dando vueltas al cilindro, «¡Pobrecita!» exclamó; corrió el cerrojo y me dejó escapar. A pesar de hallarme molida y quebrantada, gané de un brinco el reborde de la ventana, que precisamente estaba abierta, y en seguida me escabullí por una gotera. «¡Estoy libre! ¡Estoy libre!» exclamaba respirando con fruición, y no pensando ya en otra cosa que en preservarme de nuevas contingencias, y sobre todo en hallar la receta de la sopa al asador.

Esperé que cerrara la noche, y entonces cruzando los tejados del palacio de justicia, llegué á una vieja torre contigua, habitada sólo por un sereno y un buho. Había en esta torre un sin fin de agujeros y escondrijos, y tomé el partido de instalarme en uno de ellos, sin que me fiara mucho ni del hombre ni del ave, especialmente de esta última que se asemeja á un gato completamente así en la figura, como en la guerra que tiene declarada á nuestra casta.

Pero todo el mundo está expuesto á equivocaciones, y esto es precisamente lo que me sucedió, pues el buho valía infinitamente más de lo que indicaba por su aspecto; era viejo y tenía mundo y experiencia. Fuese ó no fuese descendiente, como él pretendía, del famoso buho de Minerva, diosa de la sabiduría, la verdad es que conocía el anverso y el reverso de todas las cosas. Cuando sus pequeñuelos soltaban algún despropósito:—«¡Cuidado! les decía que no hagamos una *sopa al asador*.» Cuya advertencia les bastaba para comprender que habían dicho una sandez.

Aparte de esto, nunca ví que les dirigiera otras gra-

ves reprensiones; al contrario, solía tratarles con singular ternura, y este proceder acabó por inspirarme confianza, hasta que un día me decidí á dirigirle desde mi escondite algunos *pst, pst*, á guisa de saludo.

Costestó el buho dándome la bienvenida y prometiendo protegerme contra todos los animales dañinos; no obstante, me previno que si el próximo invierno se presentaba demasiado duro, y no tenía otro recurso, entonces me dispensaría el honor de comérseme lisa y llanamente.

Conforme he dicho antes, era el buho un animal muy experto á quien nada hacía mella.

—«¿Lo habéis notado? me dijo un día: el sereno se da aire de personaje importante, porque cuando ocurre algún incendio despierta á toda la población al son de su bocina; pues bien, fuera de esto no sirve para maldita la cosa, y tocar el cuerno, en verdad, no es más que *sopa al asador*.»

Interrumpí sus palabras suplicándole que me facilitase la fórmula para aderezar este plato.—«¡Cómo!» exclamó en el colmo de la sorpresa, ¿no sabéis aún que eso de *sopa al asador* es un modismo inventado por los hombres, al cual cada uno da la interpretación que mejor le cuadra; pero que en el fondo equivale á *nada entre dos platos*?

—«Me he lucido, exclamé vivamente impresionada por esta explicación. Lo que acabáis de decirme desvanece todas las ilusiones que acerca de esta renombrada sopa me había forjado; pero después de todo, conozco que vuestras palabras son la verdad desnuda, y yo entiendo que la verdad es lo mejor del mundo.»

Y abandoné la torre acelerando mi regreso, para traerlos, ya que no la sopa, algo que vale mucho más, la verdad. Los ratones, me decía, pasan con razón por ser una raza ilustrada, y nuestro rey, que tanto se distingue por su elevada inteligencia, estará encantado de poseer la verdad y me hará reina.»

—«Tu pretendida verdad es un solemne embuste,» dijo la tercera ratoncilla, que aún no había usado de la palabra.» «Yo sé preparar la sopa y vais á verlo con vuestros propios ojos.»

V

La fórmula maravillosa

N cuanto á mi, añadió, no anduve en busca de informes al extranjero: no salí de nuestro país, que al fin y al cabo vale tanto como los demás y en él se encuentra todo lo que se desea. Tampoco he consultado á los seres sobrenaturales, ni me he tragado esto, ni lo otro, ni lo de más allá para adquirir la ciencia infusa, ni he pedido su parecer á ningún buho. Si algo sé, á mi mismo lo debo, y es fruto de largas y profundas meditaciones. He aquí el secreto.

«Colocad una marmitta á la lumbre, está bien. Llenadla de agua, más, así, hasta el borde. Vamos á ver: activad el fuego, venga leña, carbón, es necesario que

hierva pronto. Esto es. Ha llegado el momento: echad el asador á la marmita: dentro de cinco minutos estará todo dispuesto: no falta más que una cosa.

«Que nuestro egregio soberano se digne menear el líquido hirviendo con su augusto rabo, por espacio de unos dos minutos por lo menos; pero para que el guiso sea completo, si puede hacerlo un minuto más, mejor.»

—«¿Y es necesario que sea mi rabo justamente?» preguntó el rey.

—«Sí, majestad, contestó la ratoncilla: el rabo de vuestros humildes súbditos no tiene esta virtud característica y exclusiva que posee el de V. M.»

El agua continuaba hirviendo ruidosamente. El rey se acercó á la marmita lleno de dignidad y de valor, levantó y estiró el rabo como suelen hacerlo los ratones al desnatar con él una vasija de leche, para lamérselo con regodeo; pero apenas sintió la quemazón producida por el vapor, se retiró de un salto exclamando:

—«Es verdad, esta es la receta: tú serás reina. En cuanto á la sopa, la preparemos otro día. Queda aplazada para cuando celebremos nuestras bodas de oro (1); entonces en honor de fiesta tan señalada, regalaremos con ella á profusión á todos nuestros pobres durante una semana.»

Y el enlace se celebró en seguida con notable pompa.

Cuando no quedó nada que comer ni beber, al regresar cada ratón á su agujero, algunos, y entre ellos los deudos y amigos de las tres ratoncillas desaira-

(1) Las bodas de oro consisten en una gran fiesta característica de los países del Norte, que celebran los matrimonios al cumplirse el quincuagésimo aniversario de su enlace matrimonial.—(N. del T.)

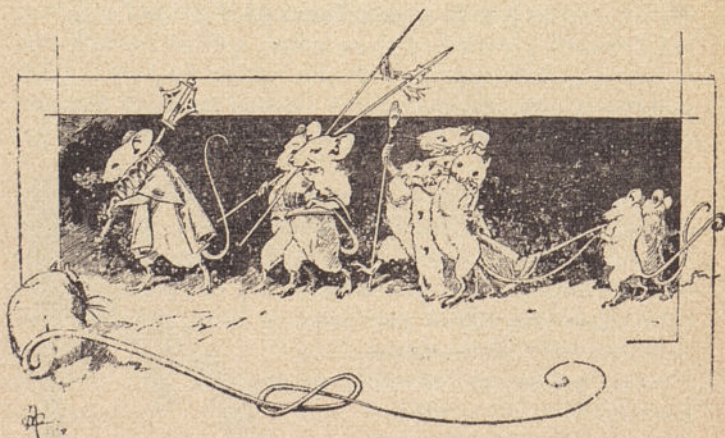
das por el monarca, empezaron á murmurar, diciendo:

—«¿Esto es la sopa al asador? ¡Vaya una gracia! Esto todo lo más es sopa de rabo de ratón.»

En cuanto á los relatos que habían escuchado, encontraron indistintamente trozos interesantes y fragmentos insípidos y muy mal contados.

Asimismo cuando esta historieta se difundió por el mundo, fueron muy encontrados los pareceres; los unos la encontraron muy divertida, los otros no veían en ella más que un cúmulo de necesidades.

Sea lo que fuere, tal cual es la he escrito, sabiendo de antemano que la crítica, en general, es *sopa al asador*, y nada más.





LA VIRGEN DE LOS VENTISQUEROS

I

EL PEQUEÑO RUDY

ESTAMOS en Suiza, mis queridos lectores: ved en torno vuestro los sombríos bosques amontonados en las escarpadas laderas: subid á los inmensos depósitos de nieve de un brillo deslumbrador y bajad á las verdes praderas surcadas de mugidores torrentes que discurren con impetuosa rapidez, como si les tardara el momento de desaparecer en el seno de la mar salada.

El sol centellea lanzando sus ardientes rayos sobre los profundos valles y derritiendo las grandes masas de nieve que vuelven á congelarse durante la noche,

formando enormes trozos de hielo, avalanchas y ventisqueros superpuestos en desorden.

Dos de estos ventisqueros rellenan las grietas de los peñascos del Schreckhorn y el Wetterhorn, cerca de la aldea de Grindelwald. Están estos sitios tan curiosa y gallardamente dispuestos, que todos los veranos atraen la atención de los turistas procedentes de todos los países del mundo, los cuales suben por espacio de algunas horas, y al llegar á las empinadas cumbres, contemplan la llanura como desde lo alto de un globo aerostático lanzado al espacio.

Con mucha frecuencia las nubes se amontonan en esas alturas formando una inmensa cortina de vapores, mientras que en el valle, iluminado por los destellos de un sol espléndido, resplandece la verdura cuyos colores vivos remedan los de un rico transparente. Abajo las aguas ruedan con estrépito, y en las alturas murmuran y zumban suavemente, y lizándose á través de un dédalo de rocas y desplegando un sin fin de cintas plateadas.

A ambas orillas del camino que conduce á los ventisqueros se levantan queseras ó *chalets* rodeados sin excepción de un pequeño campo plantado de patatas, alimento predilecto de los niños que hormigean por esos albergues y cuyas boquitas mascan y devoran á competencia.

Allá veréis bandadas de esos muchachos salir al encuentro de los forasteros, rodearles á porfía y disputárselos, ofreciéndoles las lindas casitas de madera que labran sus padres. Así reine buen tiempo como llueva á mares, ese enjambre de rapaces permanece escalonado en el camino atisbando la aproximación del primer turista, para endosarle su pequeña mercancía.

Veinte años atrás, los viajeros solían fijarse, entre los demás muchachos, en uno especialmente que se mantenía siempre algo apartado de la turba, á pesar

de que como los demás andaba en busca de compradores. Tenía un aspecto serio, pero encantador, y agarraba con tanta fuerza el cajón que contenía los chismes de madera destinados á la venta, que cualquiera hubiera dicho que no quería soltarlos. Si sus compañeros importunaban á todo el mundo, él en cambio no decía una palabra; pero su gravedad chocaba tanto á los compradores, que éstos le llamaban con preferencia y vendía muchísimo más que sus movedizos camaradas.

Su abuelito era quien labraba los lindos cascanueces, caprichosos monigotes, osos, cucharas y tenedores, cajitas adornadas de delicado follaje y ligeras y esbeltas gamuzas. El viejo vivía allá arriba, en la montaña, y tenía un armario lleno de esos juguetes que generalmente fascinan á los niños. Pero su nieto llamado Rudy, no hacía el menor caso de ellos; lo que miraba con cierta fruición mezclada de codicia, lo que deseaba poseer ardientemente, era la vieja escopeta colgada de un cabo de viga, y que su abuelo había prometido regalarle cuando fuese mayor y pudiese servirse de ella.

Con todo y que era aún muy niño, guardaba las cabras, y si el ser un buen pastor de cabras consiste en saber escalar las rocas más abruptas y escabrosas, pocos aventajaban al pequeño Rudy, que en este punto dejaba atrás á las mismas cabras. Lo que más le gustaba era encaramarse á la copa de los árboles y descolar nidos; en esto su valor rayaba en temeridad. ¡Singular muchacho que no sonreía sino al encontrarse junto á una retumbante cascada ó al oír el sordo y pavoroso estrépito de una avalancha!

No jugaba nunca con los demás niños de su edad ni permanecía en su compañía, sino cuando su abuelo le enviaba á vender sus trabajos de madera esculpida. Inútil es decir que esta tarea no era de su agra-

do, y que prefería irse solo á trepar por las escarpadas montañas ó permanecer sentado junto á su abuelo oyéndole contar historias viejas ó tradiciones del país de Meiringen en que había nacido el anciano, país que un tiempo fué invadido por un pueblo que vino del extremo Norte, perteneciente á la raza de los suecos.

Así iba aprendiendo Rudy muchas cosas que antes ignoraba por completo, y prestando atento oído á los relatos del viejo escultor llegó á adquirir noticias y conocimientos que no poseían otros muchachos de su edad. Pero su espíritu infantil se avivaba sobre todo con las relaciones que había contraído con los animales domésticos de su casa. Eran éstos Ayola, un perro grande que había pertenecido á su padre, y un gato á quien Rudy quería entrañablemente. Éste gato fué quien le enseñó á encaramarse.

—«Vente conmigo al tejado,» le dijo un día, y Rudy le entendió perfectamente. En la niñez apenas se sabe hablar, pero se interpreta con lucidez inexplicable el lenguaje de las gallinas y de los patos, de los gatos y de los perros, los cuales en esta edad suelen hablarnos con una voz tan clara y comprensible como la de nuestros padres. Entonces se oye relinchar el bastón del abuelito convertido en caballo y se le ve cabeza, cola y cuatro patas. Pero al crecer, esta facultad va perdiéndose, si bien que unos muchachos la conservan más que otros, y á esos los mayores les llaman papanatas. ¡Qué le hemos de hacer! Se dicen tantas cosas!...

—«Vente conmigo al tejado, le había dicho el gato; eso que dicen que hay peligro en ello no lo creas, son ilusiones: el que no tiene miedo, no se cae. Vamos á ver, adelanta una patita, pon la otra así, afíanzate con las de delante, abre bien los ojos y date aire y flexibilidad. Si un abismo se te abre al paso, salta por encima y nada temas. Mirame á mí.»



Y Rudy que entendía perfectamente estas palabras seguía al gato por el tejado y por las ramas más altas de los árboles. Luégo trepó hasta la cúspide de las rocas donde los gatos no van nunca,

y en este caso tomaba consejo de las breñas y matorrales aferrados en los angostos rebordes de las más empinadas pañas donde permanecían como suspendidos.

Rudy solía subir con mucha frecuencia á la montaña antes de la salida del sol, respirando con fruición el aire fresco y refrigerante de la mañana que es un néctar que sólo Dios sabe preparar, y del cual voy á dar la fórmula. Mezclad la fragancia de todas las yerbas frescas y aromáticas del monte con la de la menta, el tomillo, la rosa y las demás flores que embalsa-

man el valle; de esta mezcla no toméis más que el perfume sutil, dejando que las nubes absorban los vapores pesados, y confiando al viento el cuidado de tamizar aquel aroma á través de los bosques de pinos, tendréis ese aire matinal impregnado de un sabor exquisito y de una frescura deliciosa, incomparable.

Este aire era el que Rudy iba á saborear, casi todas las mañanas, á las alturas: los primeros rayos del sol acariciaban sus mejillas, y aunque el Vértigo, ese poderoso demonio, le acechaba, por disposición superior no podía acercarse al intrépido muchacho. Las golondrinas que ocupaban los siete nidos fabricados en los aleros de la casa de su abuelo, volaban á reunirse con él á las alturas á donde llevaba las cabras, cantando su misterioso estribillo: *Vi og i, og i og vi* (1).

Ellas le traían recados de todos los habitantes de la casa incluso las dos gallinas, con las cuales Rudy no solía tratarse.

A pesar de ser aún muy niño, había viajado mucho. Nacido en el cantón del Valais, llevóle á poco en el Oberland á través de los Alpes. Más tarde había ido á pie hasta Staubbach á visitar la magnífica cascada que se despeña enfrente de la Yungfrau, esa montaña eternamente cubierta de nieve y de hielo, que se eleva formando una especie de gasa de plata de unos mil piés de extensión.

También había estado muy cerca de los grandes ventisqueros de Grindelwald; pero esta es una historia muy triste. Allí pereció su madre y allí debió perder el chico su jovialidad infantil.

(1) Onomatopeya que debidamente acentuada en el idioma danés expresa el canto de la golondrina y significa: «Vosotros y nosotros, nosotros y vosotros.»—(N. del T.)

—«Cuando Rudy no tenía más que dos años, contaba su abuelo, era un niño muy risueño. Las cartas que su madre me escribía reflejaban la alegría loca de su hijo, pero desde que estuvo en la caverna del hielo, ha acabado por volverse más grave y taciturno que un anciano.»

Al abuelo no le gustaba contar este doloroso suceso; pero lo sabía todo el mundo en la comarca. He aquí lo que ocurrió.

El padre de Rudy era desde tiempo inmemorial conductor de la diligencia que hacía la carrera de Ginebra á Italia, y efectuaba sus viajes seguido invariablemente de su perrazo Ayola.

Tenía un hermano establecido en el valle del Ródano, en el Valais, atrevido cazador de gamuzas y excelente guía de los turistas que en la estación veraniega frecuentaban la comarca.

Sólo dos años contaba Rudy cuando perdió á su padre, y su madre resolvió irse á vivir al Oberland bernés, país de su nacimiento, en donde residía aún su padre á una legua de Grindelwald, ganándose la vida fabricando lindos objetos de madera.

Llegó el mes de junio y la pobre viuda con su hijo en brazos partió acompañada de dos cazadores de gamuzas. Ya habían pasado la cuesta de la Gemmy, ya descubrían á lo lejos los *chalets* del valle; pero tenían que atravesar aún un gran ventisquero; el camino era penoso y recientemente había caído alguna nieve, bajo la cual desaparecía una grieta que si no tenía una profundidad de algunos centenares de piés como otras muchas del país, bastaba para cubrir un hombre. La pobre viuda resbaló y se hundió en la nieve desapareciendo con su hijo Rudy en el fondo de esa grieta.

Los cazadores al principio no oyeron grito, exclamación, ni suspiro alguno; pero al poco rato el niño rompió en sollozos. Más de una hora necesitaron

para irse á proveer de estacas y cuerdas á la casa más cercana, y después de no pocos esfuerzos lograron extraer de aquellas profundidades los cuerpos de la madre y del niño al parecer cadáveres. Después de varias tentativas lograron reanimar al muchacho, no así á la madre; y el pobre huérfano fué conducido á la casa de su abuelo, quién procuró educarlo lo mejor que pudo. Pero ya no había de encontrar en él la criatura alegre y vivaracha que su hija le pintara en cuantas cartas le escribía, sino un niño triste y grave que no sonreía nunca.

Tal fué el efecto que produjo en su tierno espíritu aquel mundo de hielo en que de improviso se sintió precipitado. Componen esas simas, enormes pedazos de hielo blanco y verdoso amontonados unos sobre los otros; y según la creencia de los montañeses suizos, en esta cárcel yacen encerradas las almas de los condenados aguardando la hora del supremo juicio.

Sé encuentran en el interior de los ventisqueros inmensas cavernas y profundas grietas que penetran hasta el corazón de los Alpes, formando el maravilloso palacio de la Virgen de los Ventisqueros, reina absoluta de estos sombríos lugares. Destruir, tronchar y pulverizar son los únicos goces de esta Virgen misteriosa: el aire es su padre, y su poderío se extiende por todo el curso de los ríos que proceden ó pasan por sus dominios. Más rápida que las gamuzas se lanza á veces á las cimas cubiertas de eternas nieves, á las cuales no puede llegar el hombre más temerario sino abriendo una serie de escalones en el hielo. Otras veces, flotando sobre enormes troncos ó ramas de pinos desgajadas por la tormenta, se deja llevar por los torrentes impetuosos, saltando en seguida de roca en roca, la cabellera suelta y envuelto el cuerpo en un manto verde-azulado, del mismo matiz que el agua de los lagos helvéticos.

—«¡Alto ahí! ¡Dejadlo, que es mío!» cuentan que

exclamó cuando retiraban á Rudy de la grieta. Y una vez estuvo á salvo, añadió: «Me han sustraído un niño hermosísimo: lo tenía en mis brazos y ya iba á imprimirle el beso mortal. Vedle de nuevo entre los hombres, va á la montaña á guardar cabras, trepando y encaramándose cada vez más. Huye de todos; pero no de mí. Es mío, me pertenece y lo tendré.»

Y como reinaba el verano y para la Virgen de los Ventisqueros hacía demasiado calor allá en los verdes Alpes donde crece la menta, un día rogó al Vértigo que se encargase de pasar á recoger al muchacho.

El Vértigo se elevó á los aires para zambullirse en los lagos removiéndolos hasta el fondo, y al poco rato vióse surgir uno de sus hermanos, luego dos, en seguida tres y por fin todo un enjambre, pues es de saber que el Vértigo tiene muchos hermanos. Los unos se apuestan en las altas escaleras, los otros en los campanarios, en las torres, en los empinados riscos de las montañas; nadan en los aires como los peces en el agua y atraen y fascinan á sus víctimas ávidos de precipitarlas al abismo. El vértigo y la Virgen de los Ventisqueros atisban al hombre sin cesar y le pillan en cuanto le tienen á su alcance, del mismo modo que un pulpo agarra todos los objetos que con él se rozan.

De entre todos los hermanos que tiene el Vértigo, la Virgen de los Ventisqueros escogió el más fuerte y hábil, dándole el encargo expreso de traerle á Rudy.

—«A ese sí que hasta **ahora** todo ha sido inútil para atraparle, dijo el Vértigo; le he tendido los lazos más ocultos, lo he hecho objeto de mis más pérfidas asechanzas; pero el gato, ese miserable animal, le ha enseñado el modo de burlarse de todo. A veces me figuro que esta criatura humana se encuentra bajo la protección de un poder contrapuesto y superior al

nuestro. Le he visto más de una vez sentado tranquilamente en la rama de un árbol suspendida sobre el abismo, le he hecho cosquillas en las plantas de los piés, le he soplado en el rostro echándole á la cara mi aliento que aturde, y ha permanecido siempre firme y sereno y riéndose de mis mañas.»

—«Y á pesar de todo ha de ser nuestro, dijo la Virgen. ¡Si no tuyo, será mío, sí, mío, mío!»

—«No, no,» oyóse en el espacio, allá á lo lejos con un susurro parecido al eco de las campanas de la iglesia. Era un canto verdadero, el dulce coro de los buenos y afables espíritus de la naturaleza.

—«No, no,» repitieron otras voces. Eran las hijas de los rayos del sol. Todas las tardes se tienden en fila y se agrupan estrechamente formando un círculo sobre la cúspide de los montes, abren sus alas que se bañan de púrpura, á medida que el sol desciende á su ocaso, y rodean los Alpes de una aureola de arrebóles. Y cuando se ha puesto el astro del día, se envuelven en la nieve de los picachos más altos y se adormecen hasta que reaparece el sol. Aman especialmente á las flores, á las mariposas y á los hombres; pero su niño mimado, su favorito predilecto no era otro que el pequeño Rudy.

—«No lo cogerás, no será tuyo,» cantaban á coro las hijas de los rayos del sol.

—«Otros más grandes y fuertes han caído en mis manos,» respondía la Virgen de los Ventisqueros.

Las hijas del sol entonaron una canción, cuyo asunto era el siguiente: Las deshechas ráfagas arrancaron el abrigo de un viajero, y se lo llevaron á través de los aires; pero tuvieron que contentarse con el abrigo; cuando llegaron al hombre se estrellaron:

—«Bien hubiérais podido cogerlo, ¡oh hijas de la fuerza bruta! lo que no habríais podido hacer es conservar-lo. El hombre es más fuerte todavía que nosotras: está por encima de todos los poderes de la na-



Las hijas de los rayos del sol

turaleza: alienta algo en él del soplo divino: sobrepuja al mismo sol que es nuestro padre y conoce las palabras mágicas que obligan á los vientos y á las aguas á obedecerle y á servirle.»

Tal era el encanto de los dulces espíritus. Y al amanecer de todos los días, apenas los primeros rayos del sol pasaban á través de la única ventanilla de la casa del abuelo para caer sobre el muchacho dormido, las hijas del sol le llenaban de caricias y de amorosos besos, para quitarle el último dejo del ósculo glacial y mortífero que le había dado la Virgen de los Ventisqueros, el día que cayó sobre el seno de su difunta madre, habiendo sido salvado de la muerte como por milagro.

II

VIAJE Á LA NUEVA PATRIA

RUDY ha cumplido ocho años. El hermano de su padre que, como hemos dicho, vivía allende los montes, en el valle del Ródano, pidió que le enviaran al niño para enseñarle á abrirse un buen camino en el mundo. El abuelo consideró que esto había de redundar en beneficio de su nieto y consintió en desprenderse de su grata compañía.

Rudy iba á partir, y se encontraban reunidos para despedirle algunos otros individuos además de su abuelito. En primer lugar mencionaremos á Ayola, el perro viejo:

—«Tu padre, le dijo, era conductor y yo el perro de la diligencia: millares de veces subimos y bajamos las montañas; y tengo por consiguiente un profundo conocimiento de los hombres y de los perros, de acá, de allá y de todas partes. Ya sabes que no soy hablador; pero como quiera que va á pasar mucho tiempo sin volvernos á ver, me permitiré charlar más que de costumbre.

»¿Podrías decirme por qué durante tanto tiempo anduve galopando al lado del carruaje, sin tener que roer otra cosa que mis pesares? Yo entonces no lo sabía y creo que tú tampoco lo sabes; pero por fin he llegado á figurármelo, y es que en este mundo, amigo mío, las cosas no andan mejor enderezadas para los hombres que para los perros.

»No, no se nos ha criado á todos, no se nos ha puesto á todos los perros en el mundo para pasar una vida regalona en la falda, llenos de caricias y ahitos de sabrosa leche. A lo menos á mí no me han acostumbrado á eso. Pero yo he visto algunas veces perritos de mala muerte ocupando en la diligencia el asiento de un pasajero: yo he visto cómo sus dueños les hartaban de leche y de bizcochos, y figúrate cómo estarían los tales animalillos, que algunas veces los rehusaban, contentándose con lamerlos un poquito, lo cual no obstaba para que las señoras, sus dueñas, se los tragasen sin escrúpulo.

»En tanto yo trotaba por el lodo del camino, sin separarme de la diligencia, lleno de hambre y sin poder mascar más que mis reflexiones. Tú dirás como yo que semejante estado de cosas es absurdo; pues aún hay más. Por mucho que bostezara y que ladra-

ra para dar un indicio de que estaba muy cansado, jamás se le ocurrió á nadie la idea de ofrecerme un poco de sitio en un rincón del carruaje y mucho menos tomarme en sus rodillas.

»Si te digo esto lo hago únicamente para que aprendas á conocer el mundo, en que por fin parece que vas á entrar. No lo olvides.»

Tal fué el discurso que hizo el bravo Ayola á su amigo Rudy, y éste pasándole los brazos alrededor del cuello, le dió un beso en la punta del hocico.

Después quiso coger al gato, y tal vez lo haría con alguna dureza ó con demasiado apasionamiento, porque éste se enfurruñó y le dijo:

—«Observo que para tratar conmigo vas haciéndote demasiado fuerte; pero vaya, al cabo eres amigo viejo y contigo no quiero emplear mis zarpas. Vas a trepar por las montañas: no olvides, pues, las lecciones que te he dado. Cuando te encuentres suspendido en el aire desecha todo temor: figúrate que no has de caer, y no caerás.»

Dicho esto, el gato se alejó rápidamente para no dejar ver en el brillo de sus ojos cuán conmovido estaba por la partida de su compañero de juegos y travesuras.

También divagaban por el aposento las dos gallinas, una de las cuales era rabona, desde que un turista que se daba muchos humos de buen cazador, tomándola por un ave de rapiña, de un tiro que le descerrajó le arrancó todas las plumas de la cola.

—«Rudy, dijo la rabona, se va al otro lado de los Alpes.»

—«¿Y qué? respondió su compañera, á mí eso de despedirme me da grima.»

Y ambas se alejaron trotando á pasos menudos y apresurados.



En cambio las cabras que Rudy había apacentado durante tanto tiempo, se despidieron de él con la mayor ternura, entonando un coro de *mé-e-e, mé-e-e*, proferido en el tono más triste y lastimero.

Había en el pueblo dos guías, muy prácticos del terreno, que habían de franquear la Gemmy con destino al otro lado de los montes. Rudy se juntó á ellos dispuesto á hacer á pie la travesía, que hubiera sido demasiado ruda y fatigosa para otro muchacho menos valiente y acostumbrado que él á correr por la montaña.

Las golondrinas le acompañaron un buen trecho cantando sin cesar: *Vi go í, ogí, og vi.*

El camino atravesaba el Lutschin, rápido riachuelo que brota de entre los negros peñascos del ventisquero de Grindelwald: pasáronlo los viajeros por unos troncos que vacilaban bajo sus plantas, y llegaron al ventisquero, viéndose rodeados de enormes trozos de hielo. Rudy estaba radiante. Sus ojos brillaban con singular alegría, al hundir con todas sus fuerzas sus gruesos zapatos claveteados en el hielo.

Encaramándose con ayuda de las manos sobre los montones de hielo que le cerraban el paso, llegó á un estanque al cual debía darse la vuelta, tomando las mayores precauciones para no hundirse en las grietas. A orillas de una de éstas, se encontraba una gruesa piedra poco menos que suspendida sobre el abismo: al pasar Rudy la tocó con el pie, y se desplomó rodando y produciendo en su caída á través de las profundidades, un formidable estrépito que hizo retemblar los lejanos ecos.

En estos momentos Rudy recordó lo que le habían contado respecto á haberse hundido con su madre en una de esas horrendas grietas en las cuales reina un frío mortal. Pero era un muchacho tan intrépido, que lejos de inmutarse, aquella idea pasó rápidamente por su espíritu sin dejar el menor rastro. Con viveza y aplomo iba siguiendo los pasos de los guías que de cuando en cuando se volvían para tenderle la mano y ayudarle á vencer las asperezas del camino; pero él la rehusaba siempre, y andaba por el hielo con la seguridad y soltura de las gamuzas.

En breve llegaron á las rocas peladas, sin yerba ni musgo, y después de descender un poco hacia un bosquecito de escuálidos abetos entraron en la región de las nieves eternas. Rudy no había subido nunca á tan considerable altura: ante sus ojos se desplegaba un vasto mar de nieve con sus ondas inmóviles: de

cuando en cuando el viento levantaba remolinos de copos, parecidos á la blanca espuma que forman las olas del mar, al estrellarse en las rocas de la playa. A su alrededor destacaban sobre los demás picos, los de la Yungfrau, el Monje y el Esgert, eternamente cubiertos de nieve, y más altos que las nubes.

Se sucedían los ventisqueros, palacios estivales de aquella Virgen, cuya única aspiración consiste en coger entre sus brazos á los mortales y sepultarlos. Y no obstante hacía calor: la nieve reverberaba los rayos del sol, deslumbrando los ojos con un centelleo parecido al de millares de diamantes de reflejos blancos y azulados, y se hallaba cuajada por todas partes de restos de numerosos insectos, mariposas y abejas que se habían arriesgado á subir á tales alturas ó á los cuales tal vez el viento había arrastrado, muriendo por efecto del frío.

Por encima del Wetterhorn apareció una nube semejante á un montón de lana fina y negra, que se iba dilatando con suma rapidez, y descendía pesadamente. Era la señal precursora del terrible Foehn, el huracán que derriba todo lo que se opone á su paso. No se fijaba en ello el animoso Rudy absorto en la contemplación de un espectáculo que por ser tan grandioso debía grabarse eternamente en su espíritu; pero sus dos compañeros que habían apercibido el peligro se apresuraron á ganar un vetusto caserón de piedra destinado á guarecer á los viajeros extraviados. Allá encontraron un buen repuesto de carbón y ramaje de pino, y ambos guías después de encender una hoguera prepararon una bebida fuerte y picante, que era un excelente específico para la fatiga. Rudy bebió su parte, y los dos hombres sentados á la lumbre y fumando su pipa tranquilamente, entraron á hablar de los seres misteriosos que pueblan las regiones alpestres, de las enormes serpientes que viven en el fondo de los lagos, de las bandadas de espectros que arrebatan al dormido viajero, paseándo-

lo por los aires, y del pastor salvaje que lleva á apacentar su negro rebaño á las más enhiestas cumbres. Nadie ha visto nunca las ovejas negras; pero, ¡cuántas veces no se ha oído el retintín de sus campanillas mezclado con sus balidos funestos!

Rudy escuchaba esos espantosos relatos con vivo interés, y sin experimentar el menor espanto. Como no conocía el miedo no se estremeció nunca, ni al resonar un fiero mugido que él atribuyó al negro rebaño de que los guías acababan de hablar, rumor cavernoso que iba aproximándose por momentos, cada vez más temible y formidable. Los dos hombres dieron fin á su conversación, advirtiéndole á Rudy que no se durmiera, para hallarse presto á lo que ocurrir pudiese.

Aquel estruendo era el Foehn, la impetuosa tormenta que desde lo alto de los montes se precipita á los valles tronchando los árboles más fuertes como si fuesen débiles juncos, y transportando los *chalets* de madera de una á otra orilla del río, como si se tratase de ligeras piezas de ajedrez.

La baraúnda duró como una hora, y fué amortiguándose gradualmente, y entonces los montañeses advirtieron á Rudy que el peligro había desaparecido ya y que podía dormir tranquilamente, para lo cual no se hizo de rogar, cansado como se encontraba.

Al día siguiente, al amanecer, los dos guías y el niño reanudaron la marcha. Atravesaron nuevas montañas, nuevos ventisqueros y nuevos campos de nieve, llegando por fin al cantón del Valais, al otro lado de los Alpes. Volvieron á divisar los verdes bosques y acabaron por reconocer á seres humanos. Pero ¡qué hombres eran aquellos! Una especie de monstruos, bajos y raquícos, de mejillas abultadas tez oleosa y amarillenta y con enormes paperas en el cuello. Eran esos seres infelices, enfermos de cre-

tinismo que arrastran una vida errante y miserable mirando las gentes con ojos extraviados. Las mujeres sobre todo son espantosas.

¡Si serán como éstos todos los habitantes de la nueva patria de Rudy!

III

EL TÍO

Afortunadamente para Rudy no encontró en la casa de su tío sino gentes bien conformadas como las que tenía costumbre de ver: no había en ella más que un cretino, un pobre idiota, una de esas criaturas miserables y abandonadas, que en el Valaiss las familias suelen recoger por dos ó tres meses, pasando luego á otra familia y así sucesivamente. Este infeliz se llamaba Saperli.

El tío era aún un vigoroso cazador y además ejercía el oficio de cubero. Su mujer, pequeña, enjuta y vivaracha como los pájaros, tenía la mirada penetrante del águila y el cuello prolongado y cubierto de vello.

Todo á Rudy le causaba novedad: los trajes, las costumbres y hasta el idioma; pero en cuanto al ha-

bla, sus oídos infantiles debían acostumbrarse muy presto á entenderla y hasta á hacérsela familiar. La casa del tío comparada con la cabaña del abuelo era una morada opulenta: los aposentos eran más



espaciosos y las paredes estaban adornadas con multitud de cuernos de gamuza formando con las relucientes carabinas brillantes trofeos. Sobre la puerta

de entrada se veía la imagen de la Virgen ante la cual ardía una lámpara rodeada de una guirnalda de rosas de los Alpes.

El tío no era sólo uno de los más diestros cazadores de gamuzas de entre todos los del país, sino también el mejor guía de la comarca.

Rudy había de ser muy pronto el niño mimado de la casa. Le querían tanto por lo menos como al viejo perro de caza sordo, ciego y fuera de servicio; pero que en sus buenos tiempos los había prestado en tan gran número y de tal índole, que todos le miraban como un verdadero miembro de la familia y le prodigaban los cuidados más afectuosos. Rudy gustaba de acariciarle y pasarle la mano por el lomo; pero el perro inválido no estaba al parecer muy bien dispuesto á trabar nuevos conocimientos.

Esto no obstante, ya hemos dicho que Rudy había echado raíces en la casa y en el corazón de todos.

—«Aquí en el Valais, no lo pasamos tan mal, decía su tío: abundan las gamuzas y la casta está muy lejos de desaparecer como la de los revezos. Digan lo que quieran, hoy todo anda mejor que en los tiempos antiguos; éstos, según cuentan, fueron muy gloriosos, pero los nuestros valen infinitamente más. Antiguamente nuestros valles permanecían como aislados del resto del mundo; pero se dió un gran porrazo á las murallas que nos separaban, y vino una corriente de aire nuevo á reanimarlo todo.»

Y cuando estaba de humor y la daba por charlar, hablaba de los años de su infancia y de aquellos tiempos en que, por vivir aislados, el Valais era un país poblado en su mitad de míseros cretinos y otros inválidos.

—«Pero he aquí que de repente se nos cuellan los soldados franceses. Eran los médicos que nos faltaban. Mataron muchos hombres, pero acabaron con la enfermedad. ¡Y qué bien se batían aquellos buenos

mozos! Esto no quiere decir que las mujeres francesas no valgan tanto como los hombres.»

A estas palabras, dirigía una mirada á su esposa, que era francesa, y se reía de tan buena gana, que parecía que iba á tragarse las orejas.

—«Pues bien, añadía, cuando hubieron acabado de batirse con los hombres, atacaron á las rocas. Ellos son los que han construído el camino del Simplón á través de las montañas más abruptas, de suerte que hoy cojo á un chico de tres años y le digo:—Anda, niño, véte á Italia, siguiendo siempre la carretera: y tened por seguro que el niño llegará á Italia, mientras no se le antoje separarse del camino.»

El tío solía coronar estas palabras con una canción francesa y tributando un hurra al emperador Napoleón Bonaparte.

Allí, en casa de su tío, Rudy oyó hablar de Francia por primera vez, y de Lyon, la populosa ciudad de las orillas del Ródano: su tío la había visitado.

—«Me parece, le decía alguna vez, que dentro de unos pocos años llegarás á ser un cazador ágil y completo: reconozco en tí las mejores condiciones.»

Y le enseñó á manejar la carabina, á apuntar y á tirar. Cuando salía de caza lo llevaba consigo á la montaña, y le daba á beber sangre humeante de gamuza, que, según dicen, es el mejor preservativo contra el Vértigo. Además le enseñó á conocer las señales del tiempo, que indican cuándo debe precipitarse una avalancha, si por la mañana ó por la tarde, según la dirección de los rayos del sol; á imitar á las gamuzas y á brincar como ellas, sin caerse ni experimentar sacudidas; y le enseñó por fin á salirse sin ayuda de nadie de la grieta de una peña, cuando se cae en ella, afianzándose con los dos codos, haciendo jugar los músculos de las corvas y valiéndose de todos los demás, incluso los de la nuca, para sostenerse en las más insignificantes asperezas de las rocas.

Inútil es decir que Rudy aprendía todo esto con pasmosa facilidad. En breve tuvo asimismo conocimiento de todas las estratagemas necesarias para burlar á las astutas gamuzas, fueran cuales fuesen las precauciones que tomasen para evitar una sorpresa, así destacasen avanzadas como colocasen centinelas. Más de una vez vió al cazador colgar su chupa y su sombrero sobre un palo clavado en tierra, separarse, y deslizándose cautelosamente, apostarse al lado apuesto que la gamuza, cediendo al engaño, había de dejar sin vigilancia.

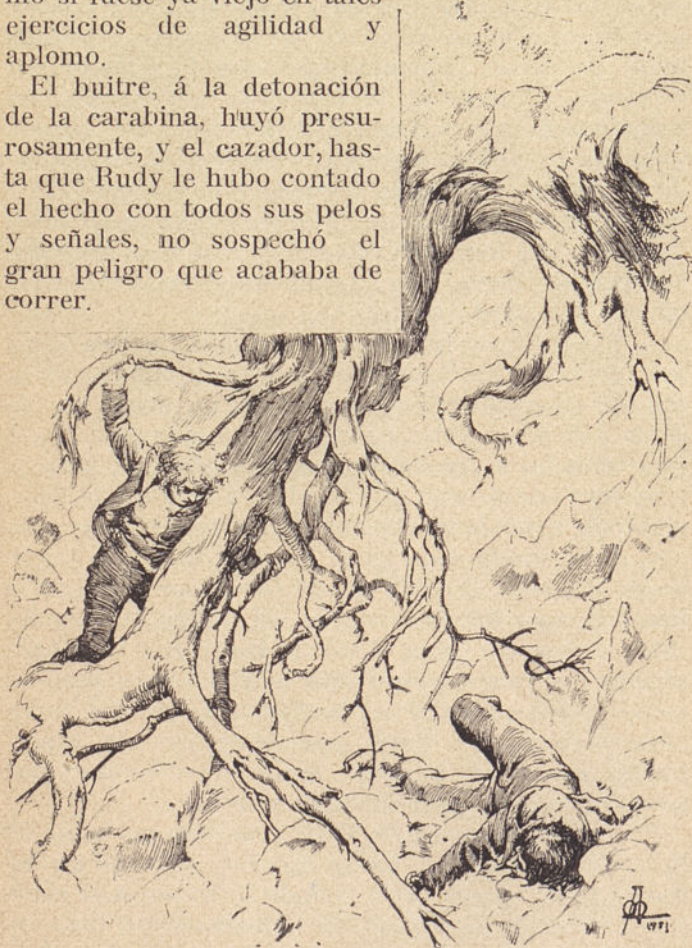
Un día que Rudy acompañaba á su tío, éste se valió del indicado ardid: el sendero era estrecho, ó mejor dicho no había sendero; quedando reducido á un reborde apenas perceptible abierto sobre un derrumbadero: la nieve estaba á medio derretir y las piedras al contacto de los pies del cazador se despeñaban. Y no obstante, el intrépido tío de Rudy tendido en el suelo cuan largo era, y arrastrándose como una culebra, siguió avanzando, sin reparar en las piedras que iban deslizándose y se precipitaban, rebotando de roca en roca, al fondo del negro precipicio.

Rudy permanecía retirado unos cien pasos de su tío sobre la última roca sólida. En esto aparece un tremendo buitre avanzando en línea recta hacia el cazador, con ánimo de precipitar al hombre de un aletazo, para luego devorar su cadáver. El tío de Rudy no lo había visto, absorto como estaba atisbando á una gamuza hembra que con su cabrito había aparecido al otro lado de la sima.

Rudy que veía y adivinaba el pérfido intento del ave de rapiña, levantó la carabina é iba á disparar; pero su tío no le dió tiempo, pues la gamuza hizo un brusco ademán, el cazador dejó caer el gatillo, y el pobre animal cayó mortalmente herido, mientras el paqueño huía azorado, saltando de roca en roca y de

precipicio en precipicio, como si fuese ya viejo en tales ejercicios de agilidad y aplomo.

El buitre, á la detonación de la carabina, huyó presurosamente, y el cazador, hasta que Rudy le hubo contado el hecho con todos sus pelos y señales, no sospechó el gran peligro que acababa de correr.



Después de haber recogido la gamuza, volvieron á tomar el camino de su casa llenos de buen humor. El tío dió muestras de su contento, entonando un canto

de sus verdes años. De repente percibieron no lejos del sitio en que se encontraban, un extraño ruido: alzaron los ojos sobre el pico más elevado, y vieron una enorme masa de nieve levantándose como un trozo de lienzo extendido que ondula agitado por el viento. El hielo de la superficie crujía como un embaldosado de mármol al quebrarse: en seguida todo quedó roto y dislocado y la masa á semejanza de un torrente de blanca espuma se precipitó bramando como un trueno apagado. Semejante fenómeno era una terrible avalancha que si bien no podía cogerles de lleno, iba á pasar muy cerca de ellos; tal vez demasiado cerca.

—«Tente firme muchacho,» gritó el tío con todas sus fuerzas, y en tanto, que Rudy se agachaba abrazándose fuertemente al tronco de un árbol, su tío subía á él de un salto agarrándose á las ramas. Pasó la avalancha á algunas toesas de distancia; pero la ventolera, el huracán que produjo á su paso, lo tronchó todo, árboles y arbustos cual si fuesen juncos secos, dispersando sus restos. Rudy se encontró tendido en el suelo: el árbol quedó como aserrado por la base: la copa estaba separada del tronco, y envuelto entre el ramaje yacía el tío de Rudy con la cabeza abierta: su mano conservaba aún el calor; pero su rostro había quedado tan desfigurado, que era imposible reconocerlo. Rudy, ante este terrible espectáculo se quedó inmóvil, lívido, tembloroso: por primera vez en su vida tuvo miedo.

Era muy tarde cuando llegó á su casa portador de la terrible noticia. Su tía no dijo una palabra, no derramó una lágrima: sólo cuando le trajeron el cuerpo exánime de su esposo, su inmenso dolor hizo explosión.

Saperli, el pobre cretino, fué á esconderse en la cama, y al día siguiente no apareció hasta muy entrada la noche en que se fué á ver á Rudy y le dijo:

—«Escribe una carta por mí: Saperli no sabe escribir, pero irá á poner la carta en el correo.»

—«¿Una carta por ti? preguntó Rudy. ¿Y á quién debo dirigirla?»

—«A Nuestro Señor Jesucristo.»

—«¿Qué estás diciendo?»

El pobre idiota lanzando sobre Rudy una mirada conmovedora, juntó las manos murmurando con tanta gravedad como sentimiento:

—«Jesucristo, Saperli quiere escribiros para rogarnos que sea Saperli el muerto y no el amo de la casa.»

Rudy le estrechó la mano con efusión y procuró con no poco trabajo hacerle comprender que aun cuando él escribiese la carta, ésta no llegaría al cielo ni devolvería la vida al difunto.

—«Y ahora, le dijo su tía pasados los funerales, tú eres el único sostén de la casa.»

Efectivamente, Rudy lo fué.

IV

BABETTE

Quién es el mejor tirador de todo el cantón del Valais? Bien lo sabían las gamuzas, pues una á otra iban diciéndose:

—«¡Alerta, cuando veas á Rudy por estos contornos!»

—¿Quién es el mejor cazador de toda la comarca?

—«¡Oh! es Rudy,» decían las mozas; pero éstas no añadían: «Alerta con él;» como no le decían tampoco las madres más formales, tan galante se mostraba Rudy con ellas, con tanta gracia las saludaba y de tal modo había sabido granjearse su benevolencia con carácter despierto, jovial y complaciente. Con sus mejillas tostadas por el sol, con sus dientes de una blancura incomparable y sus ojos rasgados y brillantes como dos carbunclos, Rudy era á los veinte años lo que se llama un soberbio mozo.

El agua helada no le hacía mella cuando nadaba por los torrentes y los lagos de los Alpes, volviéndose y revolviéndose en ellos como un pez. Nadie trepaba con tanta agilidad como él, siendo muy capaz de subir como los caracoles por las rocas cortadas á pico, pues sus músculos tenían la solidez y la elasticidad del acero. ¡Y qué diremos de sus saltos! Verdaderamente, en esto honraba á sus profesores, el gato y las gamuzas.

Rudy además gozaba fama de ser el mejor guía de toda la comarca, y habría podido hacer una fortuna ejerciendo este oficio: en cambio para el de cabero que su difunto tío le había enseñado, no sentía inclinación ninguna. Su mayor deleite consistía en cazar gamuzas, con lo cual se ganaba también muy buenos cuartos. Rudy era, pues, un excelente partido, y la muchacha que con él danzaba en el baile, con él soñaba por la noche, sin contar con que más de una estando despierta, durante el día, le consagraba la mayor parte de sus pensamientos.

—«Hoy en el baile me ha dado un beso,» decía Anita, la hija del maestro de escuela á su mejor amiga; y en verdad que hacía muy mal teniendo estas confianzas aunque fuese con una amiga íntima. Por lo regular esos secretos no saben guardarse: son como arena en un saco agujereado, que va derramán-

dose por todas partes. Así sucedió que, aunque Rudy era un buen muchacho, muy morigerado, á los pocos días se decía por doquiera que en el baile tenía la mala costumbre de besar á sus parejas. Y en resumen, todos esos besos que le atribuían se reducían á uno solo, el que efectivamente había dado á Anita, quien á pesar de todo, no era la preferida de su corazón.

En la parte baja del país, cerca de Bex, entre un grupo de nogales, á orillas de una rápida corriente, vivía un rico molinero. Su casa era una vasta y hermosa construcción de tres pisos, sobre la cual se levantaban algunas torrecillas cubiertas de p'ancha de metal, que destellaban lo mismo á la luz del sol que á los reflejos de la luna: en la mayor había una veleta formada por una manzana atravesada por una flecha, en memoria de Guillermo Tell.

Por lo dicho se comprenderá que el molino tenía muy buen aspecto y aun cierto sello de opulencia. No pocos artistas iban á copiarlo; pero ninguno de ellos en ningún dibujo habría podido retratar la gracia y la gentileza de la hija del molinero. Ésta era á lo menos la opinión de Rudy, el cual tenía la imagen de la joven grabada en el corazón. Una sola mirada de la hermosa Babette había bastado á inflamar súbitamente su alma, como basta la llama de una antorcha á producir un formidable incendio. ¡Y lo que son las cosas! La hija del molinero nada sospechaba y no había cambiado nunca una sola palabra con Rudy.

El padre era rico, y Babette por su fortuna parecía estar demasiado alta, para que Rudy pudiese salvar la distancia que de ella le separaba.

—«¡Pero qué importa! se decía el joven: después de todo, no hay nada en el mundo aunque se cierna en los aires que no pueda alcanzarse: aquí se trata únicamente de saber trepar, y por ruda que sea la as-

censión, ya es sabido que uno no cae nunca, si tiene la convicción de que no ha de caer.» Como se ve, Rudy no había olvidado aún las sabias lecciones del gato de su abuelo.



Un día Rudy tuvo que pasar á Bex á despachar algunos asuntos. Ir á Bex era todo un viaje, pues en aquella época aún no estaba terminada la línea férrea. Rudy tomó el prolongado valle por el cual se

desliza el Ródano serpenteando, y que es en aquellos sitios un peligroso torrente, dispuesto á todas horas á salir de su cauce para devastar las campiñas y habitaciones contiguas. Después de Sión, el valle forma un recodo y se estrecha cada vez más, hasta que cerca de San Mauricio ya no queda sitio sino para el río y la carretera. Un poco más lejos se levanta una vetusta torre como un centinela apostado en la frontera del Valais, que allí concluye. Por un puente se atraviesa el río y se penetra en el cantón de Vaud, siendo Bex la primera población que se encuentra al paso. El valle vuelve á ensancharse, fértil y soberbio, ofreciendo el aspecto de un verdadero vergel, cubierto de nogales y castaños, cipreses y granados. El clima es allí tan benigno y delicioso como en Italia.

Rudy llegó á Bex y despachó sus asuntos; mas luego dió un paseo por los alrededores del molino, deseoso de interrogar al primer criado que encontrara. Desgraciadamente no vió ninguno, ni descubrió la menor huella de Babette. No parecía sino que lo hubiesen hecho expresamente.

Cerró la noche: impregnaban el aire los perfumes del tomillo y de los tilos en flor. Sobre la cima de las verdes montañas la claridad de la luna, que parecía exhalar los efluvios de la primavera, extendía un velo de gasa vaporosa: por todas partes reinaba el mayor silencio de la muerte y del sueño; antes bien se hubiera dicho que la naturaleza despertaba y contenía la respiración para colocarsē debidamente ante un divino pintor deseoso de retratar su imagen sobre el fondo azul del cielo. Aquí y allá se levantaban en medio de los campos robustos postes sustentando los hilos del telégrafo que cruzaban el apacible valle. Pues bien, cualquiera que se hubiese encontrado allí en aquellos momentos, habría visto arrimado á uno de esos postes un bulto inmóvil, que en la semi-oscuridad hubiera podido tomar por el



tronco seco de un árbol. Este bulto era Rudy, mudo y silencioso como el resto de la naturaleza, y como ella no dormía tampoco, ni estaba muerto.

Del mismo modo que quizás el anuncio de grandes y trascendentales sucesos, como la noticia de la caída de algún imperio, cruzaba por los hilos telegráficos sin producir movimiento ni sonido alguno, así también los más fogosos pensamientos cruzaban por el cerebro de Rudy sin traducir ni revelar manifestación alguna en su exterior que pudiese hacerlos adivinar; y á fe que aquello, que le absorbía era lo único que podía labrar la felicidad de su vida, convirtiéndose desde entonces en la tenaz preocupación de todos y cada uno de sus instantes.

Sus ojos se hallaban fijos en un punto, en una luz que centelleaba entre el follaje, procedente del cuarto de la casa del molinero ocupado por Babette. Por la inmóvil atención de Rudy se hubiera dicho que estaba en acecho de una gamuza que por espacio de algunos minutos permanece inmóvil y como esculpida sobre el borde de una roca, hasta que al rumor de una piedra que cae desaparece brincando. Esto es lo que después de todo hizo Rudy. Una

idea cruzó por su mente, hizo un movimiento brusco y exclamó:

—«Es preciso no retroceder ni desmayar. Ea, adelante. Me presento en el molino: buenas noches, molinero; felices noches, señorita Babette. ¿Qué me cuesta hacer eso? Es imposible una caída, cuando uno tiene la convicción de no caerse. Y además, es indispensable que Babette me vea y me conozca, si es que yo he de casarme con ella.»

Con ánimo resuelto se puso en marcha. Por el momento ya sabía cuál era su objetivo, quería á Babette.

Remontó el río, cuyas turbias aguas corrían con estrépito, tomó el sendero orlado de sauces que bañaban sus ramas en la corriente, y llegó á la casa del molinero.

Pero le sucedió lo que refiere la vieja canción: «Todos habían salido, no quedaba más que el gato.»

Efectivamente, el gato se hallaba acurrucado en una de las gradas de la escalera, delante de la puerta, y al ver al joven se levantó y arqueó el lomo exclamando: «*Miau!*» Pero Rudy no entendía en aquel momento el lenguaje gatuno y llamó. Nadie le oyó, nadie vino á franquearle la puerta. El gato repitió su *miau, miau*, y por último Rudy acabó de comprender que aquel maullido significaba: «No hay nadie en casa.» Entonces tomó el partido de llegar hasta el molino para saber á qué atenerse, y allí le dijeron que el amo había salido para Interlaken, país algo lejano, en compañía de Babette. Ambos habían ido á presenciar las fiestas del tiro que debían empezar al día siguiente, prolongándose por espacio de ocho días. Allí iban á concurrir los tiradores de todos los cantones alemanes.

¡Pobre Rudy! No has sabido escoger el momento más oportuno para ir á Bex, y no te queda otro remedio que volverte.

Esto es lo que hizo, obrando muy cuerdamente: anduvo toda la noche y regresó á su casa. Pero ¡quién lo diría! no estaba triste. Al día siguiente había recobrado su buen humor habitual, ó mejor dicho aún no lo había perdido.

—«Vamos á cuentas, se decía: Babette está en Interlaken, ó como si dijéramos á algunas jornadas de aquí; pero entendámonos, á muchas jornadas siguiendo la carretera. Ahora tomando los vericuetos de la montaña se abrevia mucho camino. Esto es justamente lo que debe hacer un cazador de gamuzas. Este camino ya lo recorrí una vez, cuando era muy niño, al trasladarme aquí desde la casa de mi abuelo. ¡Con que tenemos fiestas en Interlaken! Pues bien, yo saldré premiado, y como tal, entraré en el corazón de Babette, una vez trabemos conocimiento.»

Y tomando su saco de viaje, en el cual metió sus vestidos domingueros, con la carabina y el morral de red al hombro, subió la montaña y tomó resueltamente el camino más corto, que no por esto lo era mucho.

La fiesta debía empezar aquella misma mañana, durando los siete días siguientes: el molinero, según le habían dicho, iba á permanecer los ocho días en casa de unos parientes de Interlaken; así pues, no tenía tiempo que perder.

Pasó la Gemmy, dirigiéndose á Grindelwald; andaba alegre y satisfecho, y el aire fresco y sutil de los Alpes acrecentaba sus fuerzas. A sus espaldas dejaba el valle hundiéndose cada vez más: enfrente veía ensancharse el horizonte y aparecer aquí un pico nevado, más allá otro; por fin se desplegó ante sus ojos toda la cadena de cumbres de los Alpes cubiertas de deslumbrante blancura. Rudy las conocía todas, y se dirigió hacia el Schreckhorn, que levanta al cielo su aguja gigantesca empolvada de nieve.

Después de atravesar los puntos culminantes del



Atravesó la Gemmy

camino iba acercándose á los prados del valle en donde había transcurrido su infancia. El aire y sus pensamientos eran á cual más suaves: montes y valles estaban alfombrados de flores y verdura; y el corazón de Rudy sentía todas las embriagueces de la juventud, oyendo unas voces internas que le decían: «El hombre no envejece nunca; disfruta, pues, de la vida alegremente: sé libre como el pájaro en el espacio: vuela hacia donde el placer te llame y te convida.»

Volvió á ver sus queridas golondrinas cantando todavía: «*Vi, ogi, ogi, og vi.*» A su alrededor todo respiraba animación y regocijo.

Allá abajo se extendía la pradera como una alfombra de terciopelo verde salpicada de *chalets* de un tono oscuro: oíase el rumoroso zumbido de las aguas del Lutschin. Rudy volvía á saludar los ventisqueros, los trozos de hielo de color de esmeralda, las abiertas grietas. Oía distintamente el sonido de las campanas de la iglesia, como si tocaran á fiesta por su regreso. Su corazón latía con fuerza, abriéndose á todos los gratos recuerdos de su infancia. Por un instante se borró de su espíritu el pensamiento de Babette, pues recorría el mismo camino en que, siendo muy niño, iba vendiendo á los forasteros los juguetes que labraba su abuelo. ¡Pobre abuelito! Allá arriba, medio oculta entre los abetos, aún asomaba su casita, habitada á la sazón por gentes extrañas.

Los muchachos le salían al paso ofreciéndole baratijas: uno le brindó una rosa de los Alpes, y la tomó como si fuera un buen augurio: ya volvía á pensar en Babette.

Bajó la cuesta rápidamente y atravesó el puente, bajo cuyos arcos confluyen los dos Lutschines. Acababa de dejar la región de los abetos y entraba en la de los árboles frutales; el camino corría bajo la sombra fresca y refrigerante de dos hileras de copudos

nogales. Por fin descubrió unas banderas flotando al aire, en las cuales brillaba la cruz blanca sobre fondo rojo, ó sean los colores de Suiza iguales á los de Dinamarca. Estaba enfrente de Interlaken.

A lo que le pareció, era Interlaken una soberbia ciudad como otra ninguna del mundo. La halló vestida de fiesta y en vez de un conjunto de casas negras, pesadas, ranciaş y austeras, no vió más que hermosos *chalets* caprichosamente dispuestos y emplazados. Una doble hilera de estas graciosas construcciones formaban una calle; todos ellos eran recientemente edificados, pues Rudy no recordaba haberlos visto la última vez que estuvo en la ciudad.

Cada una de estas lindísimas casas tenía un balcón que daba la vuelta por los cuatro costados; las tablas exteriores eran talladas, esculpidas ó cortadas primorosamente; lo mismo se observaba en los cercos de las ventanas y en los salientes aleros de los tejados que caían sobre los amenos jardines, los cuales separaban el *chalet* de la calle. Por detrás de estas quintas se extendían dilatadas praderas de verde yerba y en ellas pacían rebaños de vacas cuyas esquilas resonaban á lo lejos. Altas montañas rodeaban el valle por todos lados, menos por el centro, que estaba abierto, dejando ver en el horizonte la punta de la Yungfrau, reina de los Alpes, en toda su esplendorosa majestad.

Y por doquiera ¡qué muchedumbre de caballeros y señoras de todos los países! ¡Y qué bella mezcla de suizos y suizas de diferentes cantones vistiendo sus pintorescos y variados trajes! ¡Qué hermoso golpe de vista! Las casas estaban empavesadas de arriba abajo, cubiertas de emblemas y de inscripciones; ¡Qué animación y qué bullicio! Se oía música por todos lados, cantos, organillos y bandas de músicos ambulantes. Añadid á todo esto la gritería de los unos, los hurras de los otros, las gentes que se llama-

ban, las que respondían, y en medio de todo, los disparos regulares de las carabinas. Este estrépito era más grato á los oídos de Rudy que el sonido de todas las músicas. Por un momento olvidó á Babette, siendo así que sólo por ella había ido á Interlaken.

Los tiradores se agrupaban alrededor de los postes con una corona de hojas de encina en el sombrero y delante el número de orden. En breve Rudy se hubo confundido entre los grupos de cazadores, y como quiera que tenía mucha destreza y muy buena estrella, no dejaba una sola vez de dar en el blanco.

—«¿Quién es ese joven cazador forastero? oía preguntar por todas partes. Habla francés, debe ser del Valais.»—Yo le he oído hablar alemán tan bien como nosotros, decían otros; y aún se asegura que ha pasado su niñez muy cerca de aquí, en Grindelwald.»

¡Cuánta vida no rebosaba este joven! Brillaban sus ojos y su golpe de vista era tan certero como firme su pulso. La dicha infunde valor, y tocante á valor, Rudy poseía una provisión inagotable. Bien pronto se vió rodeado de un grupo de admiradores: por todas partes le colmaban de elogios, y á decir verdad, en medio de tantos halagos, Babette casi había desaparecido por completo de sus pensamientos.

De súbito una mano pesada le dió un golpe en el hombro, y con voz ruda, un hombre le preguntó en francés:

—«¿No es verdad que sois del cantón del Valais?»

Rudy volvió el rostro y se encontró de manos á boca con un hombre corpulento y fornido y con cara de Pascuas: era el molinero de Bex. A la sombra de su cuerpo desaparecía la gentil Babette, quien por último logró salir de esta sombra, y se adelantó hacia el joven sobre quién fijó sus ojos negros y juguetones. El opulento campesino no cabía en sí de gozo, al ver que un cazador de su país era el que había dado en el tiro mayores muestras de destreza, lleván-

dose los mejores premios. Se hubiera dicho que participaba de una parte del honor conquistado por su paisano.

Está visto que Rudy era el niño mimado de la for-



tuna. Precisamente aquellos para quienes había hecho el viaje, salían á su encuentro, en unos momentos en que casi les tenía olvidados. Entablaron conversación y ésta fué cordialísima: Rudy se había propuesto ser el héroe de la fiesta y acababa de lograrlo.

Por sus capitales y por su hermoso molino, el molinero era en Bex la persona más considerada; á pesar de este tendió la mano á Rudy, cosa que no había hecho nunca; la joven y hermosa Babette se la dió también de muy buen grado, estrechándosela Rudy con tanta efusión y dirigiendola á la doncella una mirada tan significativa y elocuente, que Babette se sonrojó hasta el blanco de los ojos.

El molinero púsose á referir el gran viaje que habían hecho, habló de las grandes ciudades que habían visitado, y dijo que habían ido en diligencia, en ferrocarril y en buque de vapor.

—«Pues yo, contestó Rudy, tomé el camino más corto, vine atravesando los montes, porque yo tengo la convicción de que nada en el mundo está tan alto, que no pueda dominarse cuando se quiere.»

—«Esto es muy cierto, observó el molinero, si por el camino uno se desnucan, y á fe mía que todo en vos indica que el mejor día tendréis una desgracia, tal es la tenacidad que rebosa vuestro semblante.»

—«Nadie cae, con sólo pensar que no ha de caerse,» replicó Rudy.

Los parientes del molinero en cuya casa éste se hospedaba eran originarios del mismo cantón que su huésped, é invitaron á Rudy á comer con ellos. No hay que decir cuán grato fué para el joven este ofrecimiento; ya no le cabía duda de que la fortuna estaba presta á favorecerle en premio de ser él uno de aquellos hombres confiados en sí mismos que dicen: «El buen Dios nos da las nueces, pero quiere que nos las casquemos.» Y Rudy se sentó á la mesa con el mismo desembarazo que si hubiese sido de la familia. Bebieron á su salud, celebraron sus proezas, y hasta Babette chocó su vaso con el del joven. Este se consideraba el hombre más feliz de la tierra; y por la tarde cuando todos salieron á dar un paseo

á la sombra de los nogales que se levantaban enfrente de las espléndidas quintas de recreo, tales eran la muchedumbre y los apretones, que Rudy pudo ofrecer el brazo á Babette, quien se apresuró á tomarlo. Su satisfacción era tan grande, que no encontraba medio de reprimirla y á fin de poderla manifestar á sus anchas, explicó que si estaba de tan buen humor, era porque se había encontrado con muchos de sus más queridos camaradas; y al decir esto mostraba una alegría tan franca y espontánea, que Babette se sintió movida á estrecharle la mano, dándole la más cordial enhorabuena.

En tanto andaban familiarmente enlazados como una pareja de antiguos conocidos. La deliciosa muchacha era alegre y retozona y formaba las delicias de su acompañante cada vez que le hacía notar la exageración y la ridiculez del traje y el tocado de las grandes señoras extranjeras y que remedaba sus maneras afectadas.

—«Y no obstante, añadía, no hay que reirse de todas ellas, pues algunas son excelentes señoras, muy amables y generosas.»

Entonces contó que su madrina era una gran dama inglesa, que se encontraba en Bex, diez y ocho años atrás, cuando Babette vino al mundo. Precisamente ella le había regalado el hermoso broche de oro que llevaba en aquel momento: dos veces le había escrito y aquel año debía verla en Interlaken, donde iría con sus hijas, dos solteronas que, según decía Babette, ya pasaban de los treinta.

Por fin le tocó á él el turno de expresar sus propósitos. ¡Cuántas veces no había ido á Bex! Le dijo que no conocía el molino, que con mucha frecuencia había visto á Babette, quien, como era natural, no se fijaba en él; que últimamente había ido á su casa cargado de secretos pensamientos; que había encontrado ausentes al molinero y á su hija, quienes habían

partido lejos; pero no tanto que no pudiese ir á encontrarles, trepando por los Alpes. Todo esto y algo más le dijo Rudy, pintándole el alborozo que había experimentado al verse junto á ella, puesto que por ella tan sólo había hecho el viaje á Interlaken y en manera alguna por las fiestas que se celebraban.

Babette le escuchaba silenciosa, tal vez porque estas confidencias iban más allá de sus alcances. Durante esta conversación el sol tocaba á su ocaso y se hundía tras las altas montañas. La Yungfrau resplandecía sobre un cielo cubierto de arreboses y recortado por una serie de verdosas cimas. La muchedumbre se había parado, embelesada y absorta en la contemplación de este soberbio espectáculo.

—«En ninguna parte del mundo se ve una maravilla como esa,» dijo Babette contemplando el admirable cuadro.

—«En ninguna parte,» contestó Rudy fijando sus ojos en la doncella. «Mañana debo partir,» añadió en seguida acompañando estas palabras de un profundo suspiro.

—«Pues que nos vayáis á ver á Bex, murmuró Babette; esto le gustará á mi padre.»

V

EL REGRESO

Cuando Rudy, el día siguiente, atravesó los montes de regreso á su casa, andaba considerablemente cargado. En la fiesta del tiro le habían adjudicado tres artísticas copas, dos excelentes carabinas y por fin un servicio completo de plata labrada. Pero ¡qué valían todas estas riquezas al lado de las últimas palabras de su Babette! Absorto en ellas de continuo, no parecía sino que le diesen alas para franquear las escarpadas cimas.

El tiempo era detestable; el cielo estaba cubierto y ceniciento, y hacía frío y humedad. Las nubes, muy bajas, envolvían como una fúnebre gasa la cumbre de los montes, cubriendo los nevados picos. No se oía un solo rumor alegre, ni el canto de los pájaros, ni el retintín de las campanillas. En cambio resonaban los rudos golpes del hacha de los leñadores, cayendo con uniforme regularidad, el estrépito de los troncos rodando por la falda de las montañas, el bramido sordo y monótono del Lutschin y los quejumbrosos silbidos del viento.

De improviso apareció una gallarda muchacha al lado del cazador, sin que éste la hubiese visto llegar. Tenían sus ojos un atractivo irresistible; era forzoso

fijar la vista en ellos: claros, diáfanos, profundos, ó por mejor decir sin fondo, eran fascinadores.

—«Muchacha, ¿tienes novio?» le preguntó Rudy, cuyo pensamiento no podía separarse de Babette.

—«¡Qué he de tener!» contestó ella riendo como



quien dice lo contrario de lo que piensa. «Oye, añadió, no demos esta vuelta: tomemos por la izquierda, que el camino es más corto.»

—Sí, sobre todo para hundirse en el abismo, repuso Rudy. Vamos, veo que para guía conoces muy mal este terreno.»

—«No, hijo mío: lo conozco muy bien, sólo que yo

soy dueña de mis pensamientos, en tanto que los tuyos han quedado allá abajo, en el valle. Mira, no te distraigas y piensa en la Virgen de los Ventisqueros; suponen los hombres que les es, muy funesta.»

—«Pues yo maldito lo que la temo, repuso Rudy. Ya una vez tuvo que soltarme, siendo aún muy niño. Ahora que soy hombre, yo mismo me bastaría para escapar de sus garras.»

En esto aumentó la oscuridad y empezó á llover, y en pos de la lluvia vinieron ráfagas de nieve que dándole el rostro, cegaban al cazador.

—«Dame la mano, decía la joven, y te ayudaré á subir.»

—«¡Ayudarme tú! respondía Rudy: á Dios gracias no necesito de nadie y mucho menos de una mujer para escalar las rocas.»

Separándose de su compañía, Rudy apresuró el paso. Vino á sorprenderle una verdadera tempestad de nieve; el viento soplabá furiosamente, y oyó con más sorpresa que temor como á sus espaldas la joven reía y cantaba las más extravagantes melodías. Esto será, pensaba entre sí, algún hechizo de la Virgen de los Ventisqueros. Justamente se encontraba á poca distancia del mismo sitio en que su madre llevándole en brazos cayó bajo el dominio de esta Virgen cruel é inhumana.

La nevada fué cediendo: Rudy volvió la cabeza, y no divisó la menor huella de nadie; no obstante aún percibía cantos y carcajadas que no parecían emanar de voz humana.

Al llegar á la cumbre y tomar la vereda que se desliza hacia la cuenca del Ródano, vislumbró por el lado del Mont-Blanc dos hermosas estrellas brillando sobre el azul del firmamento. Estas estrellas le recordaron los hermosos ojos de su Babette y la dicha que le embargaba, y estas consoladoras ideas bastaron á reanimar sus fuerzas decaídas por el frío y la fatiga.



Esto será algún hechizo de la Virgen
de los Ventisqueros

Y se fué á Bex, encontrando al molinero y á su hija, quienes le recibieron con cordialidad, saludándole de parte de sus parientes de Interlaken. Babette, contra su costumbre, apenas dijo una palabra; pero en cambio sus ojos decían muchas cosas, y á Rudy esto le bastaba. Regularmente en materias de chá-



chara, el molinero hacía todo el gasto, y estaba acostumbrado á ver acogidos con risas sus chistes y ocurrencias: es natural ¿no era él por ventura el rico molinero? Pero esta vez prefirió ceder la palabra al recién llegado ávido de oírle contar historias de caza.

Rudy refirió las penalidades y peligros que arrastra el cazador de gamuzas en los altos picos de los

Alpes, cuando se ve forzado á deslizarse por la capa de nieve que la helada ha cuajado sobre las rocas, ó atraviesa un precipicio por el vacilante tronco de un abeto que la tempestad ha arrojado entre dos peñas. Empleaba en estas descripciones creciente animación: su rostro cobraba cierto aire de intrepidez, y sus ojos centelleaban al explicar la vida del cazador, la astucia y los inverosímiles saltos de las gamuzas y el fragor de las terribles avalanchas ó del Foehn, que todo lo troncha y destruye con sus poderosas ráfagas. No perdía de vista el narrador que con estas animadas descripciones se iba insinuando en el ánimo del molinero. Pero lo que sobre todo excitaba el interés de éste era oír hablar de las águilas y de los buitres.

—No muy lejos de aquí, en el Valais, dijo Rudy, hay un nido de águilas admirablemente colgado en una roca saliente: en este nido hay ahora precisamente un aguilucho, que es imposible coger, por la aspereza de la roca. Un inglés, días atrás, llegó á ofrecerme un puñado de oro, si se lo llevaba vivo; pero todas las empresas tienen un límite y sería una locura intentar nada sobre el particular.»

Durante esta conversación corría el vino con la misma abundancia que las palabras del cazador. Dieron las doce de la noche y Rudy se despidió, no sin pena y pareciéndole que era aún muy temprano. Al salir del molino, iba volviéndose á cada paso, mientras vió brillar la luz á través del oscuro follaje.

Poco después el gato del salón salía al tejado por la lumbrera de la bohardilla y encontraba al gato de la cocina acurrucado en uno de los canalones.

—«¿Ya sabes la noticia? dijo el primer gato al segundo, aquellos se han declarado en silencio. El padre no sabe nada. Rudy y Babette se han dado con el pié por debajo de la mesa; bien lo he visto yo, por tres veces me han pisado las patas de delante; pero

no he chistado, porque hubiera podido llamar la atención.»

—«Pues mira, dijo el segundo, yo en tu lugar no habría tenido tanta paciencia.»

—«Lo creo, repuso el primero; pero lo que en la cocina es lícito, en el salón puede no ser muy conveniente: cada cosa en su lugar. Ahora lo que me intriga es saber qué dirá el molinero cuando se entere de todo.»



Esto era también lo que Rudy hubiera deseado saber. Permanecer en la incertidumbre, no cuadraba con su carácter resuelto; y así, algunos días después, al pasar por el puente del Ródano el ómnibus lento y monótono que hacía la carrera de Sión á Bex, cualquiera hubiera podido ver al guapo mozo, con su aspecto animado de siempre y regocijándose interiormente de antemano, con la seguridad de que el molinero no sabría negarle la mano de su hija.

Pero al caer de la tarde, cuando el mismo ómnibus se disponía á desandar el camino de Sión, Rudy volvía á ocupar su asiento; y el gato del salón corría

como un condenado en busca de su compañero deseoso de comunicarle algunas noticias.

—«Oye, dijo al dar con él. El molinero ya lo sabe todo. La cosa ha acabado mal. Vamos por partes. Se presentó Rudy, y durante un buen rato él y Babette estuvieron cuchicheando en el corredor, delante del aposento de su padre. De cuando en cuando yo me permitía acercarme á sus piernas y restregarme; pero por lo visto pensaban en otra cosa más importante que en hacerme unos arrumacos.—«Ahora mismo, decía Rudy, voy á ver á tu padre: yo creo que así debe proceder un hombre honrado.»—«¿Quieres que te acompañe? preguntaba Babette, esto quizás te infundirá valor.»—«Valor no me falta; no obstante entra conmigo y veremos cómo se porta: es preciso que diga lisa y llanamente si da ó no da su consentimiento.» Dicho esto entraron; por cierto que Rudy andaba tan preocupado que me pisó la cola. Sea dicho entre nosotros, yo á ese gañán le encuentro algo torpe y desmañado. El dolor me arrancó un maullido; pero ni él ni Babette entonces tenían orejas para oirme. Abren la puerta, entran en el aposento y yo delante de ellos. De un brinco me encaramo en un sillón, para no exponerme á nuevos contratiempos y no sabiendo en qué pararía la cosa, ni cómo Rudy se la tomaría. Pero en resumidas cuentas, quien echó sapos y culebras fué el molinero. ¡Qué patada dió sobre el piso!»—«Quítate de ahí inmediatamente, anda, vuelve á tus montañas y á tus gamuzas,» le gritó leno de cólera. Y la razón no le falta; que Rudy caze gamuzas, pase: pero que pretenda cazar á nuestra Babette, francamente, es demasiado.»

—«Y ellos ¿qué dijeron?» preguntó el gato de la cocina.

—«¿Qué dijeron? Lo que se acostumbra decir cuando se va en busca de la mano de una doncella. Yo la quiero, ella me quiere, allí donde come uno,

comen dos, etc., etc.» «Mi hija está demasiado alta para tí, contestó nuestro amo: ¿cómo has pensado nunca en llegar al pedestal de oro en que se halla colocada?»— «Nada hay en el mundo por elevado que esté, que no pueda alcanzarse cuando uno se lo propone.»—«Este muchacho ha perdido el juicio... No obstante, dijo el molinero, recuerdo que tú mismo dijiste el otro día que era imposible llegar al nido del aguilucho. Pues bien sabe que mi hija está aún más alta.»—«De un modo ú otro yo llegaré á los dos.»—«Está bien, si me traes vivo el aguilucho, te la doy.» Y acompañó estas últimas palabras con una carcajada tan fuerte y sonora, que los ojos se le llenaron de lágrimas.—«Entre tanto, añadió, muchas gracias por tu visita; pero si mañana vuelves por acá, no habrá nadie en casa. Ea, buen viaje, Rudy.» También Babette le dió un adiós con una voz y un aspecto tan triste, como el de un gatito que llama á su madre.—«Palabra es palabra, repuso Rudy: y un hombre de bien no la quebranta. No llores, Babette, yo traeré el aguilucho.»—«Sí, tráelo, dijo el molinero, pero antes procura romperte el alma, y así nos veremos libres de tu presencia.» ¿Verdad que á esto se llama despedir á un hombre á puntapiés? Rudy se marchó. En cuanto á Babette se dejó caer en una silla y allí está deshecha en llanto. Su padre se pasea tarareando una mala canción alemana que aprendió durante su último viaje. Y en cuanto á mí, aquí me tienes, tan tranquilo y tan campante como si nada hubiese ocurrido. Por otra parte ¿á qué preocuparse?

—«Yo creo que con esto, por lo menos te ocuparías en algo, dijo el gato de la cocina, y no tendrías necesidad de estarte todo el día tumbado en un sillón y devorando la pereza.»

VII

EL NIDO DEL ÁGUILA

Oíase en la montaña una voz vibrante cantando una tonada alegre: no podía ser sino la de un hombre de buen humor y muy animoso; y este hombre no podía ser otro que Rudy.

El intrépido joven iba á buscar á su amigo Vesinand.

—«Es necesario, le dijo, que tú y Ragli me ayudéis á sacar el aguilucho del nido, que cuelga allá arriba, en la punta de la roca.»

—«Oye, Rudy, ¿no valdría más que antes fueses á sacar los ojos á la luna? Veo que hoy estás muy divertido.»

—«Divertido y alegre estoy en efecto, sobre todo desde que pienso casarme. Pero hablando con formalidad: necesito coger ese aguilucho y vaís á saber por qué.»

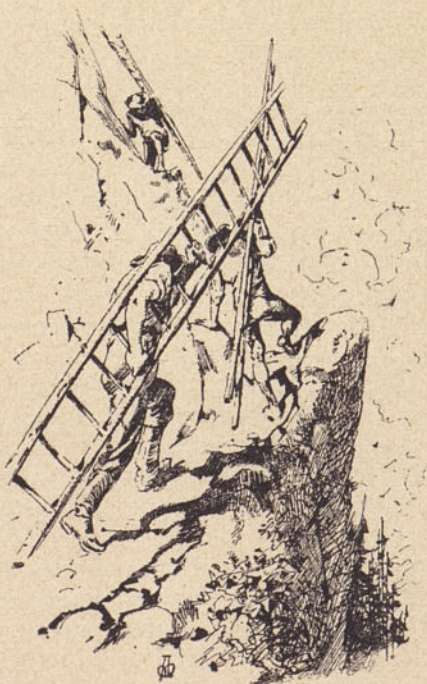
Y refirió á sus amigos todo cuanto le había ocurrido.

—«Vaya, chico, eres demasiado temerario: lo que te has metido en la mollera es sencillamente imposible, á no ser que quieras romperte la nuca.»

—«No se cae, dijo Rudy, cuando uno no teme caerse.»

A eso de mediodía los tres jóvenes se pusieron en marcha provistos de largas perchas, cuerdas y esca-

las. Con esta carga á cuestas atravesaron bosques, breñas y rocas, subiendo, subiendo siempre hasta que cerró la noche. Oíase el rumor del torrente deslizándose por el valle y el ruido de las cascadas de la



montaña. Los cazadores se iban acercando á la roca cortada á pico en que se encontraba el nido.

La noche era oscura y el cielo estaba cubierto: los tres jóvenes pasaron por una fragosidad del terreno, entre dos altas paredes de roca, y apenas si percibían á lo alto una raya de claridad.

Por fin después de mil fatigas hicieron alto al bor-

de de un precipicio, en el fondo del cual mugía un torrente. Entregados los tres al más absoluto silencio aguardaron que despuntase la aurora, que era el momento en que el águila solía dejar el nido para ir á cazar el sustento. Antes de practicar alguna tentativa sobre el pequeñuelo era preciso deshacerse de la madre; y Rudy se encargó de esta tarea, apostándose convenientemente, con una rodilla hincada al suelo, el cuerpo recogido é inmóvil cual si formase parte de la roca en que se apoyaba. Tenía apuntada la carabina al hueco de la roca en que se hallaba el nido, y sus ojos no se separaban un momento de este punto.

Los cazadores estuvieron esperando muy largo rato; por fin resonó sobre sus cabezas un graznido estridente, una especie de silbido agudo. La escasa luz que de lo alto recibían quedó obstruída por un objeto que flotaba en el aire: era el águila que iba á buscar el sustento de su pequeñuelo. Sonó un tiro. Las abiertas y anchas alas de aquella reina del espacio azotaron el aire por un instante: más luego permanecieron inmóviles y extendidas. El animal, herido de muerte, descendía lentamente, como sostenido por un para-caídas, al fondo del precipicio, oyéndose el crujido de las ramas y breñas que á su caída desgajaba.

Los tres cazadores pusieron entonces manos á la obra con febril actividad. En primer lugar ataron fuertemente una con otra las tres escalas mayores que habían traído, creyendo que llegarían al nido. En seguida las apoyaron al extremo del reborde, único sitio donde podían hacerlo con alguna seguridad; pero se quedaron cortos. Del extremo superior de las escalas hasta el nido mediaba aún un buen espacio, liso como una pared. ¿Qué hacer? Después de hablado y discutido, decidieron atar dos nuevas es-

calas en la misma que habían empleado con las anteriores, subir con ellas á lo alto de la roca, é ir las bajando por el vacío para unir las á las tres restantes. Con no pocos esfuerzos cumplieron la primera parte del programa subiéndolas á la parte superior de la peña de enfrente, luego las ataron con fuertes cuerdas, y al poco rato se balanceaban sobre el precipicio dejando atrás la roca que contenía el nido. Rudy bajó por ellas con presteza y en un santiamén llegó al último peldaño. La mañana era glacial: salían del fondo del abismo bocanadas de espesa niebla y el intrépido mancebo parecía una mosca balanceándose al extremo de una paja agitada por el viento ó un pájaro que cuelga su nido en el reborde de una elevada chimenea; bien es verdad que así la mosca como el pájaro tienen alas y pueden volar cuando quieren, y que á Rudy en un caso apurado no le quedaba otro recurso que descrismarse. El viento iba despertando y hacía oscilar las escalas; y como si esto no bastara á aturdirle, en lo más profundo del precipicio resonaba el siniestro estrépito de las espumeantes aguas que chorreaban de los palacios subterráneos de la Virgen de los Ventisqueros.

Sin turbarse por nada, Rudy imprimió á las dos escalas un movimiento de vaivén, imitando á la araña que suspendida al cabo de un hilo se balancea antes de saltar sobre su enemigo. A la tercera oscilación lograba coger el extremo superior de las tres escalas que habían quedado abajo, y con mano fuerte y segura las enlazaba con las dos que partían de arriba. Helas ya todas cinco formando un solo cuerpo y colocadas en línea recta contra la roca, pero sin que pareciesen más fuertes que un débil junco que se dobla al menor soplo de aire.

Faltaba la última parte, lo más peligroso de aquella temeraria empresa; faltaba trepar por los peldaños, sintiéndose vacilar sobre una sima que tenía algunos



En vano el Vértigo revoloteaba por el espacio...

miles de pies de profundidad. Pero Rudy no había olvidado las lecciones del gato, su primer maestro. En vano el Vértigo revoloteaba por el espacio extendiendo los brazos detrás de él como un pólipo, presto á cogerle. Rudy ya está cerca del nido, puede verlo, tocarlo; pero nada más.

Sin vacilar un solo instante, va tentando las ramas de las espesas breñas que lo rodean; encuentra una resistente y sólida, se afianza en ella y dándose aire se lanza de un salto dentro del nido. Helo ya con medio cuerpo metido en el hueco de la roca.

La nariz y la garganta se le llenan de un olor nauseabundo de carroña, procedente de un asqueroso montón de restos podridos de corderos, gamuzas y aves de todas clases. El Vértigo para marearle, soplabla echándole aquella peste al rostro; y desde el fondo del abismo, la Virgen de los Ventisqueros en persona asestaba sobre el joven sus ardientes miradas parecidas á las de la antigua cabeza de Medusa.

—«¡Eres mío!» exclamaba embriagada de feroz contento.

Pero Rudy no la veía siquiera. En un rincón del nido apercibió al aguilucho que era ya fuerte y temible, aunque no estaba todavía en disposición de volar. Rudy sin perderle de vista un solo instante, mientras con una mano se asía fuertemente á la rama, con la otra arrojaba sobre el animal un nudo corredizo que llevaba dispuesto al efecto. La cuerda se enroscó en las patas del aguilucho, Rudy tiró de ella y la cuerda y su presa pasaron por encima de sus hombros, de tal suerte que el aguilucho quedó separado de él por un buen trozo de la cuerda que lo sujetaba, y que Rudy se ató á la cintura. En seguida volvió á asir la rama con ambas manos, sus pies tentaron un rato, hasta encontrar los peldaños, y se afianzó en los montantes de la escala con un aplomo incomparable.

—«Tente firme, se decía; figúrate que no has de caer y no caerás.» Esto es lo que el gato le había enseñado, y de ello se acordaba, bajando así sin temor y con su presa.

Al poco rato resonaba un grito de victoria entonado por una voz vibrante y alegre: Rudy se hallaba de pie sobre la dura roca con el aguilucho vivo en su poder.

VIII

NUEVAS NOTICIAS QUE REFIERE EL GATO DEL SALÓN

Aquí está lo que deseábais,» dijo Rudy al entrar en casa del molinero de Bex, dejando en el suelo un gran canasto. El mismo retiró la tapa, y dentro del canasto viéronse brillar dos ojos amarillentos con un anillo negro cuyas feroces miradas despedían llamas. El pico del terrible animal estaba entreabierto y á punto de dar un terrible picotazo, y á través del plumón del cuello veíanse sus venas inyectadas de sangre agitada por la rabia.

—«¡El aguilucho!» gritó el molinero. Babette dió un chillido y un salto atrás, y no cesó de pasear sus ojos de Rudy al aguilucho, y de éste otra vez á Rudy, del cual ya desde entonces no pudo separarlos.

—«Veo, dijo el molinero, que eres un mozo que no conoce lo que es miedo.»

—«Y vos un hombre que no sabe faltar á su pala-

bra empeñada, contestó Rudy. Cada cual tiene su carácter.»

—«Pero ¿cómo te las has compuesto para no romperte cuello, brazos y piernas?» añadió el molinero.

—«Teniéndome firme, respondió Rudy, con la misma firmeza con que ahora tengo á mi adorada Babette.»

—«Antes, cuida que alguien no te la quite,» dijo el molinero riendo á compás de sus palabras, lo cual era de muy buen augurio; Babette podía atestiguarlo.

—«Retiremos el aguilucho del cesto, añadió; hace daño verle así tan encolerizado. Y ahora cuéntenos cómo lo has cogido.»

Rudy contó punto por punto su arriesgada aventura. El molinero le oía abriendo sus ojos cada vez más.

—«Vaya, chico, exclamó en el colmo del asombro, con un valor como el tuyo y la buena estrella que te ayuda, podrías cargar con tres mujeres, no con una.»

—«Gracias por el obsequio, dijo Rudy, mil gracias: tomo acta de estas palabras.»

—«Te veo venir; pero Babette no es tuya todavía,» dijo el molinero dando familiarmente con la mano en las espaldas del joven cazador.

—«Adivina lo que ha pasado, dijo el gato del salón al de la cocina: Rudy ha traído el aguilucho y lo ha trocado por Babette; se han dado un beso delante de su padre y esto vale tanto como si ya se hubiesen desposado. El viejo no ha pateado ni mucho menos; al contrario, al verlo se derretía como la manteca. Al mediodía se ha ido tranquilamente á dormir la siesta, dejando solos á los enamorados diciéndose chicoleos. Ellos parece que han de comunicarse tantas cosas, que yo creo que ni por Navidad habrán concluído.»

Efectivamente, vino Navidad y Rudy y Babette pasaban horas enteras charlando amorosamente.

El viento arremolinaba la hojarasca y los copos de

nieve: la Virgen de los Hielos se encontraba sentada en su trono, ocupando su mejor palacio y prendida con sus mejores adornos. Los peñascos se cubrían de enormes carámbanos de hielo gruesos y abultados como elefantes; y las ramas de los abetos, salpicadas de nieve, ostentaban fantásticas guirnaldas de cristalizaciones parecidas á inmensos collares de diamantes.

La Virgen de los Hielos paseándose en alas del viento fué estableciendo su imperio hasta en los valles más abrigados: Bex estaba enteramente cubierto de nieve. La Virgen, al pasar, vió á Rudy en casa del molinero estrechando la mano de Babette: se detuvo, escuchó un rato y oyó que hablaban de sus bodas que debían celebrarse á principios del estío; y esto lo oyó no una vez, sino cien, pues los enamorados no hablaban de otra cosa.

Reapareció el sol y con él brotaron las rosas de los Alpes: Babette estaba alegre, risueña, encantadora como la virgen primavera.

—«No entiendo, decía el gato del salón, como esos dos muchachos pueden permanecer tanto tiempo sentados uno al lado del otro: su amoroso run run acaba por darme tedio.»

IX

LA VIRGEN DE LOS HIELOS

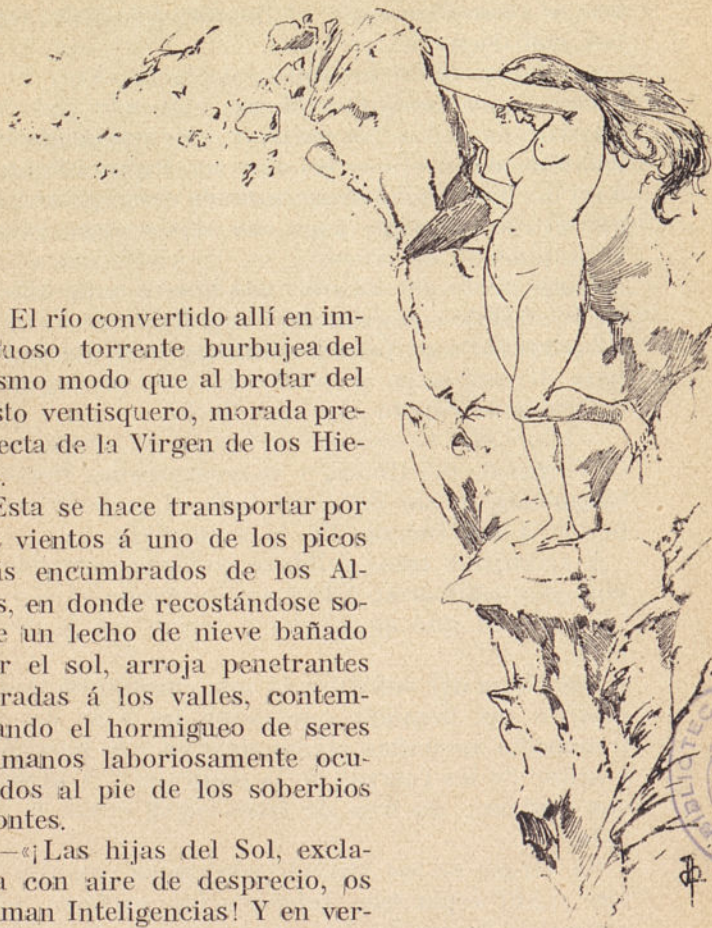
AL beso de la primavera llenáronse de tiernos retoños los castaños y nogales de las avenidas que se extienden desde el puente de San Mauricio hasta las orillas del lago Léman, á lo largo del Róda-

no. El río convertido allí en impetuoso torrente burbujea del mismo modo que al brotar del vasto ventisquero, morada predilecta de la Virgen de los Hielos.

Esta se hace transportar por los vientos á uno de los picos más encumbrados de los Alpes, en donde recostándose sobre un lecho de nieve bañado por el sol, arroja penetrantes miradas á los valles, contemplando el hormigueo de seres humanos laboriosamente ocupados al pie de los soberbios montes.

—«¡Las hijas del Sol, exclama con aire de desprecio, os llaman Inteligencias! Y en verdad que no sois más que unos gusanos, y basta una avalancha para aplastaros á vosotros, vuestras casas y vuestras aldeas.»

E irguiendo su altiva frente, sus ojos que despiden la muerte, abarcaron el espacioso horizonte; En el valle veíase saltar las rocas á la explosión de la pólvora; pesadas máquinas rodaban por todas par-



tes: se colocaban rails: el hombre taladraba los Alpes construyendo un túnel.

—«Hacen como los topos, decía la altiva Virgen, excavan galerías subterráneas, y al volar las minas huyen espantados. No obstante, este rumor apenas es más fuerte que el que produce un disparo de fusil; y á mí me basta remover un mueble de mi palacio para que el estrépito que hago con ello resuene como el estampido de un trueno.»

Surge del fondo del valle una blanca humareda que va avanzando siempre; es el vapor de una locomotora, parecido á un penacho inmenso adornando la cabeza de una larga serpiente. El tren de vagones se desliza más rápido que una flecha.

—«Con esto se crecen dueños de la tierra, repuso la Virgen de los Hielos, y se enorgullecen siendo Inteligencias; y sin embargo todo el poderío corresponde á las fuerzas de la naturaleza.»

Y acompañó estas palabras con una carcajada cuyos ecos resonaron á lo lejos rasgando el aire.

—«¡Mirad qué avalancha!» decían las gentes del valle.

Las Hijas del Sol entonan una canción en loor del espíritu del hombre, que doma las olas del mar, transporta montañas, colma abismos y se hace dueño y señor de las fuerzas de la naturaleza. Y al eco de sus cantares, un tren de ferro-carril cruza la campiña.

La Virgen de los Alpes lo contempla con aire burlón. «¡Allí están esas Inteligencias, exclama, entregadas á la fuerza del Vapor que las arrastra; á la cabeza va el conductor, de pie, orgulloso como un rey; y los demás permanecen amontonados en el interior de los carruajes, la mitad tranquilamente dormidos y creyéndose seguros de que el dragón de vapor no ha de llevarles á su perdición.» Y ríe de nuevo.—«Mirad, otra avalancha,» decían las gentes del valle.

—«Haga lo que quiera la Virgen de los Hielos, no

logrará separarnos,» dicen Rudy y Babette, que van en el tren.

—«¡Qué pareja! exclama la Virgen. Yo que he aplastado rebaños enteros de gamazas, yo que he tronchado millares de abetos, yo que he derribado peñascos más altos que los campanarios ¿no he de acabar con esas pretendidas Inteligencias?... Pues especialmente á esa pareja que acaba de provocarme, yo la aniquilaré.»

Y echóse á reir por tercera vez.—«Avalanchas y más avalanchas; ¿qué pasará allá arriba?» repetían las gentes del valle contemplando las cumbres al desplomarse.



X

LA MADRINA

En Montreux, cerca de Clarens, junto á las encantadas orillas del lago Léman vivía la madrina de Babette, la gran señora inglesa, en compañía de sus hijas y de un joven pariente. Apenas llegó de Inglaterra, el molinero pasó á visitarla, participándole el casamiento de su hija. Le habló de Rudy, de las fiestas de Interlaken, del aguilucho, en una palabra relató la historia de los esponsales que interesaron vivamente al auditorio. Todos quedaron prendados de Babette, de Rudy y hasta del molinero, invitando á los tres á pasar un día en Montreux.

Los poetas han cantado esta parte del lago: allá

junto á sus azuladas y transparentes aguas, Byron, sentado al pie de los copudos nogales, escribió sus magníficos versos sobre el antiguo prisionero recluso en el sombrío castillo de Chillón. Algo más lejos, por las umbrías de Clarens, solía pasearse Juan Jacobo Rousseau fantaseando su Heloísa.

Un poco más lejos, en el sitio donde el Ródano se precipita en el lago, se encuentra un islote tan redondo que desde la costa parece un esquiife. Hace cien años era un simple peñasco; pero una señora mandó cubrirlo de tierra y plantar tres acacias que en el día lo cobijaban por completo.

A Babette este sitio le pareció encantador: aquel islote era en su concepto la mejor joya de aquel magnífico paisaje.

—«¡Qué deliciosa vida pasaríamos en aquel breve paraíso!» exclamaba desde el puente del vapor abor-dándolo con la vista; pero el buque pasó de largo, dejando á los viajeros en Vernex.

Al llegar á este punto, pasaron por entre las paredes tostadas por el sol que cierran los viñedos de Montreux. Ante las cabañas de los campesinos veíanse grupos espesos de higueras, cipreses y laureles. La casa que habitaba la madrina de Babette se hallaba situada á media cuesta.

Fueron recibidos en ella con la más afectuosa cordialidad. Era la madrina una mujer cumplida, de aspecto risueño y gracioso que en su infancia debía haberse asemejado mucho á los ángeles de Rafael y que á la sazón con sus plateadas canas parecía una santa. Sus hijas pasaban efectivamente de los treinta, eran espigadas, elegantes y vestían á la última moda. En cuanto al primo de éstas, llevaba un traje enteramente blanco, tenía el cabello rubio frisando en rojo y una barba larga, pero muy larga, del mismo matiz; desde el primer momento desplegó las mayores atenciones para con la joven Babette.

En el salón había una grandiosa mesa atestada de estampas y álbums ricamente encuadernados, pero nadie se acordaba de mirarlos. Desde los balcones, abiertos de par en par, se divisaba el magnífico lago



en toda su extensión; y estaba la superficie del agua tan tranquila, que las montañas de Saboya, con sus aldeas, sus bosques y sus nevadas cimas se reflejaban en ella como en un espejo.

Rudy, por lo común tan animoso y alegre, se sentía fuera de su elemento por primera vez en su vida: parecía andar por sobre ascuas al pisar el lustroso pavimento: las horas se le hacían interminables y los modales ingleses, elegantes y mesurados, acababan de importunarle poniendo el colmo á su fastidio.

Le pareció respirar con alguna libertad cuando salieron á paseo; pero esta ilusión duró poco, pues andaban todos tan lentamente, que á cada paso de los demás él tenía tiempo de dar tres adelante y dos atrás, sin quedarse rezagado.

La comitiva hizo una excursión al viejo y sombrío castillo de Chillón, rodeado por las aguas del lago: visitaron la cárcel, el aparato de tortura, el tajo que servía para las ejecuciones capitales y el escotillón ó trampa por donde, según dicen, eran lanzados los reos sobre garfios de hierro, al fondo de las aguas. Byron ha inmortalizado estos lugares en las regiones de la poesía: pero Rudy se encontraba allí tan mal, como si hubiese sido uno de los desventurados prisioneros. Asomándose á una ventana, tendió una mirada sobre el pequeño y solitario islote de las tres acacias: allí hubiera deseado encontrarse el rústico cazador, lejos de aquella compañía que le importunaba con el lenguaje y los modales propios de la gente ciudadana.

Babette, por el contrario, estaba en sus glorias, divirtiéndose divinamente: así lo confió á su novio cuando regresaban, añadiendo que el elegante *dandy* le había declarado que era una joven cumplida.

—«Pues él es un tonto de capirote,» replicó Rudy bruscamente. Por primera vez decía una palabra que había de sonar mal en los oídos de Babette.

El joven *gentleman* le había dado un recuerdo, un pequeño y elegante volumen que contenía el *Prisionero de Chillón* de lord Byron, traducido al francés.

—«Será si tú quieres un libro muy interesante, repuso Rudy; pero en cuanto al almibarado mequetrefe que te lo ha regalado, francamente, no puedo tra-garle.»

—«¿Sabes á mí lo que me ha parecido? añadió el molinero, soltando una carcajada. Pues me ha hecho el efecto de un costal de harina sin harina.»

Rudy hizo coro con el molinero riéndose del chiste aún más que su mismo autor, y cayendo en la cuenta de que su futuro suegro era un hombre dotado de una increíble agudeza.

XI

EL PRIMO

Pocos días después de la anterior escena, Rudy se fué al molino y encontróse con que el joven inglés estaba invitado á comer. Babette había aderezado las truchas rodeándolas de perejil, para que presentasen mejor aspecto.

—«No me gustan esas delicadezas, pensó Rudy. ¿Qué hará el extranjero en esta casa, y por qué Babette le obsequiará de este modo?»

Rudy tenía celos, y Babette se divertía viéndole mal humorado. Conocía sus bellas prendas, y no le disgustaba conocer asimismo sus flaquezas. En este concepto quiso jugar un rato con el corazón de su novio, y no obstante, Rudy era el ídolo de su alma, y el amor del joven cazador su única felicidad sobre la tierra. Por ello, cuanto más se ofuscaba el semblante de Rudy, más retozones se ponían los ojos de Babette. Sí, de buena gana habría abrazado á su huésped barbirrubio, si hubiese estado segura de que Rudy se marcharía estallando de cólera, para vencerse así de cuánto la amaba.

Esto no era propio á la verdad de una joven razonable; pero Babette tenía diez y nueve años y no reflexionaba ni comprendía que estas coqueterías estaban fuera de lugar, tratándose de la novia de Rudy.

Por fin se marchó el *gentleman*; pero sólo aparentemente, pues la noche se puso á rondar en torno del molino. Llegó al sitio donde se despeñaba el agua que hacía dar vueltas á la rueda, y apercibiendo una luz que brillaba en el cuarto de Babette, tomó la dirección de la casa. Quiso atravesar de un salto el canal, con riesgo de perecer ahogado, pues se cayó en él y tuvo que agarrarse al borde opuesto para subir hecho una sopa y cubierto de lodo. A pesar de este contratiempo, no se detuvo, llegando al pié del añoso tilo, cuyas ramas rozaban casi las ventanas del cuarto de Babette. Si bien no sabía trepar como Rudy, llegó con no pocos esfuerzos á instalarse en las ramas, y una vez allí púsose á cantar una queja de amor. Creía tener una voz melodiosa como la del ruiseñor; pero su canto era soso como el del buho.

Oyóle Babette, levantó la cortinilla para enterarse de lo que ocurría y viendo en las ramas del tilo á un hombre vestido de blanco, y suponiendo que no sería el mozo del molino, sino el joven inglés, su admirador, se estremeció de miedo, y de ira á la vez, mató la luz, cerró los postigos y dejó al joven que continuara sus gorjeos.

—«¡Dios mío! exclamó. ¡Ay, si Rudy se encontrase ahora en el molino!»

No estaba en el molino; pero era peor. También á Rudy le había ocurrido rondar por aquellos contornos, y al oír el escándalo que armaba el inglés con sus cantares, se dirigió al tilo, desahogándose al llegar en gritos de cólera.

—«¡Dios mío! gritó Babette, van á batirse, á ma-

tarse.» Y abriendo la ventana llamó á Rudy, suplicándole que se marchara.

—«No quiero,» contestó Rudy.

—«Lo mando, lo exijo,» repuso la joven.

—«Está bien, exclamó el cazador: ¿quieres que me largue? Entonces esto es una cita que tú le has dado, y deberías avergonzarte, Babette.»

—«Lo que acabas de decir es una indignidad, ¡Anda, te detesto! gritó la joven. ¡No quiero verte, sal de mi presencia! añadió deshaciéndose en amargos sollozos.»

—«Creo no haberme hecho merecedor de un trato semejante,» dijo Rudy lleno de irritación, y partió, con las mejillas inflamadas y el corazón hecho un ascua.

Babette se arrojó en la cama anegada en llanto. «¿Cómo puede sospechar eso de mí, murmuraba con voz entrecortada, yo que le amo tanto?»

A esta reflexión, su disgusto se trocó en violenta cólera. Mejor que mejor, pues si no hubiese podido deshogar su corazón, el pesar habría acabado con ella.

XII

LAS POTESTADES FUNESTAS

RUDY huye de Bex para regresar á su casa, tomando la vereda del monte y atravesando las sábanas de nieve donde reina la Virgen de los Hielos. Subiendo siempre, el aire es cada vez más fresco y penetrante; pero esto no logra calmar al cazador,

que al pasar cerca de una hermosa mata de rosas de los Alpes rodeada de gencianas azules, con la culata de su carabina troncha de un golpe las inocentes flores.

De repente divisa dos gamuzas: brillan sus ojos, y sus pensamientos se desvían: trepa un breve momento para ponerlas al alcance de su carabina, avanzando cautelosamente. Las gamuzas divagan por la nieve: Rudy prepara el arma y de repente se ve envuelto entre la bruma y se queda á oscuras. Da algunos pasos y tropieza con un macizo parapeto de peñascos. En tanto la lluvia va cayendo á mares.

Presa de una violenta calentura siente arder su cabeza y helársele el cuerpo. Toma la cabeza, la encuentra vacía al salir del molino se ha olvidado de llenarla. Se siente enfermo; nunca lo había estado. Rendido de fatiga, se tendería en el suelo; pero el agua cae á torrentes.

Procura reunir todas sus fuerzas y andar en busca del camino: ante sus ojos pasan los objetos en fantástico torbellino. De repente descubre una hermosa quesera al parecer recién construída, recostada en una roca. No recuerda haberla visto nunca. A la puesta se halla una joven muy parecida á Anita, la hija del maestro de escuela, á quien cierto día Rudy había dado un beso. Pero no: mejor examinada, ve que no es Anita; y á pesar de todo, aquel semblante no le es desconocido; recuerda haberlo visto. ¿Dónde? No se da cuenta de ello, quizás lo vió cerca de Grindelwald, una tarde, al regresar de la fiesta de los tiradores.

—«¿De dónde sales?» le pregunta.

—«¿Yo? contesta la joven, estoy en mi casa guardando el rebaño.»

—«¡El rebaño! Pero si aquí no hay pastos; aquí no hay más que rocas y nieve.»

—«¿De veras? Se ve que conoces el país, dice ella riendo. Pues bien, has de saber, que allá, por aquel

lado se extiende una hermosa pradera donde aparento mis cabras, sin que una sola se descarríe. Lo que es mío, mío se queda.»

—«Atrevida me pareces,» observa Rudy.

—«Y tú también,» replica la joven.

—«¿Quieres darme un poco de leche? Tengo una sed infernal.»

—«Algo te daré que es mejor que la leche. Ayer pasaron unos viajeros y se dejaron olvidada una botella de un vino, que de fijo no lo habrás bebido igual: á mí no me gusta, y te lo daré.»

En efecto coge la botella, llena una taza de vino y lo ofrece á Rudy.

—«¡Qué rico es! dice después de haberlo apurado; en efecto, nada había probado nunca tan exquisito y refrigerante.»

Y sus ojos centelleaban; circula en sus venas la sangre convertida en fuego; se desvanecen su cólera y su pesar y se siente embargado de una alegría exuberante y loca.

—«Vaya, ahora lo veo, tú eres Anita, la hermosa Anita; exclama: dame un beso.»

—«Con mucho gusto; pero en cambio has de regalarme este anillo que llevas en el dedo.»

—«¡Mi anillo de esponsales!...»

—«Precisamente, por esto lo quiero.»

La joven vuelve á llenar de vino la taza y la lleva á los labios del cazador, que la apura de un sorbo, sintiendo derramarse como una vida intensa por todo su sér hasta el punto de creerse dueño y señor de todo el universo.

—«¿A qué inquietarse? Gocemos, seamos felices. El placer es la única y verdadera felicidad.»

Fija de nuevo los ojos en la joven: es Anita; un instante después vuelve á mirarla y ya no lo es, como tampoco es la visión que se le apareciera cerca de Grindelwald. Es una niña fresca y blanca como el campo de la nieve recién caído del cielo, graciosa co-

mo un ramillete de rosas de los Alpes, ágil y esbelta como un cervatillo. Pásale el brazo por el talle, y sumerge sus miradas en los ojos de la virgen, dotados de una maravillosa transparencia.

¿Y qué más? Imposible es expresar sensaciones in-



decibles. Rudy sintió como que bajara, que descendiera siempre, hasta lo más profundo de un abismo de hielo, en donde reinaba la muerte. Murallas inmensas formadas al parecer de verdoso cristal despedían una especie de luz azulada: millares de gotas al caer producían siniestra armonía. Allí estaba la Reina de los Ventisqueros, que le dió un beso en la frente, sintiendo apoderarse de todo su cuerpo un frío mortal. Profirió un grito de angustia, vaciló

un breve instante y cayó en redondo, tornándose todo tinieblas á su alrededor.

Pero al volver en sí, comprendió que había sido juguete de las Potestades funestas. Tanto la joven como la quesera habían desaparecido: á su alrededor no había más que nieve: estaba calado hasta los tuétanos y tiritaba de frío. El anillo de esponsales que Babette le regalara había desaparecido.

Buscó la vereda á través de la niebla espesa y húmeda que envolvía la montaña: gruesos peñascos rodando con estrépito pasaban á su lado: el Vértigo no cesaba de atisbarle, creyéndole rendido de fatiga y sin fuerzas. Si llega á caerse, todo había concluído para él; pero aún esta vez debía escapar al peligro.

¿Y Babette? Babette en el molino, sentada, taciturna, silenciosa, con los ojos arrasados de lágrimas. Tras de seis días de aguardar en vano, Rudy no parecía, él, que tenía tantas faltas que echarse en cara, él, que debía implorar su perdón, él, en fin, á quien ella amaba sobre todo.

XIII

EN EL MOLINO

VAYA un revoltillo que se ha armado entre esa gente! dijo el gato del salón al de la cocina. Todo se acabó entre Rudy y Babette. Esta anda llorando todo el día, y apuesto á que él ya ni se acuerda de ella.

—«Muy mal hecho,» observó el gato de la cocina.

—«Conforme, repuso el primero; pero no por esto he de apesadumbrarme. Babette, si así le place, tomará al hombre de las patillas rubias; si bien es verdad que éste tampoco ha parecido por el molino desde aquella noche que pretendió encaramarse al tejado como nosotros.»

Durante estos interminables días, Rudy iba reflexionando sobre lo que le había pasado en la montaña. Indudablemente deliró, presa de la fiebre. ¿Era todo aquello una visión? En verdad que no podía darse cuenta exacta de lo ocurrido.

Por lo demás continuaba condenando á Babette, si bien por su parte había hecho un riguroso examen de conciencia. Recordaba muy bien la espantosa borrasca, la tempestad deshecha que se había desencadenado en su corazón. ¿Debía revelar á su novia todos los horribles pensamientos que de él se apoderaron y que habían podido traducirse en hechos? Entonces ¿cómo explicarle la pérdida del anillo? ¿Lo había arrojado fuera de sí, en un arrebato de cólera? No podía arrancar esta idea de su mente, y esta idea era el imán que atraía su corazón hacia el de la joven.

Pero ella ¿le confesaría todas sus faltas? No importa: Rudy sentía destrozársele el alma recordando las gratas y tiernas palabras de amor con que le había regalado: la imagen de la joven se le aparecía incessantemente, cubierta de gracia y de atolondrada alegría; y esos pensamientos hacían en su ánimo preocupado el mismo efecto que los rayos del sol rasgando una nube y espesa sombría.

—«Todo me lo confesará, sí, dijo Rudy: es preciso que se justifique.»

Sin otro preámbulo volvió al molino, donde mediaron satisfactorias explicaciones. Estas empezaron con un beso, y he aquí cómo terminaron: Rudy ha sido un pícaro, un desalmado, osando en poner en duda

la fidelidad de Babette: su conducta es abominable. ¿Dónde se ha visto una desconfianza seguida de una tal violencia? Esto bastaba para hacer á los dos desgraciados por toda la vida, ¿lo entiende usted, señor Rudy?

Y Babette le hizo un sermón muy severo, y por cierto que en su papel de predicador la niña estaba deliciosa. Sólo en un punto convino y dió la razón á su novio: realmente, el inglés era un tonto, un mequetrefe. Babette declaró en corroboración de estas palabras haber arrojado á las llamas el libro que le regalara, para no tener nada que le recordase semejante tipo.

—«La paz vuelve á reinar en casa, dijo el gato del salón á su camarada el de la cocina. Ha regresado Rudy, se han dado explicaciones, se han entendido, y ahora se quieren más que nunca, de modo que esta reconciliación es, según ellos, la suprema felicidad.»

—«Durante la noche, contestó el gato de la cocina, cuando estoy acechando á los ratones, más de una vez le oigo decir que la suprema felicidad consiste en hincar el diente en un cabo de vela ó en tener una buena provisión de vianda aunque esté pasada. Vamos á ver ¿quién tiene razón, los ratones ó los enamorados?»

—«Ni los unos ni los otros,» repuso el gato del salón.

¡La suprema felicidad! Rudy y Babette esperaban realizarla en breve. Acercábase el día señalado para la boda: el acto no debía celebrarse ni en la iglesia de Bex, ni en casa del molinero. La madrina de la novia había pedido que el enlace tuviese efecto en la iglesia de Montreux y las fiestas subsiguientes en su casa. El molinero apoyaba esta proposición, vislumbrando los espléndidos regalos y quizás la dote que la opulenta y generosa madrina destinaba á los jóvenes desposados, y por eso creía que bien valía la

pena de complacer á tan excelente señora. Hay que advertir que el joven primo había regresado á Inglaterra.

Se fijó el día: la víspera debían ir todos á Ville-neuve, y por la mañana, al amanecer, tomar el vapor para Montreux. Las hijas de la madrina podrían de esta suerte ayudar á Babette á prenderse y adornarse convenientemente.

—«Todo esto está muy bien, decía el gato del salón; pero yo espero que por lo menos al día siguiente habrá en casa algún extraordinario; de otra suerte, maldito se consagro un solo *miau* á desearles felicidades conyugales.»

—«Desde luego, contestaba el gato de la cocina; y por de contado puedo asegurarte que nos regalaremos de lo lindo. En la cocina he visto un sin fin de patos desplumados, pollos y pichones muertos, una ternera suspendida en la pared, y en verdad que no puedo tener las quijadas en paz, á la vista de una provisión tan incitante. Mañana parten.»

Sí, mañana. Por esto Rudy y Babette pasarán la velada hablando sobre mil cosas diversas: se trata de su última entrevista de solteros.

Los Alpes están inundados de rosada luz; las campanas de la tarde dejan oír sus tañidos, y las Hijas del sol cantan revoloteando por el aire: «Alcance Rudy, nuestro favorito, la felicidad que merece.»



XIV

ESPECTROS NOCTURNOS

OBREVINO la noche, espesos nubarrones envolvían la cuenca del Ródano. Una terrible ráfaga de viento, último soplo del siroco que después de barrer la Italia, se estrella al pié de los Alpes, se desencadenó por la comarca, rasgando las nubes, las cuales se reformaron, tomando el aspecto ora de los mónstruos del mundo primitivo, ora de los animales fantásticos de los cuentos de hadas.

Los espíritus de la naturaleza, las fuerzas elementales pululaban á sus anchas en tanto que los hombres dormían. A los reflejos de la luna sobre la nieve de las montañas veíase desfilas el ejército de la Virgen de los Ventisqueros: un enjambre de Vértigos jugueteaba en los remolinos del Ródano, mientras que la pérfida Virgen iba corriente abajo sentada en un añoso tronco de abeto, que el huracán había arrancado de cuajo y flotaba sobre el río. La Virgen

acababa de salir de su palacio de hielo y arrastraba en pos de sí una rápida corriente de aguas heladas como el hálito de la muerte.

Y por doquiera, en el aire y en las ondas del río, resonaban estas palabras: «Henos aquí, los de la boda.»

Mientras tanto tenía Babette extravagantes pesadillas. Soñaba que llevaba ya muchos años de matrimonio con Rudy: que éste había ido al monte á cazar gamuzas; que ella se había quedado en casa; que se le presentó el joven inglés de la barba dorada, diciéndole palabras hechizadas que la obligaban á seguirle, quieras que no, y que juntos huían lejos, lejos, muy lejos.

Un peso terrible, cada vez más denso oprimía su pecho: acababa de pecar contra Rudy y contra Dios: de repente se encontraba sola, abandonada de todos: sus cabellos habían encanecido por el pesar: dirigía los ojos al cielo y vislumbraba á Rudy en la cresta de una montaña: tendía sus brazos hacia él sin osar llamarle, lo cual, por otra parte, hubiera sido inútil, supuesto que lo que veía no era Rudy, sino su chupa de cazador y su sombrero colgado de un bastón para engañar á las gamuzas.

Entonces Babette, bajo el imperio de un dolor profundo, lloraba y se lamentaba, exclamando:

—«¡Ojalá hubiese muerto el día de mis bodas, que fué el día más feliz de mi existencia! ¡Oh, Señor, Dios mío! ¿Por qué no me hiciste esta gracia que era la mayor que podías dispensarme? Esto hubiera sido mejor para mí y para Rudy. ¡Oh, quién pudiese leer en lo porvenir!»

Y maldiciendo del cielo y de la vida, se arrojaba á una profunda sima.

Babette en esto despertó sobresaltada: desvaneciéronse los espectros que la asediaban; pero no el recuerdo ni el tormento de una tan horrenda pesa-

dilla. Recordaba positivamente que el joven inglés había sido uno de sus profagonistas, á pesar de que hacía muchos meses que no lo veía ni pensaba en él. ¿Había regresado á Montreux? ¿Asistiría á sus bodas? ¿Era aquello un presentimiento? La joven frunció el ceño é hizo un adorable mohín de horror.

Pero pronto renació la sonrisa en sus labios, al vislumbrar los primeros rayos del sol resplandeciendo esplendorosos.

—«Un día más, dijo para sus adentros, sólo un día y seremos esposos.»

Cuando bajó de su aposento, encontró á Rudy que ya estaba dispuesto, y partieron para Villeneuve. ¡Qué felices eran los dos novios! También parecía serlo el molinero, puesto que su honrado semblante rebosaba la más franca y cordial alegría. El padre de Babette reía sin cesar y nunca había gastado tan buen humor; al fin y al cabo era un buen padre, á pesar de sus frecuentes genialidades.

—«Hétenos ya solos y dueños de la casa, dijo el gato del salón á su cofrade. Ea, vamos á ver si podemos pillar algo de esas excelentes cosas preparadas para el festín.»

XV

CONCLUSIÓN

AESO del mediodía llegaron á Villeneuve, alegres y contentos como unas pascuas. Después de comer, el molinero se arrellanó en un sillón, fumó una pipa y echó una siesta.

Los novios en tanto, dándose el brazo, salieron á pasear por las orillas del lago, cuyas profundas aguas presentan los matices del zafiro y la esmeral-

da. Sentados en una roca cobijada por algunos sauces, contemplaron el sombrío castillo de Chillón, cuyos macizos torreones se reflejaban en el lago; asimismo se fijaron en el islote de las tres acacias.

—«¡Qué bien debe estar allí!» dijo Babette en quien renació el ardiente deseo que había sentido la primera vez que vió el islote, de ir á sentarse un rato bajo los árboles.

Este antojo podían satisfacerlo fácilmente en el acto. Atada al tronco de un árbol con una cuerda había una barquichuela. Buscaron á su dueño para pedir que se le prestase, y no le encontraron, á pesar de lo cual no renunciaron al proyecto de embarcarse. Rudy era diestro en el manejo de los remos, y azotó el agua con bravura. El móvil elemento cede al menor esfuerzo, y no obstante nada puede resistir su formidable empuje: os brinda su sumisa espalda para conducirnos, y sin embargo, nada tan terrible como los estragos, desastres y devastaciones que produce.

A los pocos minutos, los felices novios abordaban al islote y desembarcaban: locos de contento corrían, brincaban y bailaban: Rudy hizo dar á su enamorada tres veces la vuelta por el reducido perímetro del islote, después de lo cual sentáronse en un banco á la sombra de las acacias.

Mirábanse con efusión, con las manos entrelazadas: á su alrededor brillaba la naturaleza iluminada por los resplandores del sol que tocaba á su ocaso: los bosques de abetos que cubrían las faldas de las montañas, iban tomando un tinte violado parecido al color de las menudas florecillas de los brezos: las rocas resplandecían como el metal en fusión, brillando además cual si fuesen transparentes: las nubes del cielo semejabán con sus arreboles un vasto incendio, y el extenso lago sólo podía compararse al pétalo inmenso de una rosa.

Poco á poco la sombra azulada envolvió la falda

de las nevadas montañas de Saboya; pero las cumbres continuaban reflejando purpúreos matices. Recordaba este espectáculo los primeros días del mundo, en que las montañas surgían del seno de la tierra formando un montón de lava incandescente.

Rudy y Babette no recordaban haber visto jamás nada tan soberbio. El «Diente de Mediodía» cubierto de nieve brillaba mucho más que la luna en su lleno, surgiendo y remontando el horizonte.

—«¡Qué esplendores y qué felicidad!» decían los dos amantes.

—«Ya la tierra nada me deja que desear, exclamaba Rudy: una hora como la presente bien vale toda una existencia. He saboreado muchos goces, muchas delicias, y más de una vez he creído que no podía haber un más allá, que había agotado la copa del placer; pero terminaba el día y amanecía el siguiente aún más bello, mucho más hermoso que el anterior. ¡La bondad de Dios es infinita!»

—«Mi corazón se desborda lleno de reconocimiento,» decía la hermosa Babette.

—«La tierra, replicaba Rudy, no puede ofrecerme nada superior y más grato que lo que siento.»

En las montañas de Saboya y en las de Suiza las campanas tocaban la oración de la tarde, y por el Oeste se divisaban las cumbres del Jura, brillantes como un ascua de oro.

—«Que Dios te conceda, amado mío, lo que hay de mejor y de más deseable en el mundo,» dijo Babette con los ojos humedecidos por dos lágrimas de ternura.

—«Así lo hará, contestó Rudy; mañana te poseeré, mañana serás enteramente mía, mi deliciosa mujercita!»

—«Ay, la barca... la barca...» exclamó Babette súbitamente.

La barquichuela cediendo al reflujó de las ondas se había desatado y se alejaba del islote.

—«Iré á buscarla,» dijo Rudy, quitándose precipitadamente la chupa y las botas y arrojándose al agua, por cuya superficie, á fuerza de hábil nadador, avanzaba rápidamente hacia la canoa.

De esta suerte, llegó á las aguas cenicientas, azuladas y frías que el Ródano transporta, procedentes de los ventisqueros. No tuvo tiempo más que de echar en ellas una mirada, pareciéndole ver su brillante anillo de oro hundirse al fondo del lago; pero este anillo fué creciendo y ensanchándose, hasta formar en un instante un inmenso círculo luminoso. En el centro de este círculo surgió un vasto ventisquero, en el cual abrían sus bocas infinidad de profundísimas. Por todas partes goteaba el agua produciendo al caer siniestra música, parecida á un tañido funerario. Las paredes de cristal destellaban reflejos blancos y azules.

En menos de un minuto vió Rudy un espectáculo, cuya descripción exigiría prolijas palabras.

Allí se encontraba una multitud de cazadores jóvenes, de lindas muchachas, de hombres y mujeres de todas clases y edades, todos los cuales habían caído en las grietas de los ventisqueros, sucumbiendo en ellas. Todos parecían vivos, pues tenían los ojos abiertos y miraban á Rudy sonriendo.

Más al fondo descubriase una población sepultada bajo las aguas del lago: las corrientes que bajaban de las montañas agitaban las campanas de las iglesias y hacían resonar los órganos: los habitantes, de rodillas en el santuario, guardaban la misma postura en que les sorprendiera la catástrofe.

Finalmente, más abajo estaba sentada la Virgen de los Ventisqueros, que se levantó al ver llegar á Rudy. La Virgen abrazó primero sus pies rozándolos luego con sus labios, á cuyo contacto experimentó el desventurado cazador como una sacudida eléctrica, seguida de un frío mortal, que sobrecogió y entumeció todos sus miembros.

—«¡A mí! ¡A mí! ¡Ya eres mío!» Tal fué su grito de triunfo que resonó por aquel vasto recinto. «Cuando eras niño, añadí, te abracé, besándote en los labios; hoy te beso en el talón; ya eres mío, totalmente mío.»

Y Rudy desapareció en el fondo del líquido elemento azul y claro.

En la tierra reinaba el más absoluto silencio: cesó el tañido de las campanas de la tarde, y las nubes perdieron sus brillantes arreboles.

—«¡Eres mío!» Esta voz llenaba el infinito espacio, resonando desde el fondo de las aguas hasta el firmamento.

¿No es por ventura la mayor de las felicidades pasar así, instantáneamente, desde el amor de la tierra á las supremas delicias de la otra vida? El beso helado de la muerte acababa de aniquilar una envoltura perecedera, de la cual salió un sér inmortal presto á gozar la vida eterna que le aguardaba. La disonancia de la muerte resolvíase en una armonía celeste.

¿Os parece muy triste la presente historia?

¡Pobre Babette! Sí, puesto que para ella fueron las más terribles horas de angustia. El esquife se iba alejando cada vez más: nadie en tierra sabía que los dos novios hubiesen ido al islote: la oscuridad aumentaba: sobrevino la noche, y la infeliz Babette, sola, llena de desolación y sollozando, se retorció desesperada.

De súbito brilló un relámpago sobre el Jura, y otro en seguida sobre las montañas de Saboya; en breve ya era imposible contarlos, tal era la rapidez con que se sucedían. El estampido del trueno duraba minutos enteros sin interrupción y el rayo con sus terribles fulgores alumbraba el paisaje con la misma intensidad que la luz del día. Por instantes era dable distinguir cada árbol y aún cada rama; pero al vivo y rápido centelleo sucedía á cada punto la oscuridad

más espantosa. El eco de las montañas repercutía el fragor de la tormenta.

Los pescadores sacaban las barcas del agua: hombres y animales buscaban precipitadamente un sitio donde cobijarse y el agua caía á mares.

—«¿Dónde andarán Rudy y Babette con este tiempo?» se preguntaba el molinero lleno de ansiedad.

Babette, después de haber dado gritos de socorro, después de haber gemido y llorado, había perdido la voz y había agotado las lágrimas. Yacía por el suelo, medio arrodillada, con la frente caída sobre las manos; pero sin poder rogar ni suplicar.

—«Ha caído al fondo del agua, pensaba, sí, al fondo: ya no le veré más: el lago es profundo como un ventisquero.»

Entonces recordó todo cuanto Rudy le había referido respecto de la muerte de su madre; y que á él le habían retirado frío y rígido como un cadáver del fondo de la grieta en que se había hundido.

—«La Virgen de los Ventisqueros ha vuuelto á cogerte,»—dijose horrorizada.

Un rayo deslumbrador como la luz del sol, reflejándose sobre un campo de nieve rasgó el espacio. Babette se levantó sobresaltada, y á la fulgurante luz vió sobre el lago á la Virgen de los Ventisqueros, de pié, revestida de terrible majestad, teniendo á sus plantas el cadáver de Rudy.

—¡Ya es mío!» dijo, y desapareció en el seno de la oscuridad, que tornó á envolverlo todo.

—«¡Cruel! clamaba Babette consternada. ¿Por qué habías de quitarle la vida en vísperas de realizarse nuestra ventura?—¡Oh, Dios mío! repuso con efusión, iluminad mi corazón y mi espíritu: dejadme comprender el misterio de vuestros designios.»

Dios la oyó; brilló la claridad en su alma, y recordó el sueño que había tenido la noche precedente y los deseos que en este sueño había sentido, como

siendo el colmo de la ventura para Rudy y para ella misma.

—«¡Desgraciada de mí! exclamó, ¿tenía acaso en el corazón el germen de la culpa? ¿La realización de aquel sueño era el destino que me estaba reservado? Sí así debía ser, vale más, en efecto, que haya muerto!»

En esto redobló sus gemidos y sollozos; y su corazón dolorido y despedazado se estremeció, recordando las últimas palabras de Rudy:—«La tierra ya no puede darme felicidad mayor y más completa.»

Han transcurrido muchos años: sonrío el lago, sus orillas están en el pleno de la hermosura. Los buques de vapor cruzan las aguas con sus flotantes pabellones despelgados al aire: las grandes barcas con sus velas latinas hinchadas surcan los líquidos cristales parecidas á libélulas gigantescas. El ferrocarril deja atrás á Chillón y remontá la cuenca del Ródano. En todas las estaciones se apean turistas, apresurándose á consultar los *Guías* de cubiertas rojas ó verdes, para enterarse de las curiosidades dignas de una visita. Y en sus paginas encuentran la historia de los novios que en 1856 pasaron al isotillo de las tres acacias, enterándose de la suerte del mozo y de que sólo al día siguiente fueron oídos desde la costa los desgarradores gritos de la joven.

Pero los libros no dicen nada más: no hablan de la vida retirada que lleva Babette al lado de su padre, no por cierto en el molino, que fué vendido porque ella se resistió á vivir en unos lugares que á todas horas habían de suscitar en su ánimo múltiples recuerdos de una felicidad destruída. Padre é hija ocupan actualmente una linda casita cerca de la estación del ferro-carril. Babette á veces permanece horas enteras asomada á la ventana contemplando por encima de los castaños las nevadas sierras donde iba á cazar su llorado Rudy; y cuando divisa las



¡Ya es mío!

cumbres de los Alpes bañándose con los espléndidos resplandores del crepúsculo, no puede menos que entristecerse con el recuerdo de aquella última y funesta tarde.

Triste y abatida con harta frecuencia, á lo mejor parecele oír á las hijas del sol, cantando y diciendo que los huracanes no pueden arrancar más que la capa del viajero: «¿Y es este un motivo para afligirse? Arrebatan la envoltura, pero no el hombre.»

La calma renace en su espíritu, al pensar que Dios dispone todas las cosas con buen fin. ¿Acaso la misma Babette, después de aquel sueño, no estaba en el caso de saberlo mejor que nadie?





EL NINO EN LA TUMBA

EL duelo llenaba la casa y el pesar todos los corazones: había muerto un niño, un pobre niño de cuatro años que era el encanto y la esperanza de sus padres. Bien es verdad que aún les quedaban dos niñas tan buenas como hermosas; pero siempre el hijo que se pierde es el más caro, y aquí sobre ser el único varón, era el más joven.

¡Terrible contrariedad! Las hermanas del difunto sufrían lo que sufren en estos casos todos los corazones tiernos; pero el inmenso desconsuelo de sus padres daba creces á sus penas. El padre estaba anonadado; y en cuanto á la madre, era en realidad la que había sufrido, con esta desgracia, un golpe más cruel é irreparable. Durante la enfermedad de su hijo, había pasado días y noches á la cabecera del enfermo cuidándole con indecible esmero, acariciándole con ternura y sintiendo entonces más que nunca que aquella criaturita formaba parte de sí misma. Cuando fueron á colocar el cadáver en el ataúd para

conducirlo al frío sepulcro, no podía convencerse de que hubiese muerto.

Durante la enfermedad, venía acariciando la confianza de que Dios no había de arrebatarse su mejor tesoro. De modo que cuando no le cupo incertidumbre alguna, es decir, cuando vió que había muerto su hijo adorado, exclamó con el alma transida de amargura:

—«Dios no debe saberlo, ¡oh no! Es imposible que lo sepa. Acá en la tierra habrá servidores suyos desnaturalizados que obrarán según su capricho, incapaces de comprender las súplicas de una madre.»

Y trastornada por el dolor, llegó á olvidarse de Dios, en tanto que asaltaban su espíritu los más sombríos y funestos pensamientos.

—«La muerte es eterna, pensaba; sepultado el hombre, se deshace en polvo, y todo acaba para siempre.»

Y no encontrando consuelo ni lenitivo á su infortunio, cada vez más desolada, acabó por entregarse á la desesperación más fiera.

No podía llorar, ni se acordaba absolutamente de las dos niñas, que sin cesar se acercaban á ella con solícito cariño. Su esposo sollozaba á su lado, y ella permanecía sin verle ni oírle. El recuerdo del niño muerto la tenía absorta de continuo, y á todas horas pensaba en sus gracias y primores y creía oír su dulce acento, sus placenteras palabras infantiles.

El día del entierro, rendida por las anteriores vigili-
as y por el trastorno, poco antes de amanecer pudo conciliar el sueño, propicia ocasión que aprovecharon para llevarse sigilosamente el féretro junto al cual descansaba y trasladarlo al aposento más retirado con el objeto de que no oyese los martillazos cuando lo cerrasen.

Al despertar, manifestó vehementes deseos de ver una vez más el cadáver de su hijo.—«El ataúd está ya cerrado, dijo el padre: era necesario.»



Llevaron el ataúd al cementerio

salió al campo y tomó una vereda que conducía al cementerio. No encontró á nadie en el camino, si bien que tampoco lo habría notado. Sus miradas estaban fijas en un objeto, los árboles del campo-santo que tenía enfrente.

Era una tibia y encantadora noche de fines de estío: el firmamento estaba tachonado de estrellas. Penetró en el fúnebre recinto y fué en derechura hacia el sitio en que ya sabía que se hallaba la tumba, consistente en una espesura de perfumadas flores. Cayó de hinojos y aplicó la cabeza contra el suelo, cual si con sus miradas pretendiera atravesar la tierra, ávida de ver al hijo de sus entrañas. Y efectivamente, le vió, y muerto y todo se dibujaba una sonrisa angelical en sus labios, y tenía los ojos exuberantes de ternura. Quiso levantar su manecita y la encontró yerta y envarada. Permanecía inclinada sobre la tumba, tal como durante la enfermedad solía ponerse sobre la cabecera, con sólo una diferencia; ahora daba libre curso á sus lágrimas, y antes las reprimía heroicamente por no acabar de entristecer al pobre enfermo.

—«¿Deseas reunirte con tu hijo?» oyó que le preguntaba una voz grave y profunda, pero clara y bien timbrada que llegó hasta el fondo de su alma.

Al oírla se irguió con sobresalto y vió un hombre envuelto en negro manto y cubierta la cabeza con capucha: su rostro, aunque severo, inspiraba confianza y en sus ojos brillaba el brío de la juventud.

—«¡Reunirme con mi hijo! balbuceó la madre con acento suplicante. ¡Oh, tú, sér misterioso, quien quiera que seas, llévame á él y te seguiré.»

—«Medítalo bien, repuso: yo soy la Muerte. ¿Quieres seguirme?»

Para responder más presto, dijo que sí con un rápido movimiento de cabeza, y en el acto sintió hundirse el suelo lentamente bajo sus plantas; el hombre

negro la envolvió con su manto y quedó rodeada de espesas tinieblas. Así se internó en la tierra hasta mu-



cho más abajo del sitio donde suele llegar la pala del sepulturero.

Cayó el manto que la cubría y se halló en una vastísima sala de imponente aspecto, iluminada por los inciertos reflejos del crepúsculo. En breve se encontró estrechamente abrazada á su hijo, en la cual resplandecía una hermosura nueva, inexplicable y desconocida. Exhaló un grito de alegría que no tuvo eco en las bóvedas, bajo las cuales resonaba una deliciosa armonía celeste, que tan presto se oía allí mismo, como se alejaba. Nunca unos acordes semejantes habían halagado sus oídos, pues tenían la virtud de calmar todo dolor y eran tan misteriosos, que brotaban al parecer tras un inmenso y tupido velo tendido entre la sala y el infinito espacio.

—«¡Madre del alma mía!» decía el niño con la misma voz que cuando vivía, en tanto que ella lo devoraba con sus frenéticos besos, presa de una alegría desencadenada, sin límites.

El niño señalaba la cortina y decía: «Detrás de este velo, madre mía, es todo infinitamente más hermoso que en la tierra. Mira, mira, ¿no ves á mis divinos compañeritos? ¡Oh, qué felices somos!»

Miraba la madre y no vislumbraba más que tinieblas, pues aún veía con los ojos de este mundo.

—«Ahora, iré á volar por el espacio infinito, añadió el niño: á volar en torno del Omnipotente, reunido con los demás angelitos. ¿Quieres que me vaya con ellos? Pero ¿por qué lloras? Déjame ir, que en breve vendrás á reunirme conmigo eternamente.»

—«¡Quédate! ¡Oh! ¡Quédate!» exclamó la madre: sólo un momento, el tiempo de estrecharte otra vez contra mi pecho.»

Y estrechándole contra su corazón, trémula y convulsa le dió un beso. Pero sobre la bóveda resonó su nombre, proferido por una voz quejumbrosa.

—«¿No oyes?» dijo el niño: es papá que te llama.»

Pocos instantes después se oyeron nuevas voces entrecortadas por sollozos infantiles.

—«Son mis hermanitas, dijo el niño: no las olvides, madre mía.»

Por primera vez se acordó de los seres que le quedaban en el mundo, y sobrecogida de angustia, dirigió los ojos á lo alto y divisó un espeso enjambre de seres aéreos que revoloteaban hacia la cortina, tras de la cual desaparecían. Entre ellos le pareció reconocer á muchas personas que había visto en la tierra. ¿Iban á pasar con ellos su marido y sus hijas dirigiéndose para siempre al reino de la eternidad? No: sus gritos y suspiros procedían del otro lado de la bóveda.

—«Madre mía, dijo el niño, ya resuenan las campanas celestiales, ya sale el sol.»

Un rayo de luz maravillosa vino á deslumbrarla. Al abrir de nuevo los ojos, el niño había desaparecido y se sintió elevada al aire. Tuvo frío, levantó la frente, miró á su entorno y se encontró en el cementerio, sobre la tumba de su hijo. Había tenido un sueño, una visión, de la cual se había valido Dios para iluminar su inteligencia y fortalecer su espíritu. Arrodillóse y dijo una oración:—«Señor, perdóname si quise retener en el mundo un espíritu celeste; perdóname por haberme olvidado de los seres que tu bondad confía á mi cuidado.»

Con esto se sintió el corazón aliviado. Había amanecido: el sol remontaba el horizonte, cantaban los pajarillos y las campanas de la iglesia señalaban la misa matinal. La solemnidad de aquellos momentos acabó de apaciguar las torturas de su espíritu.

Regresó á su casa apresurada: su esposo dormía aún y le despertó dándole un beso en la frente.

Ella fué desde entonces la más fuerte y la que alentó á los demás con palabras de consuelo.—Nuestra suerte, decía, está en las manos del Señor. Bendita sea su santa voluntad.

Y abrazando á su esposo y besando á sus hijas que

la contemplaban llenas de dicha, pero no menos asombradas ante un cambio tan repentino, les decía:

«Dios me ha infundido valor, valiéndose del niño que descansa en la tumba.»





AVENTURAS DE UN CARDO

AL pié de un opulento castillo señorial se extendía un jardín, perfectamente cuidado y lleno de árboles, arbustos y flores raras y exquisitas. Ni una sola persona visitaba al propietario sin expresarle su admiración por el gran número de plantas traídas de los más remotos países, así como por los cuadros de flores tan artísticamente dispuestos. Claramente se veía que estos elogios no eran hijos de la lisonja, ni una mera fórmula de cortesía. Los habitantes de los caseríos y pueblos inmediatos, los domingos solían pedir permiso para pasearse por las magníficas avenidas, y cuando los niños se portaban

bien, el profesor les acompañaba á dar una vuelta por el jardín, en premio de su buen comportamiento.

Pegado al jardín, pero al lado exterior, al pie del seto que lo cercaba, crecía un cardo robusto y vigoroso, cuyas vivaces raíces se extendían y echaban retoños por todos lados, dando al cardo la espesura de un verdadero matorral; y sin embargo nadie se fijaba en él, á excepción del rucio de la lechera, pues ésta tenía la costumbre de atarlo no lejos de aquel sitio, y el animal estirando el cuello cuanto podía, no cesaba de exclamar:

—«¡Oh! ¡qué hermoso eres! ¡con qué gusto te me zamparía!»

Pero el cabestro era muy corto, y el bueno del asno debía limitarse á mirar el cardo con ternura y dirigirle los más finos requiebros.

Un día hubo en el castillo una gran reunión de personas distinguidas, la mayor parte procedentes de la capital, contándose entre ellas un buen número de hermosas jóvenes. La más bella de todas acababa de llegar de lejanas tierras: era originaria de Escocia, de elevada alcurnia y poseía vastas propiedades y grandes riquezas. Era lo que se llamaba un buen partido.

—«¡Qué dicha casarse con ella!» decían los jóvenes; y sus madres eran del mismo parecer:

La bulliciosa juventud empezó á correr por el césped, jugando á la pelota y á otros diversos juegos. Después todo el mundo se paseó por entre los cuadros de flores, y siguiendo la costumbre de los pueblos del Norte, las jóvenes cogieron una flor cada una y la colocaron en el ojal de un caballero. La extranjera invirtió mucho tiempo en esta tarea, pues ninguna flor le agradaba bastante, y no acababa de decidirse, hasta que sus miradas fijáronse en el seto, al otro lado del cual crecía pomposa la mata de cardos con sus flores rojas y azules.

Dibujóse una sonrisa en los labios de la elegante

escocesa y suplicó al hijo del dueño de la casa que fuese á cogerla una.

—«Esta es la flor de mi país, decía, figura en el escudo de armas de Escocia, traedme una, os lo ruego.»

El joven se apresuró á complacerla, arrancando la más hermosa, no sin picarse fuertemente los dedos con las espinas. La joven dejándole con ello muy halagado, si bien que la flor del cardo era extremadamente vulgar en el país.

Ahora bien, si el joven se pavoneaba con la flor en el ojal, ¿qué no haría el cardo? Este experimentaba una satisfacción tan intensa, un bienestar tan íntimo como cuando, tras un copioso rocío, los rayos del sol iban á calentarle.

—«De modo, se decía, que yo soy algo más de lo que muchos se figuran: siempre lo había sospechado. A decir verdad, me parece que deberían trasplantarme dentro del seto, y no tenerme aquí fuera. Pero, ya se sabe: en el mundo nadie ocupa su verdadero lugar. Ved sino á una de mis hijas que ha logrado atravesar el seto, y que ahora se pavonea colocada en el ojal de un gallardo caballero.»

Y fué contando este acontecimiento á todos los retoños de su fértil tronco y á todos los botones que coronaban las espinosas ramas.

Pocos días transcurrieron, y llegó á saber, no por boca de los transeuntes, ni por el gorjeo de los pájaros, sino por los mil ecos que cuando se deja una ventana abierta difunden por todas partes lo que se habla en el interior de las habitaciones, llegó á saber, decimos, que el joven condecorado con la flor de cardo por la hermosa escocesa, acababa de obtener el corazón y la mano de ésta.

—«Yo les he unido, yo he hecho este casamiento,» exclamó el cardo, y con mayor vehemencia que nunca relató el memorable suceso á todas las nuevas flores que cubrían sus espesas ramas.

—«Ahora sí que van á trasplantarme: bien merecido me lo tengo. ¡Quizás me colocarán en un tiesto precioso, donde podré recoger mis raíces entre un lecho de excelente mantillo! Según parece, este es el honor más alto que pueden recibir las plantas.

Tan persuadido estaba de que al día siguiente iban á llover sobre ella las mayores pruebas de distinción, que prometía á la más insignificante de sus flores, que en breve se verían todas reunidas en un jarrón de mayólica, ó que quizás adornarían el ojal de todos los elegantes, lo cual era la mayor fortuna que pueden ambicionar las flores.

Pero no se realizaron esas esperanzas: no hubo para el cardo ni jarrón de mayólica, ni tiesto de barro, ni ojal que se engalanara á expensas de la ambiciosa mata. Las flores continuaron respirando el aire, bebiendo los rayos del sol durante el día, las gotas del rocío por la noche, y al abrirse, no recibieron otra visita que la de las abejas y los abejorros, codiciosos de su jugo.

—«Ladrones!... Bandidos!... gritaba el cardo. ¡Que no pueda atravesaros con mis dardos! ¿Cómo os atrevéis á robar el perfume de esas flores destinadas á adornar el ojal de los galanes?»

Y á pesar de sus exclamaciones no cambiaba su situación. Las flores acababan por doblarse sobre sus tallos: perdían sus colores, se marchitaban. Pero las sustituían otras nuevas, y á cada una de las que se abrían decía la mata con inalterable confianza:

—«Vienes como pescado en cuaresma: no podías abrirte más á tiempo. De un momento á otro vamos á pasar el seto.»

Unas inocentes margaritas que en raquítico plantel crecían por allí cerca, á fuerza de oír estas razones acabaron por creer cándidamente en ellas, y aun sintieron profunda admiración por el cardo, quien las recompensaba con el más absoluto desdén.

El asno, en cambio, algún tanto incrédulo de natural, no estaba tan seguro de lo que con tanto aplomo proclamaba el cardo. No obstante, á fin de prevenir cualquier eventualidad, hizo nuevos esfuerzos para pillar su querido cardo, antes de que lo llevaran á unos lugares inaccesibles. Pero en vano tiró del cabestro: era demasiado corto y no pudo romperlo.

A fuerza de fantasear sobre el glorioso cardo que figura en las armas de Escocia, se le antojó al nuestro que debía ser uno de sus antepasados, y que por consiguiente él descendía de esta ilustre familia, debiendo proceder por fuerza de algún retoño llegado de Escocia en tiempos remotos. Elevados eran estos pensamientos; pero las grandes ideas sientan muy bien en un cardo tan grande, que por sí solo formaba un verdadero matorral.

Su vecina, una ortiga, lo encontraba muy bien. —«Con harta frecuencia, decía, una procede de elevada alcornia sin saberlo: esto se ve todos los días. Toma, yo misma, estoy segura de que no soy una planta vulgar. ¿No nace de mí la muselina más fina y sutil de que se visten las reinas?»

Pasó el verano y vino el otoño: cayeron las hojas los árboles: las flores tomaron matices más oscuros y perdieron su perfume. El jardinero recogiendo los tallos secos, iba cantando á voz en grito:

«Arriba, abajo... Arriba, abajo...
»tal es el curso de la vida.»

Los tiernos abetos del bosque empezaron á preocuparse por la fiesta de Navidad, por ese hermoso día en que se les adorna con cintas, dulces y pequeñas bujías, brillante destino al cual aspiran gustosos sabiendo de antemano que ha de costarles la existencia.

—«¡Cómo se entiende eso! exclamaba el cardo: es-

toy aquí y hace ya ocho días que se han celebrado las bodas. Y á pesar de que este enlace yo lo he hecho, nadie se acuerda de mí, como si no existiera, y aquí me dejan á que me consuma. Ya saben ellos que me sobra orgullo para no dar un paso hacia los ingratos; y por otra parte, aunque quisiera moverme, no podría. Nada, un poco de paciencia.»

Iban transcurriendo las semanas, y el cardo ya no le quedaba más que una flor, grande y abierta como si fuera de alcachofa, situada muy cerca de las raíces. Era una flor robusta, combatida por el viento, y sus colores fueron perdiéndose, quedando por último reducida á tal aspecto, que parecía un sol plateado.

Un día la joven pareja, á la sazón marido y mujer, dieron un paseo por el jardín, llegando cerca del seto, á través del cual la hermosa escocesa tendió una mirada por la campiña.

—«Toma, dijo, ahí está el cardo todavía; pero no tiene flores.»

—«Si, todavía tiene una ó por lo menos el espectro de la última, dijo el joven señalando el cáliz seco y blanquecino.»

—«¡Y no obstante así y todo es hermosa! exclamó la dama. Vé á cogerla para reproducirla en el marco de nuestro retrato.»

El joven tuvo que atravesar el seto nuevamente: cogió la mustia flor del cardo, no sin recibir las consiguientes picaduras, pues no en vano la había llamado espectro. No por esto lo tomó á mal el joven, pues se trataba de complacer á su esposa, quien la llevó al salón, en donde había un cuadro representando al joven matrimonio, ostentando el esposo en el ojal una flor de cardo. Mucho se habló de la primera flor y de la última que brillaba como un copo de plata y que debía servir de modelo para ir cincelada en el marco.

El viento difundía á lo lejos todo cuanto se hablaba en la casa.

—«¡Así es la vida! exclamaba el cardo. Mi hija mayor encontró colocación en el ojal de un caballero; mi último vástago acaba de encontrarla en un marco dorado. ¿Y á mí dónde me pondrán?»

A poca distancia se encontraba el asno, atado como de costumbre, guiñando á la mata, objeto de todo su cariño.

—«Si quieres estar como una reina, lo que se llama ricamente, abrigada contra la intemperie, ven á mí estómago, tesoro mío. Ea, llégate hasta mí, ya que yo no puedo acercarme, á causa de ese maldito cabestro, que siempre se queda corto.»

Como es natural el cardo se abstuvo de responder á esos groseros preliminares; y cada vez más ensimismado, á fuerza de dar vueltas y más vueltas á sus pensamientos, llegó por las inmediaciones de Navidad al siguiente raciocinio que era en verdad muy superior á su baja condición.

—«No importa, exclamó, mientras mis hijos sean dichosos, yo, su madre, me resigno llena de contento á permanecer fuera del seño, sobre los terrones en que nací.»

—«Este desprendimiento os honra, le contestó el último rayo de sol, y yo os prometo que obtendréis la debida recompensa.»

—«¿Pondránme en una maceta ó en algún cuadro?» preguntó el cardo con interés.

—«No, os pondrán en un cuento,» dijo el rayo de sol en el momento de desaparecer en el espacio.





QUE rosas tan magníficas!» dijo cierta mañana un rayo de sol. Y esa infinidad de capullos próximos á abrirse serán también hermosas flores. Todas, todas, son hijas mías... Pues qué, ¿por ventura no han nacido al calor de mis ardientes besos?»

—«Son hijas mías, dijo el rocío, pues yo las he regado con mis lágrimas.»

—«Me parece, añadió el rosal, que su verdadero padre soy yo; y que vosotros todo lo más seréis sus padrinos, habiéndolas dotado según vuestros medios.»

—«¡Soberbias rosas!» repitieron á la vez rosal, rayo de sol y rocío.

E hicieron votos para que cada una alcanzase la mayor dicha que puede haber á una rosa en este mundo.

Sin embargo,—y esto era inevitable,—una de aquellas rosas había de ser más feliz que las restantes, y otra había de ser la más infortunada de todas.

—«Yo me encargo de averiguarlo, dijo el viento. Ya lo sabremos. Yo corro de un lado á otro; me meto un poquito por todas partes; me deslizo á través de las rendijas más angostas, y me entero de lo que pasa adentro y fuera. Así pues, poco me ha de costar averiguar á cuál de esas flores cabrá mejor fortuna.»

Así las rosas abiertas como los capullos más adelantados se hicieron cargo de todo cuanto acababa de decirse.

He aquí que penetra en el jardín una tierna madre, con el corazón destrozado y vestida de luto, quien después de practicar un minucioso examen, coge una rosa, la más fresca, lozana y abierta; en suma, la que le pareció más hermosa, llevándola á una habitación solitaria cuyos postigos permanecían entornados, y en la cual yacía dentro de un ataúd, fría é inmóvil como una estatua, la hija de su corazón, la víspera llena de vida y de contento. La madre besa con efusión el yerto cadáver, imprime un segundo beso á la rosa y la coloca sobre el seno del cadáver.

La hermosa flor se llenó de felicidad, y á impulsos de la emoción más dulce se estremecieron todos sus pétalos.

—«¡Qué hermosa parte de cariño me ha tocado! se decía. Los hijos de los hombres me buscan y admiten; una madre me da uno de sus ósculos más tiernos, y luego me bendice; y colocada en el hermoso seno de un ángel, estoy á punto de entrar en el gran reino de lo ignoto. Decididamente, de entre todas mis hermanas yo soy la más dichosa.»

Entró luego en el jardín una buena anciana encargada de limpiar los senderos y calles y de arrancar las malas yerbas, y parándose á admirar la soberbia

espesura de rosas, se fijó especialmente en una que estaba en el apogeo de su florescencia.

—«Por poco que pique el sol, se dijo la vieja, mañana empezará á marchitarse. Puesto que ha embeludado al mundo con su belleza, ha llegado el momento de que preste alguna utilidad.»

Y cogiéndola, la envuelve en un trozo de periódico, se la lleva á su casa, mezcla sus perfumadas hojas con algunas flores azules de espliego y acaba espolvoreando la mezcla con un poco de sal.

—«Toma, pensó la rosa: me están embalsamando, honor muy grande que raras veces se dispensa á los hijos del hombre. He aquí que voy á sobrevivir á todas mis hermanas, conservando los colores y el perfume. Decididamente, yo soy la más dichosa.»

Dos jóvenes se pasean por el jardín; poeta el uno, pintor el otro, y cogen una rosa cada uno. El pintor reproduce en la tela la sorprendente imagen de la flor, con tan rara perfección que ella se figura encontrarse ante un espejo.

—«Mientras millares de millones de rosas se marchitarán para desaparecer, dijo el pintor, tú vivirás y serás admirada siglos enteros.»

—«¡Quién más feliz que yo! dijo la flor. Yo soy la más dichosa.»

El poeta contempla con éxtasis los suaves matices de la rosa, y se embriaga con su perfume. Los más armoniosos versos brotan de su pluma, relatando la vida de la noble flor y cantando los divinos sentimientos que simboliza, con lo cual entrega á la inmortalidad una obra maestra.

—«Soy inmortal, dice la rosa; yo soy, pues, la más dichosa.»

En medio del soberbio rosal, poco menos que oculta por las demás, había una rosa que tenía un defecto, el de caer inclinada sobre su tallo, presen-

tando además los pétalos mayores de un lado que del otro y mostrando en el centro de la corola una pequeña excrescencia verde, deformidades de que ni las rosas pueden verse libres.

—«¡Pobre hija infeliz!» murmuró el viento acariciándola.

Y la rosa tomó esta frase de cariño, no como una muestra de conmiseración, sino de preferencia, que por otra parte consideraba ser muy merecida, por lo mismo que tenía diferente estructura que todas sus hermanas, tomando por prueba de distinción la desmedrada hojita verde de su corola. Por casualidad vino á posarse en ella una bella mariposa, y creció su orgullo. Un saltamontes desde una de las flores inmediatas, miraba con codiciosos ojos la hojita verde y exclamaba:

—«¡Cáspita! Si todos los pétalos fuesen como este, cómo me los zamparía!»

La flor, reventando de orgullo, aceptó este requiebro como el más indiscutible testimonio de ternura. «¿Puede darse, pensaba, mayor prueba de simpatía, que comerse lo que se estima, incorporárselo, para no separarse de ello nunca más?»

La noche sucede al día: el cielo se llena de estrellas, y desde la vecina arboleda el raiseñor modula sus deliciosos trinos.

—«Tengo la seguridad de que si canta lo hace por mí, dice la rosa, pues por fuerza ha de tener preferencia por una de nosotras. Y ¿cómo ha de elegir entre mis hermanas si todas se parecen? Yo soy la única que poseo un signo especial, un lunar, como dicen los hombres.»

Al día siguiente dos caballeros que iban fumando se pararon junto al rosal. Uno de ellos había leído que el humo del tabaco empaña el brillo de las rosas tornándolas de un color verde muy feo. Tuvieron el

antojo de hacer la prueba; pero como era un sacrilegio destruir tan gallardas flores, examinaron el rosal detenidamente y descubrieron á la mal conformada, la cual, á las primeras bocanadas de humo, perdió sus matices trocándolos por un color entre verdoso y amarillento extremadamente sucio. Con este contratiempo se acrecentó el orgullo de la rosa.

—«Ahora sí, dijo, que no hay otra que se me iguale. ¡Una rosa verde! ¡Qué rareza! Yo soy la más dichosa.»

El jardinero cogió una de sus hermanas á medio abrir, pero que ya indicaba que había de ser la más bella, y la puso en el centro de un magnífico ramo, artísticamente dispuesto, para su joven amo. Por la noche, éste se llevó el ramo en el carruaje; y la rosa brillaba con el esplendor de una perla; entre las flores más raras, rodeadas de verde. El joven bajó del carruaje, siempre con su ramo, ante un soberbio edificio espléndidamente iluminado; entró en una gran sala, cubierta de dorados que destellaban á la luz de centenares de lámparas y candelabros, y en la cual se encontraban sentados espectadores en gran número, caballeros y señoras, vestidos todas de fiesta. A los acordes de la música, apareció en el escenario una cantante joven y hermosa, y apenas su voz vibrante moduló las primeras notas, embargando todos los corazones, cayó á sus plantas una lluvia de flores.

Tributo de admiración á la encantadora *diva* fué también el ramo en que figuraba nuestra rosa, la cual al volar por el aire hasta caer sobre el escenario, saboreó el honor que le habían hecho. ¿No iba acaso á excitar la admiración de aquella reina del mundo elegante congregado en el coliseo? Trémula de gozo, no cabía en sí, de orgullo; pero al caer sobre la escena se desprendió del ramo y desapareció.

por entre bastidores. Un maquinista la recogió, aspiró su perfume y la guardó en su bolsillo.

Al volver á su casa á media noche, lo primero que hizo fué colocar la rosa en un platillo con un poco de agua; y al día siguiente la ofreció á su anciana madre, que valetudinaria y débil descansaba en un sillón. La pobre enferma recibió la hermosa flor enteramente abierta y aspiró sus perfumes con deleite.

—«¡Cierto es que no has podido llegar á manos de la divina cantante que tiene el privilegio de enloquecer á sus admiradores; pero estás en casa de una pobre anciana, é inundas de gozo su corazón!»

Y en efecto, ni un solo momento cesaba ésta de contemplar con alegría infantil la hermosa flor, que evocaba en su espíritu dulces y lejanos recuerdos de su juventud.

—«En la ventana del cuarto hay una rendija, dijo el viento, me deslicé por ella y ví los ojos de la buena anciana brillar alegremente al contemplar la rosa, que con tanta dulzura vino á consolarla en medio de sus pesares. Si me preguntáis cuál ha sido la más dichosa, ahora ya lo sé.»

Sin embargo, las restantes rosas y especialmente la última que brotó, la única que floreció en otoño, no estaban de acuerdo con el viento.

—«Yo he sobrevivido á todas mis hermanas, decía: yo soy la niña mimada, el Benjamín de la familia: no pasa una sola persona por delante del rosal, que no se detenga á contemplarme: en honor mío un músico ha compuesto una romanza, sin duda alguna yo soy la más dichosa.»

El viento interrumpe sus palabras y después de soplar sobre ella y dispersar sus hojas por todos lados se va difundiendo por el mundo la peregrina historia de las rosas. Peregrina digo y no me arrepiento, pues cada cual puede terminarla á su sabor,

proclamando, según su modo de sentir, cuál de entre las bellas hijas del rosal, llegó á ser la más dichosa.





ESCENAS DE CORRAL



N pato hembra procedía del fondo de Portugal, según algunos historiadores, si bien otros sostenían que era originario del mediodía de España, lo cual no hace al caso: basta saber que se le conocía por la Portuguesa, que ponía huevos, que fué muerto y asado, y esta es toda la historia de su vida.

A los patos nacidos de sus huevos, así como á los que nacieron de los huevos de aquellos, siguió llamándoseles Portugueses, lo cual en cierto modo constituía una especie de nobleza hereditaria; pero al cabo de algunos años no quedaba de toda la casta más que una hembra que habitaba en un corral confundida con varios patos y gallinas, contándose además un soberbio gallo que se pavoneaba lleno de orgullo.

—«Tanto como me disgusta por sus estentóreos chillidos, díjose un día la Portuguesa, me agrada por su hermoso plumaje; pues aunque no pertenezca á nuestra familia, hemos de confesar que tiene una arrogante figura. No obstante, no sería malo que amortiguase su chorro de voz, aunque éste á decir verdad es un arte que sólo puede adquirirse merced á una buena educación. Por aquí no la poseen más que los pajarillos que gorjean en los tilos del vecino jardín. ¡Oh, qué delicioso canto! Este sí que penetra hasta el alma, este sí que es un verdadero canto portugués. A todo lo exquisito yo lo llamo portugués. Si llegase á tener á mi lado uno de esos pajarillos, uno solo, sería para él una madre, una madre tierna y excelente. ¡Qué le hemos de hacer! Esto está en mi temperamento, en mi sangre portuguesa.»

Mientras hacía tales razonamientos un pobre pajarillo cayó desde el tejado al corral, acosado por el gato, que llegó á romperle un ala.—«¡Qué infame animal! exclamó la Portuguesa. Siempre es el mismo: lo propio me sucedía á mí con mis polluelos. Está claro: le dejan pasear libremente por los tejados! De fijo que en Portugal no se toleraría un abuso semejante.»

Acercóse al pajarillo y se apiadó de su suerte, al igual que los demás patos, los cuales se acercaron también, expresando la compasión que les inspiraba.

—«¡Pobre animalillo! iban diciendo uno tras otro. ¡Cuánto nos interesas! Porque has de saber que también nosotros somos artistas: no sabemos cantar, es cierto; pero estamos dotados de todo lo necesario, sólo que no podemos quitarnos la ronquera.»

—«¡Cumplimientos! ¡Palabras bonitas! refunfuñó la Portuguesa, ahora veréis cómo yo sé hacer algo más por este desgraciado; es mi deber.»

Y no tuvo otra idea que la de acercarse á una cubeta llena de agua, dar contra ella un aletazo y proporcionar tal remojón al pajarillo, que por poco se

ahoga; pero como la intención era buena, dijo:— «Así se socorre al prójimo: que los demás tomen ejemplo de mí.»

«¡Pip, pip!» balbuceó el pajarillo, apenas vuelto en sí, sacudiendo el agua de que estaba empapada su aleta rota. Pero con todo adivinó que la Portuguesa, aunque había obrado torpemente, le quería bien.

—«Tenéis muy buen corazón, señora,» decía; pero al propio tiempo temblaba á la idea de que se le ocurriese regalarle un segundo baño.

—«Nunca me he fijado en las condiciones de mi corazón, contestó; lo único que puedo deciros es que amo entrañablemente á todas las criaturas excepto el gato. En esto soy inexorable: el bribón se zampó dos de mis polluelos. Y ahora considerad que estáis en vuestra casa. No es tan difícil acomodarse al modo de ser de una casa ajena: también yo tuve que hacerlo, pues ya habréis observado por mis modales y por mi plumaje, que procedo de un país algo lejano. Mi marido, aquel pato grande que allá abajo duerme la siesta, no es de mi casta, es hijo del país. Pero yo no soy orgullosa. Ya lo sabéis; si necesitáis algo, acudid á mí, yo soy la única capaz de comprenderos.»

Todos los patos se tocaron con el ala al oír este donoso discurso, y en cuanto éste se acabó, lanzaron algunos *rap, rap*, que aunque parecían muestras de asentimiento, eran todo lo contrario. Después se agruparon en torno del pajarillo.—«No hay que negar, se dijeron, que esta Portuguesa en punto á cháchara nos aventaja á todos; pero sabed, hermoso pajarillo, que aunque no se nos ocurran frases tan bellas, no por eso sentimos menos compasión por vos; y cuando no podamos hacer otra cosa, no hemos de aturdiros con nuestra palabrería.»

—«¡Qué deliciosa voz tenéis! dijo el decano de edad. Debe producir una satisfacción muy dulce eso de poder como vos causar tanto placer, tanta ale-

gría. Pero en verdad, yo no puedo apreciar vuestro canto á fuer de inteligente, y es por eso que prescindido de necios cumplidos.»

—«No le molestéis, repuso la Portuguesa; considerad que tiene necesidad de reposo y de cuidados. ¿Queréis, amiguito mío, que os suministre un nuevo baño?»

—«No, no, respondió el pájaro con viveza: dejadme secar y calentarme.»

—«Es extraño, dijo la Portuguesa: el único remedio que á mi me sienta bien es el agua fresca. Tal vez un poco de distracción os aliviará. Ya veréis: en breve vendrán á visitaros las gallinas; entre ellas hay dos chinas pequeñas que llevan como si dijéramos unos pantalones, y que además son muy graciosas y elegantes. También ellas como yo proceden de países lejanos, y son personas sumamente distinguidas.»

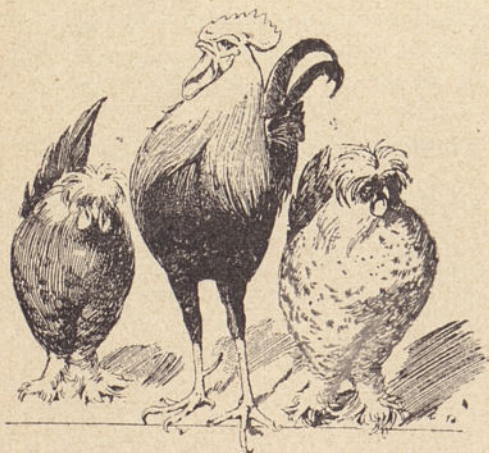
En efecto, fueron llegando las gallinas acompañadas del gallo que en aquellos momentos estaba de buen humor y se mostraba muy cortés, ó por lo menos no tan insoportable como otras veces.

—«Sois en verdad un excelente cantor, le dijo, y de vuestra vocecita sacáis todo el partido que puede sacarse de una voz pequeña. Pero necesitaríais más fuerza, más energía, para convencer á todos de que sois un macho.»

Las dos chinas permanecían embelesadas é inmóviles ante el pajarillo, que con sus plumas todavía erizadas por efecto del remojón, se ofrecía á sus ojos con el aspecto de un polluelo chino.—«¡Qué lindo es!» decían, y se pusieron á hablar con él en voz baja y reprimida, según los preceptos de la cortesía china.

—«Nosotras pertenecemos á vuestra especie, hermoso pajarito, le decían: los patos, incluso la Portuguesa, son aves acuáticas. Quizás nunca habíais oído hablar de nosotras; pues con todo y pertenecer

á una especie tan rara, nadie, ni siquiera las gallinas, nos hacen gran caso. Pero ¿qué más da? Nosotras nos paseamos con la mayor tranquilidad por entre esa muchedumbre sin educación y sin principios; y poco amigas de querellas decimos de los demás todo el bien que en ellos descubrimos. Pero en realidad, prescindiendo de nosotras dos y el gallo, no



hay en todo el corral nadie que valga nada. Oíd, queridito: ¿veis allá abajo aquel pato que tiene las plumas negras? No os fieis de él: es un traidor. Aquel otro de las plumas verdes y amarillentas, es un ente grosero, que nunca os dejará hablar el último. Aquella hembra grande que anda por allá chapuzando en el lodo, habla mal de todo el mundo, lo cual no deja de ser una abominable falta. Aquí no hay más que la Portuguesa, con quien poder tratarse: tiene algunos hábitos sociales; pero se hace fastidiosa hablando de Portugal continuamente.»

Acercóse luego el marido de la Portuguesa, expre-

sando en un principio la creencia de que el pájaro era un simple gorrion; mas no por eso se avergonzó de su error.—«En estas materias, dijo, no conozco qué diferencias hay entre vosotros, y no me importa: los pajarillos no dejan de ser unos juguetes, simples objetos de diversión, y por esto no me interesan.»

—«No os incomodéis por sus palabras, murmuró la Portuguesa: es un buen esposo, un excelente padre de familia; pero vive muy apegado á lo positivo. Ha llegado la hora de irme a descansar un rato: nada engorda tanto como el descanso, y yo siento en mí el deber de ponerme bien cebada, siquiera para que cuando llegue el día de presentarme á la mesa de nuestros amos, pueda hacer honor á mi querido Portugal.»

Y se arrellanó de cara al sol, á su sabor, pestañeó un rato y por último cerró los ojos. En cuanto al pobre pajarillo hartó le daba que hacer su alita rota; pero por fin encontró una postura cómoda, arriándose á su protectora para calentarse, y á la verdad, con ello se sintió extremadamente aliviado.

Las gallinas no dormían la siesta; iban picoteando y escarbando la tierra; y en rigor, de ello se ocupaban y no de otra cosa, al hacer á los patos la pretendida visita, de modo que cuando estuvieron bien repletas se marcharon, con las chinas al frente.

A lo mejor la cocinera arrojó al corral un montón de mondaduras y otros desperdicios, produciendo un ruido tal, que todos los patos despertaron y batieron alas con aire despavorido. También la Portuguesa vió interrumpido su sueño, y al levantarse bruscamente atropelló al pobre pajarillo.

—«¡Pip! dijo éste: ¡ay, señora, qué golpe me habéis dado en mi herida!»

—«Esto os enseñará á no interponeros en mi camino, dijo la Portuguesa. ¡No fuérais tan delicado! Yo también tengo mis nervios, amiguito, y sin embargo no arrojó un *pip* á cada momento.»

—«No os enfadéis, repuso el pajarillo, ese *pip* ha sido un grito de dolor, y no una queja.»

La Portuguesa ya estaba lejos y no oyó siquiera esta disculpa: había ido á tomar parte en el festín y se hartó de lo lindo. Luego volvió á arrellanarse de cara al sol; en tanto que el pájaro se le acercó tímidamente y deseoso de captarse sus buenas gracias, entonó uno de sus más alegres cantos:

Tillelelit
Om Hjertet dit
Vil jog synge tidt
Fly vende, vidt, vidt, vidt (1.)

—«Yo, después de comer, suelo echar un sueño, refunfuñó la Portuguesa. Será preciso que respetéis las costumbres de la casa. Dejadme dormir.»

El pobre pájaro con esta amonestación se quedó como quien ve visiones, pues si cantó fué sólo con la idea de recrearla. Y cuando la señora Portuguesa despertó, se lo encontró á su lado, llevando en el pico un grano de trigo que había descubierto y que dejó á los piés de su protectora. Pero ésta había tenido un sueño agitado y estaba de mal humor.

—«Esto será para un pollito, dijo. Por lo demás absteneos de meteros siempre entre mis piernas. Ya os lo he advertido otra vez.»

—«¿Por qué me odiáis así? murmuró el pajarillo. ¿Qué os he hecho?»

—«¡Hecho! ¡hecho! refunfuñó la Portuguesa. Notad que esta expresión es de mal gusto. ¿Lo oís?»

(1) Aunque la lengua castellana no puede dar una idea exacta de esta onomatopeya danesa, que tanto se asemeja al canto de los pájaros, su traducción literal es como sigue: «Tillelelit.—Tuyo de corazón.—Yo canto muy bien.—Yo vuelo aprisa, aprisa, aprisa.» (N. del T.)

—«Vamos, dijo el pájaro: veo que ayer brillaba el sol para mí; y que hoy el aire es pesado, el cielo oscuro...»

—«¡Cuántos dislates! ¿Habéis olvidado que no os conozco sino desde esta mañana? Verdaderamente sois muy tonto, amigo mío.»

—«Os pido perdón. Pero no me miréis con esos ojos tan airados: me dais miedo.»

—«¡Imprudente! gritó la Portuguesa. Pues señor, ¿no me compara con el gato, con este feroz animal, á mí que no tengo una sola gota de sangre que no sea noble? Me dais tal compasión, que voy á tomarme aun el cuidado de corregiros. Así aprenderéis á portaros como es debido.»

Y para corregirle le dió un picotazo tan tremendo, que el pobre pájaro cayó muerto, con su delicada cabeza separada del cuerpo.

—«¡Magnífico! dijo la Portuguesa. ¿Quién había de creer que no podría sobrellevar la más ligera corrección? De todos modos, está bien. Este pájaro no había nacido para vivir en este mundo. Tengo la conciencia tranquila; yo he sido para él una buena madre, porque al fin y al cabo yo soy muy sensible.»

En este momento el gallo lanzó un grito formidable.

—«Con vuestros chillidos me estáis aturdiendo, dijo la Portuguesa. Vos tenéis la culpa de todo. El pájaro se ha quedado sin cabeza, y la mía se me va.»

—«No se ha perdido gran cosa,» dijo el gallo.

—«Hablad de él con más respeto, respondió aquella. Sabed que tenía un talento muy grande, que cantaba admirablemente, y que era muy lindo, muy dulce, todo ternura. ¡Pobrecito! Calculad que es muy raro encontrar tantas cualidades reunidas en un pobre animalillo, aunque es todavía más raro encontrarlas entre esos seres que se llaman hombres.»

Y los patos acudieron en tropel á ver al difunto,

pues así en el amor como en el odio, son animales muy apasionados; y como ya no podía inspirarles celos, mostráronse extremadamente compasivos.

También acudieron las gallinas chinas sollozando y las demás exhalaban sendos *gluc, gluc* de dolor, si bien ni ellas ni los patos tenían los ojos encendidos.

—«¡ Hay nadie más tierno y sensible que nosotros!» decían.

—«Sí, en mi país estas cosas se sienten más,» repuso la Portuguesa.

—«Dejémonos de tonterías y aspavientos, observó su marido el pato grande. Aquí la cuestión es buscar algo de que cenar. En cuanto á juguetes hechos añicos como ese, los hay en abundancia y los habrá siempre. Lo único positivo es comer y engordar.





LA MARGARITA



Es lo que voy á contaros:

Fuera de la ciudad, en el campo, lindando con el camino se levanta una suntuosa quinta, que sin duda habréis visto todos vosotros más de una vez. La precede un jardín cubierto enteramente de cuadros de flores y rodeado de una verja pintada; y entre el jardín y la quinta se abre un foso alfombrado de césped verde y lozano, por entre el cual asoma una mata de margaritas.

Brillaba el sol, y como sus vivificadores rayos la acriciaban del mismo modo que á las magníficas y preciosas plantas del jardín, crecía y se desarrollaba por momentos. Una mañana la flor abrió su capullo, y sus hojitas blancas y brillantes rodearon el pequeño sol amarillo claro que constituía el corazón de la corola. Y á pesar de que nadie se fijaba en ella, y de que era una florecilla olvidada, no se regocijó menos de haber nacido, volviéndose agradecida hacia el sol, y escuchando con embeleso los cantos de la alondra que cruzaba el espacio.

Tan contenta estaba la margarita, como si el día en que se abrió fuera día de fiesta, y sin embargo era en lunes: los niños habían ido á la escuela y mientras ellos, sentados en el banco, aprendían sus lecciones, la modesta flor erguida sobre su tallo, aprendía á conocer la bondad de Dios reflejándose en el sol y en la naturaleza; y el dulce reconocimiento que sentía, sin poderlo expresar, lo interpretaba la alondra con sus alegres cantos. Así miraba con una especie de respeto al feliz pajarillo sin envidiarle sus alas ni sus cantares.—«Veo y oigo, pensaba: el sol me calienta y la brisa me mece dulcemente. ¡Cuántos seres carecen de una dicha semejante!»

Dentro de la verja había multitud de flores escogidas que se ponían muy huecas, con la particularidad de que las que daban menos perfume, eran las más desdeñosas. Las peonias se hinchaban para aparecer más grandes que las rosas; pero no se debe al tamaño el mérito de las flores. Los tulipanes eran los que más brillaban por la viveza de sus colores, y como de ello estaban plenamente convencidos, se tenían tiosos como estacas para ponerse en evidencia. Nil as unas ni los otros se dignaron dirigir una mirada á la humilde margarita, la cual en cambio los contemplaba con el mayor respeto, pensando:—«¡Cómo brillan! ¡Qué colores tan vivos y hermosos! Sin duda el gallardo pajarillo que desciende de las nubes viene por ellas. ¡Loado sea Dios por haberme dado su vecindad! ¡Así podré admirar á mi gusto al lindo cantor!»

Y en efecto, llegó la alondra cantando su acostumbrado «quirevit, quirevit;» pero sin pararse en las peonias ni tulipanes, traspasó la verja, y fué á posarse sobre la yerba, brincoteando en torno de la pobre margarita, que presa de la mayor emoción, apenas se daba cuenta de lo que pasaba.

El pajarillo iba saltando graciosamente y cantaba; «¡Qué blanda y fresquita está la yerba... ¡Oh! qué

precisa florecilla, ¡tiene el corazón de oro y un engaste de plata!»

Es imposible dar una idea del embeleso que sentía la margarita; pero su dicha llegó al colmo, cuando la alondra la acarició con el pico, regalándole un trino de «quirevit, quirevit,» deliciosamente modulado.

Luego se remontó al aire, sin detenerse en otra flor alguna.

Pasó más de un cuarto de hora sin que la margarita lograra reponerse de su emoción; y luego penetrada de júbilo, contempló á las demás flores del jardín testigos de su ventura y del honor que el pajarillo le había dispensado.

Los tulipanes estaban más tiesos que nunca y con sus pétalos puntiagudos, cubiertos de manchas rojas, expresaban cólera y despecho por haberse visto pospuestos á una flor humilde, insignificante; y en cuanto á las peonias mostrábanse más hinchadas que antes, pues no tienen otra manera de expresar su ma humor.

Notó la florecilla el disgusto de sus vecinas, y esto le causó profunda pena.

Algunos momentos después penetró en el jardín una muchacha armada de un afilado cuchillo que relucía á la luz del sol, y dirigiéndose en derechura hacia los tulipanes, fué cortándolos uno tras otro y se marchó con ellos.

—«¡Oh, qué desgracia! exclamó la margarita. Ver-se segados en la primavera de la vida. ¡Dichosa yo que permanezco oculta entre la yerba, sin llamar la atención de nadie!»

En esto llegó el sol á su ocaso y la florecilla cerró sus pétalos, se durmió y estuvo toda la noche soñando con el pajarillo.

A la mañana siguiente apenas abrió sus blancas y delicadas hojas, reconoció el acento de la alondra; pero su canto rebosaba profunda melancolía. ¡Pobre alondra! La habían cogido y encerrado en una jaula

colgada en una ventana. Con patética tristeza cantaba su libertad perdida, recordando su vuelo rápido como una flecha por la azulada atmósfera, y sus plácidas expansiones á través de los tiernos tallos de los sembrados. ¡Cómo había cambiado su suerte!

Bien hubiera querido la margarita ayudar al pobre pájaro cautivo á quien debía los más gratos momentos de su existencia; pero ¿cómo verificarlo? Sin hacer caso ninguno del sol que brillaba espléndidamente, ni de la felicidad que á su entorno difundía la naturaleza toda, no pensaba más que en amortiguar los pesares del pobre prisionero, y no viendo ninguno, estaba desconsolada.

Al poco rato salieron dos niños del jardín, uno de los cuales empuñaba un cuchillo tan grande y afilado como el que llevaba la joven que había cortado los tulipanes.

Entrambos se dirigieron hacia la margarita que no podía adivinar sus propósitos.

—«¡Toma! dijo uno de ellos: aquí podremos arrancar un buen pedazo de yerba para la alondra. Y se puso á abrir un corte cuadrado en la tierra, dejando en medio á la margarita.

—«Quita la flor,» repuso el otro. Y la pobre margarita tembló de espanto, no por ver amenazada su existencia, sino porque había vislumbrado la posibilidad de reunirse en la jaula con la alondra cautiva y esta esperanza pendía del capricho de cualquiera de entrambos chicos.

—«No, dejémosla, observó el otro: aquí en medio está muy bien.»

La dejaron, pues, en el sitio en que estaba y así penetró en la jaula de la alondra.

El pobre pajarillo se quejaba amargamente de su cautiverio, y golpeaba con las alas los alambres de su cárcel. Por primera vez experimentó la margarita un vago sentimiento de envidia; la tuvo de los seres que

tienen el dón de hablar. ¡Ah! Ella habría querido consolar á la desventurada prisionera.

Así pasó toda la mañana.

—«No hay agua aquí, dijo la alondra: todo el mundo ha salido sin dejarme una gota de agua. Me estoy abrasando de sed, tengo fiebre, me ahogo. Voy á morir, ya no veré más la hermosa naturaleza, la fresca verdura, la luz del sol en que antes me agitaba libremente!»

Al decir esto hundía el pico en el copo de yerba que conservaba un poco de humedad, con lo cual experimentó un breve consuelo. Sus miradas se fijaron en la margarita, y saludándola con la cabeza y acariciándola con el pico, le dijo:

—«¡Desventurada flor! También tú te secarás en este horrible calabozo. Vas á morir por mí. Aquí te pusieron con esa yerba que debía servirme de bosque, y á fin de que no echara á menos la campiña por donde antes me espaciaba á mi antojo.»

—«¡Si me fuese dable consolarla!» pensaba sin cesar la margarita. Pero la pobre no podía hacer más que exprimir de una vez todo el suave y delicado perfume de su corola. Lo advirtió la alondra, y aunque desesperada iba arrancando todos los tallos de la yerba, tuvo el mayor cuidado en no tocar á la cariñosa flor.

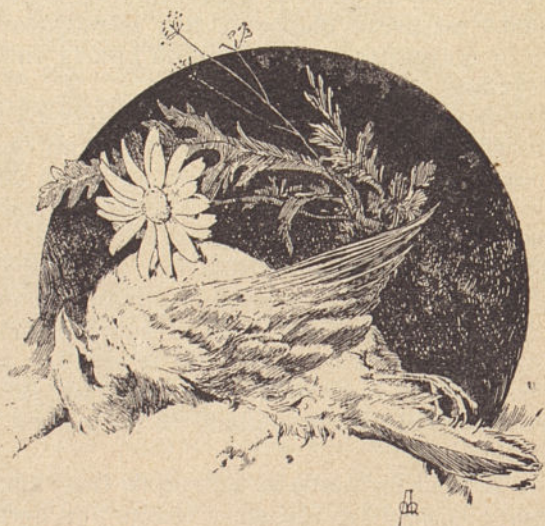
Cerró la noche y nadie se acordó de traer una gota de agua á la cautiva. Entonces tendió sus hermosas alas y las sacudió convulsivamente: de su garganta se exhaló un tristísimo *pip, pip*: inclinó su cabecita sobre la flor y murió de pesar y de sed.

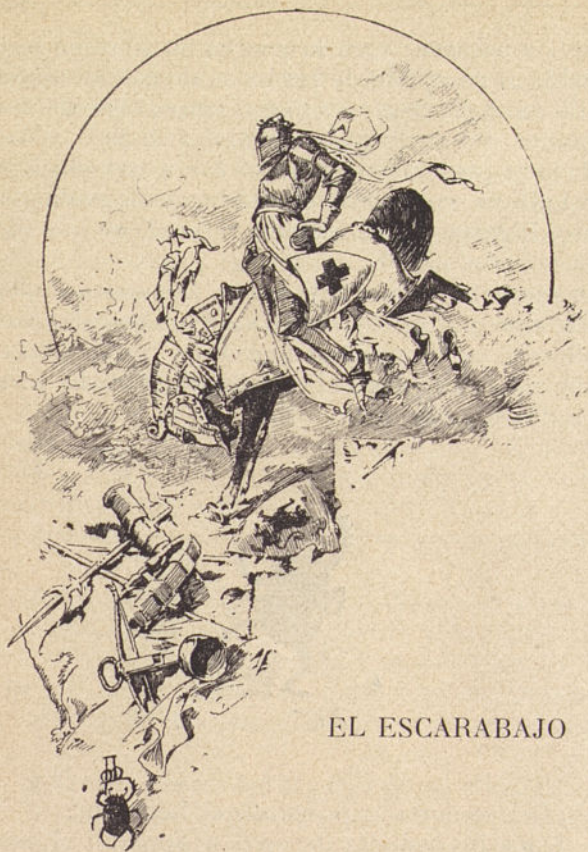
La margarita ya no pudo cerrar sus pétalos y dormir y soñar como la víspera. Apesadumbrada y mustia se inclinó sobre su tallo.

Los niños no volvieron hasta la mañana siguiente, y al ver al pájaro tendido y sin vida, lloraron con amargura. Luego cavaron en el jardín una bonita fosa rodeada de flores, en la cual enterraron el cuer-

po de la alondra metido en un estuche de caoba y seda. ¡Magníficas funerales! Mientras vivió la alondra la tuvieron abandonada; pero una vez hubo muerto la lloraron y la dieron pomposo enterramiento.

En cuanto á la yerba con la margarita fué arrojada entre el polvo del camino; y nadie pensó en la delicada florecilla, la dulce compañera de la alondra, que gustosa habría dado toda su vida para salvarla.





EL ESCARABAJO

El caballo favorito del emperador iba á recibir las herraduras, y en ellas no entraba el hierro, sino el oro más puro.

¿Por qué tanto honor? Ya lo sabréis si os digo que era un soberbio animal, de finísimas piernas, grandes ojos dulces é inteligentes y hermosas crines que le caían casi á rastras. Aparte de esto había llevado á su dueño á través de la lluvia de balas y las

nubes de pólvora; y en la guerra no sólo oía imperturbable el ronquido de las balas de cañón, sino que un día en el momento en que el emperador iba á caer en manos del enemigo, caracoleó con brío y dando un brinco portentoso, lo puso fuera del alcance de la caballería contraria, salvando así la vida de su dueño. Dígase luego si esto no valía el oro que iban á clavar en sus cascós.

Un escarabajo que habitaba en la cuadra imperial, se adelantó y dijo:—«Después de los grandes vienen los chicos; ya sé que esto no es muy justo; pero es la costumbre.» Y cuando el caballo quedó listo, levantó sus escuálidas patitas.



—«¿Qué quieres?» preguntó el herrador.

—«Unas herraduras de oro,» respondió el escarabajo.

—«¡Cómo! replicó aquel. ¿Has perdido el juicio?»

—«Unas herraduras de oro, repitió el escarabajo. Pues qué, ¿no valgo yo por ventura lo que ese grande animal, que si brilla es porque lo almohazan y cepillan á fuerza de brazos, en tanto que yo naturalmente y sin causar molestia á nadie arrojo los más hermosos destellos? Y además ¿no formo parte como él de las cuadras del emperador?»

—«Pero, insensato, ¿no sabes por qué ese caballo ha merecido el honor de llevar herraduras de oro?»

—«Lo único que sé es que me insultan, y siendo así, desde este mismo instante abandono el servicio del emperador y me largo á correr mundo.»

—«Feliz viaje,» dijo el herrador.

—«¡Villano asqueroso!» exclamó el insecto, y desplegando las alas salió volando por la ventana. Se detuvo en un hermoso jardín impregnado de los perfumes de rosas y claveles.

—«¡Delicioso sitio! ¿no es verdad? le preguntó un pequeño catareto, ocupado en plegar sus hermosas alitas rojas con manchas negras. ¡Qué hermosos matices tienen las flores, y qué bien huelen!»

—«Habéis de saber, respondió el escarabajo, que yo estoy acostumbrado á cosas mejores. ¡Delicioso sitio, decís vos, y con todo no veo por aquí ni el menor rastro de estiércol!»

Y se marchó, poniéndose á la sombra de una oruga joven.

—«¡Qué hermoso es el mundo! dijo ésta: el sol es cálido como el día en que me dió la vida: todo á mí entorno viste de fiesta. Pero esto no es nada: un día, tras de un largo sueño, al despertar, me encontré convertida en linda mariposa y me lanzaré al espacio.»

—«¡Qué estás diciendo! replicó el escarabajo. ¡Tú que á duras penas puedes arrastrarte, convertirte en mariposa y volar por el aire! ¡Qué locura! Mira, en mi casa, en las cuadras imperiales, á nadie absolutamente, ni el caballo favorito de S. M, que ahora lleva mis zapatos viejos de oro, se le ha metido en la mollera eso de tener alas. Las alas vienen de nacimiento como las mías, y no se ponen, ¿entiendes? Vaya, vaya. ¡Con que quieres volar! Tontuela. ¡Ahora vas á ver qué es eso de volar, y te harás cargo de cuánta gracia y gentileza se necesita!»

Después de estas palabras abrió sus alas y se alejó con un vuelo pesado y zumbando como de costum-

bre. Se posó sobre una extensa alfombra de menuda yerba, entre la cual se acurrucó, y después de refunfuñar un rato echando pestes contra la necedad de los animales, acabó por dormirse.

En tanto se formó una tempestad y empezó á llover á cántaros. El escarabajo despertó lleno de sobresalto, y trató de refugiarse bajo tierra, sin poderlo conseguir. El agua que caía formaba impetuosos torrentes, que lo arrastraban rodando, tan pronto boca arriba como boca abajo, y privándole de desplegar las alas. ¡Dura prueba para su orgullo! Por fin chocó contra un guijarro y pudo agarrarse y detenerse.

La atmósfera se despejó algún tanto y el escarabajo á fuerza de pestañear logró echar de sus ojos una gotita de agua que se los cubría, viendo brillar un objeto muy blanco. Era una sábana de lienzo, que habían puesto á secar sobre la yerba. Hacia ella se dirigió en seguida refugiándose en un pliegue; y como estaba muy empapada, el escarabajo echó á menos el suave calor del estiércol de la cuadra; pero desgraciadamente ya no estaba en el caso de escoger.

Volvió á llover durante la noche, de modo que la lluvia no cesó hasta que hubo amanecido, y el escarabajo abandonó su refugio renegando contra el clima del país.

Dos ranas se encontraban sobre el mismo lienzo, y éstas por el contrario se hacían lenguas del buen tiempo y sus ojos brillaban de alegría.

—«Hace un día soberbio, dijo la una. ¡Qué fresco, y en el lienzo qué bien se aguanta el agua! Yo la tengo á medio cuerpo. ¡Qué delicia!»

—«Sí, añadió la segunda: ya quisiera yo saber si la golondrina que llega volando hasta los países más remotos ha encontrado en ninguno de sus viajes un clima más bonancible que el nuestro. ¡Qué humedad

tan agradable! De mí sé decir, que me encuentro tan bien como en una charca. Vaya, podemos estar bien contentas de nuestro país.»

—«¿Qué diríais entonces, preguntó el escarabajo interrumpiendo la conversación, si hubiéseis estado en las cuadras del emperador? Allí sí que el aire es húmedo, y además está impregnado de unos perfumes!... Ya quisiera yo llegar más lejos que la misma golondrina y tengo la seguridad de que no encontraría un clima como aquel. Y á propósito, vosotras que conocéis este jardín, ¿no podríais indicarme un buen montón de estiércol, ó cuando menos un plantío de melones, donde las personas de calidad como yo puedan instalarse decentemente?»

Las ranas no le entendieron, ó no quisieron tomarse la pena de contestarle.—«Yo no suelo pedir las cosas dos veces,» dijo el escarabajo después de haber formulado la pregunta por tercera vez; y se alejó algún tanto, encontrando una maceta rota que el jardinero por negligencia no había retirado, con gran contentamiento de un sin fin de familias de tijeretas que se habían instalado en ella. Mientras las más jovencitas corrían y jugueteaban, sus madres respectivas encomiaban mutuamente las gracias de su bulluciosa progenitura.

—«¡Si supieseis, decía la una, cuán bueno es mi hijo, lo bien que se porta, lo amable que es! Lo digo de veras, lo menos, lo menos, le creo destinado á introducirse algún día en la oreja de un obispo.»

—«¿Y el mío? replicaba la otra: ayer salió del huevo, ¡y vedle cómo se enrosca y cómo salta! ¡Qué vivaracho es! ¡Qué gracioso! ¿No es verdad, señor escarabajo?»

—«Sí, sí, entrambas tenéis razón, respondió el interpelado, para dejarlas contentas, pues habiendo pertenecido más ó menos á la corte imperial, conocía las ventajas de halagar el amor propio de todo el mundo.»

Le invitaron á entrar.—«Ved á los pequeñuelos, decían ambas madres: ¡qué lindos son los diablillos! ¡Cómo se agitan! ¿No es verdad que da gusto verlos loquear de este modo?»

Y los pequeños insectos se agruparon en torno del escarabajo y con sus pinzas le hicieron cosquillas en las antenas.—«¡Qué traviosos son!» exclamaban las madres gozándose con este espectáculo. Pero el escarabajo tuvo por inconvenientes é irrespetuosos esos modales, y preguntó si existía por aquellas inmediaciones algún montón de estiércol.

—«Aquí cerca no, dijo una tijereta que había viajado mucho; pero algo distante, muy distante, á la derecha de la zanja que veis allá abajo, hay uno. Yo espero que á ninguno de mis hijos se le ocurrirá jamás llegarse hasta allí, pues me tendría muy de cuidado sólo presumir que se hallaba á una distancia tan considerable.»

—«Pues á mí no me espanta la distancia,» dijo el escarabajo, marchándose sin despedirse, no tanto por rudeza, cuanto por acomodar sus actos á las costumbres de la corte, calcados en la moda francesa.

Cerca de la zanja encontró un gran número de escarabajos que le dieron la bienvenida.—«Aquí vivimos, le decían, y estamos muy bien. ¿Nos dispensaréis el obsequio de pasar algún tiempo entre nosotros, en este légamo grasiento? Parece que llegáis algo cansado.»

—«Sí, en efecto, contestó, no puedo negar que el viaje me ha quebrantado. He cogido toda la lluvia, y bien sabéis vosotros que la limpieza es lo que más daña nuestra salud. Luego, en una maceta he pillado una corriente de aire, dejándome cierto reumatismo en el ala izquierda. Pero francamente, al encontrarme entre vosotros ya me siento bien: es una gran fortuna eso de poder alternar con sus semejantes, sobre todo cuando uno pertenece á la noble raza de los estercorarios.»

—«¿Habitáis en un estercolero ó en una tendalera de setas?» preguntó el escarabajo más viejo.

—«¡Oh, no! repuso el interrogado, procedo de un lugar más distinguido, vengo de las cuadras del emperador. Habéis de saber que nací con zapatos de oro, sólo que ahora no los llevo puestos, porque mi amo me ha enviado con una misión secreta. Sobre el particular nada me preguntéis, os lo suplico, pues en manera alguna podría faltar á la confianza del emperador.»

La reunión del légamo le recibió prodigándole grandes honores y entre otras cosas le propusieron un enlace con una de las hijas de la casa; cuyo enlace dijo aceptar con mucho agrado, si bien sólo de palabra, pues entrada la noche procuró escabullirse.

Encontró en la zanja un aguazal, por lo que se embarcó en una hoja de col, que iba empujando el viento á intervalos, hasta que al amanecer tocó en tierra firme, y el escarabajo, después de encaramarse por una de las paredes de la zanja, se encontró en una avenida. Dos personas, un caballero algo entrado en años y un jovencito, le divisaron, y el último le recogió, y después de volverlo y revolverlo, púsose á hablar con mucho énfasis sobre los estercoarios y los escarabajos en general.—«Alá, decía, descubre el negro estercoario en el fondo del légamo más espeso. ¿No es esto lo que dice el Alkorán?»

Luego pronunció el nombre latino del insecto é hizo una reseña de sus caracteres y costumbres. El caballero, que era un naturalista, habló ásimismo, si bien con menos pedantería que su joven compañero.

—«Podríamos llevárnoslo y en casa lo estudiaríamos detenidamente,» dijo el primero.

—«No es necesario, observó el segundo: tenemos ya varios ejemplares mucho más bellos.»

El escarabajo viendo que todo esto era una odiosa impertinencia, tendió el vuelo desde la mano del

joven boquirubio. Llegó cerca de un invernadero en donde husmeó deliciosas emanaciones de estiércol: vió los ventanales abiertos de par en par y penetró resueltamente, encontrando un gran montón de estiércol fresco. Se hundió en él con delicia, durmió, y soñó que acababa de morir el caballo del emperador, legándole sus famosas herraduras de oro puro.

Cuando despertó se dispuso á tomar vistas. El invernadero era magnífico. Soberbias palmeras y otros arbustos raros formaban una espléndida bóveda de verdura, bajo la cual brillaban con maravillosa viveza un sin fin de flores rojas como el fuego, amarillas como el ámbar ó blancas como la nieve.

—«No es en verdad del todo desagradable el aspecto de estos lugares, dijo el escarabajo; pero no dejarán nada que desear cuando toda esta vegetación se pudra. ¡Oh, entonces con qué delicia me revolcaré! De todos modos, aquí me quedo instalado, aunque no me gustaría tener que vivir solo. Voy á ver si encuentro algún bravo escarabajo á quien pueda contar las altas cualidades de que con tanta justicia me envanezco.»

Empezó á pasearse de arriba abajo, cuando á lo mejor se sintió cogido y levantado. El hijo del jardinero había entrado en el invernáculo en compañía de un amigo, y al ver al escarabajo concibió la idea de divertirse un rato. Al efecto, después de envolverlo con una hoja muy grande, se lo metió en la faltriquera, y si bien el escarabajo se movía, valiéndose de las patas para desenredarse, recibió un golpe, que por el momento le dejó aturdido. Los dos muchachos corrieron al estanque, cogieron un zueco que rodaba por allí, lo armaron con un pequeño bastón á guisa de mástil, sujetaron al pobre escarabajo con un hilo, y botaron la embarcación al agua.

El estanque era muy vasto, de suerte que el escarabajo se figuró encontrarse por lo menos en el

famoso Océano Atlántico de que había oído hablar algunas veces, y se sintió sobrecogido de un pavor tal, que cayendo de espaldas, tuvo después grandes trabajos para volverse á levantar sobre las patas. El viento impelía el zueco hacia tierra y el terror del escarabajo iba desvaneciéndose. Pero aquel par de pícaros se arremangaron los calzones y se metieron en el estanque para arrojar á lo ancho el microscópico buque, y empujarlo cuantas veces se dirigiese demasiado hacia el borde del estanque. Así pasaron un rato divirtiéndose con las angustias y zozobras de la víctima de sus travesuras.

Pero por último les llamaron desde la casa y no tuvieron más remedio que dejar al escarabajo entregado á su suerte. Cambió el viento arrastrando el zueco más y más hacia el centro del agua, y por más que el escarabajo hizo desesperados esfuerzos para tomar el vuelo, no pudo lograrlo, pues se encontraba muy sujeto.

Pasó una libélula y se paró sobre el pequeño palo. —«Hace buen tiempo, dijo. ¡Quién como vos, amigo mío, que os estáis meciendo suavemente sobre las ondas! ¿Me permitiréis haceros un rato de compañía?»

—«Se conoce, señorita, replicó el escarabajo con aspereza, que sois tan casquivana y atolondrada de genio como de figura. Nadie más que vos podía dejar de ver que soy un infortunado prisionero.»

—«Lo que veo, contestó la interpelada, es que vuestra conversación no es muy recreativa,» y se marchó volando.

—«De todos modos, pensó el escarabajo, si no ha sido muy divertido mi viaje, cuando menos habré aprendido á conocer el mundo. ¡Qué de horrores é ignominias por doquiera! De veras estoy fastidiado. ¡Qué modo de tratarme en todas partes! Y mientras que aquí me consumo, el caballo del emperador es-

tará pavoneándose con sus herraduras de oro, que es lo que más me duele. En cuanto á las palabrotas de esa descarada que ahora mismo me acaba de ultrajar, ni menos quiero tomarme la pena de enfadarme.

— «¡Qué vida tan accidentada ha sido la mía! ¡Qué de aventuras he corrido! Verdaderamente, si álguien las escribiera serían muy curiosas; pero ¿quién va á contarlas? Por otra parte el mundo es indigno de conocerlas. ¿Es posible que los palafreneros se negasen á ponerme zapatos de oro? Si realmente debo sucumbir en medio de este mar, no me cabrá más que un consuelo, y es que el mundo pagará su ingratitud, perdiendo conmigo su mejor ornamento.»

Pero no debía morir. Acercóse al zueco una lancha tripulada por varios jóvenes, y si la una divisó el zueco, la otra se fijó en el pobre escarabajo. La lancha llegó junto á él, las muchachas recogieron el zueco, y con unas tijeras cortaron el hilo que retenía al prisionero. Llegadas á tierra, colocaron el escarabajo en la yerba, cantando: «Corre, trepa, vuela... vuela... la libertad es el dón más precioso.»

No tuvieron que decírselo dos veces: el escarabajo se lanzó al aire y en un raptó de alegría hizo una carrera loca, desenfrenada. Por fin, rendido de fatiga, penetró por la ventana de un gran edificio y vino á caer casi sin aliento, sobre las largas, finas y suaves crines del caballo favorito del emperador, en la misma cuadra que há poco había abandonado. Pasó algún tiempo antes de recobrar el conocimiento; pero al reconocer el lugar donde se encontraba, exclamó:

— «¡Toma, y es el caballo favorito del emperador! Y á fe mía que me tengo en él con tanta arrogancia como Su Majestad misma. «¿No sabes por qué este caballo ha merecido el honor de llevar herraduras de oro?» me preguntaba el otro día el herrador. Entonces no acertaba á explicármelo; pero ahora veo claramente que si lleva herraduras de oro es sólo

para honrarme á mí, cuando se me ocurra la idea de montarlo.»

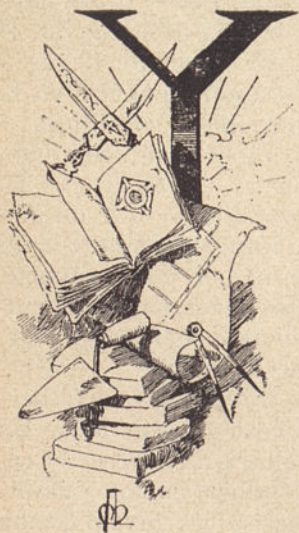
El escarabajo se llenó de orgullo y satisfacción.

—«He aquí las consecuencias de viajar, se dijo. Es verdad que se pasan malos ratos y disgustos; pero al cabo uno regresa con la inteligencia más despejada.»





ALGO



o aspiro á ser algo, decía el hermano mayor de otros cuatro: quiero ser útil en el mundo. Aunque de humilde oficio, si de él reportan mis semejantes algún provecho, llegaré á ser algo. Voy á ponerme á ladrillero, y como los hombres no pueden pasarse sin ladrillos, he aquí que ocupándome en fabricarlos, podré decir que sirvo de algo.»

—«Es verdad, contestó el segundo; pero con muy poco te contentas. ¿Qué significa hacer ladrillos? ¿Quién no es capaz de fabricarlos? Yo prefiero ponerme á albañil: este sí que es un verdadero oficio. Con él se re maestro y ciudadano honrado, tendré bandera en la casa gremial, y si todo anda bien, acabaré por te-

ner mancebos á mis órdenes y á mi mujer la llamaran la señora maestra. Eso sí que es ser algo.»

—«Eso no es más que ser albañil, observó el tercero. Aunque llegues á maestro, nunca serás más que un triste jornalero, sin salir de la masa del vulgo. Yo conozco una cosa mejor: yo seré arquitecto. Con ello viviré del pensamiento, de la inteligencia; el arte será mi elemento: formaré en primera línea en el reino de la inspiración. Es cierto que los comienzos serán penosos: deberé empezar por ser aprendiz de carpintero, llevando gorra en vez de sombrero de seda negra, y tendré que ir á comprar la cerveza y el aguardiente de los oficiales, sin que esos tunos permitan que les tutee á pesar de que ellos me tutearán á mí, lo cual no deja de ser humillante. Pero yo me haré cargo de que todo eso es una broma de carnaval, el mundo al revés, y cuando el día siguiente llegue á oficial á mi vez, recorreré mi camino, entraré en la Academia de Bellas Artes, aprenderé el dibujo y heme ya hecho un arquitecto. Cuando me escriban, pondrán en el sobre de la carta: «Al *Ilustre* Sr. D. Fulano de tal» ó quizás al *Excelentísimo*, que de menos nos hizo Dios y no es cosa imposible adquirir un título antes ó después del nombre. Y yo construiré, construiré siempre, como tantos otros han construído antes que yo, y al propio tiempo labraré mi fortuna. A esto sí que yo le llamo ser algo.»

—«Lo que tú tomas por algo, repuso el cuarto hermano, me parece muy poca cosa ó casi nada. En cuanto á mí, renunció desde ahora á recorrer el camino que otros han pisado, no quiero copiar á nadie. Yo seré un genio original y creador: inventaré un nuevo estilo arquitectónico: levantaré planos de edificios acomodados al clima del país, á los materiales que en él se encuentran, al espíritu nacional y á los grados de su civilización respectiva. A los pisos que hay la costumbre de levantar, añadiré un último al cual pondré un nombre que eternice el mío.»

—«Pero si tu clima y tus materiales no sirven, no harás nada de provecho, observó el quinto. Y en cuanto á eso de la nacionalidad es una idea tan vaga, que puede ampliarse y restringirse hasta que no queden huellas de ella. Más incierto considero todavía é imposible de apreciar exactamente lo que tú llamas grados de civilización, que suben y bajan de continuo, hasta el punto de que es imposible fijar su verdadero estado. Veo, por lo que acabo de oír, que ninguno de vosotros llegará á ser gran cosa. Para ser algo es menester colocarse por encima de todo; por lo tanto obrad como queráis, trabajad según vuestras aptitudes ó según vuestros gustos; en cuanto á mí me concretaré á examinar vuestras obras, la juzgaré, las criticaré. Nada hay en el mundo que no ofrezca un lado imperfecto ó defectuoso; yo lo descubriré, lo pondré en evidencia, hablaré de ello del modo debido. Esto es lo que conduce á algo, ó mejor dicho conduce á todo.»

Tal es, en efecto, lo que hizo y no sin éxito. De él decían las gentes:—«Este muchacho tiene una buena cabeza: es un hombre capaz y entendido, ¡lástima que no produzca nada!» Pero en rigor de verdad, si le consideraban es porque no producía. Ya lo sabéis, este es un cuento muy corto; pero desde que el mundo es mundo, no acaba nunca, siempre vuelve á empezar.

Y ¿qué había sido de los cinco hermanos? Fijáos en ello, que es toda una historia.

El mayor, es decir, el ladrillero, vió que por cada ladrillo le daban una moneda de cobre, y que cuando tenía una porción de esas monedas, se las cambiaban por un escudo de plata. Y cuando uno tiene un escudo, en casa del panadero, en la carnicería, en todas partes, las puertas se abren por sí solas, y no hay más que pedir lo que se desea. Tal es el producto de los ladrillos. Los hay que se abren y se rompen, pero hasta de esos puede sacarse partido como vais á ver.

Margarita, mujer inteligente, trató de construirse una barraca sobre el dique que contiene las olas del mar. El ladrillero le proporcionó ladrillos rotos y tarados, entre los cuales había algunos enteros y muy hermosos, pues el mayor de los cinco hermanos, aunque no hubiese salido nunca de la era en que se elaboran los ladrillos, tenía buen corazón y había reco-



mendado que en la elección no pecaran por carta de menos.

La pobre levantó ella misma su barraca que era muy baja y angosta: una de las dos ventanas estaba completamente desnivelada, la puerta no era muy alta, y en cuanto al techo de bálago hubiera podido estar mejor colocado. Pero con todo, la barraca era un excelente abrigo, y ¡qué buenas vistas tenía! Desde ella se descubría la inmensidad del mar, cuyas

olas, al estrellarse estrepitosamente contra el dique, lanzaban su salobre espuma á más altura que la barraca. Mucho tiempo hacía ya que el buen ladrillero dormía en el seno de la tierra, y la barraca, tal cual era, aún se mantenía firme.

El hermano segundo sabía construir mucho mejor que la pobre Margarita, pues había aprendido de ello. Después de su examen de oficial, lió la maleta y entonó el canto del artesano:

«Mientras soy joven quiero viajar: me voy al extranjero á levantar edificios: correré de pueblo en pueblo y en tanto veré mundo. Y al regresar, tengo fe puesta en mi novia, y no dudo que he de encontrarla siempre fiel. ¡Hurra! ¡Gran cosa es ser artesano! Maestro, pronto lo seré.»

Y en efecto, le sucedió lo que dice la canción: á su regreso se recibió maestro y fabricó muchas casas, la una á continuación de la otra, y todas estas casas, formaron una calle, que no fué ciertamente de las menos bellas de la ciudad. Y estas casas acabaron por construirle una para él mismo. ¿No sabéis cómo? Preguntadselo á ellas, y aunque ellas no os lo digan, allá están las gentes del barrio para contároslo.—«Sí, verdaderamente, la calle le valió una casa.»

Sin duda que no era una casa muy grande, y que los suelos eran de arcilla; pero el día de sus bodas él con su esposa y los demás convidados bailaron tanto, que quedaron perfectamente apisonados y tan pulidos como el mejor pavimento. Las paredes estaban cubiertas de azulejos, cada uno de los cuales ostentaba una florecilla, y ésta era un adorno tan hermoso como la mejor tapicería. En suma, era aquella una casa bonita ocupada por una pareja dichosa. En el frontis flotaba la bandera del gremio, y cuando los mancebos y aprendices pasaban por delante, gritaban: «¡Viva nuestro buen maestro!» Ya lo veis: éste llegó á ser algo.

El tercer hermano, después de haber pasado su aprendizaje de carpintero, después de haber llevado gorra y desempeñado los encargos de los mancebos, entró, conforme había previsto, en la Academia de Bellas Artes y obtuvo el título de arquitecto. Desde entonces siempre que le escribían ponían en el sobre: «Al Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. D...

Si la calle que edificó el albañil le reportó á éste una casa propia, esta calle recibió el nombre del tercer hermano, pues la mejor casa de la misma le pertenecía. Nadie negará que es una gran cosa llevar títulos antes del nombre. Se casó con una dama de alto rango y sus hijos fueron considerados como nobles. Después de haber fallecido, su nombre continuó figurando á la entrada y á la salida de la calle y todo el mundo lo pronunciaba. Este sí que llegó á ser algo.

En cuanto al cuarto hermano, el hombre de genio que pretendía crear un estilo nuevo y original y adornar los edificios con un último piso que debía immortalizarle, no pudo alcanzar su objeto. Al contrario, mientras construía esta habitación de nueva forma, cayóse y se rompió la nuca. Pero le hicieron un magnífico entierro con música y banderas, y las calles por donde pasó el féretro se alfombraron de flores y juncos. Junto á su tumba pronunciáronse tres oraciones fúnebres á cual más extensas, y el periódico salió orlado. No le faltaba más que la vida para poder apreciar el valor de estos obsequios póstumos, él que ante todo y sobre todo gustaba que se hablase de su persona. Por fin le dedicaron un monumento funerario, y esto ya fué algo.

Muertos los cuatro hermanos, no quedaba más que el quinto, el gran hablador; y éste estaba constantemente en carácter, pues la principal cuestión era para él decir siempre la última palabra. Conforme hemos indicado antes, se granjeó la reputación de hombre entendido y capaz, por más que no hacía

otra cosa que glosar las obras ajenas.—«Es una gran cabeza,» decían comunmente; pero ¿llegó á ser algo?

Sonó su hora postrera, murió y se presentó á las puertas del cielo, por las cuales las almas entran siempre de dos en dos. Casualmente esperaba á la puerta un alma deseosa de entrar; ésta no era otra que la de Margarita, la pobre dueña de la barraca del dique.

—«Es en verdad un contraste sorprendente, pensó el parlanchín, que yo deba presentarme junto con esta alma miserable. ¿Quién sois vos, buena mujer, para solicitar la entrada en la gloria?»

La pobre vieja bajó la frente con humildad, pensando que quien le dirigía esta pregunta era por lo menos san Pedro.—«No soy más que una pobrecita, sola y sin familia, contestó. Llamábanme la vieja Margarita de la cabaña del dique.

—«Está bien, ¿y qué habéis hecho en el mundo de bueno y útil, durante vuestra vida?»

—«En verdad que no sé cómo expresarlo. No, yo no he hecho nada para que se me franquee la entrada; y será para mí una gracia inmensa, si me dejan deslizar inadvertida en el paraíso.»

—«¿Y cómo ha sido que habéis dejado el mundo?» le preguntó con el deseo de hablar y distraerse un poco, pues empezaba á fastidiarse de la larga espera que antes de abrirle le imponían.

—«Cómo he salido del mundo casi no sé decirlo, Durante mis últimos años me sentía muy enferma y estaba en la mayor miseria. De súbito me arrastré fuera del lecho, me sobrecogió un frío glacial y esto debió matarme.

»Vuestra grandeza recordará sin duda cuán riguroso ha sido el último invierno: afortunadamente he dejado de sufrirlo. Durante algunos días no hizo viento; pero el frío se dejaba sentir á más y mejor,

y hasta allí donde podía abarcar la vista, el mar estaba cubierto de una capa de hielo.

«Las gentes de la ciudad fueron á pasear por esta superficie lisa y unida: los unos corrían metidos en sendos trineos, bailaban los otros bajo hermosos entoldados, y algunos, en fin, se regalaban en las mesas de bebida, instaladas sobre el hielo. Desde mi pobre vivienda en que estaba sumida, escuchaba los sonidos de la música, los gritos de alegría y el bullicio de la muchedumbre.

»El jolgorio se prolongó hasta entrada la noche: salió la luna, y aunque era muy bella, observé que no tenía todo el brillo de costumbre. Desde mi cuarto dominaba el mar y el horizonte, y noté además que en el mismo sitio que ocupaba en el espacio surgió una blanca nubecilla, que ofrecía un aspecto algo extraño. La examiné con atención y ví en ella como un punto negro que iba creciendo, creciendo siempre. No quise saber más: soy vieja y tengo experiencia, y aunque rarísimas veces se presenta esa señal que es un mal presagio, la conocía bien y me estremecí.

»Dos veces había notado lo mismo, y las dos una nube igual trajo una espantosa tempestad y una alta marea, que á la sazón amenazaba tragarse á todas aquellas gentes pillándolas desprevenidas, divirtiéndose, cantando y bebiendo, llenas de alegría. Jóvenes y viejos, toda la población permanecía sobre el hielo. ¿Quién les advertiría? ¿Alguno de aquéllos desgraciados llegaría á observar la terrible nubecilla, y comprendería lo que presagiaba?

»Esto es lo que yo me preguntaba, llena de angustia, y sentía en mí una animación y unas fuerzas desconocidas desde mucho tiempo. Vivamente impresionada logré saltar del lecho y llegarme á la ventana, no pudiendo pasar de allí porque me faltó el aliento.

»Abrí los postigos, y ví á la muchedumbre corrien-

do y saltando por el hielo. ¡Qué de hermosas banderas flotaban al aire por todas partes! Los muchachos gritaban y daban hurras entusiastas; los criados y criadas bailaban formando rueda y cantando. Todos se divertían, y no pensaban en otra cosa. Y con todo la nubecilla blanca con el punto negro...

»¡Ah! grité con todas mis fuerzas, y nadie me oyó: se encontraban demasiado lejos. La tormenta estaba á punto de estallar, el hielo sacudido por el mar iba á quebrarse, y todos, todos estaban irremisiblemente perdidos: nadie podía salvarles.

»Grité de nuevo, y lo mismo que antes, no me oyeron. Ir á ellos no podía. ¿Qué hacer para volverles á tierra?

»El buen Dios me inspiró una idea, la de pegar fuego á mi lecho, é incendiar mi barraca antes que permitir que pereciera miserablemente aquel gran número de personas. Puse manos á la obra, sin perder momento, y empezaron á elevarse las rojas llamas, siendo para aquellas gentes como un faro que las advertía. Pasé la puerta y me caí en el suelo, sin poder dar un paso más; mis fuerzas se habían agotado. En tanto el fuego salía por el techo y por todas las aberturas de la casa, y las lenguas que formaban las llamas se iban acercando á mí como si quisieran lamerme.

»Las gentes que andaban por el hielo se apercibieron del incendio, y todos, sin excepción, se precipitaron hacia la barraca, ansiosos de salvar á un sér humano que creían expuesto á morir abrasado. Ni uno solo dejó de precipitarse hacia el dique. Yo oía distintamente el rumor de sus pasos; y casi al mismo tiempo retumbó en el aire un formidable estrépito, compuestos de rumores sordos y descargas parecidas á cañonazos; luego subió la marea, levantó el hielo y lo quebró en mil pedazos. Pero ya allí no había nadie, todos estaban en el dique: yo acababa de salvarles.

«El terror, los extraordinarios esfuerzos que hice y el frío glacial que se apoderó de mí acabaron mi triste existencia, y así he llegado hasta las puertas del cielo. He oído decir que algunas veces se abren para las pobres criaturas como yo. Carezco de abrigo, mi hogar ya no existe. ¿Me recibirán?»

Apenas acababa de pronunciar estas palabras se abrieron de par en par las puertas del paraíso, y un ángel introdujo en la gloria á la pobre anciana, quien dejó caer una brizna de paja, procedente del lecho que había abandonado al pegar fuego en él. La paja se trocó en oro puro, creció rápidamente y echó ramas, hojas y flores, pasando á ser un árbol de oro el más espléndido.

—«Ya lo ves, dijo el ángel al hablador; esto es lo que ha traído la anciana. Y tú ¿qué traes? Nada, bien lo sé: en toda tu vida has producido nada; ni un mal ladrillo. ¡Si á lo menos pudieses volver á tierra para hacer uno! Saldría mal formado, lo sé; pero esto sería cuando menos una prueba de buena voluntad, y la buena voluntad es algo. Desgraciadamente es ya imposible, y yo no puedo hacer nada por tí»

Entonces la bondadosa vieja de la cabaña del dique rogó por él al ángel.

—«He de advertir, exclamó, que fué su hermano el que me proporcionó los ladrillos y los restos con que pude fabricar mi choza. ¡Oh qué gran favor me hizo, pobre de mí! ¿No podrían darse todos estos trozos por el ladrillo que debería haber confeccionado? Conozco que este sería un acto de favor y de clemencia, ¿pero no es este el lugar donde se dispensan todas las gracias?»

—«Ya lo ves, dijo el ángel, el más humilde de tus hermanos, aquel á quien tú querías menos que á los demás y cuyo honroso oficio te inspiraba tanto desdén, había de ser el que te franqueara las puertas de la gloria. Merced á él no te rechazaremos, podrás

permanecer aquí, junto á la puerta, meditando sobre el empleo que has dado á tu vida terrestre y buscan-



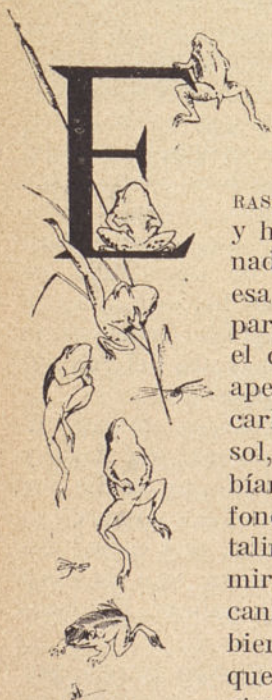
do la manera de reparar tus faltas. De todos modos no entrarás en el cielo hasta que encuentres algo que hacer valer, algo que compense tu desnudez.»

—«Lo que acaba de decir, podía haberlo expresado con alguna mayor elocuencia,» pensó el hablador; pero guardó para sus adentros esta observación, y esto por parte de un crítico ya era algo.





EL SAPO



RASE un pozo de los más profundos, y había en él una cuerda proporcionada. Nada más cansado que tirar de esa cuerda dando vueltas á la polea para sacar un cubo de agua. Cuando el cubo llegaba á la boca del pozo, apenas quedaban fuerzas para colocarlo sobre el brocal. Los rayos del sol, por más que lo deseaban, no habían podido penetrar nunca hasta el fondo del pozo, y era el agua tan cristalina, que bien hubieran querido mirarse en ella; pero todo lo más alcanzaban un trozo de las paredes cubiertas de musgo y diversas plantas, que crecían entre las junturas de las piedras.

Moraba dentro del pozo una familia de sapos, habiendo sido la abuela la primera que, á pesar suyo,

se fué á vivir en el fondo, un día que pretendiendo atravesar el pozo de un salto, se quedó corta cayendo de cabeza al agua. La pobre vieja vivía aún. En el pozo encontróse con una bandada de ranas verdes, de las cuales se dió á conocer como prima algo lejana.

El sapo hembra tuvo una hija, que un día se dejó pescar en el cubo, habiendo subido hasta muy cerca de la boca; pero deslumbrada por la luz del día, se espantó tanto que de un salto se escabulló, cayendo de nuevo al fondo del pozo, con terrible estrépito. Por cierto que pasó tres días con fuertes dolores en la espalda. A pesar de que no había visto nada, le hubiera sido muy fácil contar, según costumbre, el oro y el moro de lo que pasaba por allá arriba; pero con la mayor buena fe confesó que no había apercebido nada enteramente. Lo único que había averiguado, y así lo participó á toda la compañía, es que el mundo entero no se limitaba á su pozo, como antes creían todos. Todos menos la abuela, la cual si bien habría podido describir algo de lo que ocurría fuera del pozo, como tenía su miaja de conciencia, se guardaban muy bien de hablar de los estanques y charcas en que había pasado tan agradablemente una buena parte de su juventud. Por nada del mundo quería dar á sus amigos inútiles pesares,

Para matar el tiempo, ranas y sapos, murmuraban unos de otros.—«¡Qué gordinflona, qué zafia y qué fea es la madre de los sapos! decían un día dos ranas jóvenes. Sus hijos serán horribles como ella.»

—«Es posible, contestó la aludida, que escuchaba lo que decían. Pero horribles y todo, uno de ellos tendrá una piedra preciosa en la cabeza, á menos que no la tenga yo misma.»

En efecto, ningún hombre del pueblo ignora, por lo menos en los países del Norte, que de cuando en cuando se encuentra un soberbio diamante en la cabeza de los sapos.

Las ranas, envidiosas por lo que acaban de oír, agitaron la cabeza, se pusieron de hocico y se alejaron. En cambio los sapos jóvenes, hinchándose de orgullo, ante la idea de poseer cada uno la piedra preciosa, levantaron la suya, cual cumple á los seres privilegiados. Por fin hubo uno que pidió pormenores exactos sobre esa piedra preciosa de que todos se envanecían.

—«Es algo como una cosa magnífica é inapreciable, dijo la madre. Pero, hijos míos, se necesita más elocuencia de la que yo poseo para describirla dignamente. Contentaos con saber que por ello todo el mundo os envidia.»

—«Pues yo no seré la que posea esa piedra preciosa, contestó el sapo más joven que era hembra y por añadidura feo que daba miedo. ¿Y por qué he de querer yo una piedra preciosa? Lo que da enfado á los demás á mi no me gusta. Lo único que deseo ardientemente es subir hasta la boca del pozo y ver lo que pasa por allá arriba. Un secreto instinto me dice que vería cosas muy bellas.»

—«Guárdate de subir, hija mía, dijo la abuela. Aquí pasas una vida tranquila y regalona, sin que tengas que guardarte más que del cubo que podría aplastarte. Que no te pase nunca por las mientes meterte en él, pues correrías el peligro de caerte, y no todo el mundo tiene la suerte que tuve yo de salir bien librada con un chapuzón.»

—«Cuac, cuac, repuso el sapo, lo que en su idioma vale tanto como el nuestro «¡Oh! ¡oh!»

Pero el deseo podía más en él que su voluntad, y no pensaba en otra cosa que en salir del pozo. La luz le atraía, sin conocerla, y al día siguiente cuando bajó el cubo cayendo cerca de la piedra en que á la sazón se encontraba, sintió en todo su sér un fuerte estremecimiento y saltó dentro, sin darse cuenta exacta de lo que hacía.

El cubo subió en seguida, y un mozo de labranza al ir á cogerlo para verter el agua en una tina, apercibiéndose del sapo, exclamó:

—«¡Carape! Há tiempo que no había visto nada tan asqueroso.»

Y de una patada trató de aplastar al sapo bajo el zueco que calzaba; pero erró el golpe, y el animal se escabulló y fué á esconderse entre unas ortigas que crecían allí cerca formando una enmarañada espesura de tallos y hojas. El sapo levantó la cabeza, y á través de las matas apercibió la luz del astro del día quedando de ella tan prendado, como nosotros mismos cuando nos encontramos dentro de un grandioso bosque y apercibimos los rayos del sol filtrando á través de las ramas y el follaje, lo cual nos produce siempre una especie de emoción misteriosa.

—«¡Cuánto más bello es esto que el pozo! exclamaba. De buena gana pasaría aquí mi vida entera.» Y en efecto, permaneció una hora en aquel sitio, y tras de la primera una segunda; pero luego reflexionó, que ya que había comenzado sus aventuras, debía explorar el nuevo mundo á que se lanzara. Y poniendo en práctica sus pensamientos, llegó brincoteando hasta la polvorienta carretera, sobre la cual arrojaba el sol centellantes rayos. No hizo el sapo más que atravesarla y se quedó cubierto de una espesa capa de polvo, sensación nueva, aunque muy poco agradable, por lo que se apresuró á llegar á la cuneta, llena de lirios y no me olvides, tras de la cual se levantaba una mata de ojiacanto entremezclada con saúcos enguirnaldados de floridas enredaderas. Revoloteaba por el aire una bandada de mariposas, que el sapo tomó por flores esprendidas de sus tallos para correr mundo, cuyo hecho le parecía muy natural.—«¡Oh si yo pudiese volar cual ellas! ¡*Cuac, cuac!* ¡Cuán feliz sería!»

Ocho días y ocho noches permaneció en la zanja,

en donde encontró alimento sabroso y abundante. Al noveno día se dijo:—«Adelante... Debo ir más lejos.» ¡Ah! echaba á menos la compañía, necesitaba dar con una honrada familia de sapos, ó en último caso con algunas ranas verdes, sus primas.

—Conozco que aquí es muy grata la existencia, se decía; pero al cabo la naturaleza más espléndida, por sí sola acaba por producir tedio. Yo desearía hallarme con alguno de mis semejantes con quien pudiera conversar.»

Se puso en marcha, y después de atravesar algunos campos, llegó á un grande estanque circundado de juncos.

—«Bien venido seas, le dijo una rana: tal vez habrá para ti demasiada humedad... En fin, tú mismo. Nosotras haremos cuanto podamos para recibirte bien.»

Aquella misma noche fué invitado á un concierto de familia. Bien es verdad que los cantos fueron muy monótonos; pero el sapo podía refrescarse á discreción, y esto por sí solo es un recurso precioso cuando la música no gusta.

Aspirando siempre á una cosa mejor, el pequeño sapo prosiguió al día siguiente su marcha y acostumbrados ya sus ojos á la luz, admiraba el cielo estrellado y la luna en el lleno. Sin embargo, lo que le extasiaba sobre todo, era el sol, cuya salida contemplaba todos los días, viéndole subir, subir siempre en el espacio.

—«Si estaré metido dentro de un pozo,» pensaba. «Sin duda que sí, con la sola diferencia de que éste es más vasto que el primero. ¡Ay de mí! ¡Cuánto me gustaría poderme dirigir hacia ese hermoso espacio azulado! Ese deseo me atormenta, me consume.»

Y contemplando la luna, el pobre animalito creía en su ingénita sencillez que no era más que un hermoso cubo de cobre reluciente á punto de bajar hasta la tierra, dentro del cual él podría meterse para ir más arriba.



—«Pero no, pensaba en seguida: el cubo que va al cielo no puede ser otro que el sol. ¡Cómo reluce! Ahora baja. No hay más, yo espiaré la ocasión de introducirme en él. ¡Oh, la luz! Yo la adoro, y hasta se me figura á veces que alguna cosa luce en mi frente con más brillo que la célebre piedra preciosa de que hablaba mi abuela. Conozco que esa piedra no la tengo; pero tampoco la deseo. Lo único que anheo es subir hasta la luz y anegarme en ella. ¡Ea! ¡Valor y adelante! Siempre de frente, sin retroceder un paso. ¡Y cómo late mi corazón, al partir para ese prolongado viaje!»

Lleno de decisión, se puso á saltar con toda la prisa que era capaz, viniendo á pasar por un lugar habitado. Se detuvo para descansar un rato en una huerta.

—«¡Cuántas cosas nuevas descubro sin cesar! pensaba. El mundo es vasto y magnífico y debo felicitar-me de no haberme quedado en el pozo. ¡Qué hermosa verdura y qué sitio tan fresco y regalado!»

—«¿A quién se lo cuentas? le dijo una oruga anidada en una col. Esto es el paraíso, y mi hoja es la mayor de todas: con ella puedo prescindir del resto del mundo.»

—«¡Gluc, gluc! se oyó por allí cerca. Era una bandada de gallinas que andaban picoteando por el huerto. La que marchaba delante tenía muy buena vista y se apercebíó de la oruga; se lanzó corriendo hacia ella y del primer picotazo la tiró al suelo. La oruga, después de culebrear un rato, se enroscó, en tanto que la gallina iba mirándola primero con un ojo y luego con el otro, esperando á ver en qué pararía aquella serie de contorsiones.—«Acabemos,» dijo después de un breve instante, y adelantó el pico para pillarla y engullirla.

Pero el sapo, movido á compasión, avanzó de un salto corriendo en socorro de la oruga; y la gallina

sobrecogida de espanto ante tan brusca aparición, volvió grupas y huyó cacareando:—«¡Qué animal tan horrible! No, decididamente, yo no he de comerme esa oruga, que después de todo tiene unos pelos que me harían cosquillas en el gaznate.»

—«¿Has notado qué serenidad la mía? preguntó la oruga apenas se vió libre. ¿Has visto cómo me las he compuesto para librarme de ese monstruo? Pero esto no basta: ahora será preciso que encuentre de nuevo la hoja de col que es mi bien y mi tesoro.»

El sapo se acercó á la oruga felicitándola por haber escapado á una muerte cierta, y felicitándola á sí mismo, por haber espantado á la gallina con su fealdad.

—«¡Qué estás diciendo! repuso la oruga. Sabe que si he salido de apuros, á mí misma lo debo: la gallina se ha espantado de mis contorsiones. Por otra parte tienes razón, eres bastante feo. ¡Calla! He husmeado mi col. Con que, abur! Voy á encaramarme en busca de mi hoja. Vaya, andando ¡adelante!»

—«Sí, sí, andando y arriba siempre, dijo el sapo. Veo que no está de humor. ¡Pobrecita! Ha pasado un buen susto. Por lo demás, ella piensa como yo: siempre adelante, arriba siempre!»

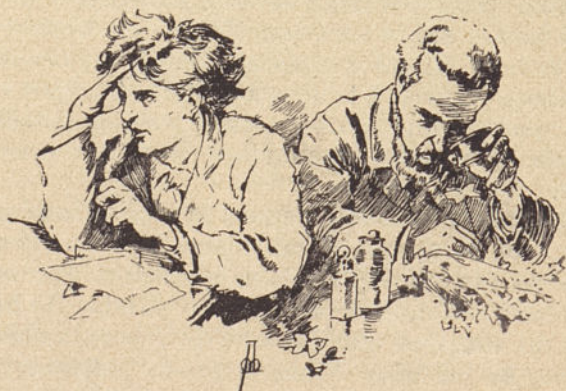
Antes de reanudar su interrumpida marcha, levantó la cabeza y miró al cielo, divisando sobre el tejado de una hermosa casa una cigüeña junto al nido, al lado de su compañera.

—«¡Qué dichosas deben ser viviendo allá arriba! pensó el sapo. ¿Qué día podré yo subir á tal altura?»

Moraban en la casa dos buenos amigos, poeta el uno y naturalista el otro. El primero gozaba cantando todas las maravillas de la creación, y en versos sonoros y armoniosos describía las impresiones de su ánimo ante las obras del Creador. El segundo miraba las cosas más de cerca con la lente, volviéndolas de todos lados y empleando el escalpelo

cuando lo creía necesario. A su modo de ver la creación era un simple problema matemático. Ambos jóvenes congeniaban, y ambos eran francos y alegres.

Paseábanse á la sazón por el huerto y el naturalista dijo:



—«Mira qué sapo: ¡soberbio ejemplar! Voy á enfrascarlo en espíritu de vino.»

—«Pero oye, ¿no tienes ya otros dos muy parecidos en tu museo? ¡Pobre animal! ¡Déjale gozar de la vida!»

—«Es tan admirablemente feo!» dijo aquél.

—«Si por lo menosuviésemos la seguridad de que llevara la piedra preciosa en la cabeza, menos mal. Entonces no había de oponerme yo á recogerle y abrirle.»

—«¡La piedra preciosa!... ¿Es posible que tú también creas en esas sandeces?...»

—«Yo atribuyo por el contrario, replicó el poeta, profundo sentido á esta creencia del vulgo. Vamos á ver, ¿por qué el sapo, ese horrible animal, uno de los

más feos de la creación, no puede tener guardado en la cabeza un espléndido diamante? ¿Acaso no sucede lo mismo entre los hombres? Esopo, Sócrates, eran poco menos que monstruos por su fealdad, ¿y por ventura no brilla aún hoy su ingenio como la perla más preciosa?»

Así conversando, los dos amigos se alejaron, y el sapo pudo escapar al peligro de perecer en el espíritu de vino. Sólo á medias llegó á comprender lo que habían dicho.—«Creo que han hablado de la piedra preciosa. Dichoso yo mil veces que no la poseo; de otro modo me juegan una mala pasada para quitármela.»

En esto se oyó un gran ruido sobre el tejado: era la cigüeña que daba lecciones á sus pequeñuelos, mostrándoles, agitando las alas, á los dos jóvenes que se paseaban por el huerto.

—«¡Qué fatuos y presumidos son los hombres! decía. Oíd á aquellos dos cuchicheando sin darse tregua. Su idioma, su facundia les envanece. ¡Bonito idioma el de los hombres! A una jornada de vuelo ya no se entienden los unos á los otros. En cambio nosotras, no: nosotras nos entendemos perfectamente, así nos encontremos en el Norte como en el fondo del Africa. Y luego ¿saben volar por ventura? Y además ¿tenemos nosotras necesidad del hombre? Ellos en cambio se dan por felices si venimos á anidar á sus tejados.»

—«¡Qué bien discurre! pensaba el sapo. Y además ¡qué altas están!... ¡Y qué bien nadan!» esto último lo decía al ver á la cigüeña macho hendiendo los aires con las alas abiertas.

En tanto la cigüeña hembra continuaba instruyendo á sus pequeñuelos: les hablaba de Egipto, de las aguas del Nilo, y de su légamo incomparable, que es, les decía, un hervidero de ranas.

—«¡Dios mío! añadía el sapo, ¡cuánto me gustaría visitar ese país! Si una de esas buenas cigüeñas quisiera llevarme! Pues ¿cómo he de ir á Egipto?... Dichoso que yo siento eternas aspiraciones hacia lo bueno y lo bello. Sin ellas, allá me habría quedado, encenagado al fondo de un pozo oscuro. ¡Cuánto mejor no es eso que tener la piedra preciosa en la cabeza!

Pero precisamente, el famoso diamante él, y nadie más, lo poseía. ¡Qué mejor diamante que esa tendencia constante hacia lo mejor y lo más alto! Verdaderamente, dentro de su cabecita brillaba un mágico destello.

De repente la cigüeña macho se arrojó sobre él: desde lo alto acababa de descubrirle entre la yerba. Lo cogió bruscamente con el pico, y aunque el sapo sintió un dolor agudo, ¿qué le importaba? La cigüeña, pensaba, va á llevarme á Egipto, y sus ojos chispeaban de alegría.

La cigüeña cerró el pico. ¡*Cuac, cuac!* El pobre sapo moría estrujado; es decir únicamente su cuerpo quedaba sin vida. ¿Y el fuego de sus ojos? ¿Qué había sido del fuego de sus ojos? Un rayo de sol acababa de recogerlo: un rayo de sol se lo llevó la piedra preciosa. ¿A dónde?

No lo preguntes al naturalista, pregúntalo al poeta. El poeta, bajo la capa de un cuento, te enterará de lo que deseas saber: en ese cuento figuran la oruga y la cigüeña. El te dirá que la oruga se metamorfoseó en mariposa de vivísimos matices, y que la cigüeña va y viene desde los países del Norte al Africa, por el camino más breve, sin compás, ni brújula, ni carta, dando siempre con su tejado favorito, aun en medio de la ciudad más populosa. Todo eso parece extraordinario, increíble, y no obstante nada más cierto; pregúntaselo si acaso al naturalista, si es que tú mismo no has podido observarlo.

Pero ¿y la piedra preciosa del sapo?

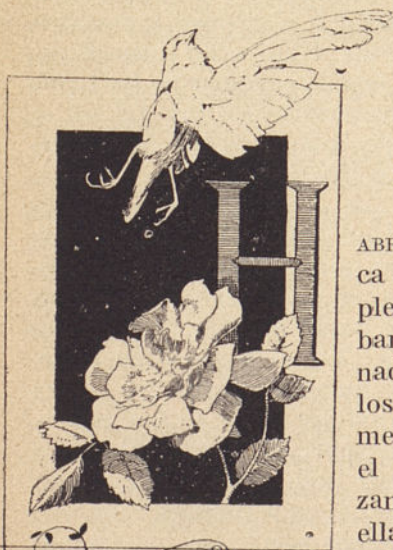
Búscala en el sol, ve si puedes distinguirla.

De fijo que no podrás: la luz del astro rutilante es demasiado viva, y no poseemos aún los ojos que son menester para reconocernos en medio de las maravillas que Dios ha creado; pero un día los tendremos. Y éste será entonces el cuento más bello de entre todos los nuestros; es decir, no será cuento sino verdad, y en ella figuraremos todos.





LOS VECINOS



ABRIÁSE dicho que la charca de los patos estaba en plena revolución, y sin embargo en ella no ocurría nada de particular. Todos los patos que pocos momentos antes se mecían en el agua, chapuzando ó zambullendo la cabeza en ella con indolencia, á impulsos de un terrible pánico pusiéronse á nadar pre-

cipitadamente hacia la orilla, y una vez en tierra, huyeron bamboleándose y despertando los ecos del entorno con sus discordantes gritos. La superficie del agua estaba agitada, á pesar de que poco antes se ofrecía lisa como un espejo, reflejando los árboles del jar-

dín. la granja con su tejado y su nido de golondrinas, y en primer término un frondoso rosal cubierto de flores, que adosado á las paredes se inclinaba sobre la charca, formando el conjunto un verdadero cuadro, con la particularidad de que todo estaba vuelto al revés.

Al escapar los patos nada de eso se distinguía: el hermoso paisaje se había borrado como un efecto de espejismo, y en su lugar no quedaban más que algunas plumas que habían perdido los patos en su precipitada fuga, plumas que impelía la brisa arriándolas á la orilla. Sobrevino la calma y permanecieron al paio: se restableció el reposo y reaparecieron las rosas nuevamente. Estas eran magníficas; pero no se daban cuenta de ello, pues nadie les había hablado nunca de su hermosura. La luz del sol se cernía por entre sus hojas delicadas que impregnaban el ambiente con su deliciosa fragancia.

Poco conocedoras de sus encantos, no eran por esto menos dichosas. «¡Qué hermosa es la existencia! decía una de ellas; no obstante noto que me falta algo; yo quisiera besar el sol á cuyo dulce calor nos abrimos; y quisiera besar además á las rosas que veo dentro del agua. ¡Cómo se parecen á nosotras! De fijo que son nuestras hermanas. También siento deseos de acariciar á los lindos pajarillos que hay allá arriba, sobre el tejado. ¡Qué alegremente gorjean al sacar sus cabecitas fuera del nido! Pero es raro que no tengan plumas como sus padres. ¡Qué buenos vecinos son! ¡Decididamente, la existencia es muy hermosa!»

Esos pajarillos eran gorriones: sus padres eran gorriones también, los cuales habiéndose instalado en el nido que fabricara la golondrina el año precedente, habían acabado por apropiárselo.

—«¿Son prendas de ropa para vestir á los patos?» preguntó uno de los pequeños gorriones al notar las plumas sobre el agua.

—«¿Cómo es posible que digas esas necedades? contestó la madre. ¿No sabes que los pájaros no son como los hombres, cuyos vestidos deben confeccionarse? Los nuestros nos salen naturalmente, son vivos, y mucho más finos y suaves que los de los patos. Y á propósito, me gustaría saber por qué esos toscos animales se han atemorizado. Recuerdo que há poco para reprenderos he piado algunos *pip, pip* un tanto enérgicos. ¡Si les habré espantado! Nadie puede saberlo mejor que esas grandes rosas que están en primera fila: pero no ponen atención en nada, absortas en la contemplación de sí mismas y saboreando con orgullo su perfume. ¡Qué vecinas tan fastidiosas!»

Los pequeñuelos balbucearon algunos ligeros *pip* de aprobación.

—«¿No oís cómo charlan esos pajarillos? decían en tanto las rosas: se ensayan á cantar, y aunque todavía no logran salirse con la suya, dentro de algún tiempo trinarán alegremente. ¡Cantar! ¡Cantar! ¡Oh, qué cosa tan agradable! El que canta disfruta y da gusto á los demás. ¡Qué delicia tener unos vecinos tan placenteros!»

En estos llegaron dos caballos al galope: los llevaban á beber á la charca: iba montado en uno de ellos un joven campesino que no vestía otras prendas que un pantalón y un sombrero de paja de anchas alas. Este muchacho silbaba mejor que los gorriones, haciendo entrar á los caballos en el agua hasta el sitio más profundo. Al pasar junto al rosal cogió una flor, la colocó en su sombrero, y lleno de orgullo con este sencillo adorno volvió á partir al galope, deseoso de que vieran lo bien que le sentaba.

Las demás rosas viendo alejarse á su hermana, se preguntaban entre sí:—«¿A dónde irá?» Ninguna lo sabía.

—«A veces, decía una de ellas, anhelo lanzarme á través del mundo; pero aquí me encuentro muy

bien: de día el sol cae de lleno sobre mí, y por la noche puedo admirar el hermoso resplandor del cielo á través de los agujeritos de la gran cortina azul.» Así, con su innata sencillez, designaba á las estrellas.

—«Nosotros, decía la madre de los gorriones, hemos traído aquí la animación y la alegría. Creen las buenas gentes que un nido de golondrinas es signo de buen augurio, y por esto lejos de importunarnos, de vez en cuando aún nos dan algunas migajitas. Pero en cambio nuestras vecinas ¿sirven de algo? Ese espeso rosal colocado contra la pared no hace más que producir humedad. Que lo arranquen y en su lugar planten un poco de trigo. Esta sí que es una planta útil y provechosa. Pero las rosas... Las rosas sirven sólo de recreo, á la vista y al olfato, y se marchitan una tras otra. Entonces la mujer del colono las recoge, las espolvorea con un poco de sal, y arrojándolas al fuego huelen bien. De modo que hasta el fin de su existencia no hacen más que halagar los ojos y la nariz. Bien podríamos pasarnos sin ellas.»

Al caer de la tarde, cuando espesos remolinos de insectos pusiéronse á revolotear entre los suaves y sonrosados vapores del sol poniente, llegó el ruiseñor del fondo de los bosques y entonó en honor de las rosas sus más deliciosos cantos. El ruiseñor cantaba la belleza, diciendo que lo bello es en el mundo tan necesario como los rayos del sol, y que no parece nunca.

Pensaban las flores que el delicado cantor se refería á sus propias melodías, estando muy lejos de presumir que aludiera á su hermosura. No por esto se mostraban menos seducidas por sus armoniosos gorjeos, preguntándose si los gorriones del tejado podrían llegar algún día á convertirse en ruiseñores.

—«Yo he comprendido muy bien el canto de ese pájaro de las arboledas, dijo uno de los gorriones;

sólo una palabra no tiene sentido para mí: lo bello. ¿Qué es eso, madre mía?

—«A decir verdad, contestó la interpelada, lo bello es nada entre dos platos. ¡Es una cosa tan frágil, tan efímera, tan insustancial! Por ejemplo: allá



abajo en el castillo, hay un palomar cuyos habitantes reciben todos los días una buena ración de arvejas y avena, siendo tratados á cuerpo de rey (allá voy yo algunas veces á merodear, y un día tendré el gusto de llevaros conmigo); pues bien, en ese castillo hay además dos aves enormes que tienen el cuello verde y llevan una cresta de plumas. Esos animales pueden desplegar su cola en forma de abanico, y adquiere unos colores tan brillantes que dañan á la vista: no existe nada tan hermoso en el mundo. Pues bien, si les arrancaban las plumas á esos pavos (así se les llama) ¿tendrían mejor aspecto que nosotros? Ya hace tiempo que yo misma les habría arrebatado sus adornos si no fuesen tan grandes. Pero de todos modos lo que os digo demuestra que lo bello no sirve para maldita la cosa.

—«Pues, dejad, que yo les arrancaré sus plumas.»

dijo el gorrión más pequeño á quien apenas apuntaba el plumón.

Vivían en la casa un joven colono y su esposa, entrambos muy buenos y laboriosos, respirando toda su morada aseo y alegría. La mujer iba la mañana de todos los domingos á hacer un ramo con las rosas más bellas, colocándolo en un vaso sobre el gran cofre.



—«Este es mi almanaque, decía el marido: el ramo me indica que hoy es domingo. Y recompensaba el interés de su esposa con un beso, en tanto que el sol iluminaba este cuadro de felicidad doméstica.

—«¡Qué fastidio! Siempre las mismas! Dichosas rosas!» decía la madre de los gorriones que se había posado en el reborde de la ventana abierta.

Todos los domingos se renovaba el ramo, sin que por esto disminuyesen las flores del rosal. Entre tanto los pequeñuelos se habían cubierto de plumas y un día pidieron á su mamá que les permitiese acompañarla al palomar, á lo cual ella no quiso acceder todavía, partiendo sola en busca de alimento. A lo mejor se vió cogida en un lazo que unos muchachos habían tendido entre las ramas de un árbol. La pobrecita se quedó cogida por las patas en la cerda

que la estrechaba horriblemente. Los galopines, que estaban en acecho tras un matorral, se encaramaron en el árbol y se apoderaron del pajarillo.—«No es más que un gorrión,» dijeron; pero no por esto le soltaron, llevándosele á su casa y sacudiéndolo bruscamente cuantas veces el desgraciado pájaro piaba ó se agitaba.

Hallaron en su casa un viejo buhonero que andaba de pueblo en pueblo. Era el tal un bromista completo que con sus chistes y ocurrencias solía despachar muchas pastillas de jábón y botes de pomada. Los muchachos le enseñaron el gorrión, y él les dijo:

—«Dádmelo y lo pondré bonito, de manera que él mismo se desconozca.»

El pájaro se estremeció de la cabeza á los pies. El buhonero sacó de la valija un trozo de papel dorado, lo recortó esmeradamente, y después de untar al gorrión de arriba abajo con la clara de un huevo, pegó el papel encima. Los muchachos palmoteaban de contento al ver al pájaro completamente dorado; en cambio el gorrión se cuidaba poco de su compostura y temblaba como la hoja en el árbol. El viejo bufón recortó luego un pedacito de tela encarnada, á guisa de cresta de gallo, y la pegó en la cabeza del pájaro.

—«Y ahora ya veréis qué bonito estará cuando eche á volar.» Y soltó al gorrión que desatentado y loco de espanto empezó á girar sobre sí mismo, sin saber qué se hacía. ¡Cómo destellaba á la luz del sol! Toda la población volátil, incluso un grajo muy viejo que durante su vida había visto muchas cosas, se aterrorizó á la vista de este sér extraordinario. Algo vuelto en sí, el gorrión tomó la dirección de su nido; pero todos los gorriones del entorno, y á más los pinzones, las alondras y hasta el grajo, le acosaban y perseguían para averiguar de qué país venía, y en medio de este maremagnum volvió á turbarse, el pánico empezaba á paralizar sus alas, se amor-

tiguaba su vuelo y muchos pájaros llegaban á alcanzarle, y si los unos le llenaban de picotazos, los otros movían una algazara de todos los diablos.



Por fin llega á su nido, y los pequeñuelos, atraídos por el ruido, asoman la cabeza.

—«¡Calla! se decían, ¡será un pavo joven! El brillo de su plumaje daña la vista: no nos olvidemos de lo que nos dijo mamá sobre lo bello. Este pájaro lo es, ¡abajo lo bello! Cerremos con él.»

Y asestaron sus tiernos picos contra su propia madre que carecía de fuerzas y aliento para decir *pip*, con lo cual tal vez la hubieran reconocido: así le privaron la entrada al nido. Entonces se arrojó sobre ella una bandada de sus perseguidores, y le arrancaron las plumas una tras otra, acabando por caer sobre el rosal toda ensangrentada.

—«¡Pobre animalillo! exclamaron las rosas. Ocultate bien, que hasta acá no han de llegar tus perseguidores. Aquí está nuestro padre para defenderte con sus espinas: descansa la cabeza sobre nosotras, ¡pobrecito!»

Pero el desventurado gorrión estaba ya en sus postimerías, y tras algunos estremecimientos, estiró las alas y luego las plegó, exhalando el último suspiro.

En tanto en el nido oíase un *pip, pip* incesante.

—«¿Por dónde andará nuestra madre, que tarda tanto? preguntaba el mayor de los pequeñuelos. Tal vez procede así deliberadamente, como para indicarnos que ya somos bastante crecidos para proveer nosotros mismos á nuestro sustento. No hay más, eso será, y por este motivo nos abandona. Por ahora los tres podemos vivir en el nido; pero luego, cuando tengamos familia ¿quién se queda con él?»

—«Pues ya veréis cómo yo os haré tomar las de Villadiego, en cuanto llegue el momento de instalar aquí mi nidada,» dijo el menor.

—«Cierra el pico, descarado, profirió el segundo, que yo he de casarme antes que tú, y si te acercas, yo, mi mujer y mis pequeñuelos nos bastamos para acabar contigo.»

—«Chicos; á lo que veo vosotros no contáis conmigo,» dijo el mayor.

Y como la disputa se agriara, empezaron á agitar las alas y á repartirse picotazos á diestro y siniestro, y fué tal el zarandeo, que los tres se cayeron rodando desde el nido á una gotera, en donde perma-

necieron largo rato medio acurrucados y pestañeando con el aire más tonto que pueda imaginarse.

Por último se levantaron y sabiendo revolotear se ensayaron un ratito; y como los dos mayores sintieran cierta comezón de ver mundo, dejaron el nido al más joven, no sin que antes de separarse convinieran en una seña para reconocerse más tarde. La seña consistía en un *pip* prolongado, y en rascarse tres veces con la patita izquierda, cuya seña debían enseñar asimismo á sus pequeñuelos cuando los tuviesen. El más joven al verse solo en el nido, se arregló cómodamente, reventando de alegría; pero por la noche se pegó fuego al techo que justamente era de bálago y ardió en un instante pereciendo asado el gorrión.

Toda la casa fué consumiéndose, de modo que al levantarse el sol no quedaban en pie más que algunas vigas medio calcinadas apoyadas contra el paredón que sustentaba la chimenea. Humeaban los escombros todavía, y junto á las ruinas sólo el rosal permanecía tan fresco y florido como la víspera, y sus ramos de flores se reflejaban en el agua.

—«¡Pintoresco efecto producen las espléndidas flores junto á esas ruinas! dijo un caminante. Voy á tomar un apunte.» Y arrancó una hoja de su cartera, trazando un croquis. Era un pintor. Dibujó los restos de la casa, la chimenea próxima á desmoronarse, los montones de escombros, y en primer término el frondoso rosal cubierto de flores. Sorprendente era el contraste que ofrecía la naturaleza siempre bella y llena de vida, con la obra del hombre frágil y perecedera.

Durante el día que siguió al siniestro, se presentaron los dos gorriones de la víspera á dar una vuelta por los lugares de su nacimiento.

—«¿Qué se ha hecho de la casa? se preguntaron. ¿Y el nido? Todo se ha consumido y nuestro hermano habrá muerto achicharrado... Le está muy

bien empleado por pendenciero. Sólo esas malditas rosas habían de escapar al fuego. No hay peligro de que con los pesares ajenos se desazonen ó enflaquezcan. Aquí están tan gordinflonas como si tal cosa.»—«No puedo verlas, añadió el mayor. Ea, vámonos, que este sitio se me hace insoportable.»

Y tendieron el vuelo.

Es un hermoso día de otoño una bandada de palomas negras y mosqueadas retozaban en el corral del castillo. Su alisado plumaje brillaba á la luz del sol. Acababan de arrojarles arvejas y otros granos, y corrían desaladas y en desorden.—«¡Agruparse, chicas, agruparse!» dijo una paloma vieja.

—«¿Qué clase de animalillos son esos pájaros parduscos que andan siempre brincando, tras de nosotras? preguntó una paloma joven cuyas plumas eran de un brillante verdi-rojo.

—«Son unos buenos animalitos, son gorriones, respondió la vieja. Todos los individuos de nuestra casta pasamos por tener un genio dulce y afable, y ya saben ellos que les dejamos picotear algunos granos. Son muy francos, nada fastidiosos, hablan poco y hacen unas reverencias muy corteses.

Efectivamente, dos de los gorriones que acababan de llegar de dirección encontrada, se saludaron, rascándose tres veces con la patita izquierda y exhalando un *pip* en calderón. Así reconocieron su parentesco, y eran en efecto primos, por ser nietos de los dos hermanos que habían roto el cascarón en el nido de las golondrinas.

—«Pues señor, esto es un delicioso festín,» se dijeron, y las palomas al oírles se pusieron huecas, pavoneándose orondas y satisfechas. Las palomas son animales que examinados de cerca aparecen llenos de defectos, y que al encontrarse solos, arman entre sí terribles caramillos, llenándose de furiosos picotazos.

—«Mira qué tragaderas tiene aquel, observó una

de las más jóvenes á la vieja. ¡Con qué afán engulle! Su buche estalla. Y el tunante no se contenta con comer muchas arvejas, sino que escoge las mejores. «¿Vamos á darle una paliza? Ea, venid á mí, corred, adelante.» Y con los ojos centelleantes de ira, dos jóvenes palomas se arrojaron sobre el de las tragaderas, quien erizando las plumas y lleno de coraje, las derribó una tras otra.

—«¡Agruparse, agruparse! gritó la vieja. Venid acá, venid acá; corred, corred, corred.»

Los gorriones se ahitaron á más no poder, y aunque de momento reprimían su habitual descaro, y se portaban convenientemente para granjearse la benevolencia de las palomas, luego llegaron al extremo de colocarse entre los grupos que mandaba la vieja; y una vez estuvieron satisfechos se largaron. Al hallarse á suficiente distancia del corral, cuando comprendieron que las palomas no podían verles ni oírles, entonces, con el mayor descaro, empezaron á burlarse de ellas.

Luego fueron á dormir la siesta en el reborde de una ventana. Estaba abierta, y como la barriga llena infunde valor, uno de ellos se arriesgó á penetrar en el aposento, quedándose en los umbrales.

—«*Pip, pip*, pió el segundo: lléveseme el diablo si yo no hago lo mismo y algo más,» y se adelantó hasta el centro. No había nadie en el cuarto, y huroneando á diestro y siniestro llegaron hasta el fondo.

—«¡Toma! ¿qué es eso?» se preguntaron viendo un rosal cubierto de flores reflejándose en el agua, á su lado algunas vigas calcinadas sostenidas contra un paredón y un resto de chimenea, y al fondo una arboleda y un cielo espléndido.

Los gorriones se abalanzaron para volar hacia los árboles; pero fueron á chocar contra una tela. El paisaje en cuestión era un cuadro grande y hermoso, pintado según el croquis que había dibujado el artista.

—«¡*Pip!* murmuró un gorrion, esto es aparente. ¡*Pip, pip!* ¡añadió ¡si será un trasunto de lo bello! Así por lo menos lo definía nuestra bisabuela, una de las personas más notables de sus tiempos.»



Alguien entró en el cuarto, y los gorriones echaron á volar.

Pasaron días y años y las familias de nuestros gorriones prosperaron, pues si bien los inviernos eran duros, durante el verano se resarcían y engordaban lo suficiente para olvidarlos. Siempre que se encontraban se reconocían por medio de la seña convenida, esto es, rascándose tres veces con la pata izquierda. Casi todos los individuos de estas familias solían establecerse muy jóvenes, se casaban y disponían su nido á poca distancia los unos de los otros. Pero una hembra vivaracha y dada á las aventuras, sobrado inquieta para poner casa, partió un día para lejanas tierras y fué á establecerse en Copenhague.

Cerca del Palacio real se levantaba un magnífico edificio, cuyas espaciosas salas estaban llenas de blancas estatuas, las unas de mármol y las otras de

yeso; pero lo mismo da para los gorriones. Era el museo de Thorwaldsen. Brillaba en el frontis el carro de la victoria que era de bronce, tirado por caballos del mismo metal.

—«¡Cómo destella todo eso!» dijo el gorrión contemplando los reflejos del sol que daba de lleno sobre los anchos ventanales del monumento. ¡Si será lo bello! Los individuos de nuestra familia nos pintamos solos para reconocerlo. Sólo que es mucho mayor que un pavo, y eso que mi madre me decía que ese animal era el prototipo de la belleza. Esto brilla también de un modo deslumbrador.»

Dichas estas palabras, bajó hasta el patio del edificio en cuyas paredes había hermosas pinturas al fresco y en medio un soberbio rosal lleno de flores cobijando una marmórea tumba. Hacia ella se dirigió el gorrión, y encontró á tres compañeros que andaban brincoteando por allí. Rascóse tres veces y dió un *pip* de pecho, y los tres gorriones contestaron haciendo lo propio, con lo cual se reconocieron, se saludaron y charlaron un rato. Dos de aquellos gorriones eran los hermanos que habían nacido en el nido de la golondrina, los cuales en su vejez tuvieron el capricho de visitar la capital.

El recién llegado les explicó sus dudas sobre la naturaleza de lo bello.—«Lo bello está aquí, dijo el hermano mayor; observa sino cuán solemne es todo eso: los visitantes acuden llenos de gravedad y recogimiento, y sobre todo aquí no hay nada que comer, todo se va en apariencia.»

Dos admiradores de las sublimes obras del gran maestro se acercaron á la tumba en que descansan sus restos: aún se reflejan en su semblante las impresiones que recibieran en ese santuario del arte. Eran grandes personajes venidos expresamente de lejanos países, de Inglaterra, de Italia ó de Francia: les acompañaba una niña encantadora, la cual cogió una

rosa en memoria del célebre escultor y la guardó en su seno.

Al observar los gorriones este mudo homenaje tributado al rosal, imaginaron que se había construído el edificio en honor de éste, lo cual tuvieron por excesivo; pero deseosos de no parecer demasiado zafios ó palurdos, hicieron como todo el mundo, saludándole también; pero á su modo, es decir, agitando vivamente la cola y guiñando el ojo.

Luego lo examinaron de cerca, y vieron, no sin sorpresa, que el rosal era su antiguo vecino. Es de saber que el pintor que lo había dibujado junto con las ruinas de la casa, pidió permiso para llevárselo, regalándolo al arquitecto autor del edificio, quien encantado de sus admirables flores, lo colocó sobre la tumba de Thorwaldsen, siendo ellas el emblema de lo bello, por cuyo motivo se las llevaban hasta los países más lejanos como un recuerdo de las emociones producidas por la sublimidad del arte.

—«¡Bravo! dijeron los gorriones. En la ciudad habéis encontrado un buen empleo.»

Los rosas reconociendo á sus vecinos, les dijeron: —«¡Cuánto nos alegramos de ver á nuestros antiguos amigos! ¡Esto es lo único que nos faltaba para que nuestra felicidad fuese perfecta! ¡Qué hermosa es la existencia! Aquí todos los días son de fiesta.»

—«*Pip*, contestaron los gorriones, haciendo una reverencia de despedida. ¡Qué suerte han tenido! Estas sí que pueden decir que la fortuna les ha ido á sorprender durmiendo. Pero en cambio aún no han podido desprenderse de su aire de sosas y necias.»

Al decir estas palabras divisaron un montón de estiércol. Era su elemento y se lanzaron á él, dejando de blasfemar contra las divinas flores dignas de adornar el monumento funerario del inmortal artista.



EL PATITO FEO (1)



UE hermoso estaba el campo! Reinaba el verano, y las rubias y doradas mieses contrastaban con la verde avena y con los prados de un verde más oscuro, cubiertos de montones de heno que perfumaban el ambiente. Bandadas de cigüeñas cruzaban la campiña erguidas sobre sus ojos y prolongados zancos, cuchicheando confusamente el antiguo idioma egipcio de las Faraones: ellas son las únicas que lo conocen con

(1) Fácilmente, el lector que se haya fijado en la biografía de Andersen, echará de ver en el presente cuento, en nuestro concepto uno de los mejores de la colección, que su autor escribió una delicada alegoría de los tristes años de su juventud, hasta que sus primeros triunfos literarios le granjearon el respeto y la admiración de propios y extraños. No puede darse una idea más feliz, ni mejor desarrollada.—(N. del T.)

pureza. Espesos bosques se extendían en torno de los campos y las praderas, y los reflejos de la luz del sol rielaban en la superficie de un anchuroso estanque.

En medio de este espléndido paisaje levantábase un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un agreste tapiz de yedra y otras plantas trepadoras que enlazaban sus guirnaldas con las cañas y nenúfares de la orilla, formando una bóveda sobre el agua.

En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver á los polluelos salir del cascarón, cansado de la soledad en que le dejaban sus comadres, las cuales, egoístas por demás, pasaban el día zambulléndose y chapuzando en el agua, sin acordarse de hacerle una visita.

Por fin, abrióse un huevo, se rompió el cascarón, sonó un ¡pip, pip! y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero, y es de advertir que aquellos animalitos desde un principio progresaron tanto, que en breve supieron decir *rap, rap*, asomando con ávida curiosidad la cabecita por entre el follaje que envolvía el nido.

Su primera frase fué la siguiente:—«¡Qué grande es el mundo!» Y no es extraño, pues respiraban más libremente que en el estrecho recinto de su cascarón.

—«¿Creéis tal vez, dijo la madre, que lo que veis es todo el universo? Oh, no: el mundo se extiende hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he divisado una vez, sin pasar de allí.

«Vamos á ver, añadió levantándose del nido, ¿habéis salido todos? Oh, todavía no: veo que el huevo más grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este engorro? Francamente ya empiezo á estar cansada.»

Y de buena ó de mala gana volvió á acurrucarse

cubriendo el huevo.—«¿Qué tal va?» le preguntó una ánade vieja que fué á visitarla.

—«¡Ah! contestó, estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad en cambio los polluelos, ¿habéis visto nunca patitos más hermosos? ¡Cómo se parecen á su padre! Y sin embargo ese truhán ni siquiera una sola vez ha venido á verlos.»

—«Vamos á ver ese huevo que no quiere romper,» dijo la vieja. Y añadió después de examinarlo: «Creedme, es un huevo de pava. También yo fuí engañada una vez. Primero para empollarlos pasé horribles trabajos, y luego para llevar al agua á los recién nacidos, sin que nunca pudiese lograr que entrasen en ella. Pero volviendo al huevo, repito que es de pava y yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y desde luego me dedicaría á enseñar á nadar á los pequeños.»

—«¡Bah! contestó la madre. Después de tanto tiempo, quiero cubrirlo aún algunos días, y veremos en qué para.»

—«Tiempo perdido,» contestó la vieja, y se marchó.

Por último rompió el huevo, y al grito de *pip, pip* salió un pato muy grande, muy feo y muy mal formado.

—«¡Dios mío, qué horrible monstruo! exclamó la madre: éste sí que no se parece á los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré. Iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado, lo zambullo por fuerza.»

A la mañana siguiente hacía un tiempo magnífico; la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde del foso. ¡*Plas!* ya está en el agua. *Rap, rap,* dijo, y los pollos uno tras otro la siguieron, desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo á aparecer en seguida y nadando con rapidez. Todos movían las patitas según las reglas incluso el

postrero, ó sea el patazo pardo procedente del huevo mayor de la pollada.

—«Ese no es pavo, dijo la madre. O si no, ved con qué destreza se sirve de las patas y qué derecho se mantiene. ¡Es hijo mío! Después de todo, bien mirado, no es tan feo como parece á primera vista.»

—«*Rap, rap...* Ahora seguidme, hijos míos, venid conmigo al gran estanque y tendré el gusto de presentaros á los demás. No os separéis de mi lado y tened cuidado con el gato.»

Reinaba en el estanque un tumulto, un ruido, un zafarrancho extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban á picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato que parecía dormir acurrucado á la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó á tierra su presa, y la devoró.

—«Ved y aprended, hijos míos, dijo la madre: así es el mundo: el mundo está lleno de sorpresas y asechanzas. Por esto es preciso que desde pequeños aprendáis á conducirlos según las sabias reglas de la cordura. Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá: es de raza española. Ved la cinta colorada que lleva en la pata; es una muestra de alta distinción, se la han puesto para que la cocinera no lo confunda con los demás, y por inadvertencia no lo ensarte en el asador.»

—«Ahora ensayaos á decir *rap, rap*, á coro y acompasadamente; no metáis los piés hacia dentro, que esto es de mal gusto; echadlos hacia fuera como yo.»

Los polluelos obedecían fielmente los mandatos maternos; pero por mucho que se esmerasen en distinguirse por su actitud y por su porte, los demás patos les miraban de reojo y refunfuñaban diciendo en alta voz:

—«¡Vaya!... una nueva pollada todavía!... Como si por lo que nos dan de comer no fuésemos ya bastantes.»

—«A fe mía, que esto pasa de castaño oscuro, dijo

un pato joven y ardoroso, y al apercibirse del pollo feo añadió: ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! á éste sí que no podemos admitirle.»

Y echándosele encima, empezó á darle picotazos en el pescuezo.

—«Bribón, gritó la madre, déjale, que el pobrecito no hace daño á nadie.»

—«Es cierto, contestó el agresor; pero á su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.»

En esto se había ido acercando el pato español de la cinta roja, y no pudo menos de encomiar el porte y los modales de la pollada. Pero añadió fijándose en el pato feo:

—«¡Lástima que forme entre los demás que son muy lindos esa especie de monstruo, cuyas plumas son de un color detestable!»

—«Verdaderamente, contestó la madre, no se distingue por su figura; pero es muy buen chico, tiene un carácter afable y nada mucho mejor que los restantes. Creo que con el tiempo se pulirá, supuesto que su deformidad depende de haber permanecido en el huevo demasiado tiempo.»

»Y por otra parte, añadió alisándole cariñosamente el plumaje con el pico, pues lo tenía erizado y descompuesto á causa de la solemne sobarbada que el pobre había recibido; es un macho, y en este concepto la hermosura es lo de menos.»

—«Si vos os conformáis, enhorabuena, repuso el pato español. De todos modos los demás son muy gallardos. Bienvenidos sean todos. Únicamente debo advertirles, que si encuentran alguna golosina, como por ejemplo una cabeza de anguila, no se olviden de traérmela. Al fin y al cabo yo soy el jefe del estanque y quiero que se me respete.»

La nueva pollada fué muy bien acogida por la banda, excepto empero el patito feo que se vió perseguido, matraqueado y mordido sin cesar. Las pollas

se reían de él y lo encontraban ridículo. Había en el corral un pavo que solía pasearse ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo, y al ver al pobre patito se hinchó como la vela de un buque impelido por el viento y cerró furioso contra el pobre animal. El pato, acosado de cerca, se arrojó al estanque, con lo que el pavo tuvo que quedarse en la orilla y empezó á echar terribles *glu, glu*, volviéndose rojo de ira.

El pato no gozaba de un instante de reposo; no sólo le zarandeaban continuamente durante el día, sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba cerrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos de la pollada se mofaban de él, diciendo: «¡Que no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!» Y la misma madre que en un principio le defendía, acabó por decir: «¡Mala muerte hayas!»

Todos le llenaban de picotazos y le insultaban á porfía, incluso la mujer encargada de repartirles la pitanza, la cual solía rechazarlo con el pie cada vez que el desgraciado animal se le acercaba deseoso de pillar un mísero resto de cocina.

Por fin no pudo aguantar más y tomó vuelo por encima del seto, pasó jardines y campos: los pajarillos que estaban en los brazos huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas, todavía torpes é inexpertas.

—«Se espantan porque soy feo,» decía el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que su aparición producía por doquiera. Y volando y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano en que habitaban los ánades silvestres. Hizo alto en aquel sitio, pasando la noche entre juncos, por todo extremo triste y cansado.

El día siguiente, al amanecer, acudieron ánades

silvestres de todos lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

—«¿De dónde vienes? le preguntaron. ¿A qué casta perteneces?» Y el pato hacía saludos á todo el mundo con aquel embarazo propio de un sér que se avergüenza de su mala figura.

—«Puedes envanecerte de ser horriblemente feo, añadieron los ánades silvestres; pero no importa, mientras no te hayas metido en la cabeza la idea de casarte con alguna de nuestras hijas.»

¡Cómo había de pensar en casarse el pobrecito, que no quería más que un poco de tolerancia, para buscarse el sustento en el lodo y dormir tranquilo entre las cañas!

Así permaneció algunos días, hasta que de repente se le presentaron dos ansarones silvestres, procedentes de lejanas tierras, de los países del Norte, pues eran jóvenes y la juventud es animosa y no ceja nunca ante los peligros.

—«Hola, compañero, le dijeron: tienes una figura tan grotesca y divertida, que de buen grado te admiraríamos en nuestra compañía, y serías, como nosotros, ave de paso. Ea, decídate. En el pantano más próximo hay algunos gansos silvestres muy agradables, entre ellos varias hembras que como no han visto mundo, no se preocupan mucho en materias de hermosura; vente con nosotros, y tal vez, á pesar de tu fealdad, encontrarás novia.»

De repente se oyó *pif paf*, y los dos ansarones cayeron muertos en el agua. *Pif paf* se oyó nuevamente y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería; resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban á la orilla de la laguna y algunos se encaramaban á las ramas de los suaces y álamos que se proyectaban sobre el agua, el humo azulado de la pólvora se cernía en el espacio, y los perros corrían por todos la-

dos y *flas, flas*, se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato. ¡Qué terribles angustias pasó en aquellos breves momentos! Pues al ir á encoger la cabeza y ocultarla bajo el ala para perder de vista aquel cuadro de horrores, vió á su lado un enorme perro, con los ojos centelleantes, la boca abierta, la lengua fuera y las quijadas armadas de formidables colmillos. Examinó al pato, le husmeó, rechinó los dientes, y *flas, flas*, volvió la espalda, yéndose, sin tocarle, en busca de una presa menos indigna.

— «Loado sea Dios, dijo el pato, recobrando la serenidad: me ha encontrado demasiado feo y le he producido repugnancia. Es la primera vez que la fealdad me sirve de algo.»

Y se enmarañó en lo más espeso de los juncales, en tanto que el plomo hendía el aire silbando y que las detonaciones se sucedían sin descanso. La broma duró todo el día; pero por fin los cazadores tocaron retirada, y aún el pobre pato permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones salió del agua, y á toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una deshecha tormenta que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado, sin que por eso buscase abrigo ni suspendiese su marcha. deseoso de añejarse cuanto antes del maldito pantano.

Al anoecer llegó á una pequeña y miserable choza campestre, tan vieja y arruinada, que no sabiendo por qué lado caerse se mantenía en pie. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del fugitivo, que para no caer derribado le fué preciso resguardarse al abrigo de la choza. Notó que á la puerta le faltaban los goznes, y viendo una abertura, se coló dentro de la habitación. Vivía en aquella choza una vieja con su gato y una gallina. El gato, á quien llamaba *hijo mío*, sabía arquear el lomo y hacer *ron, ron*, como también se daba buenas trazas en enfurru-

ñarse y echar chispas siempre que en la oscuridad le acariciaban á contrapelo. En cuanto á la gallina tenía muy cortas las piernas; pero ponía huevos excelentes y la buena mujer la quería como una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, y el gato empezó á gruñir y la gallina á cacarear.

—«¿Qué tenemos?» preguntó la vieja mirando á su alrededor. Y al apercibir al fugitivo acurracado en un rincón, lo tomó por hembra, y exclamó:— «¡Qué suerte! Voy á tener huevos de pato, y los haré empollar.»

Con esta idea prodigó las más finas atenciones al recién llegado, le alimentó bien, y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero después de tres semanas, cuando notó la mujer que los huevos no venían, volvieron á empezar las tribulaciones para el pobre pato.

La gallina era la señora de la casa ó poco menos, y al hablar, decía siempre *nosotros y los otros*, entendiéndose por nosotros ella, la vieja y el gato, y por los otros el resto del universo que en su concepto estaba muy por debajo de los tres. El pato se permitió manifestar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

—«¿Sabes poner huevos?»

—«No.»

—«Entonces panto en boca, que al fin y al cabo no eres nadie en este mundo.»

Y el gato le preguntó á su vez:

—«¿Sabes arquear el lomo, hacer *ron, ron* y echar chispas?»—«No.»

—«Entonces ¿con qué derecho quieres tener opinión propia? Conténtate con escuchar á las gentes razonables y no chistes.»

Y el pobre patito no tuvo más remedio que callarse, acurrucándose tristemente en un rincón. Volvía á ser desgraciado.



Pero un aire fresco y la luz del sol penetraron en la habitación y sintiendo irresistibles deseos de nadar, lo consultó con la gallina.

—«Efecto de la ociosidad, dijo ésta con desdén: naturalmente, como nada tienes que hacer te asaltan esas ideas estrafalarias. Ya verás, pón huevos ó haz *ron, ron*, y te pasarán.»

—«Es sin embargo tan agradable tirarse al agua, sumergir en ella la cabeza y zambullirse hasta el fondo!»

—«Yo creo, repuso la gallina, que has perdido el juicio. Anda, pregunta al gato, que es el sér más razonable que conozco, si á él le gusta eso de meterse en el agua. Y no he de decirte lo que yo opino sobre este particular. Pregúntalo además á nuestra ama; nadie tiene más experiencia, pregúntale y te dirá si le vendría bien eso de chapuzar en el agua todo el día.»

—«Veo que no me comprendéis,» se atrevió á balbucear el pato.

—«¿Qué no te comprendo? Pues qué, ¿te has figurado ser más sabio que el gato y nuestra ama? Y cuenta, que no quiero hablar de mí. Vaya, muchacho, repórtate y no seas vanidoso: si no procuras aplacar tu orgullo, Dios te ha traído á una casa muy bien abrigada, y que gozas de una compañía de la cual podrías sacar gran partido, para instruirte un poco. Yo, por mi parte, me ofrezco á pulir tu inteligencia, pues te quiero bien, y si te canto verdades algún tanto amargas, es porque en eso precisamente se conocen los buenos amigos. En el mundo no cabe hacer más que dos cosas de provecho: poner huevos ó hacer *ron, ron*. Procura aprender cualquiera de las dos.»

—«Creo que lo mejor será que me vaya á dar una vuelta por el mundo, para despabilarme un poco.»

—«En efecto, un viaje no te sentará mal, pues veo que eres muy palurdo.»

Y el patito se fué, llegando á un pantano solitario, por donde se dió á nadar á su sabor, yendo y volviendo, zambulléndose y remojándose y procuran-

do olvidar en estos ejercicios las impertinencias de la gallina.

Vino el otoño: las hojas de los árboles se pusieron amarillas, se secaron y el viento se las llevó formando con ellas remolinos en el aire. Llegó el invierno: espesas nubes preñadas de nieve tapaban el sol, y bandadas de cuervos acosados por el frío graznaban cruzando el espacio. Así, con un tiempo tan malo, pasó el pobre pato enormes tribulaciones.

Una tarde tuvo, no obstante, un momento de felicidad. Había hecho un día magnífico: el sol tocaba á su ocaso envuelto entre soberbios arreboles de un color rojo incandescente. De súbito pasó una bandada de aves grandes y soberbias: eran de una blancura deslumbradora, tenían el cuello largo y flexible y lo doblaban graciosamente. Eran cisnes. Exhalaban un grito especial, desplegaron sus anchas alas y tomaron vuelo hacia los países cálidos del Mediodía. Iban remontando el espacio, subiendo siempre, y el patito feo experimentaba al verlos una sensación desconocida. Se revolvió en el agua, extendió el cuello hacia los viajeros y arrojó un grito tan singular, tan penetrante que se dió miedo á sí mismo.

¡Oh! ¡Cómo quería á aquellas hermosas aves, sin conocerlas, ni saber siquiera adónde se dirigían! Cuando las perdió de vista, poseído de una extraña agitación, se sumergió hasta el fondo del agua, y si bien reapareció de nuevo á la superficie, notó que nunca había estado tan movido como en aquellos momentos. ¡Cómo las admiraba! Y sin embargo no sentía el menor asomo de envidia. El pobrecito que se habría dado por dichoso si los patos hubiesen querido tolerarle en su compañía, tenía por la más repugnante de las criaturas.

Y el invierno era cada vez más crudo, iban helándose los estanques y el pato nadaba sin cesar y agitaba sus remos de día y de noche, para evitar que el hielo se cuajase á su alrededor; pero á pesar de su

incesante trabajo, el círculo en que se agitaba iba cerrándose cada vez más, hasta que por fin una noche, rendido de fatiga, se entorpecieron sus miembros y se quedó pegado en el hielo.

A la mañana siguiente pasaba un campesino por la orilla, vióle en aquel estado, rompió el hielo golpeándolo con los zuecos, y se llevó el pato á su casa entregándolo á su mujer. El calor le volvió á la vida. Los niños quisieron jugar con él; pero receloso al recuerdo de las injurias de que había sido objeto, se figuró que iban á maltratarle, y huyendo despavorido, cayó en un caldero de leche, derribándolo. La mujer enfurecida cogió las tenazas y el pato corriendo de un lado á otro se metió en un barril de harina levantando nubes de polvo, con lo que se prolongó la escena largo rato. La mujer y los niños riendo y gritando le acosaban por todos lados, hasta que una ráfaga de viento abrió la puerta y el pobre animal pudo escabullirse y ocultarse en unos haces de ramaje.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar durante aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera tan hermosa, cuanto el invierno había sido horrible.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas, y sin darse cuenta, un día se elevó en los aires, alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de hender el espacio á su sabor, bajó á tierra y se encontró en medio de un hermoso parque, lleno de saúcos y ojia cantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba á desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped. ¡Qué bello era aquel sitio, con sus umbrías frescas y regaladas! De pronto el pato vió tres hermosos cisnes meciéndose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua,

en tanto que él céfiro hinchaba sus alas desplegadas, como las velas de un buque!

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía, y se dijo:

—«No hay más, quiero ir con ellos, con esas aves regias, quiero admirarles de cerca, sé que me matarán y razón les sobra: feo como soy no tengo derecho á acercarme. Pero me es igual: prefiero morir á sus golpes, que verme maltratado por mis hermanos, menospreciado por las gallinas, rechazado por todo el mundo.»

Y echando pecho al agua púsose á nadar corriendo al encuentro de los cisnes, y éstos por su parte, en cuanto le vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

—«Ya sé que vais á matarme,» dijo el pobre animal é inclinó la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte. ¿Pero qué vió en el espéjo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformada, de un color pardo sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne. ¿Qué importa haber sido empollado por un pato, habiendo salido de un huevo de cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día ú otro se revela.

Lejos de sentir el joven cisne sus antiguas penas y desventuras, por el contrario, contribuyeron éstas á hacerle más sabrosa la felicidad que le había cabido, sobre todo al ver á los cisnes que le rodeaban con solícito interés y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron al estanque á echar pan y verdura á los cisnes, y el más pequeño gritó:

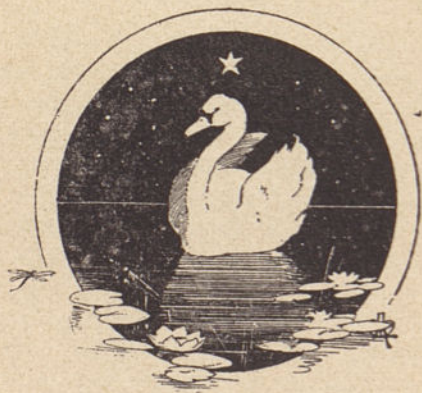
—«Hay otro nuevo.»

—«Sí, sí, es verdad,» exclamaron los demás, saltando y dando palmadas de contento. Después corrieron á llevar la noticia á sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para

obsequiar al recién llegado. «¡Qué guapo es! ¡qué gallardo! ¡qué gracioso! ¡es el más bonito!»

El cisne se sentía confuso y avergonzado, y en vez de pavonearse lleno de soberbia como tantos que se elevan desde la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles é inicuas persecuciones que había tenido que sufrir antes de oirse llamar la más hermosa de aquellas magníficas aves. ¡Oh! ¡Y pensar que iba á reinar con ellas en aquel encantador estanque rodeado de deliciosos bosquecillos! Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas, por entre las cuales zumbó la brisa, y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente, lleno de alegría:

—«¡Cómo podía imaginar tanta felicidad, ni aún en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!»





BAJO EL SAUCE

I

La campiña que rodea la pequeña ciudad de Kjoegé, en Seeland, es muy pobre. Situada á orillas del mar, aunque este elemento ofrece siempre singulares encantos, las playas de Kjoegé. á decir verdad podrían ser más bellas. Alrededor de la población se extiende una llanura monótona, sin el menor accidente, compuesta de campos sin árboles y con un camino que enfila en línea recta el bosque más cercano.

No obstante, basta haber nacido en un país para tenerle apego; por pobre que sea, no es difícil descubrir algo en él que ofrezca un encanto particular, y que más tarde, en los días de ausencia, se echa de menos y se desea ver nuevamente: algo que no puede hacer olvidar la presencia de comarcas más deliciosas.

Ahora digamos en honor de Kjoegé, que al extremo de la población, junto al arroyo que desemboca en el

mar, se encuentran algunos pequeños jardines, que en verano sobre todo, siempre que medie un poco de buena voluntad, puede uno creerse en un paraíso.

Así por lo menos lo consideraban un niño y una niña, hijos de dos familias vecinas, los cuales solían ir á jugar á aquel sitio, deslizándose por entre la cerca de groselleros que separaba los jardines de sus casas respectivas. En uno de esos jardines había un saúco y en el otro un sauce: este último era el árbol favorito de la infantil pareja, permitiéndoles sus padres jugar á la sombra del mismo, aunque por su proximidad al arroyo hubieran podido caer en el agua; pero afortunadamente la Providencia vela por los pequeños, sin lo cual más de una vez éstos serían dignos de lástima.

Por su parte los dos niños ponían mucho cuidado en evitar una desgracia; el muchacho tenía tanto miedo al agua, que en la estación veraniega no había medio de decidirle á darse un remojón en el mar, sin embargo de que todos los niños de su edad se recreaban zambulléndose en las olas. En vano picaban su amor propio y le dirigían pullas y chanzonetas; todo era inútil para hacerle vencer su horror al agua; sufría estas bromas y se callaba.

Peró Juana, su compañerita, soñó una vez que dentro de una barca andaba bogando por el mar, y que él (él se llama Knoud) corría hacia ella; que el agua le cubría el cuello, que luego le cubría la cabeza y que últimamente acababa por desaparecer envuelto en las ondas. Desde que Knoud tuvo noticia del sueño de su amiga, ya no aguantó por más tiempo las bromas de los demás chiquillos. El había estado en el agua: Juanita lo había visto en sueños; pero no por esto se aventuró nunca á zambullirse, contentándose con ponerse muy orgulloso con el sueño de su amiguita!

Los padres de ambos niños eran pobres y se relacionaban. Knoud y Juanita iban siempre juntos, ju-

gando ora en los jardines, ora en la carretera, en cuyos bordes había una hilera de sauces; pero tan desmedrados y con sus cimas descoronadas, que bien se veía no los habían plantado por la sombra que pudieran dar, sino por la utilidad que reportaban. En cambio el sauce del viejo jardín ya era otra cosa: nada más hermoso que este árbol con sus prolongadas y espesas ramas formando una especie de glo-rieta, en donde los dos muchachos gustaban pasar la mayor parte del día.

Había en la población una gran plaza y en ella se celebraban ferias y mercados. En los días de feria llenábase de largas calles formadas de mesas, tiendas y barracones que se cubrían de cintas, juguetes, calzado y de todos los objetos imaginables. Por esas calles discurría sin cesar una espesa muchedumbre. Entre las mesas se contaba una llena de piezas de mazapán, y el mercader que la tenía á su cargo durante los días de feria se hospedaba en casa de los padres del pequeño Knoud, lo que hacía que éste de vez en cuando se viese obsequiado con un buen pedazo de esta sabrosa golosina, que, como es natural, compartía con su Juanita.

Pero lo que para los muchachos valía indudablemente más que estos regalos, era que el mercader sabía un sin fin de cuentos sobre toda suerte de cosas imaginables, incluso los mazapanes. Una noche contó una historia á propósito de esto, que produjo en los dos niños una impresión tan profunda, que ya nunca jamás, en todo la vida, debían olvidarla. Creo que será bueno reproducirla íntegramente, pues tiene la ventaja de no ser muy larga.

«Tenía en el aparador de mi tienda, dijo, dos figuritas de mazapán: la una era un hombre y llevaba sombrero, la otra una señorita y no lo llevaba. No tenían forma humana más que de un lado; del otro no había que mirarles. Por lo demás todos los hombres son lo mismo, y no hay que examinarles por su

envés. El monigote llevaba pegada á su costado izquierdo una almendra amarga, era su corazón: en cuanto á la señorita, era toda ella una masa de miel. Yo les había puesto de muestra en el aparador y estuvieron juntos durante tanto tiempo, que acabaron por amarse; pero sin que ni el uno ni el otro se atrevieran á declarárselo. No obstante era necesario que se hablasen si querían ver correspondida su ternura y llegar á algún resultado.»

—«A él, como hombre, le toca comenzar,» pensaba ella, y no ambicionaba otra cosa que saber si era correspondida en su secreta afección.

«Respecto á las ideas del joven, eran mucho más vastas, como suelen serlo siempre tratándose del sexo fuerte. Imaginábase que era un muchacho callejero, uno de esos que él veía pasar todos los días por delante de la tienda y se hacía la ilusión de que tenía cuatro cuartos, con los cuales podía comprar á la señorita para comérsela.

«Así, ensimismados en estas ideas, pasaron días y semanas en el aparador, hasta que con el tiempo se secaron. Las ideas de la joven eran cada vez más tiernas, afectuosas y dignas de una señorita bien educada.

—«Ya puedo darme por dichosa, se decía suspirando haber podido permanecer tanto tiempo á su lado.»

Y ¡crac! de repente se agrieta, se parte en dos y muere.

—«Si hubiese comprendido mi amor, exclamó el joven, ¡oh! de fijo que habría soportado la existencia.»

«Aquí acaban la historia y sus dos héroes. Tened presente que no son ellos los únicos que por su culpa se encuentran en el mismo caso. A otros que no son de mazapán les sucede lo mismo: el amor mudo á nada conduce. Tomad, os lo regalo.»

Y entregó á Juanita la figura del joven que aún estaba entera, y Knoud recibió los dos pedazos en que

se había dividido la de la señorita. Pero á los dos muchachos les había impresionado tanto esta conmovedora historia, que no tuvieron ganas de hincar el diente en los dos enamorados.

Al día siguiente llevaron las figuras al cementerio. Sentáronse en el césped junto al muro de la iglesia, tapizado, tanto en invierno como en verano, por ricas guirnaldas de yedra. Colocaron las dos figuras en una hornacina rodeada de verdura é inundada por la luz del sol, y contaron á un enjambre de muchachos la historia del amor mudo que no conduce á nada.

El cuento gustó extraordinariamente; pero cuando se disponían á mirar de nuevo á la infortunada pareja, encontráronse con la novedad de que la señorita había desaparecido; un muchacho algo crecido, aprovechando la distracción de los demás, se la había zampado disimuladamente. Knoud y Juanita rompieron á llorar con amargura; pero por último, probablemente para no dejar al joven solo en el mundo, se lo comieron también, sin que por esto echaran la historia en olvido.

En lo sucesivo continuaron jugando bajo el sauce y el saúco. La niña solía entonar las más hermosas canciones, con una voz vibrante y pura como los sonidos de una campana argentina; en cuanto á Knoud, el pobre no tenía voz para acompañarla en el canto; pero sabía la letra de memoria, y con esto se contentaba. Las gentes de Kjoegé, incluso la esposa del fabricante de juguetes, que había residido largo tiempo en la capital, se paraban con frecuencia á oír los cantos de Juanita.

—«Esta muchacha, decía la indicada señora, tiene una voz deliciosa.»

Días de ventura eran aquellos, que no habían de durar mucho. Las dos familias se separaron. Murió la madre de Juanita, y su padre trató de casarse nuevamente, pero en la capital, en donde le dijeron que

se ganaría la vida mejor que en su pueblo, entrando de recadero en una buena casa, cuyo lucrativo empleo le tenían reservado.

Al separarse las dos familias, vertiéronse algunas lágrimas: en cuanto á los niños lloraron y sollozaron, prometiendo escribirse por lo menos una vez al año.



II

KNoud entró de aprendiz en casa de un zapatero, pues ya era demasiado talludito para que sus padres le dejaran correr por los campos perdiendo el tiempo. Por fin hizo las pruebas del aprendizaje; ¡y qué no hubiera dado, en un día de fiesta tan señalado por hallarse en Copenhague, en presencia de su inolvidable Juanita! Pero ¡ay! aún debía permanecer en Kjoegé durante algún tiempo.

No había estado nunca en la capital, á pesar de

que ésta se hallaba situada sólo á cinco millas de su residencia. En los días serenos, Knoud divisaba más allá del gólfó las altas torres de Copenhague, y el día de su confirmación vió distintamente los reflejos del sol sobre la cruz dorada que corona la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora. ¿Cómo volaron sus pensamientos hacia su antigua compañera!

Y ella ¿pensaba en él todavía? Sí, Por Navidad tuvieron carta de su padre, notificándole que todo les iba á pedir de boca en Copenhague; y que respecto á Juanita, á causa de su hermosísima voz, le auguraba todo el mundo un porvenir brillante. Añadía que la niña tenía colocación en la comedia, es decir en la comedia en que se canta, ganando algún dinero, y que era ella la que le encargaba enviase un escudo á sus queridos amigos de Kjoegé, para que pasaran una divertida noche de Navidad. «Bebed un sorbo á mi salud,» añadía de su puño y letra en la post-data, y además las siguientes palabras: «Mis mejores recuerdos á Knoud.»

La lectura de esta carta hizo verter lágrimas á toda la familia; pero como las noticias eran tan satisfactorias, esas lágrimas fueron de alegría. El recuerdo de Juana había venido embargando sin cesar el pensamiento de Knoud, quien no cabía en sí de gozo, al observar que ella tampoco le olvidaba. Cuanto más se aproximaba el término de su aprendizaje, más persuadido estaba de que se casaría con Juana. A esta idea dibujábase una sonrisa en sus labios, y este pensamiento le venía á las mientes en su trabajo, por lo que tiraba del hilo con doble rapidez, y aun le sucedió alguna vez que apoyándose con todas sus fuerzas en el tirapié, se clavó la lezna en un dedo, sin hacer de ello caso alguno. De lo que Knoud estaba bien seguro, era de que cuando llegara el caso, no había de perderse por callar su amor, á imitación

de los dos enamorados de mazapán, cuya historia debía servirle de ejemplo y enseñanza.

Por fin llegó á oficial. Con el morral á la espalda, veñte ya camino de Copenhague, en cuya ciudad, no ha estado nunca, y á la cual va colocado de antemano en casa de un maestro zapatero. ¡Qué alegre se pondrá Juana al saberlo! ¡Qué sorpresa experimentará cuando le vea! Juanita tenía diez y siete años y Knoud diez y nueve.

El joven trataba de comprarle una sortija en Kjoegé; pero después de reflexionarlo mejor, tuvo por seguro que había de encontrarlas más hermosas en la capital. Despidióse de sus padres y en un lluvioso día de otoño dejó su ciudad natal, haciendo el viaje á pie. Caían las hojas de los árboles, y llegó á Copenhague bastante calado dirigiéndose en seguida á casa de su patrocinado. Al inmediato domingo dispúsose á visitar al padre de Juana, poniéndose su traje nuevo y un sombrero comprado en el pueblo, que le sentaba muy bien. Hasta entonces Knoud sólo había llevado gorra.

Dió con la casa que andaba buscando, y tuvo que subir tantos escalones, que hasta temió tener vértigo, sobre todo al considerar, no sin horror, la manera de vivir que tienen las gentes en aquella horrible capital, hacinadas las unas sobre las otras.

Todo en la habitación respiraba comodidad y bienestar. El padre de Juana le recibió de buen talante, y en cuanto á la nueva esposa de éste, aunque no conocía personalmente á Knoud, le tendió la mano y le sirvió una buena taza de café.

—«¡Qué contenta se pondrá Juana de volverte á ver! dijo el padre. Noto que te has hecho un soberbio mocetón. A ella ya la verás. ¡Oh! Es una chica que ha venido al mundo para darme muchas alegrías: muchas me ha dado ya; pero espero que con la ayuda de Dios aún me dará más. Aquí, junto

al nuestro, tiene un cuarto para ella sola. Mira, Knoud, ella misma se paga el alquiler.

Y el buen hombre llamó á la puerta discretamente, como si en vez de ser el padre de la niña, fuese un forastero, y entró seguido del joven. ¡Qué lindo era todo en aquel cuartito! Ni la reina tiene una casa mejor, pensaba Knoud; no, es imposible. Allí había alfombras, cortinajes que caían hasta el suelo, un sillón forrado de terciopelo, flores y cuadros á profusión, y un magnífico espejo que uno no se atrevía á acercarse á él de miedo de romperse con los pies, pues era grande como una puerta.

Knoud abarcó de una sola mirada todas aquellas maravillas, sin embargo de que no tenía ojos bastantes para contemplar á Juana, de pie delante de él. Encontróla hecha una señorita, muy distinta de lo que había imaginado; pero infinitamente más hermosa. De rijo que en Kjoegé no había otra que pudiese comparársele, pues por su aspecto distinguido, casi era imponente, Juanita pareció asombrarse de ver á Knoud; pero sólo un momento, pues luego se precipitó hacia él, como si hubiese querido besarle, y aunque no lo hizo, poco le faltó.

Sí, indudablemente, tuvo una inmensa alegría de volver á ver su compañero de infancia. Pues qué, ¿no se le llenaron los ojos de lágrimas? ¡Y qué de preguntas no le dirigió! Quiso enterarse de todo, y de todos pidió noticias: de los padres de su amigo, de la *comadre Saúco* y del *compadre Sauce*, así designaban á los dos árboles en los venturosos tiempos de su infancia, atribuyéndoles cualidades personales.

—«Después de todo ¿por qué no habían de tenerlas, preguntaba Juana, en unos tiempos en que las adquirían hasta las figuritas de mazapán, según reza un cuento que en estos instantes me viene á la memoria?»

Juana se refería á los monigotes del mercader de la feria, recordando perfectamente su amor mudo

durante el largo tiempo que permanecieron uno al lado del otro en la parada, hasta que por fin uno de ellos se dividió en dos pedazos. La joven sonrió al recuerdo de esta historia; en cambio á Knoud le subió la sangre á las mejillas y redoblaron los latidos de su corazón.—«Loado sea Dios, dijo para sus adentros: después de todo, no se ha vuelto orgullosa.»

Ella fué además—y esto lo tuvo el joven muy en cuenta—quien hizo que sus padres le invitaran á pasar con ellos el resto del día. Después tomó un libro, y dió una lectura en voz alta, y á Knoud se le antojó creer que lo que leía se relacionaba con su amor, de tal suerte los pensamientos del autor estaban identificados con los de su alma. Luego cantó una canción muy sencilla y Knoud se figuró que los pocos versos que encerraba eran todo un poema rebosando del corazón de la doncella. De suerte que ella la amaba, no cabía dâda. A este pensamiento, no pudo contener dos lágrimas que brillaron en sus ojos; pero en cambio no acertaba á proferir una palabra, y creyó haberse vuelto tonto, á pesar de que ella le estrechó la mano, diciéndole:

—«Tú tienes buen corazón, querido Knoud: procura conservarlo siempre.»

Aquella fué una velada sin igual, y no había que pensar en dormir en toda la noche: en efecto, el enamorado mozo no pudo cerrar los ojos, máxime recordando que al despedirse el padre de Juanita le había dicho:

—«Ahora ya sabes dónde está tu casa: supongo que no nos olvidarás, y que no dejarás pasar todo el invierno, sin volver á hacernos alguna visita.»

Estas palabras, á su modo de ver, le autorizaban para volver á casa de Juana el próximo domingo, y aun cuando resolvió hacerlo así, todas las noches después del trabajo (y esto que en el taller se velaba)

salía á dar un paseo, recorriendo cada día la calle de Juanita. Así tenía ocasión de contemplar las ventanas de su cuarto, casi siempre iluminadas. Un día ¡qué día aquel! divisó la sombra de la joven proyectada en la cortina. En vano á su patrona le sentaban muy mal esas continuas salidas, meneando la cabeza en señal de disgusto: ei amo sonreía, diciendo:

—«Considera que es joven y que hay que dar á la juventud lo que de la juventud es propio.»

—«El domingo volveré á verla, pensaba Knoud, y le diré que reina en mi alma, y que ha de ser mi esposa. Es cierto que yo no soy más que un mísero oficial zapatero; pero llegaré á maestro, trabajaré, me sacrificaré, en una palabra, haré cuanto de mí dependa para llegar á ser algo. Fuera vacilaciones: el domingo me declaro, le hablo con entera franqueza. El amor mudo no conduce á nada: desde niño conozco la historia de las figaritas de mazapán.»

Llegó el domingo y Knoud cumplió su propósito, presentándose en casa de Juana; pero ¡oh desgracia! la encontró disponiéndose á salir, pues estaba invitada á una tertulia; y como Knoud no se marchase, fué menester advertírselo. No obstante Juanita le dió un apretón de mano diciéndole:

—«¿No has ido todavía al teatro? Pues quiero que vayas una vez. El próximo miércoles yo canto, y si estás desocupado te enviaré un billete. Mi padre ya sabe dónde vive tu amo.»

¡Cuánta amabilidad! pensó Knoud, El próximo miércoles al medio día recibió en efecto un pliego cerrado, que contenía el billete que le había ofrecido Juana, sin ninguna carta acompañatoria. Por la noche fué al teatro por primera vez, y vió á su amada en la escena. ¡Qué bella estaba! ¡Qué graciosa! Bien es verdad que la casaban con un extranjero; así lo disponía el autor de la comedia; sin embargo ya comprendía Knoud que aquello era una ficción, pues de otro modo, Juana no habría tenido la crueldad de

enviarle un billete para hacerle presenciar una monstrosidad semejante. Todo el mundo aplaudía y aclamaba á la joven artista, y el mismo Knoud se unía al general entusiasmo, gritando: «Bravo! bravo!»

¡Ah! Hasta el rey sonreía á Juana, demostrando el placer que experimentaba al oirla. ¡Qué pequeño, qué insignificante se sintió Knoud en aquellos momentos!

—«Y sin embargo, se decía, yo la amo y ella me ama también: el amor lo iguala todo. En estos casos al hombre le toca decir la primera palabra; esto pensaba la señorita de mazapán, y su historia encierra más de una enseñanza.»

Al inmediato domingo hizo una nueva visita á sus paisanos, hallándose tan en extremo conmovido, como el día de la confirmación. Encontró á Juana sola y le recibió: todo, pues, marchaba viento en popa.

—«Me alegro de tu visita, le dijo Juana: pensaba enviarte recado por mi padre; pero por otra parte tuve el presentimiento de que esta tarde ibas á venir, y no lo hice. Deseaba participarte que el próximo viernes salgo para Francia: debo emprender este viaje si quiero hacer algo de provecho.»

Al pobre Knoud le pareció que el mundo se le venía encima; todos los objetos del cuarto empezaron á bailar ante sus ojos: sintióse el corazón próximo á estallar en mil pedazos, y ni una lágrima acudió á sus ojos. No obstante la pesadumbre más intensa se reflejaba en su semblante.

—«¡Qué bueno eres!» dijo Juana.

A esta cariñosa exclamación, Knoud desató su lengua y le dijo que la amaba y quería hacerla su esposa.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, observó que Juana se demudaba y palidecía, dejaba caer sus brazos y respondía con voz grave y afligida:

—«No te hagas desgraciado, Knoud, ni me hagas

desgraciada á mí. Yo seré siempre respecto de ti como una buena hermana, en quien puedes tener plena confianza; pero nada más que una hermana.»

Y pasando con dulzura su linda mano por la ardorosa frente del mancebo, añadió:

—«Dios nos concede la fuerza necesaria para llevar á cabo las cosas más difíciles, siempre que nosotros tengamos valor y voluntad.»

En estos momentos la madrastra de Juana entró en el cuarto.

—«Knoud, dijo la joven, está fuera de sí á causa de mi viaje. Ea, amigo mío, sé hombre.»

Y hablando así, le pasó cariñosamente la mano por la espalda, para dar á entender que se trataba del viaje y no de otra cosa.

—«Vaya, no seas niño, continuó diciendo; ahora y siempre quiero verte bueno y razonable, como en los felices tiempos de nuestra infancia, cuando jugábamos bajo el saucé.»

A Knoud le parecía que el mundo se desquiciaba; sus agitados pensamientos podían compararse á un hilo suelto agitándose en el aire al soplo del viento. Permanecía clavado en aquel sitio, sin saber qué partido tomar, ni si le habían dicho que se quedara; pero tanto Juana como su madrastra eran amables y compasivas, y aquella le sirvió una taza de té y cantó. Su voz no vibraba como otras veces; pero era incomparablemente arrobadora, y al escucharla, se iba dilatando el corazón del pobre mancebo.

Después se separaron y como Knoud se marchase sin tener la mano á Juana, ésta le dijo:

—«¿Y te irás sin dar la mano á tu hermana, mi antiguo compañero de infancia?...»

Al decir estas palabras sonreía á través de las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y resbalaban por sus mejillas.

Todavía repitió alguna vez la palabra *hermano*,
¡Bonito consuelo para Knoud!

Así se despidieron.

III

DESDE que Juana se embarcó para Francia, Knoud iba vagando todos los días por las calles de Copenhague; y sus compañeros de trabajo, después de preguntarle inútilmente por la causa de esos paseos sombríos que la sumían en las más profundas preocupaciones, le invitaron á tomar parte en sus placeres.

—«¡Ea! le dijeron los jóvenes, á divertirse!»

Un día les acompañó á la sala de baile, que estaba llena de hermosas mujeres. Ninguna, no obstante, le pareció tan bella como Juana; y le sucedió precisamente que habiendo ido allí para olvidarla, tuvo con más tenacidad que nunca fija su imagen en el pensamiento.

—«Dios nos da fuerza, había dicho ella, siempre que nosotros tengamos valor y voluntad.» Al recordar esta frase, tuvo lástima de Juana.

Sonó la orquesta y aquellas jóvenes bailaron con alegría, haciéndole estremecer de espanto. Parecíale encontrarse en un sitio al cual no habría podido acompañar á Juana, y no obstante ella estaba allí, puesto que la llevaba en el corazón.

Salió del local y recorrió varias calles, pasando por delante de la casa en que ella había vivido: la noche era oscura y por todas partes reinaban la soledad y el silencio. El mundo seguía su camino y Knoud el suyo.

Vino el invierno, se helaron las aguas, y la naturaleza trocó sus galas por los fúnebres arreos; pero al renacer la primavera, cuando el primer buque

de vapor se hizo á la mar, Knoud se sintió estimulado por el deseo irresistible de hacer un viaje largo, muy largo, hasta más allá de Francia.

Preparó su saco y se marchó lejos, muy lejos, atravesando toda la Alemania, de pueblo en pueblo, sin hacer alto ni detenerse en punto alguno. Únicamente al entrar en la antigua y curiosa ciudad de Nuremberg, le pareció que volvía á ser dueño de sus pies, decidiéndose á quedarse allí.

Nuremberg es una población singular que tiene el aspecto de una estampa desprendida de una vieja crónica ilustrada. Sus calles serpentean caprichosamente: sus casas se separan de las filas desdeñando la línea recta: multitud de estatuas sobresalen de las paredes sobrecargadas de raras y extravagantes esculturas; y desde los tejados, á cual más caprichosos, se prolongan en el espacio hasta mitad de la calle gárgolas de todas formas, semejando perros, liebres, dragones y monstruos.

Knoud, con el saco á la espalda, hizo alto en la plaza del Mercado, permaneciendo de pie junto á una antigua fuente adornada de soberbias estatuas de bronce, figurando personajes bíblicos, por entre los cuales surgen los chorros de agua. Una linda criada de servicio llenaba el cántaro, y como Knoud, cansado del camino, sintiese una sed abrasadora, ella le ofreció de beber, regalándole al propio tiempo una rosa que extrajo de un ramo que llevaba. Esto le pareció á Knoud de buen augurio.

Los vigorosos sonidos de un órgano procedentes de una iglesia vecina recordáronle su país, pues se parecían mucho á los que resonaban en el templo de Kjoegé. Penetró en el vasto santuario: los rayos del sol filtraban á través de las pintadas vidrieras de los ventanales iluminando caprichosamente las hileras de altas y esbeltas columnas: la piedad embargó todos los pensamientos de Knoud y la paz y el reposo penetraron en su espíritu.

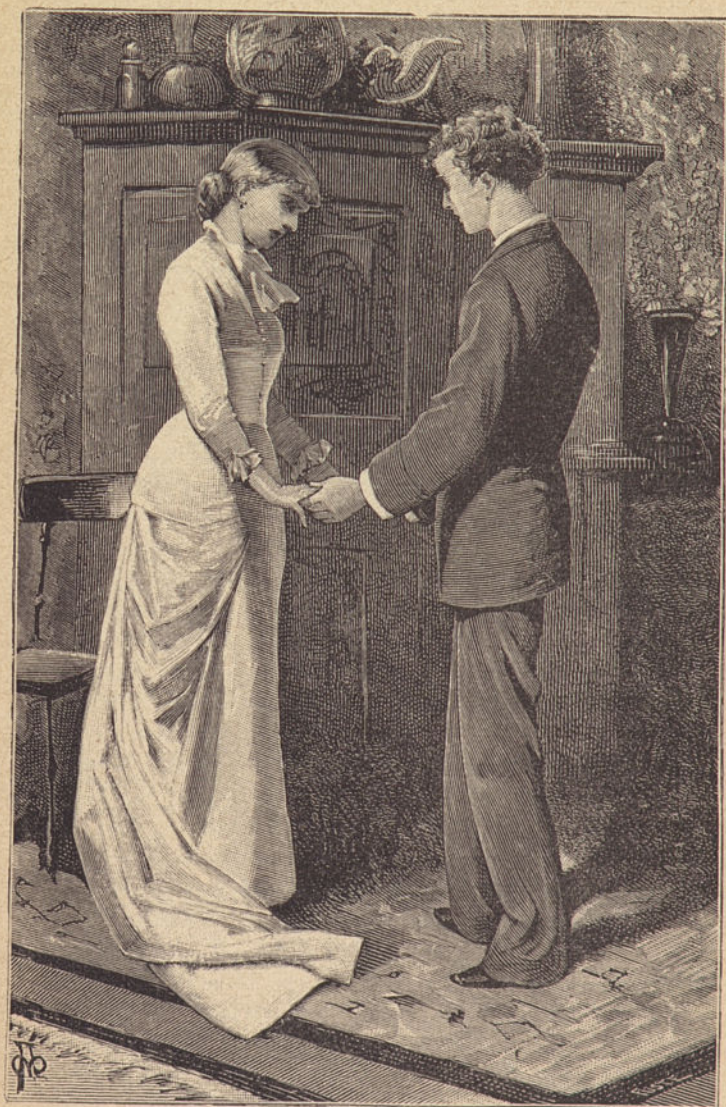
Buscó y encontró en Nuremberg un buen maestro: se hospedó en su casa y así aprendía el idioma alemán.

Los antiguos fosos que circundan las fortificaciones están divididos, trocados en huertas; pero aún permanecen en pie las altas murallas flanqueadas de macizos torreones, así como los caminos cubiertos que actualmente utiliza el soguero para la elaboración de sogas y cordeles. Espesos grupos de saúcos aferrados á las grietas de los viejos muros cobijan con su ramaje las casitas adosadas á las fortificaciones. Pues bien, en uno de esas casitas vivía el maestro de Knoud. Precisamente el joven oficial trabajaba junto á una ventana sombreada por el ramaje de uno de aquellos saúcos.

Knoud permaneció en la misma casa todo el verano y hasta el invierno; pero volvió la primavera, floreció el saúco, embalsamando el ambiente, y Knoud empezó á entristecerse y preocuparse pensando en otro saúco y sintiéndose transportado al jardinito de Kjoegé, por cuyo motivo despidióse del maestro y buscó nueva colocación en el interior de la ciudad, donde no hubiera saúcos que despertaran en su ánimo dormidos pensamientos.

El nuevo taller se hallaba situado en las inmediaciones de un viejo puente, por debajo del cual corrían con rapidez las aguas de un arroyo, que hacían dar vueltas con estrépito á la rueda de un molino. Las aguas pasaban encajonadas entre dos casas, que parecía que iban á sacudir sobre el arroyo sus destartalados frontispicios. Bien es verdad que por allí no había ningún saúco; pero precisamente delante del taller crecía un robusto y viejo sauce cuyas raíces se agarraban á la casa para vencer el ímpetu de la corriente, y cuyas ramas se reflejaban en el agua de un modo parecido al sauce del jardín de Kjoegé.

En realidad el pobre Knoud había ido del *compa-*



«No te hagas desgraciado...»

dre Saúco á la *comadre Sauce*; y las noches en que brillaba la luna tenía este último un aspecto indefinible, que le llegaba al corazón llenándose de ternura y abatimiento. Ya no podía Knoud permanecer por más tiempo en Nuremberg, y si queréis saber por qué, preguntádselo al *sauce*, preguntádselo al *saúco* en flor. Despidióse de su maestro y abandonó la ciudad, sin que jamás hubiese hablado á nadie de Juanita, sepultando sus pesares en el fondo de su alma.

Varias veces le asaltaba el recuerdo de la historia de las dos figuritas de mazapán, y entonces se daba cuenta de que el hombre tuviese una almendra amarga por corazón: también el suyo era todo amargura. En cambio Juanita tan dulce, tan amable, tan afectuosa, ¿no estaba acaso formada de azúcar y miel como la señorita de aquella historia tan sencilla y tan ingenua?

Su imaginación no podía desprenderse de esos recuerdos que le oprimían y apenas le dejaban respirar. Creyendo que esto dependía de las correas del saco que llevaba á la espalda, se las aflojó; pero sin resultado. Para Knoud había dos distintos mundos; el exterior que le rodeaba y el que llevaba en el fondo de su espíritu, mundo de recuerdos y de sentimientos en el cual vivía con preferencia al otro, que le era poco menos que indiferente.

Tan sólo al divisar las altas montañas pudo su espíritu desechar las sombrías ideas y fijarse en los objetos exteriores. Ante tan imponente espectáculo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Apareciósele los Alpes como las alas plegadas de la tierra. «¿Qué sucedería, decíase, si de repente desplegase y extendiese esas alas inmensas con sus bosques sombríos, con sus torrentes y masas de nieve? Sin duda la tierra el día del supremo juicio se elevará al infinito, y como una pompa de jabón á la luz del sol, estallará dispersando los millones de

átomos que la componen, al resplandor de los rayos de la Divinidad. ¡Oh! ¿Por qué no han de sonar en estos momentos las trompetas del juicio final?» exclamaba Knoud exhalando un profundo suspiro.

Y atravesó aquel país, que iba tomando á sus ojos el aspecto de un verdadero paraíso: las muchachas que bañan el cáñamo, le saludaban con un airoso movimiento de cabeza desde los balcones de las que-
seras, y á este halagüeño saludo respondía Knoud cortésmente, sin añadir una sola palabra alegre, como suelen hacer en tales casos todos los jóvenes de su edad.

Cuando á través del follaje descubrió los vastos fagos de verdosas aguas, vínole á la imaginación el recuerdo del mar que baña las playas en que había nacido y la profunda bahía de Kjoegé. Pero esta vez ya no sentía dolor alguno, sino profunda melancolía que le embargaba el alma.

Vió el Rhin precipitarse todo entero desde lo alto de una roca, rasgándose en millones de gotas que forman una masa blanca y vaporosa á través de la cual la luz se descompone y toma todos los colores del iris. Este imponente espectáculo le trajo á la memoria la espumeante y rumorosa cascada del arroyo de Kjoegé, al precipitarse sobre la rueda del molino. Por todas partes le acosaba el recuerdo del lugar de su nacimiento y de su venturosa infancia.

De buen grado se hubiera establecido en una de las tranquilas ciudades que se levantan á orillas del Rhin; pero el país estaba cubierto de saúcos y sauces. Continuó marchando, atravesó las altas montañas siguiendo los senderos que se deslizan por entre rocas cortadas á pico, divisó las nubes flotando á sus pies y escuchó el estrépito de los torrentes que corren por el fondo de los valles, á una profundidad prodigiosa, sin experimentar pavor ni asombro.

Desde las nevadas cumbres en que florece la rosa de los Alpes se dirigía al país del sol: dió un adiós

á las comarcas del Norte y llegó por fin sucesivamente á los bosques de castaños, á los viñedos, á los maizales. Una cordillera de escarpadas montañas le separaba ya del lugar en que había dejado tan tristes recuerdos.

—«¡Por fin! se dijo; ya era hora de que así sucediera.»

IV

HABÍA llegado, á la vista de una populosa y magnífica ciudad; las gentes del país le daban el nombre de Milán. Encontró en ella un maestro alemán que le proporcionó trabajo. Era un viejo y guapo sujeto y su cónyuge una mujer buena y muy piadosa. Ambos se prendaron en seguida del oficial extranjero que hablaba poco, trabajaba mucho y vivía honesta y cristianamente.

Parecíale á Knoud que Dios por fin se había dignado librarle del enorme peso que le oprimía. Su mejor placer consistía en subir á los terrados de la Catedral cuyos mármoles eran blancos como la nieve de su país, y correr á través de las agudas torrecillas, de las agujas y de los arcos; pero en cada recodo, en cada ojiva descubría blancas estatuas mirándole y sonriéndole. Extendíase sobre su cabeza la azulada bóveda del cielo, á sus pies la ciudad, en torno de ésta la inmensa llanura de la verde Lombardía y al fondo, en último término, altas y soberbias montañas. Pensaba á veces en la iglesia de Kjoegé, en sus rojizos muros tapizados de yedra; pero ¡qué diferencia entre esta iglesia y la catedral milanesa! Knoud no deseaba ciertamente volverla á ver; antes bien se hizo el propósito de dejar los huesos allí, detrás de las montañas.

Llevaba ya un año de residencia en Milán, y hacía tres que había abandonado su país. Un día su maestro para distraerle, le llevó no al Circo á ver los ejer-

cicios ecuestres, sino al gran teatro de la Scala, es decir á la ópera. La sala valía la pena de ser visitada. Sus siete galerías de palcos adornados con ricos cortinajes de seda, desde la primera á la última y en toda su extensión, estaban atestadas de elegantes damas, compuestas y prendidas como para ir á un baile, y ostentando hermosos ramos de flores. Los caballeros vestían asimismo su traje de etiqueta, y algunos llevaban uniformes recamados de oro y plata. El vasto recinto estaba iluminado como en pleno día, y llenaban el espacio los brillantes acordes de una nutrida orquesta. Aunque este templo del arte era infinitamente más bello que el teatro de Copenhague, también allí debía renacer poderosamente en el ánimo del pobre Knoud el recuerdo de Juana.

Como por arte de encantamiento, apenas se levantó el telón, apareció Juana cubierta de joyas, de blondas y seda y ceñida su frente con una diadema de oro. Cantó como sólo los ángeles del cielo pueden hacerlo; y adelantándose hacia el proscenio, Knoud vió brillar en sus labios una encantadora sonrisa, como sólo podía brillar en los labios de Juana. Sus miradas se dirigían al joven, y el pobre mozo cogiendo las manos de su amo, exclamó en voz alta: ¡Juana!

Sólo el anciano pudo oírle, pues los acordes de la orquesta ahogaron su acento. Y el amo de Knoud haciendo con la cabeza un movimiento afirmativo, dijo: «En efecto, sí, se llama Juana.» Y al mismo tiempo sacando del bolsillo un programa impreso, le enseñó este nombre puesto en letras muy grandes que cogía por su ancho el papel de parte á parte.

No, aquello no era un sueño: el público transportado de entusiasmo, inundaba el palco escénico de flores y coronas, y cada vez que Juana dejaba la escena, era llamada, dos, tres y cuatro veces recibiendo los frenéticos aplausos del auditorio.

Terminada la función, un grupo numeroso rodeó el carruaje de la *diva*; la multitud desenganchó los caballos y se dispuso á arrastrarla llevándola en triunfo. Knoud estaba en primera fila, ebrio de contento y más entusiasmado, si cabe, que el resto de la muchedumbre congregada á las puertas del teatro. El carruaje se paró enfrente de una casa espléndidamente iluminada, en la cual Juana se hospedaba. Cuando ésta bajó del coche, Knoud estaba pegado á la portezuela. La luz caía de lleno sobre el agraciado rostro de la joven, quien sonreía dando las gracias á todos con una amabilidad sólo comparable á la profunda emoción que experimentaba. Knoud la miró en los ojos, y ella le miró también, pero sin reconocerle. Un caballero que llevaba en el pecho una deslumbradora condecoración cuajada de diamantes le ofreció el brazo.

—«Es su novio... se va á casar con ella,» decía la muchedumbre.

Knoud volvió á su casa y preparó en seguida su saco de viaje: le era forzoso regresar á su país, ir á ver los lugares de su infancia, contemplar de nuevo el saúco y el sauce. ¡Ah! Bajo el sauce basta una hora para que un hombre pueda hacer el concienzudo examen de su vida entera.

En vano las buenas gentes, que le habían acogido en su casa, le rogaron que se quedara; en vano le hicieron notar que iba á venir el invierno, que las montañas se cubrirían de nieve, que los caminos estarían intransitables.

—«Es necesario, respondió Knoud, que los carruajes se abran paso de un modo ú otro, y yo no haré más que seguir el surco que dejen en el camino.»

V

Tomó el saco y el bastón y se marchó, camino de los montes: subió y bajó, y sus fuerzas iban deca-



yendo, sin ver, casa ni poblado. Se encaminaba al Norte; las trémulas estrellas brillaban á su alrededor, sus piernas vacilaban, su cabeza se desvanecía. Al fondo del valle veía parpadear nuevas estrellas, como si se encontrase suspendido en la inmensidad, con un cielo arriba y otro abajo.

Sentíase enfermo: las estrellas de abajo iban en aumento, creciendo en número y en intensidad y moviéndose de un lado á otro: eran las luces de una aldea; y en cuanto se hizo cargo de ello, reunió todas sus fuerzas y llegó á una venta pobre y desmantelada.

Pasó en ella toda la noche y el día siguiente, pues sentía necesidad de reposo y de cuidados. En tanto vino el deshielo y llovía á mares. A la mañana siguiente llegó á la venta un mendigo en compañía de una anciana, y tocó un canto que se parecía tanto á una melodía danesa, que á Knoud ya no le fué posible permanecer un momento más en su hospedaje. Púsose en marcha nuevamente, siempre hacia el Norte, anduvo días enteros, sin descansar, lleno de excitación y con paso precipitado, como si temiese que al llegar á su país debiese encontrarse con que todos hubieran muerto.

A nadie contaba el motivo de su viaje, aunque era fácil leerlo en su semblante que reflejaba el pesar más vivo que puede sufrir un hombre. Estos dolores no suelen interesar á nadie, ni á los amigos, y Knoud por otra parte no los tenía, pobre extranjero que atravesaba países desconocidos, siempre en dirección al Norte.

Al caer de una tarde, andaba por la carretera: el viento era glacial, el terreno llano y cubierto de campos y prados. A orillas del camino se levantaba un robusto sauce. Todo le recordaba á Knoud su país natal. Sentóse bajo el árbol, rendido de fatiga, dobló la frente y el sueño entornó sus párpados.

Esto no obstante, vió al árbol extender y bajar sus

ramas, formar un pabellón, convertirse en una especie de vigoroso anciano, tomar la forma del *compadre* Sauce de Kjoegé, levantarle entre sus brazos y trasladarle, viendo sus fuerzas agotadas, á su querida patria, á las monótonas y uniformes playas de su pueblo. Sí, era el mismísimo *compadre* Sauce que había recorrido el mundo en busca de su querido Knoud, y que al encontrarle le trasladaba cariñosamente al jardín de su casa, junto al arroyo, en donde Juana le esperaba, en todo su esplendor, ceñida la frente con una diadema de oro, tal como la había visto la última vez, la cual corría á su encuentro y desde lejos le gritaba:

cual corría á su encuentro y desde lejos le gritaba:

—«Bien venido seas.»

Veía además delante de él dos figuras, á quienes conocía desde su infancia; pero tenían entonces una forma más humana que antes; habían cambiado mucho, ganando en el cambio. Eran los monigotes de mazapán, el hombre y la mujer, que le miraban con regocijo.

—«Gracias, mil gracias, le decían: nos has hecho un favor inmenso: has desatado nuestras lenguas, enseñándonos á no callar los sentimientos del alma, pues el silencio no conduce á nada; te debemos el haber alcanzado nuestro propósito, y estar á punto de casarnos.»

Esto decían y atravesaban las calles de Kjoegé, cogidos de las manos, presentando un aspecto decente á lo sumo, y sin que ni por asomo diesen nada que decir. Dirigíanse á la iglesia, y Knoud y Juana les seguían cogidos asimismo de la mano. La iglesia tenía el aspecto de siempre con sus paredes tapizadas de verde yedra. Abríanse de par en par las dos hojas de la puerta; resonaban los sonidos del órgano y los cuales penetraban en la espaciosa nave.

—«Los amos delante,» decían los novios de mazapán abriendo plaza á Knoud y Juana que se arrodia-

llaban al pie del altar. Juana inclinaba la cabeza apoyándola en el rostro de Knoud, é inundándole con sus frías lágrimas. Era que el hielo de su corazón iba derritiéndose al calor del amor ardiente de su novio.

En esto despertó y se encontró sentado bajo el nudoso sauce, solo, en un país extranjero, en medio de una rigurosa noche de invierno. Caía granizo y le azotaba el rostro.

—«Estos, dijo, han sido los mejores momentos de mi existencia. ¡Dios mío, dejadme soñar aún un poquito más!»

Y volvió á cerrar los párpados, se durmió y volvió á soñar.

A la madrugada empezó á nevar; el viento arremolinaba los fríos copos alrededor de Knoud que seguía durmiendo.

Más tarde pasaron por allí las gentes de las cabañas circunvecinas yendo á la iglesia, y vieron el cuerpo de un hombre tendido al borde de la carretera. Era un artesano.

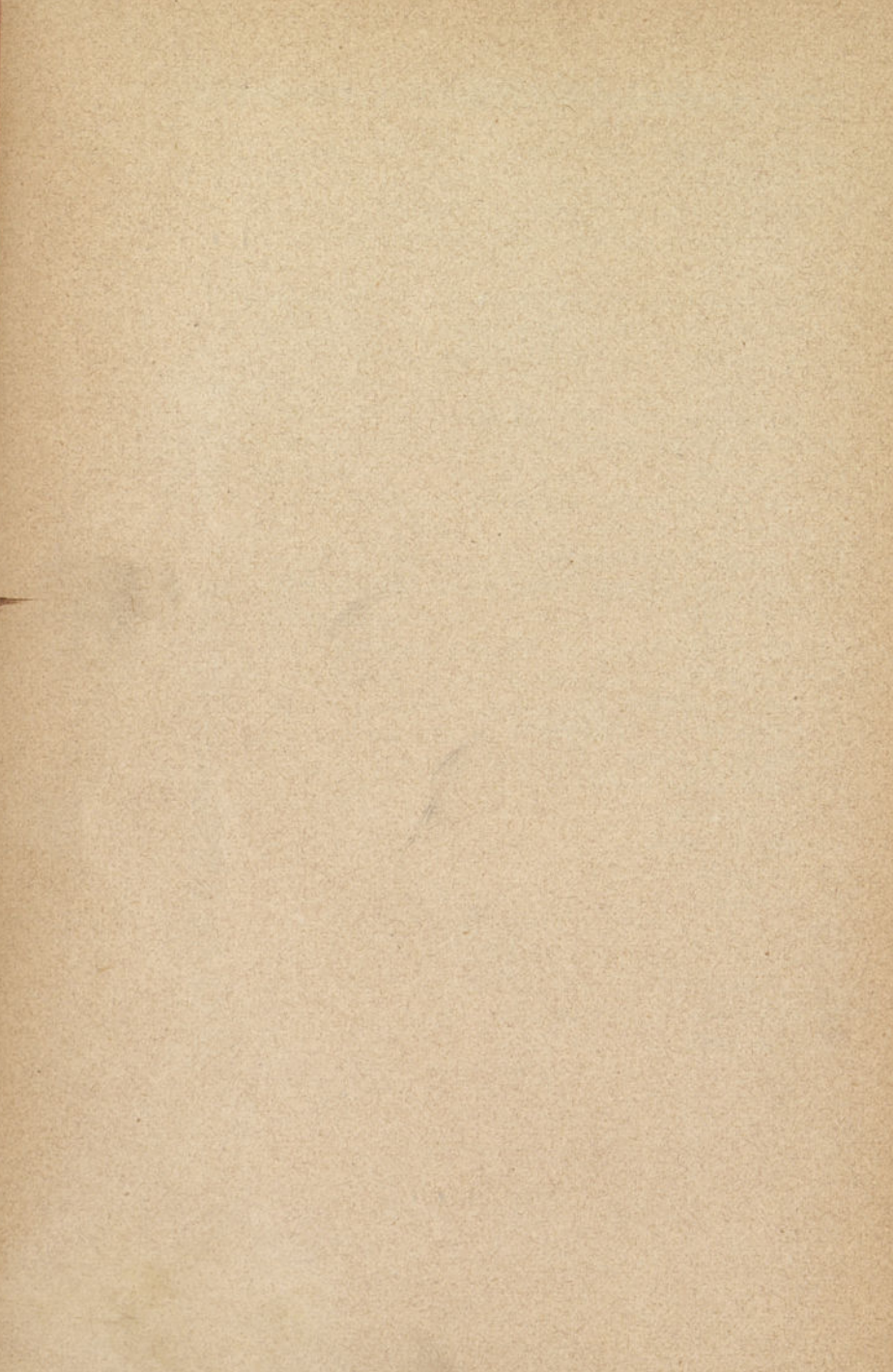
Knoud había muerto de frío bajo el sauce.





INDICE

Andersen y sus cuentos.	1
La Pulgarcilla.	15
Historia de una madre.	35
El gollete de la botella.	45
Una pareja de enamorados.	61
La historia de Valdemar Daae y de sus hijas, contada por el viento.	67
La bujía y la ve'a.	95
Cinco guisantes.	101
La sopa al asador.	109
La Virgen de los Ventisqueros.	137
El niño en la tumba.	231
Aventuras de un cardo.	241
La más dichosa.	249
Escenas de corral.	257
La margarita.	267
El escarabajo.	273
Algo.	285
El sapo.	297
Los vecinos.	309
El patito feo.	325
Bajo el sauce.	341



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104557072

